

LA PASION LO ES TODO



MILAGRO SÁNCHEZ.

La Pasión Lo Es Todo
Milagro Sánchez

Jamás me había fijado en Lucas antes de aquella noche. Primero era como si no tenga existencia y, súbitamente, se encontraba en todas partes.

Aquella noche acababa de escabullirme de una fiesta de Halloween que seguía en pleno auge. Iba serpenteando entre los coches del estacionamiento que había detrás de la vivienda de la hermandad de mi ex mientras escribía un mensaje a mi compañera de cuarto. La noche era cálida y se encontraba preciosa; el habitual veranillo del sur. Desde las ventanas de la vivienda, abiertas de par en par, la música atronaba sobre el asfalto, interrumpida por carcajadas ocasionales, retos de borrachos y necesidades de más chupitos.

Como esa noche me tocaba conducir a mí, era mi compromiso devolver entera a Erin a nuestra vivienda al otro lado del campus, tanto si podía aguantar otro minuto de aquella fiesta como si no. En mi mensaje le decía que me llamara o me escribiera cuando quisiera irse. Ella y su novio Chaz estuvieron bailando de una forma subida de tono, empapados en tequila, antes de entrelazar las manos y subir las escaleras tropezando hasta la cuarto de él, por eso era viable que no me llamara hasta el día siguiente. Me reí al reflexionar en el paseíllo de la vergüenza que tendría que llevar a cabo desde el porche delantero hasta mi camioneta si de esta forma era.

Pulsé « Enviar » mientras metía la mano en el bolso para buscar las llaves. Unas nubes tapaban la luna y las ventanas iluminadas de la vivienda estaban bastante lejos para que la luz va a llegar en el final del estacionamiento. Poseía que encontrarlas a tientas. Solté un juramento cuando me clavé un portaminas en el dedo y di un golpe en el suelo con el tacón de aguja, segura de haberme hecho sangre. Cuando por fin tuve las llaves en la mano, me chupé el dedo; el suave gusto metálico me dejó claro que poseía una herida.

—Mierda —murmuré abriendo la puerta de la camioneta.

A lo largo de los primeros segundos que siguieron, se encontraba bastante perdida para abarcar qué se encontraba ocurriendo. Un momento se encontraba abriendo la puerta de mi coche y al siguiente me encontraba tumbada boca abajo sobre el taburete, sin aliento e sin movimiento. Intenté levantarme, pero no pude porque sentía encima de mí

un peso colosal.

—Este culpado vestido te sienta realmente bien, Jackie. —La voz arrastraba un poco las expresiones, pero era popular.

Lo primero que pensé fue: « No me llames así» , pero esa objeción quedó de manera rápida relegada por el terror que sentí cuando noté que una mano me subía todavía más la falda, y a de por sí muy corta. Poseía el brazo derecho inutilizado, atrapado entre el taburete y mi cuerpo. Me aferré con el izquierdo al taburete, con mi cara, para intentar apoyarme e incorporarme, pero entonces la mano que acariciaba la piel desnuda de mi muslo nació y me agarró la muñeca. Grité cuando me retorció el brazo detrás de la espalda y me lo sujetó con fuerza con la otra mano. Su antebrazo se encontraba apretado contra la parte de arriba de mi espalda. No podía moverme.

—Oy e, Buck, quita de encima. Déjame. —Mi voz temblaba, pero intenté ofrecer aquella orden con toda la autoridad que pude. Olí la cerveza en su aliento y algo más fuerte en su sudor, y una oleada de náuseas surgió en mi estómago y luego se aplacó.

Su mano libre había vuelto a mi muslo izquierdo, con todo su peso apoyado sobre mi lado derecho, aplastándome. Poseía los pies colgando fuera de la camioneta, todavía con la puerta abierta. Intenté subir la rodilla para meterla debajo de mi cuerpo y él se rio de mis patéticos esfuerzos. Cuando metió la

mano entre mis piernas abiertas, chillé y volví a bajar la pierna, pero y a era bastante tarde. Empujé y me retorcí, tratando quitármelo de encima, pero luego me percaté de que era bastante más importante que y o y entonces comencé a suplicar.

—Buck, basta. Por favor... Estás borracho y te vas a arrepentir de esto mañana. Oh, Dios mío...

Él metió la rodilla entre mis piernas y noté el aire en la cadera desnuda. Oí el peculiar sonido de una cremallera y él se rio con mi escuchado cuando pasé de implorar racionalmente a llorar.

—No, no, no, no...

Bajo su peso no podía llenar mis pulmones con bastante aire para gritar y además poseía la boca apretada contra el taburete, lo que amortiguaba todas mis manifestaciones. Peleando inútilmente, no me podía creer que ese tipo al que conocía desde hacía bastante más de un año y que jamás me había faltado al respeto en en todo momento que había estado saliendo con Kennedy, en este momento me estuviera agrediendo en mi propio coche, en la parte de atrás del estacionamiento de la vivienda de su hermandad.

Tiró de mis bragas y me las bajó hasta las rodillas. Entre sus esfuerzos por continuar bajándolas y los míos renovados para huír, oí cómo la delicada tela se rasgaba.

—Dios, Jackie, siempre he conocido que tenías un óptimo culo, pero, madre mía... Volvió a meter la mano bruscamente entre mis piernas y levantó su peso

en el transcurso de un segundo, justo lo primordial para que y o pudiera llenar

los pulmones de aire y dejar caer un grito. Me liberó la muñeca y me puso la mano en la parte de atrás de la cabeza para apretarme la cara contra el taburete de cuero hasta que me quedé callada, y a incapaz de respirar.

Aunque había conseguido liberarlo, el brazo izquierdo me resultaba inservible. Apoyé la mano en el suelo y empujé, pero mis músculos retorcidos y doloridos no me obedecieron. Sollocé contra el taburete y las lágrimas y la saliva se mezclaron bajo mi mejilla.

—Por favor, no, no, por favor, oh, Dios, basta, basta, basta... Odiaba el sonido sin vida de mi voz impotente.

Levantó su peso de encima de mí por un segundo: o había cambiado de opinión o se se encontraba poniendo más práctico, pero no esperé a averiguarlo. Me retorcí y subí las piernas. Sentí que los tacones de aguja de los zapatos rasgaban la piel arrugada del taburete mientras me impulsaba hacia enfrente, hacia el otro lado, tratando agarrar la manija de la puerta contraria. La sangre me atronaba en los oídos cuando mi cuerpo entró en el modo «pelear o huir». Y entonces me detuve porque me percaté de que Buck y a no se encontraba dentro del coche.

Al inicio no entendía por qué se encontraba parado ahí, con la puerta, viendo hacia otro lado. Y entonces vi que su cabeza caía hacia atrás. Dos ocasiones. Cargó como un loco contra algo, pero sus puños no golpearon nada. Hasta que no le vi volver andando hacia atrás, hasta golpear contra mi coche, no pude conocer con qué (o explicado de otra forma, con quién) se se encontraba peleando.

El tipo no dejó de ver a Buck mientras le daba otros dos golpes secos en la cara y se desplazó hacia un lado cuando los dos comenzaron a desplazarse en círculos y Buck decidió publicar puñetazos inútiles mientras le sangraba la

nariz. Por último Buck bajó la cabeza y se lanzó hacia enfrente como un toro, pero ese esfuerzo terminó su perdición cuando aquel raro le lanzó un gancho simple y prominente, directo a la mandíbula. Cuando Buck se vio obligado a alzar la cabeza, un codo se estrelló contra su sien con un ruido seco aterrador. Chocó con el lado de la camioneta, la utilizó para impulsarse y se lanzó contra el raro por segunda vez. Como si toda la pelea estuviera coreografiada, el irreconocible agarró los hombros de Buck, le empujó hacia enfrente con fuerza y le dio un rodillazo bajo la barbilla. Buck cayó al suelo hecho una bola, gimiendo.

El raro miró al suelo, todavía con los puños cerrados y los codos un poco flexionados, por el momento en posición de ofrecer otro golpe si era primordial. Pero no lo fue. Buck se encontraba inconsciente. Cuando el shock sustituyó al pánico, y o me acurruqué contra la puerta más alejada, jadeando y haciéndome una bola. Debí de gimotear, porque entonces me miró. Apartó a Buck a un lado con un pie enfundado en una bota y se acercó a la puerta para ver dentro.

—¿Estás bien? —Su tono de voz era bajo y sensato. Pretendía mencionarle que sí. Pretendía asentir. Pero no pude. No se encontraba bien—. Voy a llamar al 911. ¿Necesitas

que te vea un médico o llamo solo a la policía?

Imaginé a la policía del campus llegando y a los de la fiesta saliendo de la vivienda al oír las sirenas. Erin y Chaz solo eran dos de los varios amigos que poseía ahí dentro, y bastante más de la mitad de ellos estaban bebiendo aunque no poseían la edad permitida. Sería culpa mía si la fiesta se convertía en un asunto policial. Me transformaría en una paria.

Negué con la cabeza.

—No llames. —Mi voz sonó ronca.

—¿Que no llame?

Carraspeé y negué otra vez con la cabeza.

—No llames a nadie. No llames a la policía.

Me miró boquiabierto al otro lado del taburete.

—¿Me equivoco o este tío termina de intentar violarte? —Hice un gesto de mal al oír esa palabra tan horrible—. ¿Y me dices que no llame a la policía?
—Cerró la boca, negó con la cabeza una vez y volvió a mirarme—. ¿Es que he interrumpido algo que no debía?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No, no. Pero solo quiero irme a casa.

Buck gruñó y rodó para quedar boca arriba.

—Jodeer —dijo sin abrir los ojos. De cualquier manera, uno lo poseía tan hinchado que posiblemente no podía.

Mi salvador le miró con la mandíbula tensa. Ladeó la cabeza y volvió a erguirla para luego encogerse de hombros.

—Vale. Yo te llevo.

Negué con la cabeza otra vez. No se encontraba preparada para huír de una acometida para llevar a cabo algo tan estúpido como meterme en el coche de un raro.

—Puedo conducir —respondí.

Mis ojos se fijaron en mi bolso, tirado sobre el salpicadero con todo su contenido esparcido por el suelo del taburete del conductor. Él miró hacia el mismo lugar y se agachó para agarrar las llaves de entre mis efectos personales.

—Creo que estabas intentando encontrar esto.

Dejó las llaves colgando de sus dedos y yo me percaté de que no me había acercado a él ni un centímetro.

Me humedecí el labio y noté el gusto de la sangre por segunda vez esa noche. Me moví hacia enfrente para ingresar en el tenue círculo de luz que proyectaba la farola, tirando siempre de la falda hacia abajo. Súbitamente me sentí mareada cuando fui completamente consciente de lo que acababa de pasar y la mano me tembló cuando la estiré para coger las llaves.

Él frunció el ceño y cerró el puño a la vez que dejaba caer el brazo con su costado.

—No puedo dejar que conduzcas.

A evaluar por su expresión, mi cara debía de ser un poema.

Parpadeé con la mano por el momento popularizada para coger las llaves que acababa de confiscarme.

—¿Qué? ¿Por qué?

Enumeró tres causas con los dedos.

—Estás temblando, posiblemente por el ataque. No tengo ni iniciativa de si estás herida o no. Y indudablemente debes haber estado bebiendo.

—No he bebido —exclamé—. Me tocaba conducir a mí esta noche.

Arqueó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Y a quién se suponía que tenías que llevar a casa? Si alguien estuvo contigo esta noche, habrías estado seguro. Pero has salido sola a un estacionamiento oscuro, sin prestar la más mínima atención a eso que te rodeaba. Algo muy responsable, sí.

Súbitamente me puse furiosa. Furiosa con Kennedy por romperme el corazón dos semanas atrás y no estar conmigo esa noche, acompañándome para que va a llegar sana y salva a mi camioneta. Furiosa con Erin por haberme convencido para proceder a esa estúpida fiesta y también más furiosa conmigo misma por haber accedido. Furiosa con el desgraciado semiinconsciente que babeaba y sangraba sobre el asfalto a unos centímetros de mí. Y como un basilisco con el raro que poseía mis llaves y me acusaba de ser una poco

responsable y una imprudente.

—¿Así que es culpa mía que él me hay a agredido? —Tenía la garganta en carne viva, pero hablé más allá del dolor—. ¿Es culpa mía que no logre caminar desde una vivienda hasta mi coche sin que uno de nosotros intente violarme? — En este momento pronuncié y o aquella terrible palabra para que viera que no se encontraba tan afectada.

—¿Uno de nosotros? ¿Me vas a meter en el mismo saco que a ese cabrón? — ha dicho apuntando a Buck pero mirándome a los ojos a mí—. Yo no tengo nada que ver con él.

Entonces fue cuando me fijé en el fino aro plateado que llevaba en el lado izquierdo del labio inferior.

Genial. Se encontraba en un estacionamiento, sola, con un raro ofendido y con piercings en la cara que por el momento poseía mis llaves. No podía aguantar nada más esa noche. Y aunque intentaba sostener la tranquilidad, un sollozo salió de mi garganta.

—¿Puedes devolverme mis llaves, por favor?

Estiré la mano y deseé dejar de temblar de una vez.

Tragó saliva sin dejar de observarme y sostuve la mirada de sus ojos claros. No podía decir de qué color eran en la penumbra, pero contrastaban llamativamente con su pelo oscuro. Su voz en este momento fue más despacio, menos hostil.

—¿Vives en el campus? Deja que te lleve. Luego puedo volver andando para coger mi moto.

Como y a no me quedaban más ganas de debatir, asentí estirando el brazo

para remover mi bolso de en medio. Me ayudó a agarrar la luz de labios, la cartera, los tampones, las gomas del pelo, los bolis y los lápices tirados por el suelo y a meterlos en mi bolso. Lo último que recogió fue un condón con su envoltorio. Él carraspeó y me lo tendió.

—Eso no es mío —dije retrocediendo un poco.

Él frunció el ceño.

—¿Estás segura?

Apreté la mandíbula tratando no volver a ponerme furiosa otra vez.

—Del todo.

Él volvió a ver a Buck.

—Cabrón. seguramente iba a... —Me miró a los ojos y luego otra vez a Buck con el ceño todavía más profundo— eh... esconder las pruebas.

No podía contemplar esa oportunidad. Él se lo metió en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—Luego lo tiro... para que no lo logre recobrar. —Con la frente todavía arrugada, volvió a mirarme, se subió a la camioneta y encendió el motor—. ¿Estás segura de que no deseas que llame a la policía?

Se oyeron unas risas que proceden de la puerta de atrás de la vivienda y yo asentí. Enmarcado precisamente por la ventana central, Kennedy se encontraba bailando, rodeando con sus brazos a una chica que llevaba un vestido de gasa con un escote pronunciado, alas y una aureola. Perfecto. Verdaderamente especial.

En algún instante de mi guerra con Buck había perdido la diadema con cuernos que Erin me había puesto mientras se encontraba sentada en la cama quejándose porque no pretendía proceder a una estúpida fiesta de disfraces. Sin ese accesorio solo era una chica con un vestido rojo muy poco y cubierto de lentejuelas que no me habría puesto ni muerta si no podría haber sido para esa oportunidad.

—Estoy segura.

Los faros iluminaron a Buck cuando hemos proporcionado marcha atrás para escapar del estacionamiento. Se puso una mano frente los ojos y rodó para quedar sentado. Desde esa distancia logré ver que poseía un labio partido, la nariz desviada y un ojo hinchado.

Y menos mal que no conducía y o, porque posiblemente le habría pasado por arriba.

Le di el nombre de mi vivienda cuando me lo pidió y me puse a ver por la ventanilla del acompañante, incapaz de decir ni una palabra más mientras

cruzábamos el campus. Me abracé como si llevara una camisa de fuerza, apretándome fuerte, tratando esconder los estremecimientos que me recorrían cada cinco segundos. No pretendía que los viera, pero tampoco podía detenerlos.

El estacionamiento de la vivienda se encontraba lleno; los sitios con la puerta estaban todos ocupados. Aparcó mi camioneta en un hueco en la parte de atrás,

bajó de un salto y dio la vuelta para hallarse conmigo cuando salía por el lado del acompañante de mi propio coche. Próximo de derrumbarme y perder el control, le cogí las llaves luego de que cerrara con el mando y le seguí hasta el edificio.

—¿Tu carnet? —me pidió cuando llegamos a la puerta.

Mis manos temblaban cuando abrí la solapa frontal de mi bolso y saqué la tarjeta. Cuando me la cogió, vi que poseía sangre en los nudillos y solté una exclamación.

—Oh, Dios mío. Estás sangrando.

Se miró la mano y negó con la cabeza una vez.

—No es nada. La sangre es de él.

Apretó los labios y se giró para pasar la tarjeta por el lector de ingreso de la puerta. Yo me pregunté si tendría intención de ingresar conmigo. No suponía que pudiera aguantar muchísimo más.

Luego de abrir la puerta, me devolvió la tarjeta. A la luz del vestíbulo de la entrada pude verle los ojos con más claridad: eran de un azul grisáceo muy claro bajo unas cejas hundidas.

—¿Seguro que estás bien? —me hizo la pregunta por segunda vez, y sentí que estuve próximo de derrumbarme.

Bajé la cabeza y metí la tarjeta en el bolso y asentí inútilmente.

—Sí, bien —mentí.

Él resopló con incredulidad.

—¿Quieres que llame a alguien?

Negué con la cabeza. Pretendía llegar a mi cuarto para lograr derrumbarme.

—Gracias, pero no.

Pasé a su lado, con precaución de no rozarle, y me encaminé hacia las escaleras.

—¿Jackie? —dijo en voz baja, sin apartarse del umbral de la puerta. Con la mano en la barandilla, nos miramos—. No fué culpa tuya.

Me mordí el labio con fuerza, asintiendo de nuevo antes de girarme y subir corriendo las escaleras, con los zapatos pegando contra los escalones de

cemento. En el rellano del segundo piso me detuve y me volví para ver otra vez hacia la puerta. Se había ido.

No sabía su nombre y no recordaba haberle visto antes, ni tampoco que me lo hubieran presentado; me acordaría de esos ojos claros tan curiosos. No poseía ni iniciativa de quién era... pero acababa de llamarme por mi nombre. Y no era el nombre de mi carnet (Jacqueline), sino Jackie, el alias que todo el planeta utilizaba desde que Kennedy me lo puso en nuestro primer año en el centro.

Dos semanas antes

—¿Quieres subir? ¿O quedarte a pasar la noche? Erin va a pasar el objetivo de semana con Chaz... —Mi voz era cantarina y juguetona—. Su compañero de cuarto está fuera de la región. Lo que supone que y o voy a estar completamente sola...

A Kennedy y a mí nos hacía falta un mes para nuestro tercer aniversario. No había causas para verse tímida. Últimamente Erin había conseguido la práctica de decirnos que parecíamos un viejo matrimonio. A eso que y o siempre le respondía: « Estás celosa» . Y ella me enseñaba un dedo.

—Bueno, subiré un rato.

Se masajeó la nuca mientras entrábamos en el estacionamiento de la vivienda y buscábamos un sitio, con la expresión inescrutable.

Noté que un hormigueo de aprensión me subía por el pecho y tragué saliva con contrariedad.

—¿Estás bien?

Eso de tocarse el cuello era una señal de estrés que y o conocía bien.

Me miró resumidamente.

—Sí, claro.

Estacionó en el primer sitio que descubrió, encajonando el BMW entre dos camionetas. Él jamás, jamás aparcaba su precioso coche de importación en sitios tan justos. Odiaba que le abollaran las puertas. Algo le pasaba. Sabía que se encontraba preocupado por los exámenes de mitad de semestre, más que nada por el de cálculo. Además su hermandad iba a ofrecer una fiesta de bienvenida la noche siguiente, algo estúpido justo el objetivo de semana previo a los exámenes.

Abrí la puerta de entrada del edificio y ascendimos por la escalera de atrás, cosa que nunca hacía cuando iba sola. Pero con Kennedy detrás de mí, todo lo que percibí fueron paredes lúgubres adornadas con chicles y un olor a rancio, agrio. Subí corriendo el último tramo de escaleras y llegamos al pasillo.

Le miré mientras abría la puerta y meneé la cabeza al notar el encantador dibujo de un pene que alguien había garabateado en la pizarrita blanca que Erin y yo utilizábamos para intercambiarnos notas entre nosotras y con las otras compañeras de pasillo. Las residencias mixtas son algo menos maduro de lo que dicen en las webs de las universidades. En ocasiones aquello era como vivir con una panda de críos de 12 años.

—Mañana durante la noche puedes decir que estás enfermo —dije poniéndole la palma sobre el antebrazo—. Y quedarte aquí conmigo... Nos esconderemos y pasaremos el objetivo de semana aprendiendo, pidiendo comida y ... realizando otras ocupaciones que reducen el estrés...

Le sonreí, traviesa. Él se miró los zapatos.

El corazón se me aceleró y súbitamente sentí calor. Algo iba mal. Pretendía que lo soltara, fuera lo que fuese, porque en mi cabeza no aparecían más que opciones alarmantes. Hacía tanto tiempo que no teníamos un inconveniente o un

conflicto en serio que me sentía completamente perdida.

Entró en mi cuarto y reposó en la silla de mi escritorio, no en la cama. Me acerqué a él hasta que nuestras rodillas se tocaron, deseando que me

dijera que solo se encontraba de mal humor o preocupado por los exámenes. El corazón me latía con fuerza cuando le puse una mano en el hombro.

—¿Kennedy ?

—Jackie, debemos comentar.

El martilleo del pulso en mis oídos empeoró y mi mano cayó de su hombro. Me la cogí con la otra y me senté en la cama, a un metro de él. Poseía la boca tan seca que no podía tragar saliva, bastante menos comentar.

Estuvo en silencio, evadiendo mi mirada, en el transcurso de un par de minutos que a mí me parecieron una eternidad. Por fin levantó la visión para mirarme. Aparentaba triste. Oh, Dios. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios...

—He tenido algunos problemas... últimamente... con otras chicas.

Parpadeé y me alegré de estar sentada. Las piernas me habrían fallado y habría caído redonda al suelo si estuvo parado.

—¿Qué deseas decir? —dije con un graznido—. ¿Qué deseas decir con eso de «problemas» y «otras chicas»?

Suspiró intensamente.

—No es eso, no del todo. Quiero decir que no he hecho nada. —Apartó la visión y volvió a suspirar—. Pero pienso que me agradaría.

Pero ¿qué demonios...?

—No lo entiendo.

Mi cabeza funcionaba a mil por hora para encontrarle la parte buena a aquello, pero todas las opciones que se me ocurrían eran todavía peores.

Se levantó y recorrió la cuarto dos ocasiones antes de volver a sentarse en el borde de la silla, inclinándose hacia enfrente con los codos sobre las rodillas y las manos unidas.

—Ya sabes lo considerable que es para mí llevar a cabo carrera en el tema del derecho y la política.

Asentí, por el momento incapaz de comentar por el desconcierto y bastante desconcertada para seguirle.

—¿Conoces la hermandad femenina gemela de la mía?

Asentí otra vez, dándome cuenta de que me enfrentaba a eso que me había inquietado cuando se mudó a la vivienda de la hermandad. Aparentemente no me había preocupado bastante.

—Hay una chica... Unos cuantos chicas, de todos modos, que... Bueno... Intenté sostener mi voz racional y serena.

—Kennedy, esto no posee sentido. No puedes estar diciéndome que hiciste eso o que deseas hacerlo...

Él me miró de manera directa a los ojos para que no hubiera confusión.

—Quiero.

Aunque me hubieran dado un puñetazo en el estómago, mi cerebro se hubiera negado a abarcar lo que se encontraba diciendo. Una acometida física habría sido algo comprensible.

—¿Que deseas? ¿Qué demonios deseas decir con que deseas?

Saltó de la silla, caminó hasta la puerta y regresó; una distancia de unos tres metros.

—¿Qué crees que quiero decir? Dios. No me hagas decirlo.

Le miré boquiabierto.

—Y ¿por qué no? ¿Por qué no decirlo? Si te puedes imaginar haciéndolo... ¿por qué coño no decirlo? ¿Y qué va a tener que ver eso con tus proyectos sobre tu carrera?

—Ahora te lo explico. Mira, todo el planeta sabe que una de las peores cosas que puede llevar a cabo un candidato político o un gerente electo es verse envuelto en un alboroto sexual. —Sus ojos se fijaron en los míos con lo que reconocí como su expresión de debate—. Soy humano, Jackie, y si tengo estos deseos debo explotar mientras soy joven y no reprimirlos, si no posiblemente tenga los mismos deseos después, o por el momento peores. Pero accionar entonces sería un desastre para mi carrera. —Extendió las dos manos, impotente—. No tengo más selección que sacarlos de mi cuerpo mientras logre, sin romper mi futuro profesional.

Esto no está pasando» , me dije. El que fué mi novio a lo largo de tres años no está rompiendo conmigo para lograr acostarse desenfrenadamente y sin ninguna vergüenza con sus compañeras de vivienda. Cerré los ojos con fuerza e intenté respirar intensamente, pero no pude. No había oxígeno en aquella cuarto. Le miré, en silencio.

Su mandíbula se tensó.

—Vale, veo que intentar dejarlo de la forma simple fué una mala idea... — ¿Esta es tu iniciativa de una manera « fácil» ? ¿Romper conmigo para lograr

follarte a otras tías? ¿Sin sentirte culpable? ¿De verdad?

—Te estoy diciendo la realidad y nada más que la realidad.

Lo último que pensé antes de coger mi manual de economía y tirárselo fue:

¿Cómo puede usar un tópico de mierda como ese en un instante de esta forma?» .

2

Erin me despertó con su voz.

—Jacqueline Wallace, saca tu culo de la cama y haz el favor de intentar socorrer tu media. Por Dios, si fuera yo la que dejara que un tío me quitara la razón para estudiar, no dejarías de darme la lata.

Hice un sonido para sacarle consideración desde debajo del edredón antes de asomar la cabeza para mirarla.

—¿Qué razón para estudiar?

Se encontraba cubierta en una toalla, con las manos en las caderas, recién salida de la ducha.

—Ja, ja. Muy divertida. ¡Arriba!

Sorbí por la nariz, pero no me moví.

—Voy bien en todas las otras materias. ¿No puedo suspender esta?

Me miró boquiabierta.

—Pero ¿te estás oyendo?

Sí que me se encontraba oyendo. Y se encontraba tan indignada con mis sentimientos cobardes como Erin, si no más. Pero solo reflexionar en sentarme con Kennedy en una clase de una hora a lo largo de tres días por semana me resultaba molesto. No podía estar segura de lo que su recién estrenado estado de soltería significaría en relación a flirteos evidentes o ligues, pero fuera lo que fuese, no pretendía verlo con mis propios ojos. Imaginarme los datos y a era bastante.

Si no le hubiera presionado para que escogiéramos una asignatura juntos ese semestre... Cuando nos apuntamos a las clases para el otoño, él me hizo la pregunta por qué pretendía coger economía (una asignatura que no era obligatoria para mi licenciatura en educación musical). En este momento me preguntaba si él pensaba, y a entonces, que lo nuestro se encontraba llegando a su fin. O si y a lo sabía.

—No puedo.

—Puedes y lo vas a llevar a cabo. —Me arrancó el edredón—. En este momento levántate y métete en la ducha. Tengo que llegar a francés puntual o monsieur Bidot no va a dejar de hacerme cuestiones en passé composé sin piedad. Solamente puedo con el pasado en mi idioma. Dios sabe que no sé utilizarlo en français a estas horas de la

mañana.

Me arrastré fuera de la cama y llegué a la puerta de la clase a las nueve en punto, sabiendo que Kennedy, comunmente puntual, y a podría estar ahí. La clase era grande y poseía gradas ascendentes. Ingresé por la puerta de atrás y lo vi, en el centro de la sexta fila. El taburete que había a su derecha (mi asiento) se encontraba vacío. El doctor Heller había pasado un gráfico de los asientos la segunda semana de clase y lo utilizaba para vigilar la asistencia y anotar los puntos por la participación en clase. Tendría que comentar con él luego de la clase porque no poseía intención de volver a sentarme en ese sitio jamás más.

Mis ojos examinaron las filas de atrás. Había dos sitios libres. Uno se encontraba tres filas más abajo, entre un chico que apoyaba la cabeza en la mano, dormido, y una chica que bebía algo de un vaso grande de cartón y no dejaba de comentar con la que poseía al costado. El otro taburete libre se encontraba en la más reciente fila, al costado de un chico que aparentaba estar dibujando algo en el margen de su libro. Me volví en esa dirección de forma simultánea que entraba el instructor por la puerta del costado de abajo y el dibujante alzaba la visión para estudiar la parte frontal de la clase. Me quedé helada al admitir a mi salvador de dos noches atrás. Si hubiera podido moverme, me habría girado y habría salido corriendo de la clase.

La acometida volvió a mi cabeza y rompió sobre mí como una ola. La impotencia. El terror. La humillación. Me había quedado toda la noche llorando llevada a cabo un ovillo en la cama, agradecida por el mensaje que me llegó de Erin en el que decía que se quedaba con Chaz. No le había dicho lo que me había pasado con Buck, en parte porque sabía que se iba a sentir responsable por haberme hecho proceder a la fiesta y haber dejado que me fuera sola, y en parte porque pretendía olvidarlo.

—Si todo el planeta toma taburete, por favor, empezaremos.

La cita del instructor me sacó de mi estupor; y o era la exclusiva que se encontraba parado. Me lancé hacia la silla vacía entre la chica que no dejaba de comentar y el chico medio dormido.

Ella me miró, sin parar ni un segundo su relato de lo que le había pasado el objetivo de semana y lo llevada a cabo polvo que había estado, dónde y con quién. El chico solo abrió los ojos lo justo para saber que me había sentado en la silla que había a su lado, pero no se movió.

—¿Está ocupado? —le susurré.

Él negó con la cabeza y murmuró:

—Lo se encontraba. Pero dejó la clase. O por lo menos y a no viene. No sé.

Saqué un cuaderno de mi bolso, aliviada. Intenté no ver a Kennedy, pero el ángulo del taburete me lo ponía complicado. Su pelo rubio ceniza muy bien peinado

la camisa sin una arruga, abrochada hasta arriba, que me eran tan familiares, atraían mi mirada siempre que se movía. Le había visto cambiar de estilo para pasar de un pequeño que llevaba pantalones cortos de chándal y zapatillas de deporte

todos los días, hasta el chico que mandaba sus camisas a medida a la tintorería para que las plancharan, mantenía los zapatos immaculados y siempre aparentaba que acababa de salir de la portada de una revista. Había visto a bastante más de una profesora girar la cabeza al verle pasar antes de apartar la

mirada de ese cuerpo especial y contraindicado.

El penúltimo año de centro habíamos estado en clase de lengua juntos. Él se fijó en mí desde el primer día, dirigiendo su sonrisa con hoy uelos hacia mí antes de sentarse, invitándome a unirme a su grupo de estudio, preguntándome por mis proyectos para el objetivo de semana... y, por último, convirtiéndose en parte de ellos. Jamás me habían perseguido con tanta seguridad. Como encargado de nuestra clase, conocía a todo el planeta y hacía enormes esfuerzos por familiarizarse con todos. Como deportista, era la partida del conjunto de béisbol. Como estudiante, su media académica se encontraba entre el diez por ciento que encabezaba todas las listas. Como integrante del conjunto de enfrentamiento, se le conocía por sus argumentos concluy entes y su récord jamás superado.

Como novio era tolerante y atento y jamás me presionaba bastante. Jamás olvidaba un cumpleaños o un aniversario. Jamás me hacía dudar de sus pretenciones para nosotros. Cuando lo nuestro fue oficial, me cambió el nombre y todo el planeta siguió su ejemplo, y o incluida.

—Tú eres mi Jackie —me ha dicho refiriéndose a la mujer de John F. Kennedy, el presidente que le daba nombre y su ídolo personal.

No poseía ningún vínculo con él. Su nombre se debía a que sus padres eran raramente políticos... y se ponían en la palestra el uno al otro todo el tiempo. Poseía una hermana que se llamaba Reagan y un hermano llamado Carter.

Habían pasado tres años desde que renuncié a mi nombre, Jacqueline, y en este momento luchaba todos los días por recobrar esa parte original de mí que había dejado a un lado por él. Y no era lo exclusivo a eso que había renunciado, ni lo de mayor relevancia. Solo era lo exclusivo que podía recobrar.

Entre intentar evadir ver a Kennedy a lo largo de cincuenta minutos seguidos y que llevaba dos semanas sin proceder a clase, mi cerebro se mostraba torpe y no cooperaba. Cuando la clase acabó, me percaté de que había absorbido muy poco de la asignatura.

Seguí al doctor Heller a su despacho, repasando mentalmente numerosas proposiciones para que me diera una ocasión para ponerme al día. Hasta ese instante no me había importado suspender la asignatura. Pero en este momento que la oportunidad se había convertido en una posibilidad, se encontraba aterrada. Jamás había suspendido nada. ¿Qué les diría a mis padres y a mi tutor? Este suspenso permanecería en mi expediente para el resto de mi vida.

—Muy bien, señorita Wallace. —El doctor Heller sacó un manual y una pila de notas desordenadas de su viejo maletín y se paseó por la oficina como si y o

no estuviera ahí de pie—. Exponga su caso.

Carraspeé.

—¿Mi caso?

El instructor me miró cansinamente por arriba de sus gafas.

—Se ha perdido dos semanas terminadas de clase, incluyendo el examen de mitad de semestre, y hoy tampoco vino. Asumo que vino a mi despacho con la intención de enseñar alguna clase de explicación para explicarme por qué no debería suspenderla en macroeconomía. Y y o estoy aguardando, ansioso y

conteniendo la respiración, oír su aclaración. —Suspiró y colocó el libro en una estantería—. Siempre pienso que las he escuchado todas, pero y a me han asombrado antes. Por eso inténtelo. No tengo todo el día y sospecho que usted tampoco.

Tragué saliva.

—He estado en clase hoy, pero me he sentado en un taburete diferente.

Asintió.

—Creeré su palabra en relación a ese asunto porque se ha acercado a mí al terminar la clase. Eso es un día de participación a su favor... lo que suma un cuarto de punto en la nota. Todavía tiene seis días perdidos de clase y un cero en su examen primordial.

Oh, Dios. Como si acabaran de remover un tapón, el revoltijo de excusas y explicaciones comenzó a salir por mi boca.

—Mi novio rompió conmigo y está en la clase y no puedo aguantar verle, bastante menos sentarme a su lado... Oh, Dios mío, no he hecho el examen de mitad de semestre. Voy a suspender. Jamás he suspendido una asignatura en mi vida.

Como si ese alegato no fuera bastante vergonzoso, los ojos se me llenaron de unas lágrimas que próximamente rebosaron. Me mordí el labio para evadir sollozar, viendo fijamente la mesa del instructor, incapaz de enfrentarme a la expresión de repulsión que me imaginé que tendría.

Oí su suspiro en el mismo instante en que un pañuelo de papel nació en mi campo de perspectiva.

—Es su día de suerte, señorita Wallace.

Cogí el pañuelo y me lo pasé por las mejillas húmedas, mirándole con cautela.

—Da la al azar de que tengo una hija un algo más joven que usted. Hace poco tuvo que aguantar una separación algo desagradable. Mi estudiante capaz y ligera que saca todo dieces se transformó, en el transcurso de un par de semanas, en un desastre emotivo que no podía llevar a cabo otra cosa que llorar, reposar y llorar todavía más. Y luego volvió a ser ella misma y tomo la decisión de que ningún chico le iba a arruinar su expediente estudiantil. Por medio de mi hija, le voy a ofrecer una ocasión. Una. Si la estropea, va a recibir la nota que se merece en el final del semestre. ¿Lo ha comprendido?

Asentí mientras caían más lágrimas.

—Bien. —Mi instructor se revolvió fastidioso y me pasó otro pañuelo—. Oh, por el cariño de Dios... Como le dije a mi hija, no hay un hombre en el planeta que se merezca esa proporción de angustia. Lo sé; y o además fui uno de ellos. —Escribió algo en una hoja de papel y me la pasó—. Ahí tiene el mail de un instructor especial que otorga clases de mi asignatura, Landon Maxfield. Si no sabe que otorga clases grupales suplementarias, le sugiero que se reporte. Y indudablemente además va a requerir clases particulares. Este chico fue un estudiante increíble en mi clase hace dos años y transporta impartiendo mi asignatura desde ese momento. Le daré a él los datos del trabajo que va a tener que llevar a cabo para sustituir su examen de mitad de semestre.

Se me escapó otro sollozo cuando le di las gracias y me pareció que se

encontraba próximo de explotar por la irritación.

—Bien, sí, claro, de nada. —Sacó el gráfico con los asientos—. Dígame dónde se va a sentar a partir de ahora para que logre conseguir esos cuartos de punto por la asistencia.

Le señalé mi nuevo sitio y él escribió mi nombre en el cuadrado correspondiente.

Había tenido suerte. Todo lo que poseía que llevar a cabo era ponerme en contacto con el tal Landon y llevar a cabo un trabajo. No podía ser muy complicado, ¿no?

La cola del Starbucks del centro académico era ridículamente extendida, pero llovía y y o no se encontraba de humor para atravesar la calle y empaparme hasta llegar a la cafetería indie que había justo al escapar del campus para hallar la dosis de cafeína que necesitaba antes de mi clase de la tarde. Y además, aunque no poseía nada que ver, ahí era donde indudablemente podría estar Kennedy ; íbamos ahí básicamente día tras días luego de comer. Por principios él rechazaba las monstruosidades corporativas como Starbucks, inclusive aunque el café fuera mejor.

—No hay forma de que me dé tiempo a atravesar el campus y llegar a tiempo si tengo que llevar a cabo esta cola —gruñó Erin enojada, inclinándose para contar cuánta gente teníamos delante—. Nueve personas. ¡Nueve! ¡Y cinco aguardando los cafés! ¿Quién demonios son todas estas personas?

El tío que se encontraba enfrente de nosotras nos miró por arriba del hombro con el ceño fruncido. Erin le miró con un ceño precisamente igual y y o apreté los labios para evadir reírme.

—¿Adictos a la cafeína como nosotras? —sugerí.

—Vay a —resopló y me cogió el brazo—. se me olvida... ¿Has escuchado lo que le pasó a Buck el sábado durante la noche?

Me dio un vuelco el estómago. La noche que y o solo pretendía olvidar no dejaba

de perseguirme. Negué con la cabeza.

—Le atracaron en el estacionamiento de detrás de la vivienda. Unos cuantos tíos intentaron sacarle la cartera. Dice que posiblemente serían unos mendigos... Esas son las cosas que debemos aguantar por tener un campus exactamente en el centro de una enorme localidad. No se llevaron nada, los muy cabrones, pero le han despedazado la cara. —Se acercó un poco—. De hecho, y o pienso que está más bueno de esta forma. Grrr... y a sabes.

Me sentí mortal ahí parado, muda y fingiendo interés en lugar de denegar la aclaración que Buck había dado de lo que había pasado para que acabara con la cara llevada a cabo un mapa.

—Qué asco. Pienso que voy a tener que tomar un Red Bull para evadir establecerme dormida a lo largo de ciencias reglas. No puedo llegar tarde, hoy nos irá a llevar a cabo un test. Te veo luego del trabajo.

Me dio un corto abrazo y salió.

Avancé con el resto de la cola mientras mi cabeza repasaba lo que pasó el

sábado durante la noche por enésima vez. No podía librarme de aquella sensación de puerta de inseguridad. Jamás fué ajena al hecho de que los hombres son más fuertes: Kennedy me había cogido en sus brazos más ocasiones de las que podía acordarse, y una vez me colgó sobre su hombro y subió un tramo de escaleras mientras y o me agarraba a su espalda, cabeza abajo y riéndome. Él destapaba con simplicidad tarros que y o no podía abrir y movía muebles que y o solamente podía mover. Y la superioridad de su fuerza era visible cuando se ponía encima de mí, con los bíceps duros bajo mis manos.

Dos semanas atrás me había despedazado el corazón y y o no me había sentido nunca tan dolida, tan vacía.

Pero él jamás había usado su fuerza física contra mí.

No, eso fué cosa de Buck. Buck, un tío bueno del campus que jamás había tenido inconvenientes para hallar a la chica que quisiera. Alguien que jamás había dado ni la más mínima indicación de que podía o pretendía hacerme inconveniente, no de que se hubiera dado cuenta de mi vida ajeno del hecho de que era la novia de Kennedy. Podía culpar al alcohol... pero no. El alcohol descarta las inhibiciones, pero no hace una crueldad criminal que no se encontraba ahí previamente.

—Siguiente...

Sacudí la cabeza para salir de mi ensoñación y miré al otro lado del mostrador, lista para llevar a cabo mi pedido recurrente, pero me hallé frente a mí al chico del sábado durante la noche. El que había evitado esa mañana al sentarme en economía. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Y de nuevo, la noche del sábado volvió de golpe a mi cabeza. Me ruboricé al acordarse la posición donde me había visto, lo que debía de haber presenciado antes de

intervenir, lo idiota que debía de reflexionar que era.

Pero la realidad es que había dicho que no era culpa mía.

Y me había llamado por mi nombre, el que no utilizaba desde hacía dieciséis días.

En el transcurso de un segundo tuve el deseo de que él no se acordara de quién era, pero no me fue concedido. Al mirarle a sus penetrantes ojos logre ver que lo recordaba todo con claridad. Todos y todos los vergonzosos datos. Me ardía la cara.

—¿Su pedido, por favor?

Su pregunta me sacó de mi desorientación. Su voz sonaba tranquila, pero sentí la exasperación de los usuarios en movimiento que poseía detrás.

—Un café americano mediano. Por favor. —Balbuceé de tal forma que esperaba que me pidiera que lo repitiera.

Pero escribió sobre la taza de papel, instante en el que noté ámbas o tres capas de venda blanca que le envolvían los nudillos. Le pasó la taza a la persona que hacía el café y marcó el valor en la caja mientras y o le daba mi tarjeta de crédito.

—¿Estás bien? —me hizo la pregunta, unas expresiones aparentemente casuales pero a la vez muy repletas de concepto entre nosotros. Pasó la tarjeta y me la devolvió con el recibo.

—Sí, bien. —Los nudillos de su mano derecha poseían rozaduras, pero no abrasiones graves. Cuando cogí la tarjeta y el recibo, sus dedos rozaron los míos. Yo aparté bruscamente la mano—. Gracias.

Abrió bastante los ojos, pero no ha dicho nada más.

—Yo quiero un macchiato grande con caramelo. Con leche desnatada y sin nata.

La chica que había detrás de mí, impaciente, logró su pedido por arriba de mi hombro, sin tocarme pero ejerciendo mucha presión sobre mi espacio esencial como para que pudiera sentirme práctica.

Él tensó la mandíbula imperceptiblemente al dirigir la mirada hacia ella. Marcó la taza, le ha dicho el valor con tono cortante y su mirada se dirigió hacia mí de nuevo cuando me apartaba. No sé si volvió a mirarme luego. Esperé mi café al otro radical de la barra y luego me fui apresuradamente sin agregarle el chorrillo de leche y los tres sobrecitos de azúcar, como hacía comunmente.

Macroeconomía era una asignatura corta, por eso había muchas personas, posiblemente unos doscientos estudiantes. Podría evadir el contacto visual con dos chicos entre tanta gente las seis semanas que quedaban del semestre de otoño, ¿no?

3

Muy obediente, le escribí un mail al instructor especial de economía luego de clase, en relación volví a la vivienda. Luego comencé con mis deberes de historia del arte. Mientras escribía un trabajo sobre un escultor neoclásico y su

predominación más que nada ese estilo, le di las gracias en silencio a la neurótica que llevaba dentro por haberme hecho continuar asistiendo a todas las clases excepto a la de economía.

Con Erin haciendo un trabajo, podía tener toda una tarde de estudio relajado. En nuestra microscópica cuarto, ella no podía evadir ser una distracción recurrente. Mientras intentaba estudiar para un examen de álgebra la semana previo, se había producido la siguiente conversación:

—¡Necesito comprarme esos zapatos para el trabajo, papi! —dijo comentando por su teléfono—. ¿No querías que aprendiera el valor del trabajo mientras se encontraba en la facultad? Siempre me dijiste que un individuo hay que vestir para vencer y en este momento solo estoy tratando llevar a cabo caso a tus sabias expresiones.

Cuando me miró puse los ojos en blanco. Mi compañera de cuarto era encargada en un lugar de comidas pijo del centro, un ya que utilizaba muchas veces como explicación para pasarse de su presupuesto para ropa. ¿Zapatos de trescientos USD, fundamentales para un trabajo por el que le pagaban nueve USD la hora? Reprimí una risa cuando ella me logró un guiño. Su padre siempre cedía, más que nada cuando le llamaba « papi » .

No esperaba que Landon Maxfield me contestara ágil. Era estudiante de último curso y, además, instructor especial para una clase colosal como la del doctor Heller, por eso seguramente podría estar ocupado. Además se encontraba segura de que no le iba a encantar ofrecerle clases a una estudiante de segundo que se había saltado el examen de mitad de semestre y dos semanas de clase y que jamás había asistido a una de sus clases grupales de apoyo o. Pero se encontraba preparada para demostrarle que me iba a esforzar para ponerme al día y dejar de necesitarle tan rápido como fuera viable.

Quince minutos luego de escribirle, sonó la alarma de mi correo de entrada. Me respondió en el mismo tono formal que yo había elegido. Al

escribirle cambié constantemente la forma de dirigirme a él: primero usé su nombre de pila en el encabezamiento del correo, luego su apellido, y por último me tomé la decisión por un formal « Señor Maxfield» .

Señorita Wallace:

El doctor Heller me informó de su necesidad de ponerse al día en macro y del trabajo que va a tener que llevar a cabo para sustituir su examen de mitad de semestre. Como él ya ha aprobado este sistema, no hay necesidad de que me explique las causas por las que se ha retrasado tanto. Soy el instructor especial de la asignatura, por eso estas funcionalidades forman parte de mi trabajo.

Tenemos la posibilidad de vernos en el campus, preferentemente en la biblioteca, para comentar sobre el trabajo. El doctor me especificó que va a requerir una profunda documentación externa por su lado. Además me indicó el nivel de asistencia que debo proporcionarle. Fundamentalmente quiere ver lo que puede llevar a cabo usted por sí sola. Pero yo estaré utilizable para responderle cuestiones en general.

Mis clases grupales de acompañamiento son los martes, miércoles y jueves de las 13.00 a las 14.00, pero en ellas trato el material de hoy de la clase. Asumo que va a necesitar asistencia para abarcar el material de las clases que ha perdido. Hágame entender las horas que tiene accesibles para clases particulares y nos coordinamos desde ahí.

LM

Se me tensó la mandíbula. Aunque era muy bien educado, el tono de su correo rezumaba condescendencia... inclusive la firma del final: « LM» . ¿Estaba siendo interesante o informal, o se encontraba ridiculizando mis intentos de sonar como una estudiante seria y madura? Había aludido a la separación en mi correo inicial, aguardando que quisiera o me pidiera datos. En este momento sentía no solo que se burlaba al notar lo que me había pasado, sino que pensaba mal de mí por haber dejado que una crisis en una relación afectara a mi vida académica.

Leí el correo otra vez y me enfadé todavía más. Por eso suponía que era bastante tonta para abarcar el material de la asignatura por mi cuenta, ¿eh?

Señor Maxfield:

No puedo ayudar a sus clases grupales porque tengo historia del arte los martes y miércoles de las 13.00 a las 14.30 y doy clases a estudiantes de centro los jueves a esa misma hora. Vivo en el campus y estoy utilizable para quedar a más reciente hora de la tarde los lunes y miércoles y la mayor parte de las noches. Además estoy libre los últimos días de la semana cuando no tengo que ofrecer clases particulares.

He empezado a leer el material de la asignatura sobre el PNB,

el IPC y la inflación y estoy haciendo un trabajo en las cuestiones de comprensión del final del capítulo 9. Si quiere que quedemos para comentar de las informaciones del trabajo, estoy segura de que podré ponerme al día con el material regular del curso por mi cuenta.

Jacqueline

Pulsé « Enviar» y me sentí superior a lo largo de unos veinte segundos. De todos modos solamente le había echado una mirada al capítulo 9. Hasta la actualidad se aparentaba poco a los comprensibles gráficos de oferta y demanda y era más bien un galimatías con signos de dólar y modificaciones confusas introducidas a la suerte. Con respecto al PNB y el IPC, sabía lo que significaban las siglas... O suponía saberlo más o menos.

Oh, Dios, acababa de negar con altanería al instructor especial que me había sugerido mi profesor... El instructor que no se encontraba obligado a darme una segunda ocasión, pero me la había dado.

Cuando sonó otra vez la alarma de mi correo de entrada, tragué saliva antes de abrirlo. Había un nuevo mensaje de Landon Maxfield.

Jacqueline:

Si escoges ponerte al día por tu cuenta, eso es prerrogativa tuya, desde luego. Recopilaré la información acerca de el trabajo que el doctor Heller quiere que hagas y tenemos la posibilidad de vernos, digamos, ¿el miércoles luego de las 14.00?

LM

D.: ¿De qué asignatura das clases particulares?

Su respuesta no aparentaba enojada. Era cortés. Inclusive interesante. Se encontraba tan sensible recientemente que no podía evaluar nada con claridad.

Landon:

Doy clases particulares de contrabajo a estudiantes de música de orquesta (instituto). Acabo de acordarse que he quedado este miércoles por la tarde para llevar dos de los instrumentos de mis estudiantes (tengo una camioneta para llevar mi propio instrumento y siempre me inundan de necesidades para llevar por todos lados instrumentos, sofás, colchones...).

¿Estás libre alguna noche? ¿O el sábado?

JW

Tocaba el contrabajo desde que poseía diez años. En cuarto curso, uno de los dos contrabajistas de la orquesta tuvo un reducido encontronazo jugando al fútbol americano la segunda semana del curso, que terminó en una clavícula rota. Nuestra profesora de orquesta, la señora Peabody, se fijó en el extenso grupo de violinistas y rogó que alguien se cambiara de instrumento.

—¿Algún voluntario? —suplicó.

Como ningún otro se recomendó voluntario, y o levanté la mano.

Inclusive el instrumento achicado me hacía parecer chiquita en esa Etapa; necesitaba subirme a un banquito para tocarlo, algo que producía muchas burlas entre mis camaradas de clase. Las oportunidades de llevar a cabo el ridículo jamás se terminan en el colegio.

—Cariño, ¿no es una selección de instrumento un poco rara para una niña? — me hizo la pregunta mi madre. Por el momento irascible por mi negativa a estudiar piano (el instrumento de su elección) y decidirme por el violín, se mostró rápidamente reticente frente mi novedosa prioridad.

—Sí.

Me quedé viendo fijamente a mi madre y ella puso los ojos en blanco. Y desde ese momento jamás había perdido ese desdén por el instrumento que y o había llegado a amar y que me encantaba tocar por la manera en que asentaba y dirigía al resto de la orquesta. Además me encantaba la incredulidad en las caras de los otros participantes en las disputas regionales, su seguridad en que y o no era tan buena como ellos por culpa de mi sexo... y la forma que y o poseía de mostrar que sin lugar a dudas era mejor.

Para cuando cumplí los quince y a había llegado a mi estatura de uno setenta y podía tocar un instrumento que era tres cuartas partes del tamaño

estándar, sin cambios de altura, aunque el instrumento y y o estábamos más o menos igualados.

A lo largo de el pasado año les había estado dando clases particulares a estudiantes locales, todos ellos chicos y todos ellos arrogantes o impertinentes conmigo hasta que me oyeron tocar.

Jacqueline:

¿Contrabajo? Interesante.

Esta semana tengo ocupadas las noches y tampoco puedo la mayor parte de los últimos días de la semana. No quiero perder tiempo así mismo, por eso te enviaré la información del trabajo esta noche y vamos intentando lo primordial por correo hasta que tengamos la posibilidad concordar las agendas, ¿te se ve

bien?

LM

D.: Te tendré presente si me compro algún electrodoméstico grande o si tengo que llevar a cabo una mudanza.

Landon:

Sí, me va bien, gracias (que me envíes la información del trabajo, no tu descarada intención de usar la aptitud de mi camioneta. ¡Igual que mis amigos! Ellos se ahorran rentar una furgoneta y los costos de transporte y a mí me abonan con cervezas).

JW

Jacqueline:

Te envío los datos del trabajo cuando llegue a casa y puedes consultarme lo que necesites sobre ellos.

El sistema de trueque es sencillamente la economía primitiva en desempeño, ya conoces. (Y ¿tienes edad para beber cerveza?).

Landon:

Dios me libre de quejarme de un uso efectivo de la economía prehistórica. Y sospecho que los amigos que me abonan en cerveza son superiores que los que no me abonan en absoluto. (Mi edad... pienso que ni el trabajo de instructor especial de economía te ofrece derecho a preguntar por ese tipo de

información personal).

JW

Jacqueline:

Touché. Tendré que confiar en tu palabra y aguardar que no me detengan por suministrarle alcohol a una menor.

Tienes razón: los universitarios empobrecidos y sin los bienes que se necesitan, como yo mismo, respetamos los procedimientos certificados por la utilización en nuestras negociaciones de transporte.

LM

Sonreí frente la abierta admisión de que se encontraba sin blanca y me desmoroné cuando lo contrasté con la sensación de autoimportancia que se daba Kennedy por su coche. Justo antes de graduarnos en el centro, sus padres le brindaron su Mustang con dos años a su hermano de dieciséis, que había despedazado su jeep el objetivo de semana previo, y como obsequio de graduación adelantado reemplazaron el Mustang de Kennedy por un BMW negro brillante recién comprado, con todas las prestaciones accesibles, incluyendo unos mullidos asientos de cuero y un sistema de estéreo que se oía desde una manzana a la redonda.

¡Basta! Poseía que dejar de relacionar todo lo que pasaba en mi vida con Kennedy. Entonces me percaté de que seguía siendo una clase de modo por defecto. A lo largo de los últimos tres años nos habíamos convertido en la práctica del otro. Y aunque él había roto con su práctica conmigo al dejarme, y o no había abandonado mi práctica con él. Aún lo poseía encadenado a mi

presente y a mi futuro. Pero en este momento pertenecía solo a mi pasado y y a era hora de que empezara a aceptarlo, por bastante que doliera.

En relación llegamos al campus el año uno, Kennedy solicitó ingresar en la hermandad de su padre. Y aunque mi novio sentía esa necesidad de afiliación exclusivista, y o jamás compartí su aspiración. A él no pareció importarle cuando le dije que prefería no precipitarme en relación a ingresar en una fraternidad femenina, mientras que y o apoyara su necesidad de hermandad con vistas a su futuro político. Una vez me mencionó que le gustaba que y o fuera una novia AAH.

—¿AAH? ¿Qué es eso?

Él rio y me explicó:

—Significa « Ajena A las Hermandades» .

Cuando salió de mi cuarto tres semanas atrás no se me sucedió que se se encontraba llevando consigo a mi círculo popular, tan atentamente cultivado. Una vez terminada mi relación con Kennedy, de forma automática dejé de recibir invitaciones a las fiestas de las hermandades, aunque Chaz y Erin podían invitarme a algunas porque y o entraba en la categoría de « cosas admisibles que se tienen la posibilidad de llevar a una fiesta» : chicas y alcohol.

Qué raro. Había pasado de ser una novia ajena a las hermandades a parafernalia festiva.

Encontrarme con grupos de los que antes fueron mis amigos era más que fastidioso. En unas mesas justo a la salida de la biblioteca primordial, chicos

de la hermandad vendían café, zumos y pasteles todas las mañanas a lo largo de una semana para recaudar dinero para el curso de liderazgo. Al otro lado del campus, armadas con parrillas portables, las Tri Delta acampaban en tiendas sobre el césped como reivindicación por la circunstancia de la multitud sin lugar de vida. (Yo le sugerí a Erin que la mayoría de la gente sin lugar de vida no poseían su propia parrilla portátil Coleman ni equipamiento de acampada REI. Ella rio entre dientes y dijo: « Sí, eso les comenté, pero hicieron oídos sordos a mi advertencia»).

No podía salir de la vivienda y tomar ninguna dirección sin encontrarme con gente con la que solo unos días antes había tenido una relación sin adversidades. En este momento apartaban la visión cuando pasaba por su lado, aunque unos pocos aún me sonreían o me saludaban con la mano mientras fingían estar enfrascados en una conversación con otra persona. Aún menos llegaban a decir: « Hola, Jackie» . Jamás les dije que y a no utilizaba ese nombre.

Al inicio Erin insistía en que se encontraba completamente paranoica, pero luego de dos semanas se vio obligada a admitir que poseía razón.

—La gente siente la necesidad de elegir un bando cuando una relación se rompe. Es la naturaleza humana —me había dicho. Sus clases de segundo año de psicología empezaban a ofrecer sus frutos—. De cualquier manera, son unos cobardes. — Le agradecí que estuviera preparada para ignorar su exámen tan propósito para apoyarme.

No me impresionó que básicamente todo el planeta escogiera a Kennedy. Él

era uno de ellos, luego de todo. Él era el extrovertido y encantador futuro jefe mundial. Yo era la novia callada y mona pero un poco rara. Luego de la separación me transformé en una estudiante de segundo año sin hermandad

para todo el mundo... excepto para Erin.

El martes estamos con la pareja más vigorosa del campus: Katie era la presidenta de la hermandad de Erin y D. J. el vicepresidente de la de Kennedy.

—¡Hola, Erin! Un vestido espectacular —le ha dicho Katie como si y o no estuviera ahí. D. J. bajó la barbilla y le sonrió a Erin. Sus ojos me miraron un segundo, pero no reconoció mi vida, igual que había hecho su novia.

—¡Gracias! —respondió Erin—. Gilipollas —murmuró justo luego, entrelazando su brazo con el mío.

Cuando pisé por primera oportunidad la cuarto de la vivienda un algo más de un año atrás, me sentí horrorizada al encontrarme con una compañera de cuarto que personificaba el estereotipo de chica de hermandad. Erin y a se había hecho con la cama que se encontraba más cerca de la ventana. Encima de su cabecera había colocado los brillantes pompones azules y dorados de su centro con las letras recortadas de ERIN, repletas de purpurina dorada. Rodeando las gigantes letras doradas había cartulinas repletas de imágenes de espectáculos de animadoras y recepciones con gigantes players de fútbol americano.

Se encontraba viendo boquiabierta su reflectante lado de nuestra diminuta cuarto, cuando ella nació dando saltitos por la puerta.

—¡Ah, hola! ¡Tú tienes que de ser Jacqueline! ¡Soy Erin!

Me reservé diplomáticamente el comentario que me vino a la cabeza de:

« ¡No me digas!» .

—Como no estabas aquí aún, he elegido una cama. Quisiera que no te importe. Ya he acabado de deshacer las maletas, por eso te puedo ay udar.

Tenía puesta una remera de la facultad que hacía un juego especial con su pelo cobrizo, que se había recogido en una coleta alta. Cogió la más pesada de mis maletas y la tiró sobre la cama.

—He puesto una pizarra en la puerta para que tengamos la posibilidad dejarnos mensajes la

una a la otra; ha sido iniciativa de mi madre, de todos modos, pero me pareció una

sugerencia servible, ¿no crees?

La miré parpadeando.

—Ajá —murmuré mientras abría la cremallera de la bolsa y comenzaba a sacar las pertenencias que había traído de mi casa. Poseía que haber habido algún error. Había rellenado una extendida hoja sobre propiedades deseables en una compañera de cuarto y esta chica aparentaba no tener ni una de las características pedidas. Yo fundamentalmente me había descrito a mí misma: un ratón de biblioteca relajado y estudioso que se iba a la cama a una hora decente. Una chica a la que no le gustaban las fiestas, que no iba a traer a una recopilación interminable de

chicos a nuestro cuarto y que no iba a transformarlo en el suministrador de

cerveza de toda la planta.

—Me llamo Jackie de todos modos —le dije.

—Jackie... qué mono. Pero tengo que admitir que me agrada Jacqueline. Tiene mucha clase. Tienes suerte, ¡puedes elegir! Yo no puedo llevar a cabo bastante con Erin. Menos mal que me agrada, ¿eh? Vale, Jackie, ¿dónde deberíamos colgar este póster de...? ¿Quién es?

Miré el póster que poseía en las manos; un retrato de una de mis cantantes preferidas, que además tocaba el contrabajo.

—Esperanza Spalding.

—No he escuchado comentar jamás de ella. Pero ¡es muy mona! —Cogió un puñado de chinchetas y saltó sobre mi cama para ubicar el póster en la pared —. ¿Qué tal aquí?

Erin y yo habíamos adelantado bastante en quince meses.

4

El miércoles por la mañana llegué un minuto antes de que empezara economía y lo último que me esperaba era encontrarme a Kennedy apoyado en una pared fuera de la clase, intercambiándose el número de teléfono con una aspirante a ingresar en la hermandad Zeta. Ella le devolvió el teléfono, riéndose luego de hacerse una foto a sí misma. Él logró lo mismo, sonriéndole.

Jamás más me iba a sonreír de esta forma a mí.

No me percaté de que me había quedado helada en el sitio hasta que un compañero de clase me dio un golpe con el hombro y me tiró la mochila.

—Perdón —gruñó, pero su tono era bastante más de « quítate de ahí» que de « perdón por haber chocado contigo» .

Cuando me agaché para recobrar mi mochila, rezando para que Kennedy y su admiradora no me hubieran visto, una mano agarró el tirante y recogió la mochila del suelo. Me levanté y me hallé con esos ojos azul grisáceo.

—La caballerosidad no ha muerto aún, y a ves. —Su voz profunda y serena sonaba igual que como la recordaba del sábado durante la noche y de la tarde del lunes, al otro lado del mostrador del Starbucks.

—¿Qué?

Volvió a ponerme el tirante encima del hombro.

—Nada. Ese tío es un capullo. —Señaló al tío que había chocado conmigo, pero podría jurar que sus ojos además habían mirado de arriba abajo a mi ex, que en este momento se encontraba cruzando la puerta mientras se reía con la chica. Los pantalones de chándal naranja brillante de ella poseían la palabra ZETA redactada sobre el trasero—. ¿Estás bien? —Por tercera vez esa pregunta, viniendo de él, poseía un concepto más profundo que la implicación diaria y recurrente.

—Sí, bien. —¿Qué podía lograr que no fuera mentir?—. Gracias. —Me giré y

ingresé en la clase, ocupé mi nuevo sitio y me pasé los próximos 40 y cinco minutos centrando mi atención en el doctor Heller, la pizarra que llenaba de información y mis apuntes. Copié diligentemente gráficas de equilibrio a corto período y demanda agregada y todo me pareció tal galimatías que me percaté de que en el final tendría que suplicarle a Landon Maxfield que me ayudara luego de

todo. Mi orgullo solo iba a ocasionar que me retrasara aún más.

Minutos antes del final de la clase, me giré y busqué algo en mi mochila como explicación para tirarle una mirada al tío de la más reciente fila. Me se encontraba viendo, con el lápiz negro suelto entre los dedos y dando golpecitos con él contra el cuaderno que poseía enfrente. Se encontraba tirado en el taburete, con un codo apoyado en el respaldo y un pie enfundado en una bota apoyado despreocupadamente en el sustento que había bajo la mesa. Cuando nuestras miradas se cruzaron, su expresión cambió sutilmente de inescrutable a una clara sonrisa, aunque un poco cautelosa. Él no apartó la mirada ni cuando yo desvié la atención hacia la mochila un instante, antes de volver a observarle.

Me giré hacia enfrente y noté que mi cara enrojecía.

Había habido tíos que habían exhibido interés por mí a lo largo de los últimos tres años, pero además de unos cuantos enamoramientos breves, que jamás había revelado y bastante menos había hecho nada para convertirlos de todos modos (uno fue mi instructor especial de contrabajo, que iba a la facultad, y otro un compañero de laboratorio de química), jamás me había sentido atraída por otro que no fuera Kennedy. La clase de economía se redujo a un murmullo de fondo mientras yo intentaba elegir si mi respuesta frente este raro era por la vergüenza que persistía, por alguna gratitud por haberme salvado de Buck o si tenía que ver con un fácil enamoramiento. Quizás eran las tres cosas.

Cuando acabó la clase, metí el manual en la mochila y reprimí la necesidad de volver a ver en su dirección. Me entretuve lo bastante para que a Kennedy

a su admiradora les diera tiempo a salir. Cuando me puse parado para irme, el tío eternamente medio dormido que se encontraba a mi lado habló.

—Oy e, ¿qué cuestiones dijo que había que llevar a cabo para hallar un punto plus? Pienso que me he adormilado un instante cuando lo se encontraba diciendo porque mis apuntes son indescifrables. —Miré el sitio que se encontraba mostrándome de sus apuntes y sin lugar a dudas los garabatos se iban volviendo cada vez menos legibles —. De hecho, soy Benji.

—Oh, hum, vamos a ver... —Examiné mi cuaderno y señalé lo que había dicho que había que llevar a cabo, que y o había escrito en la parte de arriba de la página —. Aquí está. —Y mientras él lo copiaba, añadí—: Yo me llamo Jacqueline.

Benji era uno de esos tíos con los que la adolescencia no se había portado bien. Un acné disperso le marcaba la frente. Poseía el pelo bastante extenso y rizado: un óptimo peluquero podría domesticarlo, pero indudablemente va a ir a algún sitio donde te arreglan el pelo por ocho USD, con pantallas planas por todas partes con el canal de deportes sintonizado sin interrupción. Sabiendo cómo poseía el abdomen, tenía la duda que pasara un largo tiempo en el gimnasio de más reciente generación de la facultad. La remera estirada sobre su tripa daba alguna clase de instrucción « amistosa » que era mejor no leer. Sus expresivos ojos marrones y su interesante sonrisa que se los arrugaba de una manera adorable eran

lo exclusivo que llegaba a salvarle.

—Gracias, Jacqueline. Me salvas el cuello. Necesito esos puntos plus. Te veo el viernes. —Cerró el cuaderno—. A menos que me quede dormido de manera

accidental —añadió dedicándome una sonrisa genuina.

Le devolví el gesto mientras me dirigía al pasillo.

—De nada.

Quizás era con la capacidad de llevar a cabo amigos fuera del círculo que poseía con Kennedy. Esta interacción, adjuntado con la deserción de la mayoría de « nuestros » amigos hacia el bando de Kennedy luego de la separación, me logró darme cuenta de lo ligado de él que me había vuelto. Me quedé un poco impactada. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? ¿Porque jamás había planeado que Kennedy y yo podíamos romper?

Una asunción tonta e infantil. Obviamente.

todos habían salido y a de la clase, el tío de la más reciente fila agregado. Sentí una punzada de decepción irracional. Vale, me se encontraba viendo a lo largo de la clase... Eso tampoco era para tanto. Quizás sencillamente se aburría. O se distraía con simplicidad.

Pero cuando salí del sala lo vi al otro lado del atestado pasillo, comentando con una chica de la clase. Se le veía relajado, con una camisa azul marino abierta enseñando la remera gris que llevaba debajo y con la mano metida en el bolsillo delantero de los tejanos. No se percibían músculos debajo de la camisa de manga extendida desabrochada, pero su abdomen se veía chato y el sábado durante la noche había noqueado a Buck y le había hecho sangrar con muy simplicidad. Poseía el lápiz negro colocado encima de la oreja; únicamente se veía la goma rosa de la punta porque el resto desaparecía entre su pelo oscuro y despeinado.

—¿O sea que es una clase de clase especial, pero en grupo? —preguntó la chica retorciéndose un extenso tirabuzón de pelo rubio constantemente en el dedo—. ¿Y dura una hora?

Él se colgó la mochila y se apartó el flequillo ladeado de los ojos.

—Sí, entre la una y ámbas.

Bajó la visión para mirarla, ella ladeó la cabeza y se balanceó un poco modificando el peso, como si estuviera próximo de ponerse a bailar con él. O «para» él.

—Igual me paso. ¿Qué haces luego?

—Trabajar.

Ella resopló irritada.

—Siempre estás haciendo un trabajo, Lucas. —Su tono enfurruñado sonó en mis oídos como un arañazo sobre una pizarra, como me pasaba siempre que oía ese tono en una chica que tuviera bastante más de seis años. Pero por lo menos había ganado algo: en este momento sabía cómo se llamaba.

Entonces él levantó la visión, como si hubiera sentido que y o se encontraba parado ahí,

oyendo a hurtadillas. Me giré en la dirección opuesta y comencé a caminar con paso vivo; era bastante tarde para fingir que no había estado oyendo su

conversación a propósito. Caminé esquivando la muchedumbre de gente que había en el atestado pasillo, dirigiéndome hacia la salida del costado.

Ni en broma iba y o a proceder a esas clases grupales si iba « Lucas» . No sabía lo que significaba (si es que significaba algo) que se me hubiera quedado viendo a lo largo de la clase, pero la manifiesta intensidad de su mirada me hacía sentir fastidiosa. Además, aún se encontraba de luto por mi relación, que se había hecho trozos hacía muy poco. No se encontraba lista para comenzar nada nuevo. Aunque quizás él no se encontraba entusiasmado en mí de esa forma. Estuve próximo de poner los ojos en blanco al darme cuenta de mis propios pensamientos. Había saltado de un interés marginal a una viable relación.

Desde una visión puramente objetiva, seguramente él se encontraba habituados a que chicas como la rubia del pasillo se le tiraran al cuello. Igual que mi ex. Los títulos de Kennedy como encargado de la clase y luego presidente del consejo académico equivalían a cierto estatus de celebridad, y eso a él le encantaba. Me había pasado los dos años anteriores del centro ignorando a las chicas que me poseían envidia por nuestra relación, y que solo esperaban que él terminara conmigo. Cuando dejamos nuestro lugar de vida para proceder a la facultad, y o se encontraba muchísimo más que segura de su lealtad.

Me pregunté cuándo dejaría de sentirme como una imbécil inocente por haberme equivocado tanto depositando mi seguridad en él.

Landon:

Estoy teniendo más inconvenientes con el material de hoy de la clase de lo que suponía, pero no estoy segura de que vaya a poder ayudar en algún momento a una de tus clases grupales. ¡Qué mala suerte para los dos que mi ex no me dejara a inicios del semestre, a tiempo para haber podido desapuntarme de

esta clase! (No te ofendas. seguramente estudias algo de economía y estas cosas te gustan).

He empezado a investigar en periódicos en internet para el trabajo. Gracias por decodificar las advertencias del doctor Heller antes de enviármelas. Si me las hubieras enviado sin traducción, podría estar intentando encontrar un edificio prominente, un paso alto o un depósito de agua desde el que decir «adiós, mundo cruel».

JW

Jacqueline:

Por favor, nada de saltar desde construcciones altas. ¿Te haces un concepto del inconveniente que podría hacerle eso a mi valoración como instructor? Si no hay nada más, por lo menos piensa en el efecto que tendría sobre mí. ;)

Hago hojas de ejercicios para mis clases. Te adjunto las de las últimas tres semanas. Utilízalas como guías de estudio o rellénalas y regresa a enviármelas y observamos cuáles son las cosas que no comprendes.

La realidad es que estudio ingeniería, pero en la carrera nos obligan a cursar economía. De cualquier manera, pienso que todo el planeta debería estudiar esta asignatura... Es un óptimo punto de partida para argumentar cómo el dinero, la política y el comercio trabajan al unísono para hacer el caos total que es nuestro sistema barato.

LM

D.: ¿Qué tal el certamen regional? Y de hecho, tu ex es un imbécil, por supuesto.

Descargué los ejercicios mientras le daba vueltas a su más reciente cita. Tanto si Landon conocía a Kennedy como si no (algo improbable dado el volumen de la facultad y las distintas facultades), él se había puesto de mi lado. Del lado de una chica tan absurdamente trastornada por la separación que se había saltado las clases a lo largo de dos semanas.

Era capaz y entretenido, y luego de solo tres días y a se encontraba deseando hallar su nombre en mi correo de entrada. Súbitamente me pregunté cómo sería. Dios. Justo el día previo iba por el pasillo diciéndome a mí misma que debía ignorar las miradas inquietantes de un tío de mi clase porque necesitaba tiempo para recuperarme de la deserción de Kennedy, y ahí se encontraba, soñando despierta con un instructor que podía ser igualito a Chace Crawford... O a Benji.

No importaba. Necesitaba tiempo para recuperarme, inclusive si Landon poseía razón y Kennedy era un imbécil.

Cliqué en el primer archivo y abrí el manual de economía a la vez que soltaba un suspiro de alivio.

Landon:

Seguramente los ejercicios me van a ser de asistencia. De hecho ya tengo menos miedo a suspender la asignatura. He completado ámbas primeras hojas. Cuando poseas tiempo, ¿puedes echarles una mirada? Gracias otra vez por perder el tiempo conmigo. Intentaré ponerme al día de manera rápida. No estoy acostumbrada a ser esa alumna que es como un grano en el culo.

En el certamen regional poseía dos estudiantes de primer año de academias oponentes rivalizando el uno contra el otro. Los dos me preguntaron (por separado, por medio de Dios) quién era mi preferido. (A los dos les dije que eran ellos, ¿hice mal?). Los dos estaban muy pagados de sí mismos cuando fueron a agarrar sus instrumentos a mi camioneta, y recé para que ninguno de los dos mencionara enfrente del otro que yo le había dicho que era mi preferido. Niños...

¿Ingeniería? No me rara que seas tan listo.

JW

Jacqueline:

Los ejercicios están realmente bien. Te he marcado unos cuantos fallos poco indispensables pero que podrían causarte inconvenientes en un examen, por eso échales una mirada.

Ah, se ve que tus estudiantes están un poco enamorados de ti... No me llama la atención. Una chica de facultad que toca el contrabajo me habría dejado sin expresiones con 14 años.

¡Pues claro que soy listo! Soy el instructor que todo lo sabe. Y, por si te lo estabas preguntando, desde luego tú eres mi favorita. ;)

LM

El sábado durante la noche Erin tuvo la intención de arrastrarme otra vez fuera de nuestra cuarto, ignorando mis manifestaciones y reticencias. En esta

ocasión íbamos a salir solo chicas, Erin, Maggie y y o, por la región de bares para ingresar con documentación falsa en varios clubes.

—¿Es que no te acuerdas cómo me fue en la fiesta del fin de semana pasado?
—le pregunté mientras me dejaba caer un vestido negro configurado sobre los brazos extendidos. Claro que no lo recordaba; no se lo había dicho. Todo lo que sabía era que me había ido próximamente.

—Jacqueline, chica, sé que es complicado. Pero ¡no puedes dejar ganar a Kennedy ! No puedes dejar que te convierta en una ermitaña o que te lleve a cabo tener miedo de hallar a alguien nuevo. Dios, me encanta ese momento: la caza de un chico nuevo, con todo irreconocible y por evaluar, esa proporción de increíbles perspectivas frente a ti, aguardando a que las descubras... Si no me gustara tanto Chaz, podría estar celosa por tu circunstancia.

Por la manera en que ella lo describía, el desarrollo sonaba como una expedición a un conjunto de naciones exótico. No compartía sus sentimientos, ni bastante menos. La iniciativa de hallar a un chico nuevo sonaba agotadora y deprimente.

—Erin, me se ve que no estoy preparada...

—Eso mismo dijiste el objetivo de semana pasado y tampoco te fue tan mal.
—Me miró con el ceño fruncido, pensando, y por enésima vez estuve próximo de contarle lo de Buck—. Aunque te fueras próximamente.

Volvió a colgar el vestido negro que y o no poseía intención de ponerme y me mordí la lengua, dejando pasar la posibilidad otra vez. No se encontraba segura de por qué no podía decírselo. Más que nada poseía miedo de que se pusiera furiosa. Y más irracionalmente, me acobardaba visto que no me creyera. Ninguna de esas respuestas era algo a eso que quisiera enfrentarme; solo

pretendía olvidarlo.

Pensé en Lucas, irritada porque su presencia en economía hacía irrealizable ese desarrollo, porque él se encontraba irrevocablemente conectado con el horror de aquella noche. No me había mirado el viernes (al menos que y o supiera). Todas las ocasiones que conseguí echar una mirada hacia atrás, adonde se encontraba él, aparentaba que estuviera dibujando en lugar de tomando apuntes, con el lápiz agarrado con los dedos muy abajo y una expresión concentrada en la cara. Cuando acabó la clase se colocó el lápiz detrás de la oreja, se volvió y salió del sala sin solo una mirada atrás; fue el primero en atravesar la puerta.

—Esto va a servir para enseñar la mercadería —dijo Erin interrumpiendo mi ensoñación. Frente a mi cara había un top morado elástico de escote bajo. Lo arrancó de la percha y me lo tiró—. Ponte los pantalones pitillo y esas botas que te hacen parecer la novia de un pandillero. De cualquier manera esto va mejor con tu estado de arrojo de « soy dura y sospecho un desafío» . Hay que vestirse para atraer a los tíos correctos, y si te pones bastante mona, los alejarás a todos con esas miradas y esa forma molesto de poner en blanco tus enormes ojos azules.

Suspiré y ella rio, poniéndose el vestido negro por la cabeza. Erin me conocía bastante bien.

Perdí la cuenta del número de copas que Erin me puso en la mano, diciéndome

que como era ella quien debía conducir esa noche, y o poseía que beber por ámbas.

—Tampoco puedo tocar siquiera a ninguno de todos estos tíos buenos, por eso tengo que vivir por medio de ti. Acábate ese margarita, deja de fruncir el ceño

y ponte a ver a alguno de estos tíos hasta que le quede claro que no va a perder una extremidad si te pide que bailes con él.

—¡No estoy frunciendo el ceño! —dije frunciéndolo y acabando la bebida de un trago. Hice una mueca. El tequila económico se negaba a quedar disimulado por una mezcla para margaritas aún más económica, pero eso es lo que se consigue cuando vas a un local donde no cobran entrada y las copas valen cinco USD.

Como aún era subjetivamente próximamente, el chico club que decidimos ocupar aquella noche aún no se encontraba hasta los topes con centenares de alumnos universitarios y nativos, pero lo podría estar próximamente. Erin, Maggie y y o nos hicimos con una mesa cerca de la pista vacía. Luego de terminar las bebidas y asumido mi papel, me moví con la música, soltándome de a poco mientras me reía de las posiciones de animadora de Erin y los movimientos de ballet de Maggie. El primer tío que nos interrumpió se acercó a Erin, pero ella negó con la cabeza mientras pronunciaba la palabra « novio» . Lo dirigió hacia mí y y o pensé:

Para mí, la que no posee novio» . Nada de relaciones. Nada de Kennedy. Nada de « Tú eres mi Jackie» .

—¿Quieres bailar? —me gritó el chico por arriba de la música, revolviéndose como si estuviera próximo de ocultar de un salto si le decía que no. Asentí, tragándome el inservible mal físico. No era la novia de nadie por primera oportunidad en tres años.

Fuimos a un lugar al aire libre a unos metros de Erin y Maggie (que además poseía novio). No necesité un largo tiempo para darme cuenta de que ámbas poseían planeado dirigir hacia mí a todos los tíos que intentaran sacarlas a bailar. Yo era su obra de caridad de esa noche.

Dos horas después había bailado con bastantes tíos para acordarme de con cuántos; me había pasado la mayor parte del tiempo apartando manos descarriadas y rechazando algún copa que no me trajera Erin. Volvimos a

nuestra mesa alta cerca de la pista y apoyamos las caderas en los taburetes que la rodeaban mientras observábamos la actividad de baile que sucedía a lo que nos rodea. Cuando Maggie regresó de su trayecto lleno de sacudidas y piruetas hasta el baño, pregunté si podíamos irnos y a, pero Erin me traspasó con una observación que comúnmente reservaba para los usuarios maleducados del lugar de comidas donde trabajaba. La miré con una sonrisita y le di un sorbo a mi copa.

Supe que detrás de mí había aparecido el siguiente chico y que Erin y Maggie lo aprobaban porque sus ojos se abrieron como platos mientras miraban por arriba de mi hombro. Unos dedos me rozaron la parte de detrás del brazo y yo

respiré hondo y exhalé despacio antes de darme la vuelta. Era Lucas. Sus ojos bajaron hasta mi escote en el transcurso de un segundo, tras lo cual levantó una ceja y me miró a los ojos con una suave sonrisa de disculpa por ver. Los tacones de las botas me estaban destrozando los pies, pero no eran lo muy altos para ponerme a su altura y que pudiera mirarle de manera directa a los ojos.

En lugar de alzar la voz como todos los otros, se acercó a mi escuchado y me preguntó: « ¿Bailas conmigo? » . Sentí su aliento cálido e inhalé el olor de su loción de afeitado (algo básico y masculino) antes de que se apartara sin dejar de mirarme, aguardando una respuesta. Un empujoncito entusiasta entre mis omóplatos me dejó claro el voto de Erin: « Ve y baila con él » .

Asentí y él me cogió la mano y se encaminó a la pista, escurriéndose entre la multitud que se iba abriendo a su paso. Cuando llegamos al gastado suelo de

roble, él se volvió y me acercó a él, sin soltarme la mano. Cuando podemos encontrar el ritmo de la canción lenta, balanceándonos a la vez, me cogió la otra mano y me las colocó tras mi espalda, sujetándomelas con suavidad. Mis pechos rozaron el suyo y me esforcé por no dejar caer una exclamación frente al sutil contacto.

No había dejado que ningún otro me tocara esa noche, negándome categóricamente a bailar las canciones lentas. Mareada de tanto margarita despacio pero en cantidad, cerré los ojos y le dejé llevarme, diciéndome que la distingue se encontraba en el alcohol de mi sangre, en nada más. Un minuto luego me soltó los dedos y extendió la mano sobre la parte baja de mi espalda. Mis manos subieron hasta sus bíceps, tan rígidos como sabía que serían. Seguí mi sendero y mis palmas hallaron unos hombros además endurecidos. Por último entrelacé los dedos tras su nuca y abrí los ojos.

Su mirada era penetrante y el pulso me martilleaba bajo su discreto escrutinio.

Por último me estiré para acercarme a su escuchado y él se inclinó un poco para escuchar mi pregunta.

—¿Qué... qué estudias? —le pregunté en un jadeo.

Con el rabillo del ojo vi que elevaba una comisura de la boca.

—¿De verdad deseas comentar de eso?

Mantuvo la cercanía, nuestros torsos apretados desde el pecho hasta los muslos, precisamente aguardando mi respuesta. No recordaba la más reciente vez que había sentido un deseo tan puro e indescriptible.

Tragué saliva.

—¿En oposición a comentar de qué?

Él rio entre dientes y yo sentí las vibraciones de su pecho contra el mío.

—En oposición a no comentar.

Las manos que poseía en mi cintura me apretaron un poco, los pulgares contra mis costillas y los dedos en la parte baja de mi espalda.

Yo parpadeé, sin abarcar por un instante lo que esas expresiones

significaban, pero dándome cuenta al momento siguiente.

—No te entiendo —mentí.

Él se acercó todavía más, rozando con su despacio mejilla la mía cuando murmuró:

—Claro que me comprendes.

Notando otra vez su olor, limpio y sutil, muy distinta a las colonias popular que llevaba Kennedy, que siempre parecían sobrepasar al perfume que yo llevara, sentí el impulso de llevarle los dedos a la cara y acariciarle la mandíbula recién afeitada; nada de esa forma de frotar tan hot de la barba de

un día. Si me diera un beso en ese instante, uno con pasión, no me dejaría la cara enrojecida y no sentiría nada más que su boca sobre la mía. Y quizás el fino aro que llevaba a un lado del labio...

Ese pensamiento rebelde logró que me quedara sin aliento.

Cuando sus labios me tocaron justo abajo del lóbulo de la oreja, pensé que se encontraba próximo de desmayarme.

—Simplemente bailemos —me ha dicho. Apartándose lo infaltante para lograr mirarme, me atrajo hacia sí y mis piernas obedecieron lo que decía su cuerpo.

5

—¡Joder! Pero ¿quién era ese tío bueno? —Erin conducía con precaución el Volvo sedán que le había regalado su padre, esquivando a la multitud bebida que zigzagueaba por el aparcamiento—. Si no estuviera completamente sobria, pensaría que ese tío era producto de mi creatividad calenturienta.

—Chis —balbuceé con los ojos cerrados. La cabeza no dejaba de darme vueltas apoyada en el reposacabezas—. No me hables de «calenturas».

Erin me cogió la mano y me la apretó.

—Oh, mierda. Lo siento, J. Se me había olvidado.

Habían pasado tres semanas desde la separación, pero no se encontraba preparada para confesar visto que hacía más bien 4 semanas, quizás cinco,

desde la más reciente vez que Kennedy y yo tuvimos un instante íntimo. Debería haberme dado cuenta de que su falta de interés era una señal, en lugar de justificarle en mi cabeza: se encontraba ocupado con las obligaciones de la hermandad y yo ensayaba por lo menos dos horas al día con el instrumento, más cuando poseía ensayo con el grupo. Poseía que sostener su media de todo destacables y yo debía ofrecer clases de música.

Un minuto luego Maggie ha dicho desde el taburete de atrás:

—¡No has respondido a la pregunta, Jacqueline! —Arrastraba las expresiones tanto como yo y pronunció mi nombre en tres sílabas diferenciadas, como si fueran tres palabras—. ¿Quién era ese chico guapísimo y, lo que es de mayor relevancia, por qué no has resuelto tu falta de sexo con él? ¡Mierda, pienso que podría estar preparada para echar a Will de mi cama por pasar una noche con ese tío!

—Zorra —dijo Erin mirándola por el retrovisor y poniendo los ojos en blanco.

Maggie rio.

—En este caso... Bueno, sí.

Las dos se han quedado calladas y me miraron, aguardando que revelara quién era. Revisé mentalmente todo lo que sabía de él. Me había salvado del ataque de Buck, algo que no le había contado a nadie. Le había dado una paliza a Buck, algo que tampoco le había contado a nadie. Me había mirado a lo largo de toda la clase de

economía el miércoles y luego me había ignorado totalmente el viernes, algo

que nadie sabía tampoco. Trabajaba en Starbucks. Y no dejaba de preguntarme si se encontraba bien... pero esa noche no lo había hecho.

Esa noche fué algo totalmente diferente. En un convenio tácito, habíamos bailado numerosas canciones sin parar: lentas, veloces y todo lo que había entre las dos. Sus manos no se apartaron de mi cuerpo, desencadenando una oleada de necesidad que hacía un largo tiempo que no sentía, muchísimo más de 4 o cinco semanas. Sus manos no me habían tocado de manera inapropiada, no había metido los dedos bajo la cintura de mi top, pero de cualquier manera me quemaban la piel que poseían debajo.

Y luego desapareció. Se inclinó, acercó los labios a mi oreja para darme las gracias por los bailes, me llevó de vuelta a mi mesa y desapareció entre la multitud. No volví a verle, por eso no me quedó otra que asumir que se había ido del club.

—Se llama Lucas. Está en mi clase de economía. Y dibuja cosas.

Maggie soltó una risita y le dio un manotazo al taburete de cuero.

—¿Dibuja cosas? ¿Qué tipo de cosas? ¿Chicas desnudas? Ese es comunmente la llegada de los intentos artísticos de los hombres. Y en ocasiones no chicas enteras. Solo lolas.

Erin y yo nos reímos con ella.

—No sé lo que dibuja. Estuvo... realizando un dibujo de algo el viernes. No pienso que prestara mucha atención a la clase.

—¡Oh, no, Erin! —Maggie se inclinó hacia enfrente todo lo que le dejaba el cinturón—. Se ve que ese tío bueno es un mal estudiante. Y y a entendemos lo que eso significa para Jacqueline.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa?

Erin movió la cabeza sonriendo.

—Vamos, J... ¿Alguna vez en tu vida tuviste algo con un chico malo? ¿O con un chico que... eh... tuviera inconvenientes académicos? En otras expresiones, un chico que no fuera... ¡por Dios!... ¿un cerebritito?

Me quedé con la boca abierta.

—¡Pero bueno! ¿Me estáis diciendo que soy una esnob intelectual?

—¡No! No queríamos decir que fueras... No queríamos decir eso, sino que... No parecías indiferente a ese Lucas esta noche mientras los dos bailabais juntos a lo largo de una eternidad. Pero se ve que no es tu tipo habitual...

—¡Mi exclusivo tipo fué Kennedy a lo largo de los últimos tres años! ¿Quién sabe cuál es mi tipo?

—No te enojés. Ya conoces por dónde voy ... No se ve que te gusten los tíos tontos.

—Bueno, ¿y a quién le agradan?

Me rebelé contra la iniciativa de que Lucas fuera imbécil. Quizás no se encontraba animado en economía, pero nada en él le hacía parecer poco capaz.

—Vamos a conocer —dijo Maggie—, pero ¿tú conoces a Will?

Todas nos echamos a reír. El novio de Maggie era un chico muy dulce, y posiblemente podría alzar en el aire una Honda chiquita, pero no iba a ganar ningún premio por su nota media.

—Chaz es más listo que yo... pero eso tampoco es para tanto —reconoció Erin.

Había intentado repetidamente que dejara de menospreciar su cabeza de una media de visibles, pero en algún instante de su historia Erin se había convencido de que no era lista. Le clavé el dedo en el brazo como hacía siempre que soltaba esas tonterías autocríticas.

—¡Hey! ¡Solo estoy siendo sincera!

—No, no es verdad.

—De todas formas —continuó Erin—, se me conoce por andar con lo peorcito y continuar la filosofía de establecerme con lo bueno aunque hay a que taparle la boca si es requisito, les lo creáis o no. —Maggie soltó una carcajada desde la parte posterior del coche y Erin continuó—. ámbas habéis visto al chico que me llevó al baile de fin de curso del último año de centro, ¿no? —Ambas habíamos visto las fotografías que poseía de ese chico: un adonis con

esmoquin con el brazo rodeándole su cintura cubierta de seda—. Qué cuerpo... Madre mía, se encontraba deseando lamerle los abdominales. Poseía que proceder a clases de rehabilitación, pero dejadme que les diga que poseía otros dones y talentos en miles de ocupaciones no académicas.

Se encontraba muy segura de que poseía la cara ardiendo (como siempre que mi compañera de cuarto era tan explícita) y Maggie se se encontraba riendo tanto que le costaba inclusive respirar. Las dos habían llegado a la facultad solteras y con vivencia sexual. Kennedy y yo llevábamos acostándonos desde las vacaciones de invierno del último año, pero yo no había estado con ningún otro. No poseía quejas sobre nuestra vida sexual, aunque ocasionalmente algún artículo de revista o algo que decía Erin me hacían preguntarme si habría algo bastante más de lo que yo conocía.

—¿Y eso prueba...?

Erin me sonrió.

—Prueba que estás lista para la Etapa Chico Malo que llevas bastante tiempo posponiendo.

—Oooh —exclamó Maggie.

—Hum . No creo...

—Exactamente. No crees. Vas a seducir a ese Lucas y usarlo como sustituto de Kennedy para recuperarte. Esa es una cosa buena que tienen los chicos malos: no tienen escrúpulos en el momento de ser el hombre que te ayuda de

rehabilitación porque, de cualquier manera, jamás se quedan un largo tiempo. seguramente vive para ser ese hombre, más que nada en una circunstancia como esta, donde va a poder enseñarte toda clase de cosas traviesas.

Maggie apoyó la loca iniciativa de Erin con un « qué suerte» acompañado de un profundo suspiro.

Pensé en las manos de Lucas en mi cintura, su boca rozándome la oreja, y me estremecí. Recordé su penetrante mirada el miércoles a lo largo de la clase y se me aceleró la respiración. Quizás lo que se encontraba experimentando era la visión del alcohol y todo me parecería diferente por la mañana, pero en ese instante esa iniciativa tan descabellada de Erin comenzaba a no parecérmelo tanto.

Oh, mierda...

Era un manojito de nervios cuando me acerqué a la clase el lunes por la mañana, insegura de si debería comenzar la estrategia que había acordado practicar con mis amigas para tender una trampa a mi desprevenido compañero de clase o si era mejor dejar todo aquello mientras aún podía. Él entró en el sala enfrente de mí y vi que miraba hacia mi nuevo taburete y al que había vació al costado de Kennedy, que y a se encontraba sentado, por medio de Dios. Tuve unos treinta segundos para reconsiderar todo aquello.

Erin y Maggie no habían parado en el, afortunadamente, corto trayecto de vuelta a la vivienda, cada una alimentando el entusiasmo de la otra y jurando que me envidiaban por lo cual se encontraba próximo de llevar a cabo. O con quién iba a llevarlo a cabo. Como Erin no bebió nada más que refrescos light la noche del sábado, el domingo por la mañana saltó de la cama sin resaca y llena de proyectos para la Operación Etapa Chico Malo.

Fingí que poseía más resaca de la que notaba de todos modos solo para ver si se calmaba un poco, pero cuando Erin poseía un concepto en la cabeza era muy complicado de desanimar. Decidida a impartir su inteligencia acerca de cómo seducir a un hombre tanto si y o pretendía escucharla como si no, me puso una botella de jugo de naranja en las manos mientras y o gruñía y tiró de mí para que me sentara. Pretendía ocultar la cabeza bajo las mantas, pero y a era bastante tarde para eso.

Se dejó caer a mi lado.

—Primero, tienes que enfrentarte a todo lo mencionado sin miedo. Seriamente, tienen la capacidad de olerlo. Y ese olor les corta completamente el rollo.

Fruncí el ceño.

—¿Les corta el rollo? Eso es tan... —Intenté suponer en una palabra mejor que « aaay », pero mi cerebro no se había iniciado aún.

—Eso es tan... ¿« cierto » ? ¿Es la palabra que buscas? Mira, los hombres son como los perros. Y las mujeres hemos conocido eso desde el inicio de los tiempos. A los hombres no les agrada que les persigan, les agrada perseguir. Por eso si deseas pillar a uno, tienes que entender cómo lograr que él te persiga.

La miré con los ojos entornados. « Arcaico, sexista y degradante », dijo mi cerebro rellenando el hueco del « aaay », aunque bastante tarde. Su criterio no debería sorprenderme; y a la había escuchado decir cosas como esa antes. Pero jamás había considerado esas declaraciones improvisadas como parte de todo un credo.

Me bebí medio jugo antes de responder.

—Y dices todo eso en serio.

Ella arqueó una ceja.

—Ahora es cuando no tengo que decir eso de « la realidad y nada más que la verdad» , ¿no?

Hora de lanzarse.

Inspiré hondo. Me quedaban tres minutos hasta que empezara la clase. Erin mencionó que necesitaría un minuto, como más alto dos.

—Pero dos es bastante —insistió— porque entonces parecerás excesivamente interesada. Uno es preferible.

Me senté en el taburete que había a su lado, pero solo en el borde, dejando claro que no poseía intención de establecerme. Sus ojos me miraron rápidamente

las cejas oscuras desaparecieron bajo el pelo despeinado que le caía sobre la frente. Sus ojos parecían incoloros. Jamás había visto a nadie con los ojos tan claros.

Se encontraba sin lugar a dudas asombrado porque había aparecido a su lado. Eso era bueno según Erin y Maggie.

—Hola —dije con una sonrisa en los labios, aguardando parecer interesada e

indiferente a la vez. Según Erin y Maggie, eso era una sección esencial de la estrategia.

—Hola. —Abrió su libro de economía, ocultando el cuaderno abierto que poseía enfrente de él. Antes de que lo tapara conseguí ver una ilustración descriptiva de un venerable y popular roble que había en mitad del campus y la valla ornamental de hierro forjado que lo rodeaba.

Tragué saliva. « Interesada e indiferente» .

—Se me ocurrió que no recuerdo tu nombre de la otra noche. Bastantes margaritas, sospecho.

Él se humedeció los labios y me miró en el transcurso de un instante antes de responder. Yo parpadeé, preguntándome si lo se encontraba realizando a propósito para que mi « indiferencia» tan mal fingida fuera más complicado de sostener.

—Me llamo Lucas. Y pienso que no te lo dije.

Al instante siguiente el doctor Heller entró ruidosamente por la puerta que había al costado de la tarima y se le enganchó el maletín que llevaba en la mano con el pomo. Un sonoro « mierda» resonó en la clase por medio de la buena acústica de la salón. Lucas y yo nos sonreímos el uno al otro mientras nuestros camaradas de clase se reían disimuladamente.

—Y... eh... tú me llamaste Jackie el otro día, ¿verdad? —le dije y él ladeó un poco la cabeza—. De todos modos quiero que me llamen Jacqueline. Ahora.

Sus cejas se relajaron sutilmente.

—Vale.

Carraspeé y me levanté, sorprendiéndole otra vez a evaluar por su expresión.
—Encantada de conocerte, Lucas. —Sonreí otra vez antes de girarme y

dirigirme a mi taburete asignado.

Sostener la atención en la clase evadiendo la compulsión de ver por arriba del hombro fue difícilísimo. Se encontraba segura de que sentía la mirada de Lucas fija en mi nuca. Como un picor que no alcanzas a rascarte, la sensación me estuvo molestando los cincuenta minutos y necesité un esfuerzo hercúleo para no darme la vuelta. Sin saberlo, Benji me ayudó distrayéndome con sus visualizaciones sobre el doctor Heller, como entre otras cosas el incontable número de ocasiones que decía « hummm » a lo largo de la clase, que comenzó a calcular realizando marcas en la parte de arriba de su cuaderno, o visto que el instructor llevase un calcetín azul marino y el otro marrón.

En lugar de remolonear en el final de la clase para ver lo que hacía Lucas (hablarme o ignorarme) y sin aguardar a que Kennedy saliera (era extraño, pero no le había prestado nada de atención a lo largo de la más reciente hora; todo un comienzo), me colgué la mochila al hombro y básicamente me fui corriendo del sala sin ver a ninguno de los dos. Salí por la puerta del costado del edificio al aire fresco del otoño e inspiré hondo. Planes: clase de español, comida, Starbucks.

Erin: ¿Cómo fué la OFCM?

Yo: Conseguí que me dijera cómo se denomina. Volví a mi taburete.

No volví a mirarle.

Erin: Perfecto. Te veo luego de la siguiente clase para comentar del resto de la estrategia antes del café. ;)

Cuando Erin y yo nos hayamos puesto en la cola del Starbucks no vi a Lucas.

—Vay a. —Erin estiró el cuello para asegurarse de que no era ninguna de la gente que se encontraba detrás del mostrador—. Se encontraba aquí el lunes pasado, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Sí, pero posiblemente sus turnos de trabajo sean impredecibles.

Me dio un despacio codazo.

—Tal vez no. Es ese que está ahí, ¿no?

Salió por una puerta que había al fondo con un saco de café de tamaño industrial. Mi oposición física frente él era perturbadora. Aparentaba que mis entrañas se retorcieran con fuerza al verle y, cuando se soltaban, todo se reiniciaba a la

vez: se me aceleraba el corazón, los pulmones se me quedaban sin aire y las ondas cerebrales se volvían locas.

—Oh, J, además tiene numerosos tatuajes —murmuró Erin apreciativamente—. Y yo que pensaba que no podía estar más bueno...

Mi mirada bajó hasta sus antebrazos, que se flexionaron mientras abría el saco. Unos dibujos tatuados le rodeaban las muñecas y unos símbolos y letras le subían por los brazos y desaparecían bajo las mangas de la remera gris de punto que llevaba remangada hasta los codos. Jamás le había visto sin las mangas bajadas hasta las muñecas. Inclusive el sábado durante la noche llevaba mangas: una camisa negra desvaída abierta encima de una remera blanca.

Jamás me habían atraído los tíos con tatuajes. La noción de inyectarse tinta bajo la piel sin obligación y la seguridad de llevar a cabo marcas permanentes en el cuerpo con expresiones y símbolos eran algo completamente ajeno a mí. En este momento me preguntaba hasta dónde le llegarían los tatuajes: ¿Serían solo los brazos? ¿Por la espalda? ¿El pecho?

Erin me tiró del brazo cuando la cola avanzó.

—Estás estropeando tu tan bien fingida indiferencia, de hecho. Aunque te entiendo. —Suspiró—. Quizás deberíamos dejarlo en este momento antes de que él...

Me giré hacia ella cuando se quedó callada y vi que una sonrisa maliciosa se mostraba en su cara cuando se volvió.

—Sigue mirándome —me ha dicho riendo como si estuviéramos teniendo una conversación muy divertida—. Él te está viendo a ti. Y quiero decir viendo en serio. Ese chico te está desnudando con los ojos. ¿No lo sientes? —Su

expresión era triunfante.

¿Podía sentir su mirada? « En este momento sí, gracias» , pensé. Mi cara enrojeció. —Oh, Dios mío, te estás ruborizando —susurró abriendo bastante sus ojos

oscuros.

—No me digas... —Apreté los dientes y hablé con voz tensa—. Deja de decirme que él... que me está...

—¿Desnudando con los ojos? —Ella se rio otra vez y jamás antes había sentido una necesidad de ofrecerle una patada como la que sentí en aquel instante

—. Vale, vale... Pero, J, no te impacientes. Estás realizándolo realmente bien. No sé qué le hiciste, pero y a está próximo de ponerse a suplicar. Confía en mí. —Ella miró en su dirección—. Vale, está realizando más café. En este momento puedes ver tú.

Nos acercamos más; y a solo quedaban dos personas enfrente. Ví como Lucas sustituía el filtro, medía el café y pulsaba los botones. Su delantal verde se encontraba improvisadamente atado a su espalda con algo que era más un nudo que un lazo. Las cintas del delantal dirigieron mis ojos hacia su cadera cubierta por unos gastados vaqueros con la cintura caída; llevaba la cartera en un bolsillo, sujeta con una cadena que desaparecía abajo del delantal hasta sin lugar a dudas terminar enganchada en una trabilla frontal del cinturón.

Entonces se giró, con los ojos fijos en la segunda caja registradora mientras pulsaba botones y la devolvía a la vida. Me pregunté si poseía intención de

ignorarame como había hecho y o a lo largo de la clase. Me podría estar bien empleado por jugar a ese juego. Justo cuando el chico que se encontraba enfrente de mí comenzó a mencionarle su detallado pedido a la chica de la primera registradora, Lucas levantó la mirada para hallarse con la mía.

—¿Siguiente? —El gris acero de su remera iba bien con sus ojos y hacía ocultar el azul—. Jacqueline —me saludó con una sonrisita y me preocupó que pudiera leer en mi cabeza el retorcido plan que Erin había implementado en ella

—. ¿Hoy deseas un americano o alguna otra cosa? Recordaba mi pedido de una semana atrás.

Asentí, y en su cara nació una sonrisa indetectable por mi sorpresa.

Repitió el pedido en voz alta y escribió en la taza con un rotulador. Pero, en lugar de pasarla, logró mi café él mismo mientras Erin le hacía su pedido a su compañera.

Le puso un asegurador de cartón y una tapa y me dio la taza.

No pude interpretar su suave sonrisa.

—Que poseas un óptimo día. —Y viendo por arriba de mi hombro dijo—. ¿Siguiente?

Me uní a Erin en el mostrador de agarradas, confusa y algo alucinada. —¿Te hizo el café?

Ella cogió el suyo y me siguió a la mesa de los elementos complementarios.

—Sí. —Le quité la tapa y le puse azúcar y leche mientras ella le echaba canela a su caffè latte—. Pero me lo dió sencillamente como si fuera algún otro cliente y pasó a coger el pedido del siguiente. —Le observamos jugar con los usuarios. Ni una vez miró en mi dirección.

—Yo juraría que se encontraba tan embelesado contigo que no podía ver más allá — musitó mientras salíamos, rotando una esquina para unirnos a la masa de gente que recorría el campus.

—¡Hola, nena! —La voz de Chaz nos sacó a ámbas de nuestros pensamientos. Apartó a Erin de la marabunta de gente y yo le seguí, riendo por su chillido de distracción, hasta que me percaté del chico que se encontraba al costado de Chaz.

Se me puso la cara roja y la sangre comenzó a atronarme en las orejas. Mientras nuestros amigos se daban un beso para saludarse y empezaban a comentar del tiempo que poseían libre luego del trabajo esa noche, Buck se me quedó viendo y una comisura de su boca subió. Comencé a jadear y me esforcé por sostener bajo control el pánico creciente y las náuseas. Pretendía girarme y salir corriendo, pero se encontraba paralizada.

No podía tocarme ahí. No podía hacerme inconveniente en ese lugar.

—Hola, Jackie. —Su mirada penetrante me recorrió y se me puso toda la piel de gallina—. Te veo bien, como siempre. —Sus expresiones desprendían una clase de flirteo, pero todo lo que yo sentía era la amenaza, intencionada o no, que había

debajo.

Los cardenales de su cara se habían difuminado un poco, pero no habían desaparecido. Poseía una sombra amarillenta cerca del ojo izquierdo y otra marca en el lado derecho de la nariz que aparentaba una mancha pálida. Lucas le había hecho eso y solo nosotros tres lo conocíamos. Me lo quedé viendo, muda, con el café aferrado con fuerza en la mano. Una vez ese chico me pareció interesante y encantador; la cubierta de chico superamericano que lucía me había engañado completamente, como a todo el planeta.

Levanté la barbilla, ignorando mi oposición física frente él y el miedo que la causaba.

—Es Jacqueline.

Él enarcó una ceja, confundido.

—¿Qué?

Erin me cogió del codo.

—Vamos, atractiva. ¿No tienes historia del arte dentro de cinco minutos?

Me tambaleé un poco mientras me giraba y la seguía y él soltó una risita baja y provocadora cuando pasé a su lado.

—Ya te veré por ahí, Jacqueline —se burló.

Al oír mi nombre salir de su boca, un temblor me recorrió mientras me apresuraba detrás de Erin entre la marea de alumnos. Cuando conseguí moverme, no podía correr lo bastante para alejarme de él. 6

Erin: ¿Todavía tienes la taza de café?

Yo: Sí.

Erin: Quítale el asegurador.

Yo: Oh, Dios mío.

Erin: ¿Su número de teléfono?

Yo: ¿Cómo lo sabes?

Erin: Soy Erin. Lo sé todo. ;) La realidad es que me se encontraba preguntando por qué escribió algo en tu taza si era él quien iba a hacerte el café...

Si Erin no me hubiera enviado un mensaje a lo largo de la clase, esa taza y el número escrito en ella habrían acabado en la papelera del pasillo.

Vay a... Lucas no se encontraba escribiendo un pedido insignificante en mi taza, me se encontraba dando su número de teléfono. Lo guardé en mi móvil, preguntándome qué se suponía que poseía que llevar a cabo con él. ¿Llamarle? ¿Mandarle un mensaje?

Pensé en lo que sabía de él. Había salido de la nada la noche de la fiesta. Luego de parar la acometida, un impulso asegurador le había llevado a asegurarse de que llegaba sana y salva a mi vivienda. No sabía cómo, pero se había enterado de mi nombre (más bien mi apodo) esa noche, aunque y o no me había fijado en él antes.

Se sentaba en la más reciente fila en economía, dibujando o mirándome en lugar de prestar atención a la clase. El sábado durante la noche su estable contacto mientras bailábamos había hecho que me diera vueltas la cabeza antes de ocultar sin ofrecer ninguna aclaración. Me había desnudado con los ojos, como había dicho Erin, en medio del Starbucks, el sitio donde trabajaba. Era atrevido y seguro de sí mismo. Se encontraba tatuado y muchísimo más que bueno. Y su fachada y su forma de accionar eran las del chico malo que Erin y Maggie creían que era.

Y en este momento poseía su número guardado en mi teléfono. Era como si supiera

muy bien de qué iba la Etapa Chico Malo y estuviera tan ansioso por asumir ese papel como mis amigas creían.

Pero y o no le conocía. No sabía lo que creía de mí. Si es que pensaba algo de mí... En el club muchas chicas se habían quedado viendo abiertamente al verle pasar, algunas inclusive girándose para examinarle un poco mejor. Podría haber bailado con alguno de ellas, y seguramente irse a casa con la mayoría. Pero ¿por qué y o?

Landon:

Te adjunto un borrador de mi trabajo de exploración. Si tienes tiempo, ¿puedes tirarle una mirada y decirme si es bastante extenso o bastante achicado? No sé

cuántas economías de fuera de los USA debería integrar. Además, la curva J es un poco confusa. Entiendo que se puede observar luego de un hecho, pero ¿la economía no se apoya en las conjeturas, como el tiempo? Quiero decir, ¿a quién le importa algo que solo tengamos la posibilidad corroborar luego de que ocurra?; si el hombre del tiempo no puede adivinar lo que va a pasar mañana, seguramente le terminan despidiendo, ¿no?

Además he hecho los ejercicios. Perdón por mandarte tantas cosas a la vez y un lunes. Debería habértelas enviado antes, pero salí con unas amigas el sábado y no las he hecho hasta la actualidad.

JW

Jacqueline:

No hay inconveniente. Estoy haciendo un trabajo, aprendiendo o en clase básicamente todas las horas servibles del día. Solamente me doy cuenta del día que es. Quisiera que te lo pasases bien el sábado.

Ya sé que al principio te dije que no necesitaba datos de tu separación (si eso sonó grosero, tienes que entender que no era mi intención), pero tuvo que ser algo muy malo para que dejaras de ayudar a clase a lo largo de dos semanas. Se entiende que saltarte las clases es algo atípico en ti.

Te adjunto un artículo del Wall Street Journal que enseña la curva J mejor que el manual. Tienes toda la causa, sin la aptitud de predicción la economía no es economía, es historia. Y aunque la

historia tiene su lugar en las posibilidades de predicción tanto en la economía como en la meteorología (una analogía muy capaz, por cierto), no es de gran

ayuda si requerimos entender si invertir o no en una moneda extranjera o si coger hoy el paraguas.

LM

Me quedé viendo el correo, tratando contrastar a Landon con Lucas, aunque sin conseguirlo. Parecían tan opuestos como la noche y el día, pero solo conocía una sección de ellos. No sabía bastante sobre Lucas además de su llamativa fachada y su aptitud para ofrecerle una paliza a alguien. A lo largo de historia del arte me hallé preguntándome qué habría pasado en mi más reciente interacción con Buck si Lucas estuvo conmigo. Me pregunté si Buck se habría atrevido a mirarme de esta forma, a decir: « Te veo bien» . Suponer en los ojos fríos de Buck examinándome logró que me diera un vuelco el estómago.

Como me sentí sin fuerzas para ofrecerle más vueltas, volví a especular sobre el aspecto de Landon y qué encontronazo tendría en lo que creía de él. Sus cumplidos me hacían sonreír mientras miraba el portátil. Había dicho que mi ex era un imbécil y en este momento aparentaba tener interés en nuestra separación. En mí. Eso o es que se encontraba leyendo bastante entre líneas.

Landon:

Estuvimos juntos tres años. No lo vi venir. Le seguí hasta la facultad en lugar de intentar ingresar en un conservatorio. A mi instructor de orquesta estuvo próximo de ofrecerle un ataque cuando se dió cuenta. Discutió conmigo para que pidiera una audición en Oberlin o Julliard, pero yo no quise llevarlo a cabo. Y no puedo tirarle la culpa a nadie además de a mí misma. Confíé mi futuro a mi novio del centro como una idiota. En este momento estoy atrapada en un sitio en el que no debería estar. No sé si suponía bastante en él o muy poco en mí. Fuera lo que fuese, fui una estúpida, ¿no? Esa es mi triste historia.

Gracias por el artículo.

JW

Jacqueline:

No eres una estúpida. Bastante confiada puede ser, pero eso solo revela que él no era digno de seguridad, no que a ti te falte sabiduría. En relación a estar en un sitio en el que no deberías estar... quizás estás aquí por alguna razón, o no hay razón. Como científico me inclino por la más reciente. Sea como sea, en este momento estás aquí. Has tomado una elección, por eso tienes que sacarle el más grande partido viable. Eso es todo lo que puedes llevar a cabo, ¿no? Mencionado lo anterior, tengo que irme a estudiar para un test sobre mecánica estadística. Quién sabe, quizás de esta forma logre evaluar científicamente que tu ex no te merece y que tú estás precisamente donde tienes que estar.

LM

Cuando Erin entró por la puerta, y o se encontraba medio dormida y cercada de conjugaciones de verbos españoles impresas en fichas de colores. Pude agarrar la mayoría justo antes de que ella se sentara de un bote en el borde de la cama.

—¿Y qué? ¿Le has llamado o escrito un mensaje? ¿Has usado las cosas de las que estamos hablando? ¿Qué dijo?

Suspiré.

—No he hecho ninguna de ámbas.

Ella se dejó caer en la cama, abriendo los brazos drásticamente mientras y o seguía recogiendo fichas antes de que las arrugara.

—Te has acobardado.

Me quedé viendo las fichas que poseía en la mano. « Yo habré, tú debes haber, él va a existir, nosotros habremos...» .

—Sí, quizás.

—Hum ... Me se ve que esto es inclusive mejor. No le llames. Indudablemente él va a venir a buscarte. —Ella rio frente mi frente arrugada—. Los hombres como Chaz son muchísimo más simples. Podría mencionarle que viniera detrás de mí y él lo haría.

Nos reímos frente la imagen que había producido su afirmación porque seguramente era alguna. Pensé en Kennedy. En el tipo de hombre que era. Me había perseguido al inicio, pero no tuvo que esforzarse bastante para conseguirme. Yo se encontraba loca por él, completamente enfrascada en sus sueños y proyectos porque me había hecho parte de ellos. Hasta algunas semanas atrás.

—Oh, mierda, J. Veo lo que estás realizando. No supongas en él. Voy a hacerme un tazón de cacao. Vuelve... —dijo mientras se incorporaba y cogía una ficha que y o no había logrado agarrar a tiempo— a los verbos españoles. ¡Uggg!

Erin llenó dos tazas con agua del grifo del baño y las metió en el microondas para que se calentaran. Yo me quedé viendo las fichas que poseía en la mano, en este momento borrosas. Jodido Kennedy, jodido, jodido. Le podría estar bien empleado verme con alguien como Lucas. Alguien muy distinta, pero tan interesante como él. O más, si teníamos presente los datos.

La Operación Etapa Chico Malo se encontraba en marcha. Pero no iba a llamar a Lucas ni a mandarle ningún mensaje. Si Erin poseía razón y él era de los que les gustaba perseguir, aún no me había perseguido bastante.

Cuando me pasó la taza, yo inspiré hondo y sonreí. La había cubierto con nubes de azúcar del reducido alijo que teníamos y en el que metíamos la mano ocasionalmente sin molestarnos en llevar a cabo un tazón de cacao.

—Y si no le escribo un mensaje, ¿qué hago?

Ella sonrió y soltó un gritito triunfante.

—Creo que esto está socavando tu parte de chica buena... —Abrió bastante los ojos—. Jacqueline... Indudablemente se fijó en ti en clase antes de tu separación. Has cambiado de sitio, ¿no? Eso deja claro que nosotros dos habéis roto. Esto es especial. —Yo volvía a estar confusa y ella rio—. Ya te se encontraba persiguiendo. En este momento todo lo que tienes que llevar a cabo es continuar huyendo de él. Pero sin mucha prisa.

Me lamí el chocolate del labio superior.

—Erin, eres dañina.

Ella sonrió maliciosamente.

—Lo sé.

El miércoles llegué antes de que acabara la clase de las ocho. En relación la mayoría de los estudiantes salieron del sala, y o ingresé y me senté, decidida a no prestarle atención a Lucas cuando entrara. Como explicación me puse a repasar mis fichas, aunque y a se encontraba más que lista para sacar un destacable en la clase de español.

Cuando Benji se acomodó en su taburete a mi izquierda, seguí repasando. Me negué a distraerme de mi propósito de no prestar atención al taburete de Lucas, tanto si él se encontraba ahí como si no.

—Hola, Jacqueline. —No era la voz de Benji.

Los asientos estaban anclados al suelo, con soportes para escribir a la derecha. Lucas se inclinó un poco por el lado de Benji, invadiendo mi espacio. Me quedé sin aliento y me centré en comentar de una manera que diera la impresión de que nada me afectaba.

—Oh. Hola.

Se mordió el labio inferior una vez, resumidamente.

—Supongo que no te diste cuenta de que te apunté mi número en la taza de café.

Miré mi teléfono, que se encontraba apoyado contra el borde del manual.

—Sí, me percaté.

Observé su oposición, sabiendo que básicamente le se encontraba pidiendo que no dejara de perseguirme.

Él sonrió, sus ojos claros arrugándose un poco por las comisuras, y yo intenté que no se notara que me derretía.

—Oh, y a veo. Entonces pienso que el truco es lo verdaderamente correcto para que esto sea un juego limpio. ¿Y si me das el tuyo?

Yo enarqué una ceja en su dirección. —¿Por qué? ¿Necesitas ayuda en economía?

Se mordió el labio, con fuerza en esta ocasión, conteniendo una risa.

—Pues no. ¿Qué te hace suponer eso?

Fruncí el ceño. ¿Podía sentirme atraída por un chico al que le importaba tan poco ir bien en clase?

—Supongo que no es asunto mío.

Él apoyó la barbilla en la palma de la mano. Poseía las puntas de los dedos manchadas de gris, seguramente de dibujar con el lápiz que poseía sobre la

oreja.

—Agradezco tu preocupación, pero quiero tu número por causas que no tienen ninguna relación con la economía.

Cogí mi teléfono, hallé su número y le envié un mensaje que decía:

« Hola » .

—Oy e, tío, estás en mi sitio. —El tono de Benji era efectivo aunque relajado. El teléfono de Lucas le vibró en la mano y sonrió cuando mi mensaje

apareció, ofreciéndole mi número.

—Gracias. —Se desenredó de la silla y le ha dicho a Benji—: Perdona, tío.

—No hay inconveniente.

Benji era una de la gente más simples de tratar que había popular en la vida. Su actitud decía a gritos « vago » , pero había podido tirarle una mirada al examen de mitad de semestre que poseía metido en su cuaderno y había sacado un destacable prominente. Y aunque hablaba bastante de saltarse la clase o dormirse, hasta la actualidad no se había perdido ni una. Luego de que Lucas volviera a su taburete, Benji se inclinó sobre su silla, acercándose más que Lucas.

—¿De qué iba eso? —preguntó mientras subía y bajaba las cejas, y y o intenté no sonreír.

—No tengo ni iniciativa de a qué te refieres —le respondí moviendo las pestañas con mi mejor imitación de una hermosura sureña.

—Ten precaución, señorita —dijo arrastrando las palabras—. Ese tío se ve un poco arriesgado. —Se apartó un rizo bastante extenso de los ojos, sonriendo—. Aunque no es que hay a nada malo en algo de riesgo.

Mis labios formaron una media sonrisa.

—Cierto.

Me felicité por echar únicamente una corto miradita sobre mi hombro a mitad de la clase de cincuenta minutos. Lucas no me se encontraba viendo, por eso no pude evadir establecerme observándole. Con el lápiz en la mano, se encontraba dibujando muy concentrado, primero pintando y luego difuminando con el pulgar. El pelo oscuro le caía cerca de la cara mientras se concentraba en su trabajo, ignorando la clase y el sala, como si estuviera solo en la salón. Me lo imaginé sentado en su cama, con las rodillas levantadas y el cuaderno apoyado en los muslos. Me pregunté qué podría estar dibujando. O a quién.

Él levantó la visión y se descubrió con mi mirada. Me la sostuvo.

Su boca se movió para conformar esa sombra de sonrisa y estiró el cuello y giró los hombros, sin apartar la mirada. Luego volvió a ver su cuaderno, golpeó el radical de su lápiz contra él y se arrellanó todavía más en su taburete, con las pestañas cubriéndole los ojos mientras examinaba su trabajo.

El doctor Heller acabó el gráfico que se encontraba dibujando a mano alzada

en la pizarra blanca y siguió con la clase. Lucas se puso el lápiz sobre la oreja y cogió un bolígrafo. Antes de devolver su atención a nuestro instructor, me sonrió otra vez y una oleada de emoción me recorrió.

En el final de la clase, una chica diferente a la de la semana previo lo interceptó cuando salía por la puerta y yo me escabullí sin ver atrás. Mi nivel de adrenalina aumentó para darme alas porque mi cuerpo sentía la necesidad de huir. Miré por arriba del hombro cuando salía por la puerta del costado y entonces reduje el paso, sintiéndome idiota. Erin y Maggie insistieron en que debía eludirle a lo largo de bastantes días más, lograr que me persiguiera... pero, claro, no me iba a «perseguir» verdaderamente.

Le escribí un mensaje a Erin para mencionarle que, en lugar de ir al Starbucks, me iba a tomar un café asqueroso en la cafetería antes de la clase de la tarde. Ella me contestó:

Eres un GENIO. Te veo ahí. Solidaridad entre hermanas y todo eso.

Para el desenlace de la clase de historia del arte y a se encontraba comenzando a dudar de la seguridad que poseía Erin de que Lucas estuviera dispuesto a divertirse a ese juego. Quizás no era como un perro. O y o no era un gato. O sencillamente todo aquello se me daba muy mal. Suspiré, metiendo el teléfono en el bolso. Lo había mirado para corroborar si había mensajes por lo menos treinta ocasiones a lo largo de la clase.

Siempre había menospreciado esos juegos que la multitud ponía en costumbre para hallar el cariño (o el siguiente rollo). Todo aquello era una competición

para ver hasta dónde iba a llegar cada uno y jamás había podido saber si faltaba más suerte o más capacidad para ganar o si tenía que ver con alguna inconcebible conjunción de las dos. Muy escasas ocasiones la multitud decía

lo que creía o cómo se sentía. Nadie era sincero.

Era simple decir todo eso cuando miraba a todos desde la altura de mi relación especial con Kennedy. Erin me había echado la bronca a lo largo de esos meses, cuando y o le decía que se encontraba siendo ridícula con algún chico mientras pensaba en la forma de transcribir lo que pretendía de una chica antes de derribar sistemáticamente sus defensas. Debía admitir que poseía razón. No poseía ni iniciativa de lo que era ser una adulta joven y soltera, por eso no podía evaluar.

Hasta en este momento.

Esa angustia era absurda, pero no podía librarme de ella. Se me había quedado viendo en la clase. Me sentía llena de seguridad cuando salí de economía, pero desgraciada en este momento. ¿Por qué? ¿Por qué no había apartado a la pelirroja para salir detrás de mí luego de economía? ¿Por qué no me había escrito en algún instante de las solamente tres horas y media que habían pasado desde que le había visto? Todo eso no poseía sentido.

Para la hora en que me se encontraba calentando la sopa en el microondas para cenar, y a me había resignado a la iniciativa de que no había conseguido sostener el interés de Lucas. Recordé a la chica atractiva que se había apresurado a pararle en el final de la clase y comencé a imaginármelo saliendo del sala con ella de la mano o algo peor.

—Idiota —murmuré.

Desde el radical de la cama sonó la alarma del portátil que indicaba que me acababa de llegar un correo y, como oposición, unas mariposas se dieron a conocer en mi estómago. Indudablemente no era nada: un anuncio sobre vacunas de la gripe del centro de salud u otro mensaje de uno de mis amigos del centro que se encontraba

desolado» porque Kennedy y yo hubiéramos terminado (algo que todos habían adivinado cuando él cambió su estado de circunstancia sentimental en Facebook... veinte minutos luego de romper conmigo).

Yo inhabilité mi cuenta en el instante y aún no había vuelto a restaurarla. Solo suponer en leer sus insustanciales actualizaciones de estado y ver imágenes de él apareciéndome cada dos por tres me resultaba desmoralizador. Aunque lo eliminara a él de mi lista de contactos, conocíamos a la misma gente. No podría desvincularme de sus ocupaciones totalmente. Comencé a recibir correos y mensajes comprensivos y condescendientes justo al día siguiente, por eso desde ese momento me mostraba justificadamente aprensiva siempre que abría mi correo de entrada.

Con una mueca abrí el portátil... y sonreí.

Jacqueline:

¿Vas a poder venir a la clase mañana (jueves)? Por si no puedes, te adjunto el papel de ejercicios que voy a repartir. Es material nuevo y diferente y no es necesario que estés al día del todo para entenderlo. (Por cierto, deberías estar ya al día dentro de una semana más o menos).

LM

D.: He estado pensando en la prueba de lo que estamos hablando la más reciente vez, eso de que estás donde se piensa que tienes que estar. Y se me ha ocurrido: ¿puedes evaluar que estarías mejor en otro sitio? Si te hubieras ido fuera del estado, tu relación habría acabado de cualquier manera. Quizás aún te culpes, sin ofrecerte cuenta de que la relación se encontraba sentenciada por su culpa de cualquier manera. Y en este momento estás aquí. Te han roto el corazón, te has saltado las clases y ¡has popular al mejor instructor especial de

economía de la universidad! Quién sabe, quizás consiga que te enamores de la economía. (Por cierto, ¿qué estudias tú?).

Landon:

Estudio educación musical. Odio eso que dicen de que los que tienen la posibilidad de lo hacen y los que no, enseñan. Como profesora sé que eso son chorradas. De cualquier manera yo pretendía «hacerlo». Me imaginé uniéndome a una orquesta sinfónica o a una banda de jazz progresivo... Pero en lugar de eso voy a enseñar.

No podré proceder a tu clase... Mañana estaré con los chicos del centro. (Creo que les impresionaría más si pudiera llevar a cabo las escalas con pedos en lugar de tocarlas en el contrabajo).

Siento informarte de que tengo intención de aprobar esta asignatura y terminar para toda la vida con la economía. Eso sí, nada que ver con tus increíbles capacidades como instructor, te lo juro. Gracias por los ejercicios. Estás siendo más que amable.

JW

Jacqueline:

Si deseas llevarlo a cabo, hazlo. ¿Qué te detiene?

Por eso soy amable, ¿eh? Jamás me lo habían dicho. La multitud acostumbra suponer que soy un gilipollas engreído. Debo admitir que tiendo a promover esa opinión. Por eso, por favor, prométeme que te guardarás esa opinión para ti. Las reputaciones se tienen la posibilidad de arruinar con mucha

simplicidad, ya conoces. ;)

LM

D.: Haz los ejercicios. Antes del viernes. Te estoy dedicando una observación muy seria por medio de la pantalla. HAZ LOS EJERCICIOS. Si tienes algún inconveniente con algo, dímelo.

Landon:

¿Qué me detiene? Bueno, seguramente me he cargado mi ocasión de proceder a un conservatorio enserio. Estoy encerrada en una facultad que no en todos los casos apoya las artes (algo contra lo que seguramente pasaré toda mi carrera de profesora peleando). En este momento se ve irrealizable salir y «hacerlo». Supongo

que debería volver a pensarlo.

Tu genialidad secreta está segura conmigo. Mis labios están sellados.

JW

D.: Voy a HACER los ejercicios, pero te estoy dedicando una observación muy petulante por la pantalla. Explotador. Bufff...

Se encontraba sonriendo cuando pulsé « Enviar» . Quizás se encontraba jugando a un juego completamente diferente y Lucas y su molesto sonrisa enigmática podían irse a freír espárragos. Erin y Maggie podían guardarse sus consejos acerca de cómo lograr que un hombre te persiga y utilizarlos en su historia porque a mí, aparentemente, se me daba mortal en la vida real. Pero por correo... Mi expresión feliz desapareció cuando me percaté de la pura

verdad: se encontraba flirteando con alguien por internet. No poseía ni iniciativa de qué pinta poseía o qué tipo de persona era.

Bueno, eso no era del todo verdad. Sabía precisamente qué tipo de persona era, más allá de que jamás le había visto. Era amable. E capaz. Y directo.

Claro que él no le había dado una paliza a un violador hasta hacerle papilla por mí. Ni hacía que se me derritieran las entrañas cuando me ponía las manos en la cintura. seguramente no poseía tatuajes en los brazos ni unos ojos azul grisáceo del color de un glaciar ni una observación que fundía todo en lo que se posaba.

A las diez de la noche sonó la alerta de mensaje de mi teléfono.

Lucas: Hola :)

Yo: Hola :)

Lucas: ¿Qué haces?

Yo: Nada. Deberes.

Lucas: Pretendía comentar contigo luego de clase, pero has desaparecido.

Yo: Poseía otra clase justo luego. Uno de esos instructores que, si llegas tarde, dejan de comentar y se te quedan viendo mientras esperan que llegues a tu taburete.

Lucas: En ese caso seguramente va a ir hasta mi taburete aún más lento. ;) Deberías venir al Starbucks el viernes. Comunmente no hay nadie. ¿Americano para tomar ahí?

Yo: ¿Café gratis? No puedo negar esa oferta. Intentaré pasarme. ¿Cuándo trabajas?

Lucas: Toda la tarde. Hasta las 5.

Yo: Vale.

Lucas: Te veo el viernes, Jacqueline.

7

El viernes Lucas llegó quince minutos tarde a la clase y nos habían hecho un control sorpresa nada más ingresar, por eso se lo perdió. Lo primero que pensé fue lo poco responsable que era por faltar a un control... y luego recordé que y o no había hecho el examen de mitad de semestre. Yo no era quién para indicar a nadie.

Entró por la puerta de atrás mientras el doctor Heller caminaba por el pasillo central recogiendo exámenes. Cogió la pila de la fila de la izquierda y luego se volvió hacia la derecha, donde se sentaba Lucas.

—Necesito verle luego de clase —dijo en voz baja.

Inclinó la cabeza una vez y sacó su manual de la mochila a la vez que

respondía en el mismo volumen:

—Sí, señor.

No volví a mirarle a lo largo de lo que quedaba de clase y cuando acabó, él metió el manual en la mochila y caminó por el pasillo exterior hasta la parte frontal. Mientras esperaba que el doctor Heller terminara la conversación con otro alumno, Lucas levantó la visión y me buscó. Su sonrisa era tan indescifrable como siempre y solamente aparentaba estar ahí. Pero me observaba fijamente, atravesándome como un dardo a una diana.

Volvió su atención a nuestro instructor y rompió el contacto visual. Dejé huír la respiración que no me había dado cuenta de que se encontraba conteniendo y escapé del sala, aún sin elegir si iba a continuar con el plan de pasarme por el Starbucks esa tarde.

Pensé en el examen que acababa de bordar por medio de la insistencia de Landon en que hiciera los ejercicios que me mandó dos noches atrás. Llevar a cabo esos ejercicios me había ay udado mucho; debía de entender que iba a haber un control. No suponía que hubiera cruzado ninguna línea, ni que me hubiera dicho algo que no debía, pero sin lugar a dudas se encontraba pisando esa línea. Por mí. Perdida e invisible entre los cientos de estudiantes de ese campus colosal, me impresionó dado que, no sabía por qué, él se había molestado en ay udarme. Por alguna razón y o le importaba.

Erin: Chaz y yo nos encontramos próximo de irnos. ¿Vas a estar bien este fin de semana? Vas a ir al Starbucks esta tarde, ¿no? Si te pide salir, NO LO DUDES. Olvídate de todo. Acuérdate de que tienes la cuarto para ti sola todo el objetivo de semana.

GUIÑO, GUIÑO.

Yo: Pasáoslo bien. Yo no voy a tener ningún inconveniente. Ya te contaré.

Erin: ¡Más te vale! Volveré el domingo por la tarde. O durante la noche, es dependiente del nivel de resaca que tengamos el domingo por la mañana, jeje. ESCRÍBEME UN MENSAJE LUEGO.

Se me había olvidado que el viaje de Erin con Chaz era este fin de semana. El hermano de Chaz se encontraba en un grupo y tocaban en un festival cerca de Shreveport al día siguiente, por eso Chaz y Erin habían hecho una reserva en un hotelito para pasar el objetivo de semana. Erin nos lo había contado a Maggie y a mí un mes antes, una noche en unas prácticas de astronomía, mientras suponíamos para ver a Mercurio y Venus por medio del telescopio.

—¿Un hotelito? —Maggie arqueó una ceja—. ¿Y luego qué, toallas con monogramas?

Erin frunció el ceño.

—¡Es romántico!

—Exacto. —Maggie rio—. Y vas con Chaz. ¿Cómo has convencido al « señor estadísticas deportivas» para que lleve a cabo eso?

Los labios carnosos de Erin hicieron una mueca inocentona y se peinó con los dedos un pelo tan rojo que se podía decir de qué color era inclusive parado en ese campo oscuro a las afueras de la región.

—Le dije que los hotelitos tienen gigantes jacuzzis y que y o podría estar

preparada para llevar a cabo con él miles de cosas pecaminosas e inviábiles de decir en uno de ellos.

Un sonido estrangulado salió de uno de los dos chicos con pinta de empollones que había detrás de nosotras en la cola. Los dos poseían expresiones torturadas y miraban a Erin. Nosotras ahogamos nuestras risas.

Maggie suspiró.

—Pobre Chaz. No poseía ninguna posibilidad... Algún día va a estar enfrente de miles de personas diciendo « sí, quiero» sin entender realmente bien cómo pasó.

—¡Arggg! No lo creo. Cuando llegue el instante de sentar la cabeza, buscaré a alguien como... —Erin miró por arriba del hombro a los chicos que escuchaban a hurtadillas detrás de nosotras—. Como uno de estos.

Los chicos se miraron el uno al otro y se irguieron un poco. Con una sonrisita en dirección a Erin, uno de ellos le dio un golpecito al otro con el puño.

Tenía la duda que Erin pensara ni un segundo en mí a lo largo de su fin de semana romántico. Se encontraba sola. Me lo pensé, pero en el final me dirigí al centro de alumnos cerrándome la chaqueta para protegerme del repentino frío de noviembre. En las fiestas de las hermandades de ese fin de semana no dejarían las ventanas abiertas, aunque y o no iba a comprobarlo de primera mano. No había forma humana de que y o me acercara a ningún lugar donde pudiera estar Kennedy. O Buck.

El olor del café invadió mis sentidos antes de que el Starbucks apareciera frente mis ojos. Al girar la esquina, mi mirada fué al mostrador, donde había

dos empleadas comentando. Al no ver a Lucas, me pregunté si habría cambiado el momento y se había olvidado de mandarme un mensaje.

Solo había unos pocos usuarios, uno de los cuales era el doctor Heller, que leía el diario en una esquina. No poseía nada en oposición a mi instructor, pero no pretendía que presenciara mis intentos de flirtear con un chico que se había saltado el control y que había tenido que proceder a su despacho por eso esa misma mañana. Me quedé parado detrás del expositor de tazas de café y termos.

Igual que el lunes, Lucas salió empujando una puerta que había al fondo justo cuando mi mirada pasaba por ahí. Los dedos de los pies y de las manos me cosquillearon al verle. Bajo el delantal verde tenía puesta una remera ajustada azul claro con mangas largas que no era la sudadera de la facultad que llevaba esa mañana en clase. Poseía las mangas remangadas sobre los codos otra vez, lo que dejaba a la visión sus tatuajes. Me acerqué al mostrador y mis ojos pasaron de sus antebrazos a su cara. Aún no me había visto.

Una de las chicas con la caja registradora se irguió.

—¿Puedo ay udarla en algo? —Su voz poseía un tono de irritación, como si estuviera próximo de chasquear los dedos para que le prestara atención.

—Yo la atiendo, Eve —dijo Lucas, y ella se encogió de hombros y volvió a la conversación con su compañera, pero ámbas me miraron aún con más hostilidad que un instante antes—. Hola, Jacqueline.

—Hola.

Él miró a la esquina donde se encontraba sentado el doctor Heller.

—¿Qué deseas tomar?

Su tono no era el de alguien que me había pedido especialmente que me pasara por ahí. Quizás se encontraba comportando con cautela por sus compañeras de trabajo.

—Hum, un café americano mediano, sospecho.

Él cogió una taza del montón e logró el café. Intenté ofrecerle mi tarjeta, pero él negó con la cabeza una vez.

—No es necesario. Invito y o.

Sus compañeras intercambiaron una observación que fingí no haber visto.

Le di las gracias, me retiré hasta el lado contrario de la cafetería de donde

se encontraba el doctor Heller y saqué mi portátil para ponerme con mi trabajo de economía. Poseía que obtener información de múltiples fuentes para proteger la posición que tomó en mi trabajo. La distribución era antes de Acción de Gracias, para lo que faltaban menos de dos semanas.

Si no poseía que volver a enfrentarme a otro examen de mitad de semestre, valdría la pena.

Luego de una hora había marcado una docena de fuentes sobre los hechos baratos de todo el mundo recientes, me había acabado el café

Lucas no había aparecido por mi lado ni una vez. Me esperaban en el centro para mi clase de contrabajo semanal de la tarde de los viernes dentro de media hora. Apagué el portátil y me giré para desenchufar el cable de nutrición de la pared.

—Señorita Wallace. —Di un salto frente el inesperado saludo del doctor Heller

tiré el vaso vacío—. Oh, perdone que la hay a asustado.

—No se preocupe. Soy simple de sobresaltar... por... eh... el café. —« Y por suponer a lo largo de una parte de segundo que era Lucas» .

—Solo pretendía mencionarle que el señor Maxfield me ha comunicado que y a está al día y que avanza con el trabajo. Me alegro de oírlo. —Bajó la voz y miró a su cerca de forma conspirativa—. Mis colegas y y o no tenemos ganas verdaderamente suspender a nadie, ¿sabe? Nuestro propósito es asustar... quiero decir

animar» ... a los estudiantes menos... eh... serios. Aunque no pienso que usted sea uno de ellos.

Le devolví la sonrisa. —Lo entiendo.

Él se irguió y carraspeó.

—Bien, bien. Bueno, siguiendo esa línea, que tenga un fin de semana muy

productivo» . —Se rio de su chiste y y o conseguí evadir poner los ojos en blanco.

—Gracias, doctor Heller.

Él se acercó al mostrador y habló con Lucas mientras yo enrollaba el cable y guardaba el PC en mi mochila. La conversación entre ellos aparentaba ser seria y me preocupé al notar que el doctor Heller señalaba en mi dirección por lo menos una vez. Me pregunté si nuestro instructor suponía que Lucas era uno de esos estudiantes menos serios a los que podía intimidar para que se esforzaran más. Si de esta forma era, no pretendía que me utilizara como ejemplo.

Cuando salí eché una mirada por arriba del hombro, pero Lucas no miró en mi dirección y su expresión era tensa. Su compañera, que limpiaba el mostrador a unos centímetros de él, me visualizó con una sonrisa burlona.

Cuando salí del centro dos horas luego, encendí mi teléfono. Mientras se iniciaba, intenté estar contenta por poder pasar el objetivo de semana sola. Precisamente la visita al Starbucks fué un desastre. Lucas había estado aún más

desconcertante y guardado de lo que fué antes, si es que eso era viable. Mientras hacía el trabajo había escrito a Landon para ofrecerle las gracias por

mandarme los ejercicios el miércoles y por insistir en que los hiciera. Como no pretendía desatar un viable complejo de culpa, no me referí de manera directa al soplo que me había dado responsablemente, suponiendo que fuera el tipo de chico rigurosamente honesto que aparentaba ser. No había conocido nada de él desde el miércoles, pero quizás me contestara esa noche. A lo mejor estuviera libre ese fin de semana y por fin pudiéramos conocernos.

Poseía un mensaje de Erin informándome de que ella y Chaz habían llegado a Shreveport (junto con muchas insinuaciones de lo que podía llevar a cabo con la cuarto para mí sola) y otro de mi madre para preguntarme por mis proyectos para Acción de Gracias. A lo largo de los últimos tres años Kennedy y yo nos

habíamos alternado para pasar ese día un año en su casa y otro en la mía. Y eso, de alguna forma, había desarrollado alguna confusión sobre si iba a proceder a casa este año. Cuando le escribí diciéndole que sí, que romper con un novio comunmente significa nada de vacaciones compartidas, esperaba que a ese mensaje le siguiera una disculpa. Bastante aguardar.

Mamá: No seas tan insolente. Tu padre y yo habíamos premeditado y comprado un viaje a Breckenridge ese fin de semana porque pensamos que podrías quedarte en el hogar de los Moore. Sospecho que deberemos cancelarlo.

Yo: No lo canceléis. Id. Iré a casa de Erin o algo de esta forma.

Mamá: Vale. Si estás segura de que te se ve bien...

Yo: Sí, estoy segura.

Vay a. Mi novio me deja y en la primera oportunidad que mi madre debe apoyarme abiertamente, ella y mi padre se van solos a esquiar. Buena forma de hacerme sentir querida e incluida, madre. Como si el rechazo de Kennedy no fuera muy. Dios...

Tiré el teléfono dentro de un portavasos vacío y volví manejando al campus, lista para ver un reality en la tv y ponerme con el trabajo de economía a lo largo de el objetivo de semana.

Cuando llegué a mi cuarto, vi que Lucas me había escrito mientras conducía de vuelta.

Lucas: Perdona que no me despidiera.

Yo: Sospecho que era extraño con el doctor Heller ahí.

Lucas: Sí. De hecho, me agradecería dibujarte.

Yo: ¿Ah, sí?

Lucas: Sí.

Yo: Vale. Nada de sin ropa o algo por el estilo, ¿no?

Lucas: Ja, ja, no. A menos que te apetezca eso. Es broma. ¿Esta noche te viene bien? ¿O mañana durante la noche?

Yo: Esta noche está bien.

Lucas: Genial. Puedo estar ahí dentro de unos cuantos horas.

Yo: Vale.

Lucas: ¿Cuál es el número de tu cuarto?

Yo: 362. Tendré que salir a abrirte para que consigas ingresar.

Lucas: Indudablemente podré ingresar por mi cuenta. Te escribo si no puedo.

Lucas llamó con suavidad. Se encontraba tan nerviosa que noté que temblaba cuando me levanté para abrir la puerta.

Había dicho que pretendía dibujarme, pero no se encontraba segura de que eso fuera todo lo que pretendía llevar a cabo o si era un código que indicaba algo más. Erin no me dejaría pacíficamente si le poseía en nuestra cuarto y no le besaba al menos, aunque Lucas no me aparentaba el tipo de chico que comunmente se parara en un beso. Muchas chicas veían la facultad como una clase de lapso de navegación, y muchas otras estarían más que encantadas de examinar a Lucas. Pero me había llevado bastante más de un año llegar al sexo con Kennedy y él era el exclusivo chico con el que había estado. No se encontraba lista para llegar hasta ese punto con Lucas, por lo menos no aún, tanto si iba a ser el sustituto para olvidar como si no.

Inspiré hondo.

Él llamó otra vez un algo más fuerte, y yo dejé de suponer y fui a abrir la puerta.

Mechones de pelo oscuro se escapaban de su gorro de punto gris. En la luz difusa del pasillo sus ojos volvieron a parecer incoloros, como aquella primera noche, cuando metió la cabeza en mi camioneta luego de pegar a Buck. Encogió los hombros con las manos metidas en los bolsillos delanteros y el cuaderno de dibujo bajo un brazo.

—Hola —dijo.

Di un paso atrás hacia el interior de la cuarto, sujetando la puerta abierta de par en par. Olivia y Rona estaban en el umbral de su puerta al otro lado del pasillo, viendo fijamente a Lucas; luego abrieron la boca cuando le vieron ingresar en la cuarto sabiendo que Erin no se encontraba. Olivia enarcó una ceja y miró a su compañera de cuarto.

Toda la planta se iba a enterar en menos de cinco minutos de que poseía a un tío bueno en la cuarto.

Solté la puerta para que se cerrara sola mientras Lucas dejaba caer el cuaderno en mi cama y se quedaba parado en la mitad de la cuarto, que

pareció encoger con él dentro. Sin desplazarse examinó el lado de Erin, con las paredes de encima de su cama repletas de imágenes y las letras griegas de su hermandad sobre las letras brillantes de su nombre. Utilizando su distracción, lo estudié: botas de vaquero repletas de arañazos, tejanos gastados, sudadera con capucha gris. Giró la cabeza para investigar mi lado de la cuarto y y o le miré el perfil: la mandíbula recién afeitada, los labios separados, las pestañas oscuras.

Se volvió hacia mí, me miró resumidamente y luego miró el portátil que había en mi mesa, que se encontraba conectado a unos cuantos chicos altavoces. Había puesto una playlist de mi recopilación y el volumen se encontraba bajo. Otra de las recomendaciones de Erin. Había que se titula la lista « OFCM» y y o esperé bastante tarde que él no quisiera examinar la lista y preguntarme qué significaba. No se lo diría, desde luego, pero las partes de mi cuerpo que poseían inclinación a ruborizarse seguramente se me iban a poner al rojo vivo.

—Me agrada este grupo. ¿Los viste el mes pasado? —me hizo la pregunta.

Kennedy y y o habíamos ido a observarlos, de hecho. La noche antes de que

rompiéramos. Era uno de nuestros grupos locales preferidos. Él había estado extraño aquella noche. Distante. En los recitales comunmente apretaba mi espalda contra su pecho, con las piernas separadas justo para ordenar mis pies entre los suyos y los brazos rodeándome la cintura. Pero esa vez se quedó a mi lado, como si fuéramos amigos. Luego de que rompiéramos me percaté de que él se había hecho a la iniciativa antes de esa noche, de que su reserva era una prueba del muro que ya había entre nosotros, pero yo no me había dado cuenta.

Asentí, apartando a Kennedy de mis pensamientos.

—¿Y tú?

—Sí. No recuerdo haberte visto ahí, pero se encontraba oscuro y me tomé unos cuantos cervezas. —Él sonrió; unos dientes blancos, lo muy imperfectos para señalar que no habían sufrido una ortodoncia. Se quitó el gorro y lo dejó caer sobre la cama. Luego colocó ahí además el lápiz sobre su cuaderno de dibujo, se pasó las dos manos por el pelo apelmazado y después se movió, lo que acabó resultando en un pelo que aparentaba de alguien recién levantado. Dios santo. Cuando se quitó la sudadera por la cabeza se le subió un poco la remera blanca y obtuve mi respuesta de hasta dónde le llegaban los tatuajes. 4 líneas de escritura, bastante pequeñas para leerlas, bajaban serpenteando por su costado izquierdo. La clase de interfaz celta que poseía en el derecho servía para equilibrar el grupo. Además en este momento sabía lo que Erin pretendía decir con la expresión « abdominales que dan ganas de lamerlos » .

La sudadera se unió a su gorro y volvió a colocarse la remera. Recogió el cuaderno y el lápiz y se volvió hacia mí. Entonces me percaté de que los tatuajes de sus antebrazos seguían por sus bíceps y se colaban bajo las mangas cortas de la remera.

—¿Dónde deseas que me ponga?

Muchísimo más jadeante de lo que pretendía, mi pregunta pareció una proposición indecente. Vay a. ¿Podía ser aún más obvia? Quizás debería haberle preguntado de manera directa si pretendía ser el sustituto de Kennedy, algo esporádico, sin ataduras.

Mis entrañas se convirtieron en líquido al notar esa suave sombra de sonrisa, que se se encontraba volviendo cada vez más familiar para mí.

—¿En la cama? —dijo con la voz un poco ronca.

Oh, Dios.

—Vale.

Me acerqué para sentarme en el borde del colchón y él tiró la sudadera y el gorro al suelo. El corazón me martilleaba en el pecho, esperando.

Él me miró fijamente, ladeando la cabeza.

—Hum . Se te ve muy fastidiosa. No debemos llevarlo a cabo si no deseas.

¿Hacer qué?», pensé deseando poder hacerle una pregunta si utilizarme como modelo era una estratagema y mencionarle que si lo era, no poseía por qué sostener esa fachada. Le miré a los ojos.

—Quiero llevarlo a cabo.

Se puso el lápiz sobre la oreja, con fachada poco convencida. —Hummm .
¿Qué posición sería más comfortable para ti?

No podía decir en voz alta las respuestas que me vinieron a la cabeza al oír esa pregunta, pero el rubor que se extendió por mi cara como un fuego descontrolado me delató. Él se mordió el labio inferior y yo estuve segura de que era para contener una risa. ¿Una posición más comfortable? ¿Qué tal con la cabeza metida debajo de una almohada?

Él miró la cuarto y fue a sentarse en el suelo, contra la pared, en oposición al pie de mi cama. Con las rodillas levantadas y el cuaderno sobre los muslos se encontraba precisamente como me lo había soñado en clase el otro día. Excepto que en este momento se encontraba en mi cuarto, no en la suya, a solas.

—Túmbate boca abajo y apoya la cabeza en los brazos, viendo hacia mí. Hice lo que me pidió.

—¿Así?

Asintió, mirándome como si estuviera absorbiendo los datos o intentando encontrar defectos. Se puso de rodillas y se acercó lo muy para pasarme los dedos por el pelo y dejarlo caer sobre el hombro.

—Perfecto —murmuró volviendo a su posición contra la pared, a unos centímetros.

Me miró fijamente mientras dibujaba; sus ojos pasaban de mi cara al

cuaderno. En un instante su mirada fué al resto de mi cuerpo. Como si pudiera ver las puntas de sus dedos pasando por arriba de mis hombros y por mi espalda, la respiración se me quedó atravesada en la garganta y cerré los ojos.

—¿Te está dando sueño? —Su voz era despacio. Cercana.

Abrí los ojos y lo hallé de rodillas a mi lado, sentado sobre los talones. Mi corazón se aceleró otra vez frente su cercanía.

—No. —Había dejado el cuaderno y el lápiz detrás de él, en el suelo—. ¿Has... acabado?

Él negó con la cabeza.

—No. Me agradecería llevar a cabo otro, si no te importa. —Cuando asentí, él dijo—:

Ponte boca arriba.

Yo rodé sobre mí misma lentamente, temiendo que él pudiera ver cómo me martilleaba el corazón bajo el fino jersey que llevaba. Cogió el cuaderno y el lápiz del suelo y se levantó. Bajó la visión y dejó que sus ojos me recorrieran; y o me sentí vulnerable, pero no en riesgo. Sabía muy poco sobre él, pero había algo que sentía sin dudas cuando se encontraba con él: seguridad.

—Te voy a ubicar, ¿te se ve bien?

Tragué saliva.

—Eh... Sí.

Mis manos parecían estar pegadas a mis costillas y poseía los hombros al costado de las orejas. « ¿Qué pasa, que no es de esta forma como deseas que me ponga?» . Solamente pude contener la risita nerviosa que me surgió al pensarlo.

Sus dedos me rodearon la muñeca que se encontraba más cerca de él y me puso el brazo por arriba de la cabeza, doblado como si lo hubiera echado hacia atrás. Cogió la otra mano y extendió los dedos sobre mi abdomen, se apartó un poco para sentarse, me miró fijamente un instante y luego volvió para ponerla además sobre mi cabeza, cruzándome las muñecas como si las tuviera atadas. Yo me esforcé por respirar con normalidad. « Imposible» .

—Te voy a mover la pierna —me ha dicho mirándome, aguardando que asintiera. Puso las manos en mi rodilla y la giró hacia fuera, dejándola sobre el colchón, ardiente por su contacto.

Cogió el cuaderno y pasó la página.

—Ahora da un giro un poco la cabeza hacia mí, con la barbilla hacia abajo... De esta forma está bien. Y cierra los ojos.

Intenté mantenerse distendida, sabiendo que mientras oy era el ruido del lápiz sobre la página, él no iba a tocarme. Me quedé tumbada y quieta, con los ojos cerrados, oyendo el rasgueo de la mina del lápiz contra el papel, solo interrumpido por el despacio ruido de sus dedos al difuminar una línea o una sombra.

Desde el portátil que había en mi mesa sonó la alarma de mi correo de entrada y abrí los ojos. Sin suponer me incorporé sobre los codos. « ¿Landon?» . Pero no podía proceder a mirarlo.

Lucas me observaba.

—¿Necesitas ver el correo?

Landon había ignorado mi correo toda la tarde; en el pasado me había contestado tan ágil que seguramente en este momento me poseía mal habituada. Pero Lucas se encontraba sentado en mi cuarto. Con mi cama. Volví a tumbarme, devolví los brazos a su posición previo y sacudí la cabeza. En esta ocasión no cerré los ojos y él no me pidió que lo hiciera.

Volvió a su dibujo, concentrado en mis manos a lo largo de extenso rato y luego en mi cara. Me miró a los ojos constantemente, modificando entre esa intensa forma de examinarme y el ensimismamiento en su dibujo. Cuando se me quedó viendo la boca a lo largo de extenso rato (dibujando, viendo, dibujando, mirando) quise estirar el brazo, agarrarle la remera y acercarlo a mí. De forma involuntaria intenté cerrar las manos y su mirada fue hasta ellas y volvió.

Con los ojos ardientes, me miró.

—¿Jacqueline?

Parpadeé.

—¿Sí?

—La noche que nos conocimos... Yo no soy como ese tío.

Su mandíbula se encontraba rígida.

—Lo sé...

Me puso un dedo sobre los labios y su expresión se suavizó.

—No quiero que te sientas presionada. Ni agobiada. Pero tengo muchas ganas de ofrecerte un beso en este preciso momento. Unas ganas locas.

Me pasó el dedo por la mandíbula y luego por la garganta y lo devolvió a su regazo.

Me quedé mirándole. Por último comprendí que se encontraba aguardando una respuesta y dije:

—Está bien.

Dejó caer el cuaderno en el suelo y el lápiz le siguió. Su mirada no se separó de la mía. Cuando se inclinó sobre mí, fui muy consciente de todas las partes de mi cuerpo que tocaban el suyo: el borde de su cadera presionando la mía, el pecho deslizándose contra mí, los dedos pasando de las muñecas a los antebrazos

después cogiéndome la cara. Me mantuvo donde se encontraba y acercó los labios a mi oreja. Cuando besó ese lugar tan sensible, mi respiración se

estremeció.

—Eres tan guapa... —susurró aproximando su boca a la mía.

Sus labios, cálidos y firmes, presionaban contra los míos, y cuando su lengua comenzó a acariciarme delicadamente los labios, yo los abrí. Con la lengua profundizando en mi boca, sus manos comenzaron a moverse en direcciones opuestas: una hacia mis muñecas aún cruzadas, apretándolas contra el colchón por arriba de mi cabeza, y la otra bajando por mi costado y agarrándome la cintura. Me besó con más fuerza, exigiendo la respuesta que se encontraba ocasionando en mí. La cabeza comenzó a darme vueltas y respiraba entrecortadamente, como si saliera a la área cada pocos segundos antes de

zambullirme a más hondura. Y justo cuando pensé que no podría aguantar más esa intensidad, él redujo la presión, me chupó el labio inferior muy delicadamente, pasó la lengua sobre él y luego repitió el movimiento. Me revolví debajo de él y su lengua volvió a escurrirse entre mis labios para reiterar su completo examen: acariciándome la lengua, los dientes, el paladar.

Si alguien me hubiera preguntado « ¿Qué tal este beso frente a besar a Kennedy ? » , en ese instante habría respondido « ¿A quién? » .

Lucas me cogió una muñeca con cada mano y me puso los brazos cerca de su cuello. Yo respondí realizando algo que había imaginado llevar a cabo bastante más de una vez: metí las manos entre su pelo, despeinándolo todavía más. Él me levantó, acomodándome en su regazo a la vez que apoyaba la espalda contra mi montón de almohadas en la cabecera de la estrecha cama, con un pie enfundado en una bota aún en el suelo y el otro recogido debajo de mí. Me inclinó hacia atrás, con la mano acariciándome la cabeza, y bajó por mi cuello sin dejar de besarme hasta el escote en V de mi jersey. Dejé caer la cabeza mientras jadeaba e intenté conformar algún pensamiento racional.

Su mano se coló bajo el despacio punto para escurrirse por mis costillas. Un instante luego pasó sobre las copas de seda de mi sujetador, con las puntas de los dedos rozándome la piel de encima, esas curvas de carne del escote incrementado por mi posición. Subiéndome el jersey por arriba de los pechos, movió los labios a los sitios en donde estuvieron sus dedos y pasó la lengua por la línea de piel justo por arriba del borde del sujetador.

Mis manos se apretaron en su pelo cuando sus dedos pasaron por arriba del cierre delantero. ¿No me había puesto ese sujetador con un ingreso simple exactamente por esa razón? Mi cuerpo le deseaba, pero mi cabeza protestaba: un primer beso, luego me metía mano y después... ¿qué?

La voz de Erin ha dicho en mi cabeza: « ¡Aprovéchate del sustituto!» y yo tosí y me reí en un instante inoportuno.

Lucas levantó la cabeza y enarcó una ceja.

—¿Te he hecho cosquillas? —me hizo la pregunta desconfiado.

Yo se encontraba completamente horrorizada y no podía imaginarme una catástrofe más amarga en ese instante que tener cosquillas en los pechos... excepto tener el sentido del humor más estúpido del planeta. Me mordí el labio, tratando no reírme otra vez y pensando: « Oh, Dios mío» . Negué con la cabeza.

Su mirada se fijó en los dientes con los que me mordía el labio inferior. — ¿Seguro? Es eso o que encuentras mis técnicas de seducción... divertidas. Solté una carcajada, incapaz de contenerla, y él movió la cabeza conmigo

sentada en su regazo, con el pecho medio desnudo y avergonzada. Saqué la

mano de entre su pelo y me la puse sobre mi boca imprudente.

Entonces él sonrió. Detrás de mi palma y o además sonreí, suplicando en silencio que no me hiciera reír otra vez porque, justo bajo la área, mi

histeria reprimida se encontraba próximo de amotinarse.

—Tal vez debería ponerme a hacerte cosquillas y terminar con esto. —Pareció pensar sobre la iniciativa.

—No, por favor —dije alarmada. Como la mayoría de la multitud, yo no era algo interesante de ver cuando me hacían cosquillas. Lo sabía porque, el día de mi undécimo cumpleaños, mi tía había grabado al idiota de mi primo mayor haciéndome cosquillas hasta que me transformé en un desastre que no paraba de suplicar y de retorcerse; mi cara se encontraba de un escarlata encendido, me caía babilla por la comisura de la boca, y los sonidos de protesta que emitía eran inhumanos.

—¿No?

—No, por favor, no.

Suspirando me apartó la mano de la boca y me la apretó contra su pecho, inclinándose de manera rápida y dándome otro beso. Me percaté de que me bajaba el jersey con precaución otra vez, pero eso no evitó que siguiera acariciándome con las puntas de los dedos el abdomen abajo de él o poniéndome las palmas sobre los pechos por arriba del sujetador y rozándome un pezón con el pulgar mientras su boca se movía sobre la mía, realizando que me diera vueltas la cabeza. Contra mi mano, su corazón latía a la vez que el mío.

Y se me olvidaron completamente las risas.

Poseía los labios sensibles y me cosquilleaban. Si me los tocaba, me volvían en multitud recuerdos sentimentales: sus manos y lo que habían hecho en sincronización con su boca, los besos interesados y locos, y las escasas expresiones que había dicho. « Eres tan guapa...» .

Pretendía ver los dibujos, por eso me los enseñó. Eran buenos. Increíblemente buenos. Se lo dije y mi comentario se ganó esa sonrisa que solamente aparentaba estar ahí.

—¿Qué vas a llevar a cabo con ellos? —le pregunté, aunque ya era un poco tarde para esa cuestión.

—Volver a hacerlos con carboncillo, seguramente.

Esperé a que dijera algo más.

—¿Y luego?

Se puso la sudadera y me miró. —¿Ponerlos en la pared de mi dormitorio?

Abrí los labios, pero no poseía ni iniciativa de qué decir. « ¿La pared de su dormitorio?» .

Sus ojos volvieron al cuaderno, que se encontraba abierto por el segundo dibujo. —¿Quién no iba a querer ver esto al despertarse?

Esa cita poseía un noventa y nueve por ciento de opciones de significar lo que aparentaba sugerir, pero no se encontraba totalmente segura de poder responder

igual, por eso no dije nada. Él cerró el cuaderno y lo dejó sobre la estantería que había al costado de la puerta. Me cogió la barbilla con la mano y me frotó delicadamente el labio inferior con el pulgar.

—Oh, lo siento. —Apartó la mano y se miró los dedos—. Se me ha olvidado cómo se me quedan las manos luego de dibujar. —Me miró el jersey—. Indudablemente vas a tener marcas grises... por todas partes.

Asumiendo que en este momento debía de tener un labio gris y probablemente marcas grises por el abdomen y las curvas superiores de los pechos, no se me sucedió nada que decir además de:

—¡Oh!

Él cerró las manos para convertirlas en puños, puso uno bajo mi barbilla para levantármela y utilizó el otro para atraerme hacia él.

—No te impacientes, sin dedos.

Acercó mi cuerpo al suyo y me dio un beso con la espalda contra la puerta de mi cuarto. En esa posición no podía esconder lo que su cuerpo pretendía de mí. Me apreté contra él y gimió dentro de mi boca. Un instante luego se separó de mí a regañadientes y con la respiración irregular.

—Tengo que irme en este momento o después no podré.

Ese era el instante en que yo debía decirle: « Quédate » , pero no pude. Kennedy nació un instante en mi cabeza, diciéndome algo bastante semejante no un largo tiempo atrás. Y aún peor fue suponer en Landon y el viable mail suyo o que me esperaba. Ninguna de esas dos cosas debería importarme. No en ese instante.

Lucas se irguió y carraspeó. Me dio un beso en la frente y otro en la punta de la nariz y abrió la puerta.

—Hasta después —dijo, y salió.

Yo me agarré al marco de la puerta y lo vi distanciarse, colocándose el gorro sobre el pelo despeinado. Todas las chicas con las que se cruzó le miraron. Algunas se giraron y le observaron hasta que llegó a la puerta de las escaleras, antes de volver las cabezas para ver de dónde había salido. Yo volví a ingresar en mi cuarto, dejándolas con la duda.

El mail que nos había interrumpido no era de Landon, sino de mi madre, y tenía dentro el itinerario del viaje de esquí a Colorado. El viaje al que no me habían invitado. El viaje que habían premeditado para el exclusivo fin de semana de mitad de semestre que había premeditado pasar en el hogar, un fin de semana de vacaciones, nada menos.

Sin embargo me costó bastante hallar verdadero enfado en mi interior al abrir el mail por dos razones: una, que se encontraba raramente decepcionada por no haber encontrado el nombre de Landon en mi bandeja, y dos, que se encontraba tan emocionada luego de que Lucas me hubiera besado de aquella forma que no me importaban ni unas vacaciones para las que quedaban once días ni cómo iba a pasarlas.

El domingo durante la noche se encontraba comiendo mantequilla de cacahuete a medidas de cuchara para cenar, observando Qué les pasa a los hombres y diciéndome que y o precisamente no era la distinción a ninguna regla. Landon aún no me había escrito y tampoco había vuelto a entender nada de Lucas.

Erin debía de estar próximo de llegar cualquier ocasión y y o se encontraba ansiosa por recobrar su presencia escandalosa y llena de vida en nuestra cuarto. Tanto silencio me se encontraba deprimiendo y realizando que en las comidas solo comiera condimentos.

Mi correo de entrada sonó y dudé si parar la película para mirarla o no. No se encontraba de humor para otro de los esfuerzos de mi madre por liberarse del remordimiento por abandonarme en una fiesta considerable. Hasta ese instante había intentado la lógica (« Era el año que te tocaba proceder a casa de Kennedy »), el chantaje emocional (« Tu padre y y o no hicimos un viaje solos en veinte años») y una invitación reticente a unirme a ellos (« Sospecho que tendríamos la posibilidad de conseguirte un billete. Pero tendrías que reposar en el sofá o en una cama supletoria, porque sin lugar a dudas todas las habitaciones van a estar reservadas»). Ignoré ámbas primeras y dije « no, gracias» a la tercera.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Un intento de comprarme? Seguramente se le había ocurrido proponerme un viaje de compras; y a lo había usado antes. La semana anterior había visto unos cuantos botas por internet que mis clases particulares podían pagarme, pero que superaban el presupuesto de mi asignación. Paré la película y miré el correo.

Bingo. No era mi madre. Era Landon.

Jacqueline:

Me alegro de que creas que te ha salido bien el control de economía. En relación poseas un borrador de tu trabajo, no me importará tirarle una mirada antes de que lo entregues. Te adjunto el papel de ejercicios de la sesión de mañana, que acabo de llevar a cabo. Si tienes alguna pregunta, dímelo.

LM

Volví a leer el mail mientras hacía un mohín. No había nada ni remotamente insinuante en él. Podría estar escrito por uno de mis instructores. No me decía por qué había necesitado todo el objetivo de semana para responderme, cuando

comunmente lo hacía en unos cuantos horas o menos. No hacía bromas, ni me preguntaba nada que no tuviera relación con la economía. Me sentí como si me hubiera soñado toda la familiaridad que habíamos creado a lo largo de las semanas recientes.

Landon:

Gracias. Te enviaré el borrador el sábado por la mañana. Quisiera que hayas gozado del fin de semana.

JW

Jacqueline:

Me viene bien que me lo envíes el sábado. Intentaré devolvértelo ágil para que consigas entregárselo al doctor H. antes de las vacaciones. Mi fin de semana

estuvo bien. Más que nada el viernes. ¿Qué tal el tuyo?

LM

Landon:

Bien. Un poco solitario (mi compañera de cuarto estuvo fuera de la región todo el objetivo de semana; termina de volver y se muere por contármelo todo), pero productivo.

Gracias otra vez por tu asistencia.

JW

9

De nuevo, a Lucas se le acercó una chica en el final de la clase. Pero ¿qué demonios...? ¿Es que todas las chicas sentían la necesidad de conversar con él? Pero entonces un chico se acercó y se puso al costado de ella, rodeándole los hombros con el brazo. Alarmada, me percaté de lo que implicaba mi oposición visceral: celos. Por un chico que solamente conocía, con el que había intercambiado más saliva que expresiones.

Cuando crucé el último pasillo, Lucas me dedicó una sonrisa tensa con un suave saludo de barbilla y volvió su atención a la pareja que se encontraba enfrente de él. En pleno conflicto, me sentí aliviada y decepcionada a la vez.

En la comida le pedí consejo a Erin.

—Es muy cauto. —Bebiendo el batido de frutas y cereales que era su comida recurrente, pensó sobre las probables causas de su reserva—. Es como si... se estuviera resistiendo a sentirse atraído por ti. No me entiendas mal, varios hombres sufren esos pulsos internos, pero comunmente no les pasa hasta que no han cerrado el trato. —Ella me examinó—. ¿Estás segura de que no pasó nada el viernes durante la noche?

Solté un suspiro y apoyé la frente en la mano.

—Oh, desde luego, es que se me había olvidado completamente la parte donde tuvimos sexo salvaje a lo largo de toda la noche del viernes.

Ella puso los ojos en blanco y luego levantó las cejas.

—Oy e, ¿y si tiene novia?

Fruncí el ceño. No había considerado esa oportunidad.

—Supongo que es viable.

Mi cabeza agregó algo más que no podía decir: ¿y si lo que pasó la noche en que nos conocimos me logró parecer tan patética e idiota como me sentía y él no podía olvidarlo y continuar adelante? Esos minutos aterradores me poseían atenazada por el miedo, y haberme encontrado con Buck unos días atrás solo lo amplificaba todo. Y no iba a ser la más reciente vez que lo viera. Se encontraba en la misma hermandad que Kennedy. Era amigo de Chaz y Erin y de todo mi obsoleto círculo de amigos. Era básicamente ineludible.

—Una novia terminantemente estropearía nuestros proyectos —musitó Erin.

Sin entender por qué y apareciendo de la nada me pregunté si Landon Maxfield tendría novia. No había citado tenerla, pero ¿por qué iba a llevarlo a cabo? No había habido ninguna razón para que él dijera en uno de nuestros intercambios de correos: «Oy e, de hecho, tengo novia». Podía hallar alguna forma de preguntar. Aparentaba tan abierto que seguramente me contestaba.

—¿J? —La voz de Erin interrumpió mis pensamientos.

—¿Eh? Perdona.

Arqueó una ceja, sorbiendo lo que quedaba de su batido.

—¿En qué piensas? Conozco esa mirada calculadora y, como tu casamentera oficial, necesito entender qué estás tramando.

Miré el sándwich que poseía en la mano, le quité los tomates y los dejé en una esquina de la bandeja. No podía contarle lo de Buck. Pero podía confesarle mi creciente interés por Landon.

—¿Te suena mi instructor especial de economía?

Ella asintió confundida y, súbitamente, sentir una atracción por alguien con quien solo me comunicaba por internet, mientras asistía a una facultad donde había cientos de hombres solteros me pareció la cosa más ridícula de la narración de las cosas ridículas.

—Bueno, algunas veces se ve que nos encontramos flirteando. Y una vez comentó que Kennedy era un imbécil.

Ella enarcó una ceja.

—¿Conoce a Kennedy ?

—No... Quiero decir que lo que ha dicho fue: « Tu ex es un imbécil» . No pienso que verdaderamente lo conozca. Era más bien un... cumplido hacia mí.

—Le di un mordisco al sándwich de pavo, beicon y guacamole.

—Hummm . —Erin apoyó los dos codos en la mesa que había entre ambas—. Bueno, es evidente que no puede estar tan bueno como Lucas. Pero es un instructor especial, por eso debe de ser listo... Y Dios sabe que a ti eso te va. ¿Es mono?

—Eh... —dije, todavía masticando.

Ella entornó los ojos.

—Oh, Dios mío. No lo viste jamás, ¿verdad?

Cerré los ojos y suspiré.

—No precisamente.

—¿No precisamente?

—Está bien, no. No tengo ni iniciativa de cómo es, ¿vale? Pero es capaz y entretenido. Y fué muy amable y me ha ayudado bastante. Ya estoy al día con la clase, además del trabajo...

—Jacqueline, ¿no puedes enamorarte de un hombre sin haberle visto nunca! ¿Y si no disfrutas nada? Podría ser... —dijo mientras examinaba el comedor y se detenía en un chico con una pinta alucinante que pasaba corriendo con

nuestra mesa con una remera raída y un pantalón de chándal— como ese.

Crucé los brazos, ofendida en nombre de Landon.

—Ese chico se ve un marginado de la sociedad. Landon es bastante capaz para tener esa pinta.

Se tapó los ojos y negó con la cabeza.

—Vale. Vamos a hacer que Landon sea el Plan B. —Me miró fijamente con su expresión de teoría de la conspiración: los ojos entornados y los labios fruncidos

—. ¿Qué es lo que sabes verdaderamente de ese Landon? Reí.

—Mucho bastante más de lo que sé de Lucas. —Excepto qué pinta tiene y a qué sabe. Subió y bajó las cejas.

—¡Puaj, Erin! Tú siempre pensando en lo mismo.

Ella sonrió, burlona.

—Yo quiero decir que tengo un propósito en cabeza.

Evitamos el Starbucks; eso era parte del plan de Erin, aunque comenzó a lamentar los sacrificios que se encontraba realizando por mí cuando nos tuvimos que beber dos tazas del horrible café de la cafetería. Tras dejarme normas estrictas de que no le escribiera mensajes ni correos a ninguno de los dos, me dio un corto abrazo antes de que la absorbiera un grupo de sus hermanas de la hermandad (que actuaron todas como si fuéramos, como bastante, conocidas lejanas) para ordenar la venta de pasteles de esa tarde.

Un mes antes y o era la novia Ajena A las Hermandades de Kennedy ; en este momento era sencillamente la compañera de cuarto de Erin que no poseía hermandad.

Había lavanderías en cada planta de la vivienda, pero como todo el planeta en mi planta aparentaba haber decidido llevar a cabo la colada simultáneamente, todas las lavadoras estaban repletas. Cargando con una bolsa de malla llena hasta los topes me dirigí a la escalera y salté de un escalón de cemento a otro con la promesa de que los habitantes del piso inferior tuvieran una menor afición por la limpieza, por lo menos esa noche.

Diez minutos luego volvía a subir las escaleras con la bolsa vacía. Acababa de ingresar en el hueco de la escalera cuando mi teléfono vibró. Le respondí el mensaje a Maggie, que me escribía para recordarme que le mandara un link que necesitaba para un trabajo de español que estábamos realizando juntas. Deseando escribirle un mensaje a Lucas o un correo a Landon, volví a meterme el teléfono en el bolsillo delantero. Le había prometido a Erin que no iba a llevar a cabo ninguna de ámbas cosas. Ella sabía cómo funcionaba la

cabeza de los hombres, en tanto que mis años con Kennedy me habían dejado lastimosamente sin elaboración para esta clase de maniobras complicadas. Claramente, las reglas para ligar jamás me habían parecido bastante menos peliagudas que las reglas para

hallar una relación permanente, pero qué sabía y o.

La puerta que había detrás de mí se abrió y se cerró cuando y o doblaba la esquina y unos pasos que subían las escaleras sonaron detrás de mí. Había centenares de habitantes en mi edificio y aunque todos utilizábamos el ascensor o las escaleras primordiales para ingresar y escapar del edificio, la mayoría usábamos esas escaleras siempre frías y húmedas para desplazarnos entre las plantas. Una sensación claustrofóbica y agobiante me asaltaba siempre en ese lugar y me esforcé por no salir corriendo para lograr la puerta.

Me paré en seco cuando me percaté de que y o se encontraba continuando, pero mi bolsa de la colada no. Asumiendo que se había enganchado en la barandilla, me giré para liberarla y me hallé de frente con Buck. Había cogido el radical de la bolsa con la mano.

Solté un grito ahogado y se me paró el corazón, como si el instante estuviera ocurriendo a cámara lenta, y luego comenzó a latirme como maquinaria de construcción en el pecho. Se encontraba parado en el escalón que había justo debajo de mí y me observaba maliciosamente.

—Hola, Jackie. —La bilis me subió hasta la garganta al oír su voz, y tragué saliva—. No. Sospecho que en este momento eres Jacqueline, ¿no? ¿No es eso lo que me dijiste? Eso que llamamos una rosa, olería igual de dulce con algún otro nombre...

Cuando se acercó, intenté subir otro escalón de espaldas, tropecé y me caí.

Utilicé la posibilidad para gatear hacia atrás, subiendo las escaleras hacia la puerta, pero él se agachó y me levantó con total simplicidad, agarrándome por los hombros con las dos manos.

—No me toques —dije con voz ahogada.

Él sonrió como si estuviera hipnotizando a una chiquita presa atrapada.

Se encontraba jugueteando conmigo.

—Vamos, « Jacqueline» , no seas de esta forma. Siempre has sido muy amable conmigo. En este momento solo quiero ser un algo más amable contigo, eso es todo.

No arrastraba las expresiones en esta ocasión. Se encontraba sobrio y decidido y la malicia de sus ojos me mencionó que iba a realizar los pagos por haber escapado la noche de la fiesta. Iba a realizar los pagos por lo cual Lucas le había hecho.

Negué con la cabeza.

—No. Te estoy diciendo que no, Buck. Igual que te lo dije la más reciente vez. Entornó los ojos y solamente pude oír la maldición que soltó entre dientes por la

sangre que me atronaba en los oídos. « Corre. Corre. Corre» aparentaba susurrarme, y yo se encontraba deseando poder obedecer. Solté la bolsa, que cayó a mis pies.

—Sé que lo que pasó esa noche no fue culpa tuya. —Se encogió de hombros

—. Eres una chica atractiva y por supuesto ese tío tuvo la misma iniciativa que yo. Solo ha podido conmigo porque había bebido. —Sentí su respiración en mi cara, ardiente, salvaje. Él no se tropezaría aunque yo consiguiera zafarme de él y correr—. ¿Así

que te lo tiraste en tu camioneta o te dejó llegar hasta tu cuarto? Sé que Erin se encontraba con Chaz esa noche, igual que hoy.

Hice una mueca al oír sus expresiones soeces. No me había llegado ningún mensaje de Erin aún, pero no era irrealizable que se quedara con Chaz esa noche ni que Buck lo supiera antes que yo.

Un brazo me rodeó y me agarró la cadera, apretándomela hasta que me dolió. El mal no era nada relacionado con la degradación de estar siendo manoseada contra mi intención.

—Esta escalera es repugnante e fastidiosa, pero no es realmente difícil. ¿Por qué no vamos a tu cuarto? Va a ser mejor para ti, nena.

Su amenaza era obvia. Si decía que no, me violaría ahí mismo.

—Al... alguien podría ingresar en la escalera cualquier ocasión.

Él rio.

—Cierto. Una lástima que no lleves esa falda tan corta que llevabas la otra

noche. Podría ponerte contra la pared y terminar contigo en dos minutos sin la necesidad de quitarte nada.

Comenzó a darme vueltas la cabeza. Le empujé, tratando moverme aunque fuera un poco, pero no pude.

—No sería la primera oportunidad que me pillan con una calentorra en una posición comprometida. Oy e, y además, si deseas vengarte de Kennedy por dejarte tirada, volverte la chica que hace algún cosa, en algún parte y con alguno te afirmo que es algo que le volvería loco. —Se encogió de hombros

—. Ya has empezado con ese gilipollas... Y quién sabe con quién más. Por eso tenemos la posibilidad de llevarlo a cabo aquí, si eso es lo que deseas.

—No —dije, y le ardieron los ojos—. En mi cuarto —jadeé temblorosa, aguardando que él, con su minúsculo cerebro, pensara que era por la excitación. Él sonrió y a mí me entraron náuseas. Jamás en mi vida había tenido semejantes intenciones de vomitar, pero mi cuerpo luchó instintivamente contra las arcadas.

Con el brazo cerca de mi cintura, me giró hacia la puerta que había arriba y cogió mi bolsa de la colada del suelo. Me pregunté si se encontraba preparada para llevar a cabo lo que se encontraba próximo de llevar a cabo. Si se encontraba lista para chillar, pelear y clavarle las uñas en el pasillo, humillándome enfrente de todo el planeta con la promesa de que no va a llegar a poder ingresar en mi cuarto. Si él lo conseguía, y o se encontraba sentenciada. Las paredes no estaban insonorizadas, pero todo el planeta se encontraba habituados a oír toda clase de ruidos saliendo de las habitaciones vecinas. Si alguien oía algo por arriba de su música, su tv o sus videojuegos, indudablemente no le daría consideración.

Salimos al pasillo y yo pensé en la multitud de la que poseía que depender. Mi cuarto se encontraba a seis puertas de la escalera. Había dos chicos en el radical contrario del pasillo llevando a la práctica trucos con el patinete. Olivia se encontraba en medio del pasillo comentando con Joe, un chico de la cuarta planta. Cuando nos vio, se quedó

un instante con la boca abierta antes de cerrarla y Joe miró por arriba del hombro, saludó con la barbilla en dirección a Buck y se volvió otra vez hacia ella con una risita. Eso no era bueno.

Kimber, que poseía la cuarto dos puertas más abajo, salió al pasillo con su colada. Me paré. Era en este momento o jamás. Buck dio otro paso hacia enfrente antes de saber que yo no avanzaba. Se volvió hacia mí.

—Vamos, J —me animó.

—No. No vas a ingresar en mi cuarto, Buck. Quiero que te vayas en este momento.

El shock se reflejó precisamente en su cara. Kimber, Olivia y Joe se han quedado helados y esperaron para presenciar de primera mano lo que iba a ocurrir.

Buck poseía la mano en mi codo.

—Eso no es lo que me dijiste hace unos minutos, nena. Hablemos en privado.

Tuvo la intención de tirar de mí hacia enfrente, pero yo arranqué el brazo de su gruesa mano.

—Quiero que te vayas. Ya.

Le miré fijamente, con el pecho llendo hacia abajo y hacia arriba alocadamente.

La indecisión nació en sus facciones. Había cinco personas viendo.

Levantó las dos manos con las palmas hacia fuera.

—No te enojas, ¿vale? Ya te dije que la escalera era fría e fastidiosa. No es culpa mía que no pudieras aguardar cinco minutos. —Me colgó la bolsa del hombro y dijo—: Llámame después, cuando se te haya pasado el mosqueo, atractiva. —Chocó los puños con Joe y caminó hasta la escalera. Yo esperé a que desapareciera por la puerta antes de volver a moverme.

Con la cara ardiendo, abrí mi puerta mientras Olivia susurraba detrás de mí de una manera muy poco discreta:

—Oh, Dios mío, ¿acaban de llevarlo a cabo en la escalera? ¡Y metió a otro tío en su cuarto el viernes por la noche! Me hago una pregunta si le se encontraba poniendo los cuernos a Kennedy y por eso él...

Cerré la puerta, me apoyé contra ella y me dejé caer al suelo, temblando. Las lágrimas me caían por la cara y mi respiración era temblorosa y me dejaba el pecho dolorido. Pretendía salir corriendo. Irme a casa. Olvidarme de que me habían dejado, de que habían pisoteado mis sueños, de sentirme todo el tiempo bastante inexperta y estúpida para continuar con mi propia vida.

Había burlado a Buck en esta oportunidad, y ya era la segunda vez que no conseguía lo que pretendía, por eso podría estar cabreado. Habitual y guapo, podía seleccionar a la chica que quisiera, y por lo cual había presenciado bastante más de una vez, utilizaba esa virtud todo lo que podía. Yo no era más atractiva que chicas como Olivia, que se lanzaban a sus brazos todo el tiempo. No había ninguna razón para que se obsesionara conmigo.

Al inicio había habido una rivalidad entre Buck y Kennedy, pero no

recordaba por qué. Algo había ocurrido cuando los dos solicitaron ingresar en la hermandad. ¿Me podría estar acosando de esta forma por algo que poseía en oposición a mi ex?

Podía ser, si suponía que llevarlo a cabo molestaría a Kennedy.

Iba a tener que decírselo a Erin. Podría estar furiosa conmigo por habérmelo callado y temía su oposición, pero no poseía selección. Ya no.

—Jacqueline, ¿te estás tirando a Buck? —preguntó Erin cuando la puerta de nuestra cuarto se cerró tras ella.

Me pareció sentir que toda la sangre abandonaba mi cara.

—¿Quién te dijo eso?

Logró un ruido, una clase de « pssst » .

—Quién no me lo dijo. ¿Por qué no me lo has contado esta mañana en

astronomía? Y ¿por qué Buck? Vale, está bueno y todo eso...

—No lo he hecho. —Tragué con contrariedad y los ojos se me llenaron de lágrimas—. No lo he hecho, Erin.

Ella parpadeó al notar mi expresión, cruzó la cuarto en tres pasos y me agarró los brazos.

—J, ¿qué pasa? ¿Qué ocurrió?

Me dejé caer en la cama y ella reposó a mi lado, con los ojos como platos.

—Yo... tengo que decirte algo.

—Vale, te escucho.

¿Por dónde comenzar? ¿Por la noche previo? ¿Por hace dos semanas? — Cuando me fui próximamente de la fiesta de Halloween, hace unos cuantos semanas...

Buck me siguió. —Me mordisqueé un trozo de piel suelta del labio y noté que se encontraba sangrando. El gusto de la sangre me trajo los recuerdos de aquella noche con más claridad y comenzó a arderme la cara—. Se encontraba borracho. Me empujó dentro de mi camioneta.

Se encontraba muy rígida, obligándome a dejar caer las expresiones mientras Erin iba abriendo la boca.

—¿Que logró qué?

Me agarró el brazo con más fuerza.

—Iba a vi... violarme...

—¿Iba a?

Cerré los ojos y me lamí la sangre del labio.

—Lucas nació de la nada. Y le detuvo.

—Oh, Dios mío. Joder.

En el silencio que siguió, por fin abrí los ojos. Erin seguía agarrándome un brazo y miraba la gastada alfombra que había debajo de nuestros pies.

—¿Me crees?

Seguía conteniendo las lágrimas, aunque se encontraba muy segura de que caerían próximamente. La más reciente vez que había llorado (antes de que Kennedy rompiera

conmigo, hacía algo más de un mes) fué bastante más de un año atrás, cuando me fracturé el fémur realizando snowboard. Antes de eso, cuando murió nuestra vieja perra, Cissie.

—Jacqueline, ¿cómo puedes...? ¡Claro que te creo! Pero ¿qué pregunta es esa? —Me miró, ofendida—. Y de hecho, ¿por qué demonios no me lo dijiste antes? ¿Porque pensabas que no te creería? —Su labio tembló y su expresión pasó de ofendida a dolida.

—Chaz y Buck son excelentes amigos y pensé que quizás podría... sencillamente evitarle...

—Jacqueline, ¡estas son precisamente las cosas que las mujeres tienen que compartir! Me importa una mierda que estuviera borracho...

—Hay más.

Se quedó sentada, mirándose en silencio.

—Anoche me abordó en las escaleras. —Los ojos de Erin se abrieron todavía más y negó con la cabeza—. No pasó nada. Le engañé para que subiéramos hasta nuestra planta diciéndole que podíamos venir a la cuarto. Cuando llegamos al pasillo, con gente viendo, le dije que se fuera. —Me tapé la cara con las manos y conseguí dejar caer el resto—. Logró que pareciera como si lo acabáramos de llevar a cabo en las escaleras. Olivia le oyó...

—Ya me imagino el resto —dijo Erin cogiéndome las manos—. Esa bruja cotilla no posee derecho a ir esparciendo comentarios sobre nadie. No me importa lo que diga. Pero sé sincera conmigo, J. ¿Te hizo inconveniente? ¿Lo hizo?

Sus ojos ardían.

Negué con la cabeza.

—Solo me ha asustado.

Ella suspiró, con la frente arrugada mientras reflexionaba, y luego se irguió.

—Espera. ¿Los puños que machacaron la cara de ese cabrón mentiroso fueron los de Lucas y no los de dos mendigos?

—Sí.

El mal la invadió, pude verlo en su cara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Me encogí de hombros, imperceptiblemente.

—No lo sé. Lo siento.

Como respuesta Erin me rodeó con los brazos.

—¿Y Lucas? ¿Le conocías antes de todo lo mencionado?

Me apoyé contra ella y metí la cabeza bajo su barbilla.

—No, jamás le había visto antes de esa noche. La clase de economía es

colosal y y o no se encontraba intentando encontrar exactamente a ningún chico. Poseía a Kennedy. —Mis manos cayeron en mi regazo con las palmas hacia arriba—. O por lo menos eso suponía y o.

Erin me abrazó más fuerte.

—Claro...

10

—¿Vas a las clases grupales de economía? Solo he ido unos cuantos ocasiones, pero no recuerdo haberte visto ahí. —La voz de Benji apartó mi atención de Lucas.

—¿Cómo?

Él rio mientras y o metía el manual de economía en la mochila que poseía a los pies, avergonzada porque me había pillado viendo a Lucas. Otra vez.

—¿Clases grupales? Ojalá pudiera, pero tengo otra clase a la misma hora. Pero he intercambiado correos con el profesor... Necesito ayuda para ponerme al día luego de mi ausencia a lo largo de dos semanas para recobrar mi cordura.

Súbitamente me percaté de algo: si Benji había ido a las clases, significaba que había visto a Landon. Yo había deducido con anterioridad, por bastantes comentarios deliberadamente con transparencia, que Benji era gay. Por eso quizás no opusiera resistencia a responder cuestiones acerca de cómo era precisamente el instructor especial de economía.

—Así que has ido a unos cuantos clases, ¿eh?

Él asintió y yo tomé la decisión comenzar con algo primordial.

—¿Hay alguna oportunidad de que el instructor sea... y a sabes... gay ?
Contuve la respiración, aguardando su respuesta.

—¿Es que crees que voy preguntando por ahí? —Él rio cuando vio que parpadeaba, preocupada de haberle ofendido—. No, era broma. Estoy muy seguro de que no juega en mi conjunto. Pero si lo hiciera, podría estar fuera de mi alcance. —Él contuvo la respiración y se dio unos golpecitos en el estómago, que había conseguido dejar chato al no respirar—. Unos cuantos semanas en el gimnasio

dejar el pan en el transcurso de un fin de semana y listo. Puse los ojos en blanco.

—Anda, calla.

Él suspiró.

—Me encanta ser un hombre. ¿Necesitas perder dos kilos? Unos cuantos semanas sin ketchup y inconveniente arreglado.

Nos hayamos puesto las mochilas al hombro y comenzamos a subir las escaleras.

—Ahora mismo te odio.

Él rio por mi comentario y volvió a llevarlo a cabo cuando mis ojos examinaron el espacio entre el taburete de Lucas y la puerta. Se había ido.

—Así que estáis permutando mails e profundas miraditas en clase. Sospecho que no eres la exclusiva chica (o chico) de la clase de Heller que piensa que el instructor especial está tan bueno como un tamal picante, pero quizás seas la exclusiva con la que el sentimiento es mutuo.

Oí su broma, pero no registré nada luego de llevar a cabo la conexión que se encontraba justo enfrente de mí.

—Lucas... ¿es el instructor especial?

Benji se paró a la vez que yo y los dos nos hemos visto golpeados por la multitud que pasaba a nuestro lado.

—¿Bromeas? —Me arrastró para apartarme del denso tráfico de gente caminando—. ¿No tenías en cuenta que era el instructor? —Sonrió—. Sospecho que en este momento sí que vas a proceder a las clases, ¿eh? Quiero decir, prácticamente y a estás accediendo en región prohibida, pero no eres la exclusiva que ejerce ese juego de miraditas o no podría estar de broma contigo. —Inclinó la cabeza y me miró a los ojos—. ¿Jacqueline? Pero ¿qué demonios...?

Pensé en los correos que me había escrito como Landon y las miradas y los mensajes de Lucas... y más que nada en la sesión de dibujo y besos de cinco días atrás. Luego de la que no me había escrito. Ni mandado ningún correo. ¡Ni me había dicho que era Landon!

—No lo sabía.

Como si aún me hiciera falta algo más para hacerme sentir una perfeccionada idiota.

—Vamos a conocer, eso era obvio; había conseguido deducirlo por tu expresión alucinada y confusa. ¿Tal vez él piensa que lo sabes?

Negué con la cabeza.

—Él sabe que no lo sé. —Fruncí el ceño—. Y ¿qué deseas decir con que estoy accediendo en región prohibida?

Encogió un hombro.

—Mi compañero de cuarto proporciona clases de química a los de primer año. Los instructores particulares tienen que ayudar a las clases que después enseñan, pero no les se permite, y a sabes, «confraternizar» con sus estudiantes. Conflicto de intereses. No tan grave como sería con un ayudante o con un instructor enserio, que no tienen que meterse de ninguna forma con los estudiantes. Pero son cosas que pasan algunas veces. Todos somos humanos.

Me quedé viendo el suelo.

—Y yo ¿es que no me entero de nada? ¿Cómo es que no lo sabía? Benji me puso un dedo bajo la barbilla.

—Oh. Tengo la clarísima sensación de que ha habido alguna

confraternización» . —Suspiró al notar mi expresión—. Mira, si jamás has ido a una de sus clases y ninguno de sus alter ego te lo dijo, ¿cómo lo ibas a entender?

La tensión en mis hombros se redujo. —Supongo que tienes razón.

—Claro que tengo razón. Y en este momento ¿qué? Apreté la mandíbula.

—Ni iniciativa. Pero algo está claro... No le voy a decir que lo sé.

Benji negó con la cabeza, poniendo un brazo sobre mis hombros mientras regresábamos al interior de la marea de alumnos.

—Cuando me inscribí en economía no poseía ni iniciativa de que iba a tener este nivel de dramatismo de reality-show. ¡Esto es un plus genial!

Erin: Nos he apuntado a clases de defensa personal.

Yo: ¿Qué?

Erin: Las imparte la policía del campus. Los sábados de 9 a 12 de la mañana; empiezan esta semana, saltan el objetivo de semana de Acción de Gracias, y luego hay dos clases más.

Yo: Vale.

Erin: ¡¡¡Podremos proporcionarles una paliza a unos tíos vestidos con esos

trajes acolchados!!! Siempre he amado ofrecerle una aceptable patada en los huevos a un tío. ¡Y en este momento puedo llevarlo a cabo sin sentirme culpable!

Yo: Estás mal de la cabeza.

Erin: Culpable. :)

El viernes no miré en dirección de Landon/Lucas. Ni solo una vez. Había pasado una semana desde nuestra sesión de caricias prohibidas por la facultad. ¿Era eso lo que le atraía? ¿Que era fruta prohibida? Yo le iba a enseñar lo que se encontraba contraindicado.

Cuando y a estábamos recogiendo, Benji miró por arriba de mi hombro y sus cejas ascendieron hasta los rizos oscuros que le caían sobre la frente.

—Hola, Jackie.

Kennedy no me había hablado en bastante más de un mes, las últimas expresiones entre nosotros tuvieron que ver con una circunstancia muy trillada y el mismo libro de texto que poseía en este preciso momento en la mano. Inspiré hondo por la nariz y me giré.

—Kennedy.

Esperé, segura de que poseía alguna razón para arrimarse a mí, aunque no poseía ni iniciativa de cuál era.

—¿Vas a proceder a casa en Acción de Gracias? Si vas, tendríamos la posibilidad de comunicarnos en coche y turnarnos para conducir. Ya conoces, para que el viaje de 4 horas se realice menos aburrido.

—¿Quieres que hagamos el viaje a casa... juntos?

Él se encogió de hombros y ladeó la cabeza exponiendo una sonrisa con unos leves hoyuelos. Kennedy apartándose el pelo de los ojos era una perspectiva impresionante y él lo sabía realmente bien. Pero en ese instante a mí me irritaba más que otra cosa.

Benji carraspeó y me tocó el codo.

—Te veo el lunes, « Jacqueline » .

Le sonreí.

—Que poseas un óptimo fin de semana, « Benjamin » .

Me guiñó un ojo y al pasar le dio un golpe a Kennedy y no pidió perdón.

—¿De qué va? —preguntó mi ex frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que deseas verdaderamente, Kennedy ?

Me cambié la mochila de posición y le miré, desgarrada por mis deseos, contradictorios en ese instante. Pretendía ofrecerle un puñetazo en la cara.

Pretendía dejarme caer en sus brazos y despertar de la pesadilla de que él me hubiera dejado a un lado.

—Me agradecería que fuéramos amigos. Significas bastante para mí.

La amabilidad de sus ojos fue como una caricia física. Le había popular tan bien a lo largo de tanto tiempo...

Lo que ha dicho me pilló por sorpresa: bastante y bastante próximamente. Aparté la mirada.

—No sé si algún día vamos a poder llevar a cabo eso, Kennedy. Y no quiero llevar a cabo el viaje a casa contigo la semana que viene. Lo siento.

Pasé a su lado y comencé a andar por el pasillo hacia la puerta.

—Jackie...

—Es Jacqueline —dije sin volverme y dejándole atrás.

Landon:

Te envió esto un antes, aunque no pienso que estés ahí sentado una noche de viernes aguardando a que te lleguen trabajos de economía. Pero tengo cosas que llevar a cabo mañana, por eso he planeado que sería mejor adelantarme y mandártelo ya.

Gracias otra vez por tirarle una mirada antes de que lo otorgue.

JW

Jacqueline:

La realidad es que me has distraído/salvado (temporalmente, al menos) de una molesto búsqueda de un virus en algún lugar de centenares de líneas de código que no terminan de trabajar. Quiero tirarle una mirada a tu trabajo de economía. Te diré algo el domingo durante la noche, si no puedo antes.

LM

Me quedé viendo la L de su firma, imaginándole como la persona que era: Lucas. Como Landon, sus flirteos fueron sutiles; como Lucas lo hacía abiertamente. ¿A qué se encontraba jugando? No poseía forma de entender si esta circunstancia era novedosa para él o si comunmente se saltaba esos parámetros entre instructor y alumna. La noche en que nos conocimos, aquella horrible noche, él sabía quién era. Me llamó Jackie, el nombre que acababa de oír a Kennedy usar. Cuando le escribí por primera oportunidad para que me ayudara con economía, él debía de saberlo además, pero no dio ninguna exhibe de esto.

De acuerdo con la sitio web de la facultad, las limitaciones sobre la socialización eran para asegurar (o prevenir) que los alumnos intercambiaran favores sexuales por actualizaciones en las notas o por lo menos que se ve que de esta forma era. Pero Landon me se encontraba ayudando a estudiar y yo se encontraba realizando el trabajo. En lo que respectaba a mi nota en la clase del doctor Heller, no se encontraba pasando nada impropio entre él y yo. Él lo sabía y yo además.

Pero inclusive la confraternización consensuada, como la llamaba Benji, iba teóricamente contra las reglas.

Podía meter a Landon Maxfield en serios inconvenientes. Cuando vino a mi cuarto y yo pensaba que era otro alumno de la clase, y él no me sacó de mi engaño.

Me besó, me tocó y yo le dejé. Yo pretendía que lo hiciera.

Cerré el portátil y me quedé viendo mi teléfono. Nos habíamos enrollado hacía una semana. Ahí, en mi cuarto. Y no me había escrito desde ese momento. Pretendía entender por qué.

Yo: ¿He hecho algo mal?

Esperé numerosos minutos mientras miraba imágenes en mi teléfono; la mayoría incluían a Kennedy. Me pregunté si sería debilidad lo que me impedía borrarlas o si pretendía sostener las pruebas de que parecíamos enamorados, de que lo

estábamos para todo el planeta, inclusive cuando yo y ella se encontraba todo acabando.

Lucas: No. He estado liado. ¿Qué tal?

Yo: Sospecho que no tuviste tiempo para rehacer los dibujos.

Lucas: La realidad es que he acabado uno. Me agradecería que lo vieras.

Yo: Y a mí me agradecería verlo. ¿Lo tienes puesto en la pared?

Lucas: Sí. Oye, en este preciso momento estoy por ahí, ¿hablamos después?

Yo: Sí, claro.

Según su mail se encontraba haciendo un trabajo en lo que aparentaba un colosal proyecto para alguna agencia de sabiduría, y según su mensaje, se encontraba por ahí de fiesta. No poseía ni iniciativa de cuál de los dos era cierto. Se encontraba comenzando a creer que me se encontraba tomando el pelo... excepto por la frase: « Me agradecería que lo vieras» . Volví a leer el mensaje, abrí el portátil y volví a leer el mail, pero nada me sirvió para comprender todo aquello.

Erin entró como una tromba en nuestro cuarto a la una de la mañana, comentando por teléfono.

—¿Sabes? Pienso que no respetas mi punto de vista en miles de cosas.

Agradecidamente se encontraba despierta, observando en internet vídeos de clases de defensa personal. Más allá de las ganas de Erin de patear alguna entrepierna y mi propia necesidad de estudiar esas cosas, lo último que pretendía llevar a cabo por la mañana era levantarme para proceder a ofrecer puñetazos y puntapiés a un hombre con un traje acolchado. No podía ver la relación de aquello con poder huír de alguien como Buck. Si hubiera podido zafarme o ofrecerle una patada alguno de ambas noches, lo habría hecho.

La puerta se cerró detrás de mí por supuesto furiosa compañera mientras ella tiraba su bolso sobre la cama y se quitaba los zapatos de tacón de una patada.

—Bueno, y o no puedo apoyar a un puto violador.

Oh, Dios. Cerré YouTube y aparté el portátil.

—Sí, Chaz, eso es lo que creo en serio. —Se desabrochó la blusa blanca con tanta fuerza que estuve segura de que se comienza unos cuantos botones—. Vale. Piensa lo que desees. Por mí se acabó. —Pulsó la tecla para colgar el teléfono, gruñó y lo tiró sobre la cama antes de girarse hacia mí mientras se quitaba la blusa de un tirón—. Bueno, sospecho que se ha acabado.

Con la boca abierta me quedé sentada, sin habla, mientras se bajaba la falda negra por las caderas y le daba una patada en dirección a la cesta de la colada. Se quitó las pulseras de los brazos y los aretes, dejándolo caer todo sobre el

escritorio cubierto de joyas, cartas del tarot, packs de chicles y novelas en edición de bolsillo.

—Erin, ¿acabas de... romper con Chaz? ¿Por mí?

Se puso una remera que le llegaba hasta medio muslo y que precisamente pertenecía a Chaz. Con el ceño fruncido se la quitó por la cabeza, logró una bola con ella y la tiró.

—No. He roto con Chaz porque es un gilipollas.

—Pero...

—Jacqueline. —Levantó una mano como un guardia de tráfico apuntando que parara—. No lo digas. He roto con Chaz porque demostró lo que es considerable para él. « Los hermanos por enfrente de algún zorrilla ». Que le den. No voy a ser menos que un grupo de amigos imbéciles y sin lugar a dudas no voy a ser menos que un cabrón que va agrediendo a todas las mujeres que se le cruzan. Además, tampoco iba a ser nada persistente, ¿no? ¿Quién lo tiene en la facultad?

Se giró y revolvió el cajón superior de nuestro diminuto armario empotrado, precisamente en busca de una remera que no hubiera pertenecido antes a Chaz. Oí cómo sorbía por la nariz amortiguadamente y supe que se encontraba llorando. Maldito Chaz. Maldito Buck. Maldito Lucas/Landon/quien demonios fuera.

Las clases de autodefensa para mujeres del campus se daban en un sala del primer piso del edificio de ocupaciones. Podemos encontrar el sala y y o tiré la taza de café que llevaba en la papelera del pasillo. Erin bostezó tras una noche sin reposar, algo que sabía porque su forma de revolverse inquieta y de sorber por la nariz además me habían mantenido despierta a mí. A las 4 de la mañana se había metido en la cama conmigo, abrazándome desde detrás y acercándose a mí mientras y o le apartaba el pelo de la cara. Agradecidamente se había quedado dormida en el instante y y o había hecho lo mismo.

—Oy e, ¿no es ese...? —Erin habló sin mover los labios, como un ventrílocuo. Vestido con un pantalón de chándal negro y una remera del mismo color, Lucas se encontraba en la parte frontal de la clase con dos hombres mayores.

—Sí —dije entre dientes mientras nos sentábamos y me ponía a ver el taco de

materiales para el curso. En la cubierta había una foto de un hombre atacando a una mujer que se encontraba colocada en una posición defensiva—. Erin, no pienso que logre llevarlo a cabo.

—Claro que puedes —respondió ella tan ágil que debía de estar anticipando mi reticencia.

—Buenos días, señoritas. —El hombre más reducido y más mayor comenzó, lo que silenció algún otra protesta que pudiera tener—. Soy Ralph Watts, el ayudante del jefe de policía del campus. El hombre con pinta de debilucho que hay a mi izquierda es el sargento Don y el feo es Lucas, uno de nuestros oficiales

de supervisión de los aparcamientos. —Todos rieron porque Don y Lucas eran todo menos debilucho y feo respectivamente—. Nos encontramos contentos de que hayáis decidido abandonar varias mañanas de sábado para incrementar nuestros entendimientos de defensa personal.

Miré a Erin cuando ella me dio un golpecito con la rodilla.

—¿Oficial de supervisión de aparcamientos? Dios, ¿cuántos trabajos tiene? —murmuró por un lado de la boca.

—No tengo ni iniciativa —respondí con un cuchicheo. Aún no sabía lo de su trabajo como instructor.

—Podría estar bien... —susurró—. Más que nada si tiene traje. O esposas.

Suspiré.

Viendo cerca del semicírculo de sillas, me percaté de que solo había una docena de mujeres, una mezcla de alumnas, profesoras y personal administrativo. La mayor era una mujer con el pelo blanco que debía de ser de la edad de mi abuela. Me dije que si ella podía ir ahí a estudiar a ofrecerle una aceptable patada a un potencial violador, y o además podía.

Aunque Lucas estuviera ahí, parado al otro lado de la salón, mirándome (según me decía Erin) o evadiendo mirarme.

La primera hora y media estamos hablando de principios básicos de autodefensa. Ralph nos mencionó que el noventa por ciento de la autodefensa se apoya en achicar el compromiso de padecer una acometida.

—En un mundo ideal, todos tendríamos la posibilidad de dedicarnos a nuestros asuntos sin miedo de que alguien nos agrediera. Lamentablemente, ese ideal no tiene relación con la verdad.

Con la cara ardiendo, recordé a Lucas reprendiéndome por atravesar el estacionamiento de detrás de la hermandad sin luz mientras escribía un mensaje en lugar de prestar atención a eso que había a mi alrededor. Rodeé «noventa por ciento» con tinta azul tantas ocasiones que tapé las expresiones que había a los dos lados. Pero luego recordé lo último que me había dicho aquella noche: «No fué culpa tuya» .

Nos animaron a que propusiéramos normas de seguridad y que las escribiéramos: cerrar las puertas, caminar o salir a llevar a cabo ejercicio siempre con alguien, llevar zapatos que nos permitieran correr. La sugerencia de Erin de «evadir a los gilipollas» terminó muy habitual.

—Tres cosas son primordiales para una agresión: un atacante, una víctima y una ocasión. Si eliminamos la posibilidad, tendremos una enorme virtud en el momento de achicar las posibilidades de sufrirla. —Ralph unió las manos—. Bien, vamos a llevar a cabo un descanso y cuando volvamos, va a existir llegado el instante de llevar a cabo eso para lo que les habéis apuntado todas: proporcionarles una paliza a Don y a Lucas.

11

—Muchas de vosotras seguramente estáis convencidas de que, sin un arma, no tienes oportunidad de enfrentaros a un hombre belicoso.

Ralph habló desde el lado contrario a un grupo de colchonetas en las que Don y Lucas estaban parado el uno en oposición al otro. Nosotras estábamos dispersas cerca de las colchonetas, preparadas para ver lo que fuera que estaban próximo de llevar a cabo. Lucas seguía realizando como si y o no estuviera ahí.

—La verdad es que tienes numerosas armas a tu alcance, y les vamos a enseñar cómo utilizarlas en tu provecho. Don, que es grande y malo, va a ser el atacante y Lucas, con todo ese bonito pelo, va a ser la víctima.

Se oyeron las risas de numerosas chicas que estaban parado cerca de Lucas cuando él apretó los labios con fingida irritación y se apartó el oscuro pelo de la cara.

—Vuestras armas son vuestras manos, pies, rodillas, codos y cabeza... Y no quiero decir que lo que tienes dentro, pero eso además debe estar en desempeño. La frente y la parte de atrás de la cabeza, si entran en contacto con zonas susceptibles del atacante, tienen la posibilidad de hacerle ver las estrellas.

Usando a Don como ejemplo, indicó los puntos atacables obvios (« Sí» , murmuró Erin cuando él señaló la entepierna) y luego sitios menos obvios, como la parte de arriba del pie o el antebrazo.

Ralph detalló los movimientos que Lucas empleaba para defenderse cuando él y Don reprodujeron media docena de asaltos coreografiados a cámara lenta para mostrar con claridad lo que estaban realizando. Mientras los observaba me sentí más desesperada, no menos. El cuerpo musculoso de Lucas se encontraba entrenado para realizar esos puñetazos y bloqueos, para absorber los golpes del atacante. Yo le había visto ofrecerle una paliza a Buck cuando, instantes antes, y o solamente pude quitármelo de encima lo bastante para gritar, bastante menos para infligirle algún inconveniente.

—El propósito no es ofrecerle una paliza al atacante. —Ralph sonrió al oír el sonido de decepción de Erin—. Nuestro propósito es daros tiempo para huír. Poner pies en polvorosa es vuestra misión.

Nos dividimos en parejas para entrenar bloqueos de muñeca y evitar golpes. Los tres instructores iban dando vueltas por el sala, ayudando y recolocando. Me sentí aliviada cuando Don se acercó para mirarnos a Erin y a mí mientras hacíamos turnos para intentar ofrecernos una bofetada la una a la otra a cámara lenta.

—Mantén los ojos en el atacante —me recordó. Se volvió hacia Erin—. Coloca un algo más de fuerza en el altercado. Ella puede bloquearlo.

Me impresionó darme cuenta de que poseía razón. Erin me dio la segunda

vez porque se encontraba bastante alucinada por haber podido denegar del

todo su

primer intento.

Don asintió.

—Bien.

Nosotras nos sonreímos estúpidamente la una a la otra y cambiamos los papeles de atacante y víctima.

—¿Cuándo pasamos a ofrecer buenas patadas? —preguntó Erin.

Don negó con la cabeza y suspiró.

—Siempre hay una en todas las clases... Las patadas, en la siguiente sesión.

—La indicó con el dedo—. Y me voy a garantizar de que estés en la cola de Lucas para eso.

Ella puso cara de inocente.

—¿No les vais a poner esos trajes acolchados de muñeco de Michelin? —Sí, pero no bloquean toda la sensación.

—Je, je —rio Erin, y Don la miró con una ceja enarcada.

A lo largo de ese trueque y o miré a mi alrededor por la clase y observé a

Lucas con unos cuantos chicas que no dejaban de reír.

—¿Así? —le hizo la pregunta una de ellas parpadeando mientras le miraba, como si no supiera que había colocado mal la mano.

—No... —Él le giró la palma y le ajustó el codo—. Así.

Su voz era inaudible con todos los golpes, bloqueos y risas que se oían en la colosal sala abierta. Todavía sentí sus expresiones como una despacio caricia por mi espalda. Solamente podía conectar a ese chico (pelo alborotado, tatuajes, la sexualidad de su forma de caminar y el sonido grave de su voz) con Landon, un estudiante de ingeniería que decía (escribía) que mi ex era un imbécil y me hacía bromas sobre que mis estudiantes de orquesta de catorce años estaban enamorados de mí. Y en todo momento sin dejar de ay udarme a aprobar una asignatura que habría suspendido sin él.

Me sentí atraía por todo, por muy incongruente que fueran las dos personalidades. Pero todo él además era una mentira. Y dado que nuestro instructor le llamara por un nombre diferente que el ay udante del jefe de la policía del campus era algo desconcertante. La sección primera de su dirección de correo oficial era LMaxfield. Eso no me ay udaba nada.

Él levantó la visión y me pilló mirándole, y por primera oportunidad esa mañana, ninguno de los dos apartó la visión hasta que Erin dijo:

—J, ¡presta atención! Intenta pegarme. —Rompí el contacto visual y me volví hacia ella. Se movió para quedar enfrente de mí, otorgándole la espalda a Lucas,

puso los ojos en blanco—. ¿Es que no comprendes en absoluto el criterio de

hacerte la complicado? —me susurró—. Deja que él te persiga.

—Voy a dejar de jugar a eso.

Ella miró por arriba del hombro y luego hacia mí.

—Querida, pienso que él no lo sabe.

Me encogí de hombros.

Practicamos posiciones defensivas y golpes sencillos con la mano y al inicio me sentí un poco estúpida, pero próximamente Erin y yo estábamos gritando

¡No!» a la vez que las otras compañeras de clase y aproximando los talones de la mano a las barbillas de las compañeras o estrellando los puños (muy lentamente) en las narices de la otra.

—Lo último que iremos a entrenar hoy va a ser la defensa en el suelo. Veremos a Don y a Lucas ilustrar la primera posición y la defensa y luego cada pareja cogerá una colchoneta y nosotros les observaremos mientras practicáis.

Lucas se derribó boca abajo en la colchoneta y Don se arrodilló encima de él, apretándole con su peso. Solo con verles se me aceleró el corazón y mi respiración se volvió irregular. No pretendía estar en esa posición otra vez. No podía llevarlo a cabo enfrente de una clase llena de gente. No podía llevarlo a cabo enfrente de Lucas.

Erin me abrió el puño con los dedos y me agarró la mano.

—J, tienes que llevar a cabo exactamente esta. Vas a llevar a cabo primero de

atacante y todo va a ir bien.

Negué con la cabeza.

—No quiero. Se se ve demasiado... Tragué saliva.

—Por eso es exactamente por lo cual tienes que hacerla. —Antes de que pudiera decir nada más, ella me apretó la mano—. Ay údame a llevarlo a cabo, ¿vale? Y observaremos qué tal te sientes.

Asentí.

—Vale.

Ay ude a Erin, pero solo pude aguantar llevar a cabo de víctima una vez. Hice los movimientos y me la quité de encima con muy simplicidad. Como vieja animadora Erin era fuerte, pero no era Buck. No poseía ninguna fe en que pudiera deshacerme de nadie con su fuerza y su tamaño con ese movimiento.

No fui con la capacidad de ver a Lucas ni a lo largo de el último ejercicio ni mientras salíamos de la clase.

—¿Estás segura de que no deseas ir? Podrías servirme para evadir que practique

esos movimientos que aprendido esta mañana con Chaz, si es que tiene lo que se debe tener para mostrarse en la fiesta.

Levanté la visión de la novela que se encontraba leyendo porque Landon todavía no me había enviado mi trabajo de economía (qué interesante que siguiera pensando en él como « Lucas» y « Landon») y se encontraba harta de los deberes. Mi compañera de cuarto jamás había comprendido mi compulsión por leer cuando poseía momento de libertad, más que nada si había algún acontecimiento popular en el campus al que ayudar.

—No, Erin, no tengo ganas de proceder a eso de tu hermandad, te lo creas o no. Eso sin tomar en cuenta que nadie se va a alegrar de verme ahí.

Con las manos en las caderas, me miró con el ceño fruncido.

—Puede que poseas razón. Pero vas a venir conmigo a la fiesta de la hermandad dentro de unos cuantos semanas, ¿no? Y esas brujas no pusieron ninguna pega a que te lleve entonces. Se aplican las reglas de la hermandad: bebida y chicas siempre son bienvenidas.

—Oh, qué sentimiento más satisfactorio y para nada degradante.

Se rio mientras se ponía unos zapatos de interfaz.

—Ya lo sé, ¿vale? Qué idiotas. —Su sonrisa desapareció—. Pero, seriamente, esa noche me vendría bien alguien que hiciera de amortiguador entre Chaz y yo. No es que él vaya a, y a sabes, molestarme ni nada. Pero sé de algunas chicas que estaban aguardando a que yo me quitara de en medio. Van a estar encima de él como las garrapatas de un perro, y la realidad es que no quiero verlo.

Asentí.

—Lo entiendo... aunque me proporciona asco esa imagen, más allá de que es repugnantemente correcta. ¿No puedes saltarte eso de la hermandad? Podrías tener la gripe asiática. O la malaria. Yo daré fe de esto.

Apartándose el pelo por arriba del hombro, cogió su bolso y caminó hacia la puerta como una modelo, sin tambalearse ni lo verdaderamente mínimo.

—No, es algo considerable. Además, tengo que enfrentarme a ello en algún momento. Y ya he afirmado por ámbas. Tengo unos cuantos semanas para prepararme mentalmente. —Abrió la puerta de un tirón—. Iremos de compras a buscar algo fabuloso luego de las vacaciones. Esa noche voy a lograr que ese capullo se arrepienta de todo.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, sonó la alarma que indicaba que me había llegado un mensaje al teléfono.

Lucas: ¿Quieres ver el dibujo en carboncillo?

Yo: Sí.

Lucas: ¿Esta noche?

Yo: Ok.

Lucas: Estaré en la puerta de tu residencia... ¿a las 10? Recógete el pelo y ponte algo calentito.

Yo: ¿No lo vas a traer?

Lucas: Te voy a llevar a verlo. A menos que no desees.

Yo: Voy, pero necesito 15 minutos.

Lucas: Te espero. No poseas prisa.

Comencé a ofrecer vueltas por la cuarto como una loca, quitándome el pijama de franela y cogiendo ropa interior limpia de la pila de colada que se encontraba aún sin almacenar. Ropa calentita... ¿un chándal? No. Tejanos. Las UGG negras. El jersey despacio de color zafiro que hacía que Erin siempre dijera: « Te resalta los ojos» . Luego me lavé los dientes, me cepillé el pelo y me lo recogí en la nuca (aunque no sabía por qué).

Cogí mi chaquetón de lana negro al irse por la puerta y abandoné el edificio por la salida primordial. No había estado en las escaleras desde que Buck me interceptó ahí, pero eso significaba subir más peldaños.

Lucas se encontraba en la acera, apoyado contra una Harley y con los brazos cruzados sobre el pecho. Además de sus botas, que y a me eran familiares, y tejanos, llevaba una chaqueta de cuero marrón oscuro que hacía que su pelo pareciera negro. Me miró con esos ojos claros, sin apartar la mirada más allá de los ruidos de los habitantes al ingresar y salir propios de un sábado durante la noche. No escondió el examen que me logró lentamente de arriba abajo y que ocasionó que ciertas secciones de mí se derritieran y desearan tenerle más cerca, tocándome como lo había hecho en mi cuarto.

Me tragué el nudo que poseía en la garganta y me recordé su engaño en un intento fallido por sofocar el deseo que se se encontraba ampliando por mi

cuerpo como lava: retardado, pesado y ardiente. El miedo a la moto me ayudó a enfriarme un poco. Jamás antes me había subido a una y no podía decir que tuviera intención de cambiar ese hecho. Cuando me acerqué, él me tendió otro casco.

—Supongo que esta es la causa para las normas sobre el pelo —le dije cogiendo el casco y examinándolo dubitativamente.

—Puedes soltártelo otra vez cuando llegemos a mi casa, si deseas. Supuse que no querrías metértelo en el casco... o dejarlo suelto y que se te enredara en el viaje.

Negué con la cabeza, preguntándome si necesitaba dejar caer las correas del casco del todo o solo aflojarlas un poco.

—¿No has subido jamás a una moto?

Con el rabillo del ojo vi a Rona y a Olivia escapar del edificio detrás de un grupo de chicos. Las dos se detuvieron y se han quedado viendo a Lucas y luego a mí, mientras yo fingía que no me daba cuenta.

—Eh... No...

—Deja que te ayude con eso entonces.

Luego de pasarme el asa del bolso por la cabeza y colocarla cruzada sobre

mi pecho, cogió el casco y me lo colocó en la cabeza, asegurando las correas

bajo mi barbilla.

Me sentí como un muñeco cabezón.

Cuando los dos nos hayamos puesto el casco y nos montamos en la moto, le rodeé con los brazos y me cogí las manos sobre su abdomen, sorprendiéndome de lo estable que era.

—Sujétate —me ha dicho sacando el pie de apoyo. Cuando el motor rugió cobrando vida, su sugerencia se dió a conocer innecesaria porque yo ya poseía agarrado con mucha fuerza su torso, con toda la parte frontal de mi cuerpo apoyada contra su espalda, la barbilla baja y los ojos cerrados con fuerza. Intenté imaginarme que se encontraba en una montaña rusa, muy bien segura y sujeta a un taburete en lugar de volando por las calles sobre unos doscientos kilos de endeble conjunción de metal y goma, rezando para que ningún borracho con un todoterreno se saltara un semáforo en rojo y nos embistiera.

El viaje hasta su casa (un apartamento encima de un garaje) nos llevó menos de diez minutos. Poseía las manos insensibles por la conjunción de la fuerza con que me había sujetado y del aire frío de noviembre que había debido aguantar. Desmonté frotándomelas y él aparcó la moto en una parte pavimentada entre el estacionamiento y unos escalones libres. Luego se volvió y cogió mis manos entre las suyas, una por una, y las masajéó para proporcionarles calor.

—Debería haberte dicho que te pusieras guantes.

Aparté mi mano de la suya y señalé la vivienda que se encontraba a menos de quince metros.

—¿Tus padres viven ahí?

—No. —Se giró para subir por la escalera de madera y y o le seguí—. Tengo alquilado el apartamento.

Abrió la puerta y entramos en un extenso estudio con solo una pared sin aberturas en la esquina derecha más alejada, definiendo lo que y o asumí que sería el dormitorio. Había una chiquita cocina abierta a la izquierda y un baño entre los dos. Desde el sofá, un colosal gato anaranjado me miró con la opción desidia felina antes de saltar al suelo y caminar hacia la puerta.

—Este es Francis.

Lucas abrió la puerta y el gato salió perezosamente afuera, parándose en el descansillo para limpiarse una pata.

Me reí y fui hasta el centro de la cuarto.

—¿Francis? Se ve más bien un... Max. O quizás un Rey.

Él cerró la puerta y echó la llave, con esa sombra de sonrisa elevándole una comisura de la boca.

—Créeme, y a se siente muy superior sin un nombre con fuerza masculina para ofrecerle alas.

Se quitó la chaqueta al tiempo que se acercaba a mí y y o me lo quedé

viendo mientras comenzaba a desabrocharme el abrigo.

—Los nombres importan —le dije.

Él asintió y bajó la mirada hasta mis dedos.

—Sí.

Pasé los gigantes botones por los ojales lentamente, de arriba abajo, como si no llevara nada debajo. Deslizando los pulgares abajo de las solapas, me quitó el abrigo por los hombros, rozándome con los pulgares las mangas del jersey.

—Qué espacio.

—Es cachemira.

Mi voz sonaba sin aliento y aunque pretendía continuar con el tema de los nombres, presionarle para que me dijera por qué me se encontraba engañando, no pude arrancar las expresiones de mi garganta.

El abrigo pasó por mis dedos y él se volvió para dejarlo caer encima de su chaqueta.

—Tengo un fundamento agregada para traerte aquí.

Parpadeé.

—¿Ah, sí?

Él logró una mueca y me cogió las manos.

—Quiero enseñarte algo, pero no quiero que te asustes. —Suspiró—. Esta mañana... lo último que hicimos... la defensa en el suelo... —Me visualizó y yo intenté ver hacia otra sección, a algún sitio menos a sus ojos, porque me ardía la cara de humillación, pero no conseguí apartar los ojos de él—. Sé que crees que no funcionaría. Y quiero demostrarte que sí.

—¿Qué deseas decir con demostrarme?

Sus manos apretaron las mías.

—Quiero enseñarte cómo llevarlo a cabo. Aquí. Sin nadie viendo.

Lo que me había resultado tan complicado esa mañana no era solo la reproducción de la posición, sino además que él me viera, pero él no podía saberlo.

—Confía en mí, Jacqueline. Funciona. ¿Me dejas que te enseñe?

Asentí.

Me llevó al centro del suelo vacío y me puso de rodillas a su lado. —

Túmbate. Boca abajo. —Con el corazón martilleándome, obedecí—. La

mayoría de los hombres no tienen entrenamiento en artes marciales, por eso no tienen la capacidad de contrarrestar los movimientos de manera precisa. Y también los que saben cómo, no esperan lo que vas a llevar a cabo. Recuerda lo que ha dicho Ralph: la clave es huir.

Asentí con la mejilla contra la alfombra y el corazón latiendo con fuerza contra el suelo.

—¿Recuerdas los movimientos?

Negué con la cabeza, cerrando los ojos. —No pasa nada. Me percaté en la clase de que te estabas agobiando. Tu amiga logró lo acertado no forzándote. Yo tampoco quiero obligarte a nada. Solo quiero ayudarte a sentir que tienes el control.

Inspiré hondo.

—Está bien.

—Si te encuentras en esta posición, deberás llevar a cabo estos movimientos de forma automática, sin perder tiempo ni energía tratando resistirte.

Me puse tensa cuando me recordó inadvertidamente lo que había hecho con Buck.

—¿Qué?

—Me has recordado lo que pasó.

Le oí respirar por la nariz, como si intentara tranquilizarse.

—Lo siento, intentaré no volver a llevarlo a cabo. —Se quedó en silencio un momento—. El primer movimiento se ve contraproducente porque no te ofrece ningún equilibrio. Pero ahí está el truco: además le estás desequilibrando a él. Elige el lado sobre el que deseas rodar y estira el brazo correspondiente por arriba de la cabeza, como si estuvieras parado e intentaras lograr el techo.

Levanté el brazo izquierdo como me describía.

—Bien. En este momento con el brazo contrario te proporcionas equilibrio a ti e invalidas el suyo que y a es precario. La palma pegada al suelo y el codo arriba. Empuja hacia abajo y rueda hacia un costado, de esta forma tirarás a un lado a quien poseas encima.

Seguí sus instrucciones; era simple de llevar a cabo sin ningún peso encima de mí. —Vamos a intentarlo. Te voy a mover los hombros hacia abajo y a usar

mi peso para sujetarte ahí. Si tienes algún inconveniente, solo dímelo y me apartaré, ¿vale?

Luché contra el pánico que sentía.

—Vale.

Su precaución al arrodillarse sobre mí, sujetándome los hombros contra el suelo, era tan contrario a la crueldad de Buck que estuve próximo de echarme a llorar. Se derribó sobre mí y noté su aliento en mi oreja.

—Levanta el brazo. —Obedecí—. Coloca la palma en el suelo, empuja con fuerza y rueda sobre un costado.

Hice lo que ha dicho y él se cayó hacia un lado.

—Perfecto. Vamos a llevarlo a cabo otra vez.

Repetimos los movimientos constantemente, y en cada oportunidad él ponía más fuerza y era más complicado de apartar, pero sin embargo conseguí quitármelo de encima todas las ocasiones. Hasta que erróneamente elevé las caderas para intentar levantarme.

Él soltó el aire bruscamente.

—Eso no trabaja, Jacqueline. Aunque es la respuesta natural cuando tienes encima de ti algo que no deseas. La exclusiva forma de apartar a un hombre en esta

posición es rodar hacia un lado. Soy bastante fuerte para que consigas moverme empujando hacia arriba. Tienes que evadir esa inclinación.

Por último lo intentamos de una manera más real que ninguna otra vez. Él me empujó hacia abajo y yo extendí el brazo, pero me costó dejar en libertad la otra mano para poder la estabilidad. Por fin cambié de brazo, puse la otra palma en el suelo, empujé y rodé, tirándole a un lado.

—¡Mierda! —Rio mirándome desde el sitio donde estábamos los dos tendidos en el suelo—. ¡Ahora has cambiado las tornas!

Sonreí frente su cumplido y su mirada pasó a mis labios.

—Esta es la parte en que te levantas y corres como alma que transporta el diablo.

—Su voz era grave.

—Pero ¿no me perseguirá?

Estábamos tumbados de costado, con unos sesenta centímetros de alfombra entre los dos, y ninguno de los dos logró intento de sentarse.

Él asintió.

—Puede. Pero la mayoría de esos tipos no desean una presa que oponga resistencia. Solo unos pocos irán detrás de ti si huyes gritando.

—Ah.

Extendió la mano y me cogió la mía.

—Se suponía que te iba a enseñar tu retrato, creo.

—¿Para que no parezca que me has traído aquí bajo una idea completamente falsa?

Vi un destello en sus ojos y me quedé sin aliento.

—Quería que vieras el dibujo, pero admito que era secundario a eso que terminamos de llevar a cabo. ¿Ahora tienes más seguridad en que trabaja?

—Sí.

Se apoyó en un codo, reduciendo la distancia entre nosotros. Metió la mano entre mi pelo y luego la movió para tocarme la cara.

—Tengo otro fundamento oculto para traerte aquí.

Inclinándose lentamente, sus labios se hallaron con los míos y el fuego que se había convertido en ascuas desde que salió de mi cuarto una semana atrás se reavivó. Abrí los labios y su lengua entró en mi boca, acarició mi lengua

se apartó. Rotando la cabeza, se movió sobre mí, metiéndose mi labio inferior en la boca y acariciándolo con la lengua para luego liberarlo y prestar atención al superior. Su lengua pasó por el sensible espacio encima de los dientes superiores y yo solté una exclamación.

Y entonces sus manos comenzaron a desplazarse.

Con mi cabeza apoyada contra su hombro, sus dos manos bajaron hasta mis caderas, acercándose a él hasta que no quedó espacio entre nosotros. Sus labios siguieron moviéndose contra los míos, implacables y dulces, y comenzó a darme vueltas la cabeza cuando él recorrió toda mi boca con su lengua y me agarró el muslo con la mano para colocarlo entre los suyos, de manera que nuestras piernas han quedado entrelazadas. Me apoyé contra él y gimió, con una mano masajéandome la cadera y la otra acariciándome abajo del jersey, los dedos cálidos extendidos sobre la parte baja de mi espalda.

Poseía uno de los brazos arrollado entre los dos, pero puse el otro sobre su pecho, tocando la parte frontal de su camisa de franela y de a poco sacando los botones de sus ojales y sintiendo la alteración entre la despacio área de la franela y la textura accidentada de la remera térmica que llevaba debajo. Una vez desabrochada la camisa, se la aparté y metí la mano bajo la remera térmica para tocarle el estómago duro. Se quedó sin aliento y se apartó para apoyarse en un codo y mirarme.

—Quiero verte los tatuajes.

—Eso deseas, ¿eh?

Su mirada ardía sin apartarse de la mía. Cuando asentí, él sacó la mano de debajo de mi jersey y se incorporó para sentarse, mirándome con una ceja enarcada cuando se vio la camisa desabrochada. Me ruboricé al notar su sonrisita y él rio, quitándose la camisa y tirándola a un lado.

Echando las manos por detrás del cuello se quitó la remera térmica como acostumbran llevarlo a cabo los hombres; tirando hacia enfrente desde la parte de atrás de su cabeza, sin preocuparse por el rímel ni el colorete que habrían ensuciado la tela. Dejó caer la remera al revés encima de la camisa y volvió a

tumbarse en el suelo, ofreciéndose para que y o lo examinara.

Su piel era lisa y muy bonita, su torso se encontraba segmentado por las definiciones de los músculos y adornado con los dos tatuajes que y a había visto en mi habitación: un intrincado diseño octogonal en su costado derecho y 4 líneas escritas en el lado izquierdo. Había otro más: una rosa encima de su corazón, con

los pétalos rojo oscuro y el tallo verde brillante un poco curvado. En los brazos poseía más que nada dibujos y patrones, negros y delicados, como si fueran de hierro forjado.

Pasé los dedos por arriba de todos ellos, pero él no se giró y no pude leer los versos de lo que aparentaba un poema serpenteando por su costado izquierdo. Aparentaba un poema de amor y y o me sentí celosa de quienquiera que le hubiera inspirado el tipo de locura que debía de sentir para llevar a cabo de esas expresiones algo tan persistente.

Cuando mis dedos bajaron por su abdomen hasta la línea de pelo abajo de su ombligo, él reposó.

—Me se ve que llegó tu turno.

Confusa, le dije:

—Yo no tengo tatuajes.

—Me lo suponía. —Se levantó y me tendió la mano—. ¿Quieres ver el dibujo en este momento?

Me se encontraba preguntando si pretendía proceder a su dormitorio. Sentí como si debiera contestarle con alguna respuesta capaz como: « ¿Debería llamarte Lucas o Landon en la cama?» , pero no conseguí decir nada parecido. Extendí la mano para coger la suya y él me levantó sin esfuerzo. Sin soltarme, se volvió hacia el dormitorio y yo le seguí.

La luz tenue de la cuarto exterior iluminaba los muebles y la pared que había con la cama, donde había colgados por lo menos veinte o treinta dibujos. Encendió una lámpara y vi que toda la área de la pared se encontraba cubierta de corcho. Me pregunté si lo habría instalado él o si yo y a se encontraba ahí y cuando buscó un sitio para vivir supo en el instante que este se encontraba hecho para él.

Ámbas paredes sin corcho estaban pintadas de un color marrón terroso y los muebles eran oscuros, no los típicos de un chico de universidad: una cama extragrande, una mesa sólida y una confortable.

Ingresé en el ajustado espacio que había entre la cama y la pared llena de dibujos, buscándome, pero me distraje con otros: situaciones familiares como el perfil de los inmuebles del centro, caras desconocidas de jóvenes y ancianos y unos cuantos Francis en reposo.

—Son espectaculares.

Él vino a colocarse a mi lado justo cuando mis ojos hallaron mi cara entre las otras. Había elegido pasar a carboncillo el dibujo en el que se encontraba boca arriba. Se encontraba colocado abajo, en la sección derecha de la pared. Aparentaba que ese lugar para exponerlo indicaba poca consideración, pero me percaté precisamente de dónde se encontraba colocado en relación con la cama: justo enfrente de su almohada.

« ¿Quién no iba a querer ver esto al despertarse?» , había dicho.

Me senté en su cama, mirándole, y él se sentó además. De repente fui

consciente de su pecho desnudo y lo que había dicho en la otra habitación: « Me se ve que llegó tu turno» . Me volví hacia él y vi que me se encontraba viendo además.

Se encontraba segurísima de que ese instante me iba a traer a la cabeza recuerdos debilitadores de Kennedy, de sus besos, de nuestros años juntos. Pero la realidad era que no le echaba de menos. No pude hallar ni la más mínima punzada de tristeza. Me pregunté si se encontraba anestesiada por la pena de perderle (lo que sería preocupante) o si había llorado tanto y lo había pasado tan mal en las pasadas semanas que ya había superado la separación. Y lo había superado a él.

Lucas se inclinó hacia mí y la burbuja de Kennedy estalló súbitamente. Sentí su aliento en mi oreja y pasó la lengua por el borde curvo, me lamió el lóbulo y el chico diamante que llevaba acabó en su boca. A mí se me cerraron los ojos mientras dejaba huír un débil sonido de melancolía. Acariciándome el cuello con la nariz, fue dándome suaves besos por un lado mientras su mano subía para cogerme la cabeza, que había caído hacia un lado. Su peso dejó la cama cuando se arrodilló en el suelo y me quitó las botas antes de volver a sentarse y quitarse las suyas.

Sus labios jugaron con los míos mientras tiraba de mí hacia el centro de la cama y me tumbaba. Abrí los ojos cuando se apartó y me miró.

—Dime que pare cuando desees que lo lleve a cabo. ¿Entendido?

Asentí.

—¿Quieres parar en este momento?

Negué con la cabeza sobre la almohada.

—Gracias a Dios —dijo, y su boca volvió sobre la mía, su lengua se coló dentro y yo le clavé los dedos en los rígidos brazos. Le acaricié la lengua con la mía, introduciéndola más intensamente en mi boca, y él gimió, consiguiendo apartarse lo justo para levantarme un poco y quitarme el jersey. Para provocarme pasó un dedo sobre la curva de mis pechos y luego siguió ese arco con los labios.

Cuando le empujé el hombro paró, con los ojos desenfocados. Le tumbé boca arriba y me puse a horcajadas sobre él, sintiéndolo duro y listo por medio de los tejanos. Sus manos me acariciaron la cintura y me empujaron hacia abajo y nos besamos intensamente mientras me movía contra él. Minutos luego él me soltó el cierre de la parte de atrás del sujetador y me bajó los tirantes por los brazos. No me lo había quitado del todo cuando tiró algo de mí hacia arriba y se metió un pezón en la boca.

—Oh —gemí y me quedé inerte en sus brazos.

Volvimos a rodar y quedé debajo de él, con sus manos recorriéndome y realizando círculos, consecutivos de su boca. Entonces me desabrochó los tejanos y al tocar la cremallera, todo se derrumbó a mi alrededor.

Aparté mi boca de la suya.

—Espera.

—¿Quieres que pare? —jadeó mirándome.

Me mordí el labio y asentí.

—¿Que pare de llevarlo a cabo todo o que no vay a más allá?

—Solo... que no vay as más allá —susurré.

—Hecho.

Me cogió en sus brazos y me besó, con una mano enredada en mi pelo y la otra acariciándome la espalda, nuestros corazones latiendo con una cadencia que la música que había en mí transformó en un concierto de lujuria.

Mantuve los ojos libres mientras se esta viajando de vuelta. Viendo por arriba del hombro de Lucas, vi cómo el paisaje volaba. Y me terminó alucinante, no me dio miedo. Confiaba en él. Lo había hecho desde aquella primera noche, cuando le dejé llevarme a casa.

Kennedy jamás se habría parado de esta forma. No es que me hubiera forzado jamás, no se había acercado a algo parecido; si le pedía que parara, él paraba y se apartaba, con una mano sobre la cara mientras se calmaba y luego decía:

Dios, Jackie, me vas a matar» . Luego de eso y a no había más actividad física: ni besos ni contacto. Y y o siempre me sentía culpable.

Pensé que la culpa se va a ir cuando en el final estuviéramos y a durmiendo juntos, porque no solía ocurrir que y o pidiera una tregua de sexo, pero si lo hacía, mi autorreproche era peor. Él paraba abruptamente, como si le molestara. Era todo o nada. Inspiraba hondo varias ocasiones, ponía un juego de plataformas o el canal de surf, o nos íbamos a por algo de comer. Y y o me sentía como la peor novia de todo el mundo.

Lucas había seguido la sesión de caricias a lo largo de una hora más. Antes de finalizar, había metido la mano entre mis piernas, por arriba de los tejanos.

—¿Esto está bien? —me hizo la pregunta, y cuando recibió mi respuesta afirmativa, aún sin aliento, me acarició ahí mientras me besaba intensamente y de alguna forma consiguió que tuviera un orgasmo más allá de la cubierta de tela tejana. Me quedé desconcertada y un poco avergonzada, pero solo con mirarle a la cara supe que había gozado de la respuesta de mi cuerpo y de su aptitud para provocarla. No me dejó devolverle el favor.

—Déjame algo que logre anhelar —me susurró.

En este momento me se encontraba dejando en la parte frontal del edificio de la vivienda, totalmente despierta por el frío viaje; en esta ocasión había metido las manos bajo su chaqueta para que no se me quedaran heladas. Dejó los cascos y sus guantes y me acercó a él, con las manos bajo mi abrigo pero por arriba del jersey.

—¿Te gustó el retrato? Asentí.

—Sí. Gracias por enseñarme tus dibujos... y el movimiento de defensa.

Apoyó su frente contra la mía y y o cerré los ojos.

—Hummm ...

Me dio un beso en la punta de la nariz y luego puso los labios sobre los míos.

dolía besarle... . Suspiré dentro de su boca.

—Será mejor que ingreses antes de...

Me besó otra vez, con más pasión, y yo metí las manos entre los dos, contra su duro pecho.

—¿Antes de...?

Él inspiró y exhaló por la nariz, con la boca transformada en una fina línea y las manos agarrándome la cintura.

—Antes de. Nada más.

Le besé la mandíbula y me aparté.

—Buenas noches, Lucas.

Él estuvo apoyado contra la Harley y mirándome.

—Buenas noches, Jacqueline.

Subí los escalones hasta el edificio y no levanté la mirada hasta que llegué a la puerta. Entonces vi a Kennedy ahí, en la parte alta de las escaleras, con los ojos entornados y curiosos pasando de Lucas a mí.

—Jackie. —Me miró cuando llegué a su lado—. Me he acercado para ver si podíamos comentar, pero Erin me dijo que habías salido y que no sabía siquiera si ibas a volver. —Le había dejado a Erin una nota diciéndole donde se encontraba. Seguramente había gozado pasándole por la cara a Kennedy mi fuga nocturna. Él volvió a ver a la acera, pero y o no me volví para ver si Lucas seguía ahí o se había ido.

—¿Por qué no me mandaste un mensaje antes de venir? ¿O llamaste?

Él se encogió de hombros apartándose el pelo de la frente con una mano, la otra metida en el bolsillo delantero de los tejanos.

—Estaba en el edificio.

Ladeé la cabeza.

—¿Estabas en el edificio y pensaste que podías pasarte porque seguramente me encontrarías en mi cuarto?

Yo había premeditado estar ahí, pero eso no poseía nada que ver.

—No, claro que no asumí que ibas a estar ahí —intentó desdecirse—. Esperaba que estuvieras. —Volví a ver a la acera—. ¿Es que... ese tío te está aguardando o algo?

Me volví entonces y vi a Lucas, con los brazos cruzados sobre el pecho y aún apoyado contra su moto. No podía distinguir sus facciones desde la distancia, no con las farolas que rodeaban la vivienda, pero su lenguaje corporal hablaba a gritos. Levanté una mano y le saludé para que supiera que no me estaban amenazando.

—No. Solo vino a traerme.

Tras una sonrisita de desprecio en dirección a Lucas, Kennedy volvió sus ojos verdes hacia mí.

—No se ve que entienda bien el criterio de traerte y dejarte, diría y o. — Bueno, pero tú no tienes nada que decir. ¿Qué deseas, Kennedy?

Un chico que entraba gritó « ¡K-Moore!» y Kennedy le saludó con la cabeza antes de responderme.

—Ya te lo he dicho, quiero comentar.

Crucé los brazos, comenzando a ver el frío del aire que no había sentido cuando se encontraba abrazada a Lucas.

—¿De qué? ¿No me dijiste y a todo lo que hay que decir? ¿Quieres humillarme más? Porque tengo que decirte que no me encanta que lo hagas.

Él suspiró como si estuviera aceptando mi arrebatado de consternación, una consecuencia familiar de mi cualidad de « inflexible» (esa era la palabra que utilizaba él); eso era algo que y o había presenciado frecuentemente en los

últimos tres años. Y me había olvidado de esto hasta que volví a verlo.

—No es necesario que seas inflexible —dijo entonces como si me hubiera leído la cabeza.

—¿Ah, no? Pienso que tengo muchas causas para mi inflexibilidad. O para mi cabezonería. U obstinación. O empecinamiento...

—Lo pillo, Jackie.

Mis manos se convirtieron en puños con mis caderas.

—Es « Jacqueline» .

Él dio un paso para arrimarse con los ojos en llamas. A lo largo de una parte de segundo pensé que se encontraba enfadado, pero no era enfado lo que había en sus ojos. Era deseo.

—Lo pillo, Jacqueline. Te he hecho inconveniente. Y me merezco todo lo que dices y todo lo que sientes. —Levantó una mano para acercarla a mi cara y y o di un paso atrás para quedar fuera de su alcance. Mis pensamientos eran un caos. Él dejó caer la mano y añadió—: Te echo de menos.

13

Cerré la boca y me giré para pasar mi tarjeta y ingresar en la vivienda. Kennedy me siguió por la puerta. Me volví para mencionarle que no pretendía comentar y vi a Lucas agarrando la puerta antes de que se cerrara. Se colocó a

mi lado, miró fijamente a mi ex y el aire pareció cargarse entre ellos en relación Kennedy se giró y le vio.

—¿Estás bien, Jacqueline? —me hizo la pregunta Lucas sin apartar los ojos de mi ex. —Lucas...

Comencé a reiterarle verbalmente que Kennedy no era una amenaza física para mí cuando él soltó una carcajada arrogante viendo a Lucas.

—Espera... ¿No eres el tío de cuidado? ¿El que reparó el aire acondicionado de la hermandad? —Me miró a mí y luego a Lucas—. ¿Qué pensarían en gestión de que estés molestando a los alumnos?

La mirada en la cara de Lucas era asesina, pero se mantuvo en su lugar sin reaccionar, ignorando la pregunta de Kennedy como si jamás la hubiera hecho. Se volvió para mirarme, aguardando mi respuesta.

—Estoy bien, te lo prometo.

Contuve la respiración, aguardando que me creyera. La multitud que había con la puerta y a se estaban dando codazos los unos a los otros y murmurando.

—¿Te estás tirando a este tío además? —preguntó Kennedy.

—¿También? —repetí, pero supe lo que pretendía decir antes de que me lo confirmara.

—Además de a Buck.

Sentí que se encontraba próximo de desmayarme.

—¿Qué?

Kennedy me cogió el brazo justo por arriba del codo, como si pretendiera acompañarme, y la mano de Lucas saltó en forma de resorte, agarrándole la muñeca y apartando su mano con total simplicidad.

—Pero ¿qué coño...?

La voz de Kennedy era un gruñido bajo mientras apartaba de un tirón su brazo a través de Lucas. Se colocó enfrente de mí, oponiéndose a Lucas, y todos los que podían ver el show que se se encontraba construyendo se han quedado

quietos y con la boca abierta. Los dos parecían estar igualados, pero yo conocía de primera mano el nivel de rivalidad de Lucas. Kennedy perdería y expulsarían a Lucas.

Rodeé a mi ex para ponerme enfrente y le puse una mano en el antebrazo a Lucas. Se encontraba duro como una piedra bajo mis dedos.

—Kennedy, vete.

—No te voy a dejar con este...

—Kennedy, vete.

—Es el tío de cuidado, Jackie...

—Es un estudiante, Kennedy. —Decidí no indicar que Lucas se encontraba en nuestra clase de economía, por si le reconocía como el instructor especial y le denunciaba por salir conmigo.

Kennedy inclinó la cabeza y su expresión se tornó en preocupación: la frente un poco arrugada, los ojos examinando los míos.

—Hablaremos la semana que viene. Cuando estemos en el hogar.

Lo que pretendía decir se encontraba claro e iba dirigido a Lucas: los dos íbamos a pasar numerosos días en nuestra casa, donde tendría ingreso sin limitaciones a mí, sin afecciones ni interferencias.

Pretendía mencionarle que no poseía nada que comentar con él, ni en este momento ni entonces, pero poseía la mandíbula apretada tan fuerte que no podía comentar. Aún sin entender qué iba a llevar a cabo a lo largo de las vacaciones de Acción de Gracias, ignoré la implicación de que íbamos a estar solos entonces. Sensatamente, no tuvo la intención de volver a tocarme, aunque su expresión mortal era igual a la de Lucas cuando se miraron. No dejé huír el aire hasta que cruzó la puerta.

La decepción de los que observaban la escena fue palpable. Varios se han quedado para ver si iba a haber una controversia entre Lucas y yo o como consolación. La adrenalina seguía recorriendo su cuerpo, era obvio: se encontraba tenso como una de las cuerdas de mi contrabajo y cuando le toqué el antebrazo con la mano, lo noté como granito bajo capas de piel y franela.

—Estoy bien, enserio. —Suspiré profundamente—. Bueno, todo lo bien que se puede estar luego de eso. —Le miré con los ojos entornados—. Pero ¿cuántos trabajos tienes precisamente? Empleado de cafetería, gurú de la autodefensa, manitas, oficial de supervisión de aparcamientos... Y de hecho, ¿eso supone que fuiste tú quien me puso la multa de la primavera pasada por dos míseros minutos que aparqué en doble fila mientras iba corriendo a la biblioteca para devolver un libro?

Sus hombros se relajaron con mi tono juguetón y me recompensó con la sombra de una sonrisa.

—Me acojo a la quinta enmienda en relación a eso. Coloco miles de multas de estacionamiento. Lo de... hum ... manitas es algo esporádico. Y me presto voluntario para los tutoriales de autodefensa.

Yo dejé « instructor de economía» fuera de esa lista y él no lo agregó. —Supongo que hay que agregar otro más, ¿no? —dije observándole. Poseía una

cara de póquer sorprendente. Ninguna reacción—. ¿Guardaespaldas de Jacqueline Wallace?

La suave sonrisa nació otra vez.

—¿Otro trabajo voluntario, Lucas? —le pregunté con coquetería, levantando las cejas—. ¿Cómo encuentras tiempo para estudiar? ¿O para llevar a cabo algo entretenido?

Sus manos me buscaron, agarrándome los huesos de la cadera y tirando de mí hacia él. Me miró y ha dicho en voz baja.

—Hay algunas cosas para las que siempre encontraré tiempo, Jacqueline. Inclínandose me besó un punto enfrente de la oreja, el punto que hacía que se

me acelerara la respiración. Y entonces se giró y corrió hasta su moto, dejándome parado en la entrada. Cuando salió del círculo de luz que rodeaba el edificio, y a no pude verle. Me giré y fui a mi cuarto en una nube.

Jacqueline:

Tu trabajo está bien. Una exploración muy sólida. Pienso que le gustara al doctor H. Encontré unos cuantos pequeñas incoherencias y un espacio donde pienso que se te ha olvidado poner una cita. Además de eso, pienso que expones un argumento válido y bien fundamentado.

Te adjunto el papel de ejercicios de la sesión de mañana. Ya estás al día y se ve que comprendes bien el nuevo material, pero te puedo enviar las hojas de ejercicios de ámbas semanas recientes de clase, si deseas.

Sospecho que te vas a ir a casa a lo largo de las vacaciones. Yo me voy el miércoles por la mañana. Ahí no tengo Wi-Fi, por eso estaré ilocalizable hasta el domingo.

LM

Landon:

Se ve que voy a poder dar esto con antelación... Qué alivio. Gracias por tu asistencia. Y sí, por favor, sigue mandándome las hojas de ejercicios.

Mis padres se van a esquiar a lo largo de las vacaciones, pero

quiero proceder a casa unos días y ver a los amigos antes que establecerme en el campus. Se van a llevar a Coco, el perrito con malas pulgas de mi madre, por eso todo será paz y calma.

¿Vas a casa en avión? Me dijiste que no tenías coche, ¿verdad?

JW

Jacqueline:

¿Tus padres se van a esquiar y no te llevan? ¿Vas a estar sola en el hogar en Acción de Gracias?

Me transporta alguien que tiene coche. Mi casa no está lejos, aunque algunas veces me se ve otro mundo.

LM

Landon:

Mis padres creían que pasaría esos días con mi ex. Los años anteriores nos hemos ido alternando, en lugar de intentar agrupar a ámbas familias; este año me tocaba en su casa. La familia de mi mejor amiga estará en el hogar de sus abuelos, al costado de Boulder, y yo no estoy de humor para fastidiar a ningún otro.

Quiero estar sola. Es extraño, ¿no?

JW

Jacqueline:

A mí no me resulta extraño. Pero quizás yo además soy extraño y no lo sé.

Voy a echar de menos tus correos.

LM

Landon:

Yo además. Que pases buenas vacaciones.

JW

No pude ver a Lucas a lo largo de la clase del lunes sin acordarse el sábado durante la noche. Sus miradas con los ojos semicerrados me hicieron reflexionar que a él le pasaba lo mismo. Cuando le vi observando con odio la nuca de Kennedy, no volví a girarme. Al finalizar la clase, Kennedy se giró y me sonrió. Obligué a mis labios a conformar una línea recta y le di la espalda para almacenar las cosas en mi mochila. Se encontraba deseando que acabara esa asignatura y ese semestre por muchas causas.

—¿Puedo decirte una cosa? Tu ex es monísimo, pero se ve un creído de mierda.

Benji metió su cuaderno en la mochila, que aparentaba que iba a explotar cualquier ocasión con la acumulación de papeles.

Yo cerré la cremallera de la mía.

—Sí, lo es.

Esperamos a que Kennedy pasara antes de salir al pasillo y yo me esforcé por evadir el contacto visual. Se encontraba muy preocupada por su afirmación de que hablaríamos cuando estuviéramos en casa; no podía imaginarme qué podía decirme que yo quisiera oír.

Seguí a nuestros camaradas de clase por las escaleras. Todo el planeta se encontraba muy animado por el objetivo de semana extenso que se avecinaba. Benji me mencionó que iba a volar a Georgia y que le diría a su padre que era gay ; su padre era el exclusivo integrante de la familia al que no se lo había dicho todavía.

—Mi madre sabe que soy gay desde que poseía trece años.

Me preocupé por él.

—Y tu padre... ¿crees que se va a disgustar?

Él sonrió.

—Creo que lo sabe. Solo que no está seguro de si eso supone que algún día voy a manifestarse con un vestido o algo de esta forma. —Pensar en Benji con un vestido no era una imagen satisfactorio y no pude reprimir una risa. Él además rio, y agregó —: Ya lo sé, ¿vale?

Lucas se había ido, o eso creí, hasta que Benji y yo salimos al pasillo atestado

le vi apoyado contra la pared más alejada, cerca de la puerta del costado que yo utilizaba comunmente para huír del edificio. Nos vio aproximarnos, pero pareció muy consciente de todos los otros además. Imaginé que estaba aguardando al doctor Heller.

—¿Todavía no le dijiste que lo sabes? —me hizo la pregunta Benji comentando solo por un lado de la boca.

Negué con la cabeza.

—No le hagas padecer bastante. Se ve un poco vulnerable.

Reí entre dientes.

—Sí. Un tío duro y musculoso como ese, que está entrenado para noquear a la multitud y le miente a las chicas sobre quién es seguramente es muy vulnerable.

Me apretó el brazo justo por arriba del codo y sonreí.

—O es el gilipollas más gilipollas que hay o tiene una razón para mentir.

Suspiré.

—Ojalá pudiera leerle la cabeza.

—Tal vez no vés a querer eso cuando te enteres de lo que hay dentro.

—Si en algún momento me entero...

Benji se encogió de hombros y giró hacia el extenso pasillo que llevaba a la salida sur. Se volvió para gritarme:

—Que poseas unas buenas vacaciones, Jacqueline.

—Tú además.

Alcancé a Lucas y él se giró para seguirme, acercándose para abrirme la puerta.

—¿Puedo verte esta noche? —murmuró.

Me pregunté si lo que pretendía era que quedáramos para otra sesión de sexo. O si eso era todo lo que fué para él y esa era la causa para no contarme que era Landon Maxfield.

—Tengo un examen de astronomía mañana. Esta noche vendrá mi grupo de estudio a la cuarto.

Lo miré caminando a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de los tejanos. Su mirada no dejaba de investigar a la multitud de personas, como si estuviera en guardia por algo.

—¿Mañana durante la noche?

Me miró cuando nos acercamos al edificio y me percaté de que aparentaba entender precisamente adónde iba.

—Tengo un ensayo con el grupo mañana. Comunmente ensayo las mañanas de los domingos, pero ayer no fui.

No le había dicho a Lucas que tocaba el contrabajo. Se lo había dicho a Landon.

—¿Te quedaste dormida?

Asentí.

—Yo además.

Llegamos a la entrada y nos detenemos al costado de la puerta.

—Y tengo que elaborar mi contrabajo para el viaje, porque me lo llevo a

casa. —Esperé a conocer si reaccionaba, mirándole a los ojos, que eran del mismo azul grisáceo del cielo nublado, mientras su mirada examinaba las caras que nos rodeaban—. Voy a tener un largo tiempo para ensayar a lo largo de las vacaciones.

—¿Cuándo te vas?

Se apartó el pelo de los ojos, evadiendo el tema del instrumento completamente. —El miércoles por la mañana. ¿Y tú?

—También. —Se revolvió, nervioso, mordiéndose el labio inferior y súbitamente se quedó inmóvil y se calmó. Sus ojos se hallaron con los míos, firmes

—. Mándame un mensaje si acabas próximamente. O si tus proyectos cambian. Si no, nos observamos luego de las vacaciones. —Encogió el hombro en el que poseía colgada la mochila y añadió—: Hasta después, Jacqueline. —Y se giró, mezclándose con la marea de alumnos, con su cabeza oscura elevándose por arriba de la mayoría.

—Un instante. ¿Así que el instructor Landon y el buenorro de la OFCM son la misma persona?

Maggie poseía los ojos tan libres por la sorpresa que podía ver todo el blanco cerca de sus iris marrones.

—Lo que no entiendo es por qué no le preguntaste por toda esa basura en el instante.

Erin poseía su cara de participante en un programa de entrevistas. Cualquiera ocasión me iba a llamar «chica» y empezaría a contar la patada en el culo que le habría dado si estuviera en mi lugar. Desde que había roto con Chaz era bastante menos condescendiente con que los hombres se pasaran de la raya (o se ve que lo hacían).

Resoplé y deseé no habérselo dicho.

—¿Qué pasó con eso de quedarse con lo bueno aunque hay a que teparle la boca, lo de usarlo de sustituto y la Operación Etapa Chico Malo?

Las tres estábamos sentadas en un edredón en el suelo de nuestra cuarto de la vivienda, bebiendo café y comiendo galletas Oreo, con los contenidos escritos y los apuntes de astronomía desperdigados a lo que nos rodea. Ni los habíamos tocado a lo largo de la más reciente media hora porque habíamos estado comentando de Landon/Lucas y no de colosales de gas y navegación celestial.

—Se piensa que debe ser él tu sustituto sexual. No al revés. —La voz de Erin resonó con autoridad.

—Sí —reconoció Maggie—. ¿Por qué no le escribes para quedar después? Puse los ojos en blanco.

—Porque tengo un examen a las nueve y media de la mañana... Para el que se piensa que deberíamos estar aprendiendo. Y además pienso que necesito algo de distancia...

Erin me miró fijamente.

—Oh, lo sabía, no... Te estás implicando emocionalmente, ¿verdad? Me tumbé con las manos cubriéndome la cara. —¡Aaay !

—Por cierto y comentando de sustitutos sexuales... ¿Qué es eso que he escuchado sobre tú y Buck? Ese es sin lugar a dudas un chico malo —comentó Maggie—. ¿Le agregaste a la OFCM sin decírnoslo?

Miré a Erin entre mis dedos con expresión de súplica.

—Buck es un mentiroso. Ya lo sabes, Maggie —dijo frunciendo el ceño.

Maggie asintió.

—Cierto... Además, y o estuve tonteando con él el año uno. Y no era realmente bueno, por lo cual recuerdo. Bastante baboso. —Ella se estremeció—. ¿Qué les pasa a los babosos? ¿Es que están tratando ahogarnos con saliva? Quiero decir, por Dios, ¡traga de vez en cuando!

Apretándome el hombro con la mano, Erin rio y aunque y o noté el tono forzado en ella, Maggie no se percató. Yo sabía lo que se encontraba pensando Erin. No le había dado varios datos y ella no me los había pedido. Ya era muy complicado comentar de eso generalmente. Lo que importaba era lo que había pasado y lo que había pasado, no los datos.

—¿Así que no tienes nada con él? —repitió Maggie. Solo poseía curiosidad, pero a mí me dolía oír que mi nombre se relacionaba con el de Buck de algún forma.

—Como dijo Erin... es un mentiroso. —Yo además sentía curiosidad. Morbo, tal vez—. ¿Por qué? ¿Es que está diciendo algo de mí?

Ella se encogió de hombros.

—Trisha me narró que el novio de su hermana chiquita mencionó que Buck está fastidiando a Kennedy con eso. Esos dos son como esas cabras con los cuernos enormes que chocan las cabezas para quedarse con las hembras. Pienso que Buck sigue insoportable por que él poseía « legado histórico» y sin embargo Kennedy le venció cuando se anunció a presidente de su promoción.

Esa era la disputa que no podía acordarse, el considerable conflicto inicial entre ellos. El inicio de su rara rivalidad de hermandad. Fruncí el ceño.

—Pero Kennedy además tiene legado histórico.

Maggie se lamió las migas de Oreo de los dedos.

—Sí, pero Buck poseía legado histórico y además su padre además fue aspirante a presidente de la promoción. Pensaba que conseguirlo era pan comido para él.

Me senté, poniéndome furiosa en este momento que las motivaciones de Buck me quedaban visibles. Pretendía hacerme inconveniente solo para pinchar a mi ex.

—¿Y eso se traduce en la necesidad de Buck de dar a conocer mentiras sobre que me lo estoy tirando? —Eso sin nombrar visto que había llegado a

agredirme.

—No he dicho que tuviera sentido.

Erin se puso los apuntes en el regazo.

—Vale, chicas, ¿qué constelaciones creéis que deberemos dibujar en el gráfico de las estrellas del examen?

Dedicándole una observación agradecida a mi mejor amiga por cambiar de tema, alejé los pensamientos sobre Buck de mi consciencia todo lo que pude.

14

Luego de tres meses fuera, mi casa me olía extraña. Como a perro, mezclado con la colonia de Chanel que siempre llevaba mi madre, además de otro olor indefinible que mi cabeza clasificó como « casa» . Pero seguía resultándome rara. Por el momento no pertenecía ahí y mi cuerpo lo sabía.

Arrastré mi contrabajo dentro, aún guardado bien seguro en su funda de viaje con ruedas. Sin padres y sin Coco, no poseía ninguna razón para llevármelo más allá del salón. Lo aparqué contra la pared, donde se quedó como un mueble más. Las luces de la vivienda estaban temporizadas porque mi madre y mi padre se habían ido. Dejé que se apagaran y se encendieran según su ritmo, excepto la cocina y las lámparas de mi dormitorio, que seguramente no se encenderían de ninguna forma si no las forzaba.

Había comida en la despensa y en el congelador, pero solamente había nada en el frigorífico. Mis padres habían acabado con todas las cosas percederas

antes del viaje sin entender que yo iba a proceder a casa esa noche, porque no se lo había dicho. Madre me había escrito un mensaje antes para decirme que estaban subiendo al avión y añadió:

Pásatelo bien con Erin.

Nos observamos el mes que viene.

Como no me había preguntado por mis proyectos, había llegado a la conclusión de que iba a casa con mi compañera de cuarto.

Calenté una lasaña de verduras orgánicas para cenar y saqué una empanada de pedacitos de pavo para comer en Acción de Gracias. Además había medio pack de patatas para fritura en el congelador, y hallé una botella sin abrir de jugo de arándanos en la despensa. Me la llevé a el frigorífico. ¡Tachán! Cena de Acción de Gracias para uno.

Luego de ver unos cuantos capítulos repetidos de comedias de circunstancia apagué la tv, aparté la mesita de café de nogal de su sitio muy bien centrado

sobre la alfombra tibetana de nudos llevada a cabo a mano y saqué el contrabajo. Como no pude hallar mi sustento, me apoyé en uno para plantas y comencé a tocar el inicio de un preludio que había empezado a crear para mi solo de final de año.

Lo último que esperaba oír mientras escribía sobre el papel pautado era el timbre de la puerta. Jamás he tenido miedo de estar sola en el hogar, pero jamás había estado tan sola antes. Pensé en fingir que no había nadie en el hogar, pero quienquiera que estuviera ahí me había escuchado tocar antes de que sonara el timbre. Apoyé el contrabajo sobre su costado y me acerqué a la

sólida puerta, poniéndome de puntillas para atisbar por la mirilla. Kennedy se encontraba parado, sonriéndome, iluminado por la luz de las luces dobles de la galería. No podía verme, claro, pero había respondido a esa puerta tantas ocasiones que conocía lo que se veía desde dentro tan bien como yo.

Giré la llave y abrí la puerta, pero no me moví del umbral.

—¿Kennedy? ¿Qué haces aquí?

Miró detrás de mí y oyó el total silencio de la vivienda.

—¿Tus padres están fuera?

Suspiré.

—No están aquí.

Él frunció el ceño.

—¿No están aquí esta noche o a lo largo de las vacaciones?

Se me había olvidado lo ágil que Kennedy solía deducir lo que no se había dicho. Esa propiedad era lo que le había dado la virtud que se requiere para ganar la mayoría de sus debates.

—No están aquí en absoluto. Pero ¿por qué estás tú aquí?

Apoyó un hombro en el contexto de la puerta.

—Te escribí un mensaje antes de venir, pero no me has contestado. — seguramente no había escuchado la alarma del mensaje. Podía oír muy escasas cosas por arriba del contrabajo cuando me ponía a tocar—. A lo largo de la cena mi madre me recordó que me asegurara de que tú ibas a venir mañana... y sí, eso supone que no les he dicho que rompimos. Comencé a decírselo, pero luego pensé que quizás te vendría bien huír de Evelyn y Trent. ¿Dónde están de hecho?

Ignoré la pregunta. No pude evadir ver que había dicho « rompimos» , como si nuestra separación podría haber sido una elección recíproca. Como si y o no podría haber sido la parte idiota y ciega de la ecuación.

—¿Quieres que vay a a la comida de Acción de Gracias y finja que nos encontramos bien para que no poseas que decirles a tus padres que hemos roto?

Él sonrió lo justo para que aparecieran sus hoyuelos.

—No soy tan cobarde. Puedo decírselo si deseas y que te he invitado a venir como amiga. Pero no debemos decirles nada si no deseas. Créeme, están

bastante ajenos a todo para ver nada. Mi hermano reducido transporta fumando maría bastante más de un año... Hace unas fiestas que ponen en ridículo a la mayoría de la hermandad... Y no tienen ni iniciativa.

—¿Y no estás preocupado por él?

Él se encogió de hombros.

—Sus notas siguen siendo decentes. Únicamente se aburre. Además, no es hijo mío.

—Pero es tu hermano reducido.

Yo solo entendía las relaciones entre hermanos supuestamente, porque y o era hija exclusiva, por eso asumí que la lógica dictaría cierto sentido de la compromiso. Pero Kennedy aparentaba no sentirlo.

—No escucharía nada que le dijera y o.

—¿Cómo lo sabes? —Seguí presionándole.

Suspiró.

—No lo sé. Quizás porque jamás lo hizo. Vamos. Ven mañana. Te recogeré un antes de la una. Va a ser mejor que... algún cosa congelada que hay as premeditado meter en el microondas.

Puse los ojos en blanco y él rio.

—Sigo sin comprender por qué no se lo dijiste. Pasó bastante más de un mes.

Él volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Quizás porque sé cuánto te quiere mi familia. —Eso era mentira.

Elevé una ceja y él rio de nuevo—. Vale, están familiarizados a ti... a nosotros.

Sospecho que tú sí se lo dijiste a tus padres.

Encogí los dedos de los pies sobre el gélido suelo de mármol porque el frío del exterior se colaba por la entrada.

—Se lo he dicho a madre. Sospecho que ella se lo dijo a padre. Parecían vagamente irritados, aunque no sé si esa irritación se encontraba apuntada a ti por dejarme o a mí por no hallar estar a mi lado.

Quise darme un pellizco por esas expresiones que hacían que se ve que y o le necesitaba.

La realidad era que mis padres habían retomado la pelea que tuvieron cuando les dije por primera oportunidad cuáles eran mis proyectos para la facultad. Ella no los había recibido, diciendo que las chicas capaces se forjan sus propios caminos académicos, no siguen a su novio del centro a la facultad.

—Pero haz lo que desees. Siempre lo hiciste —dijo saliendo de mi cuarto.

No habíamos vuelto a comentar de esto hasta que Kennedy rompió conmigo.
—Supongo que no va a servir de nada indicar en este momento que poseía razón sobre él

—me ha dicho suspirando por el teléfono—. Y sobre tu mala elección de seguirle.

Siempre que y o aparentaba haber ganado una controversia, mi madre decía:

Incluso los relojes rotos aciertan dos ocasiones al día» . Le lancé ese pedacito de su propia inteligencia a la cara, e igual que cuando anuncié mis proyectos para la

universidad, ella suspiró como si y o no tuviera ni iniciativa ni remedio y dejó el tema. No sabía que en ese instante y o se encontraba completamente según ella, por una vez. Continuar a mi novio a la facultad estatal era probablemente la elección más estúpida que tomó.

Kennedy seguía ahí parado, con los pulgares enganchados en las trabillas del cinturón y expresión arrepentida.

—Asumo que no tienes proyectos para pasar la cena de Acción de Gracias con la familia de Dahlia o la de Jillian, o y a lo habrías dicho.

Preferí aguardar a que pasaran las festividades de las vacaciones antes de llamar a mis amigas del centro para decirles que se encontraba en el hogar. Jillian fué echada de la Facultad Estatal de Louisiana en el final del primer año por no aprobar; entonces volvió a casa para formarse como encargada de Forever 21

poco luego prometerse con un tipo que llevaba una joyería en un centro comercial. Dahlia se encontraba en su segundo año de enfermería en Oklahoma. Habíamos perdido el contacto luego de la graduación. Era extraño ver lo desconectadas que nos sentíamos en este momento, cuando habíamos parecido siamesas a lo largo de los 4 años de centro.

En este momento Dahlia poseía sus amigas de enfermería en un estado vecino y Jillian llevaba una mecha azul en el pelo, poseía un trabajo a tiempo terminado y un prometido. Las dos se han quedado sorprendidas cuando Kennedy y yo rompimos. Fueron de las primeras en escribir mensajes o llamar, compadeciéndome (o intentándolo, aunque hacía bastante más de un año que no teníamos contacto). Esperaba poder salir con ellas y no comentar de Kennedy hasta la saciedad.

—No tengo proyectos con nadie. Me pareció que podría estar bien estar en el hogar sola. Puse énfasis en la más reciente palabra, mirándole.

—No puedes quedarte aquí sola el día de Acción de Gracias.

Odié la lástima que había bajo lo que acababa de decir y le miré fijamente. — Sí que puedo.

Sus ojos verde oscuro me examinaron la cara.

—Claro que puedes —accedió—. Pero no hay razón para que lo hagas. Tenemos la posibilidad de ser amigos, ¿no? Siempre vas a ser considerable para mí. Lo sabes.

No lo sabía. Pero si decía que no, si insistía en establecerme en el hogar de mis padres sola y comer empanada de pavo calentada en el microondas por Acción de Gracias, iba a parecer que no podía sobrepasar lo nuestro. Como si estuviera perdida porque no podía estar con él.

—Vale —dije, y en el instante me arrepentí.

—¿Y qué? ¿Tú y el idiota de mi hermano habéis vuelto o qué? —me hizo la pregunta Carter en un susurro.

Si no fuera tan enorme, Carter sería una copia precisa de su hermano mayor:

los mismos ojos verdes y la misma aniquila de pelo rubio ceniza. Pero Kennedy era

prominente y angosto y Carter había alcanzado la misma altura pero con el contorno y los músculos de un jugador de rugby. Como lo conocía desde que era un desgarbado joven de catorce años (cuando Kennedy aún era más prominente que él), su transformación me aparentaba alucinante. Lo recordaba como un chico callado, siempre con el ceño fruncido, eclipsado por su hermano mayor. Pero sin lugar a dudas había acabado con esa etapa.

Miré detrás de nosotros mientras poníamos la mesa, aliviada de que no hubiera nadie que pudiera oírnos.

—No.

Él me siguió, poniendo tenedores encima de las servilletas que y o se encontraba doblando.

—Peor para él.

Abrí un poco los ojos al oír eso y cuando lo miré, él sonrió entretenido.

—¿Qué? Alguno puede ver que eres buena para él. ¿Por qué estás aquí

entonces?

—Eh... gracias. Es que mis padres se fueron a Breckenridge.

Él dio un paso atrás, estupefacto.

—Joder, ¿lo dices seriamente? Y suponía que mis padres eran los peores cabrones de la región.

No pude evadir sonreír, aunque intenté contenerme todo lo viable. Carter siempre había parecido irrealizable de conducir y muy emotivo al costado del resto de su lógica y calculadora familia. Jamás había considerado lo raro que se debía de sentir con ellos: el impetuoso hijo mediano que había entre Kennedy y su hermana chiquita Reagan, que daba la impresión de haber nacido para ser una contable de treinta años.

—Ese lenguaje, Carter —le ha dicho Kennedy rotando la esquina.

—Que te den, Kennedy —respondió Carter en el instante.

Contener del todo mi oposición era irrealizable. Apreté todo lo que pude la mandíbula, pero se me escapó una risita, lo que me ganó una colosal sonrisa de Carter. Me logró un guiño antes de irse a la cocina a ay udar a su madre. Parpadeé imaginándome que las pobres chicas de mi obsoleto centro debían de caerse redondas sobre las taquillas cuando él pasaba.

Kennedy poseía el ceño fruncido.

—¿Qué pasó con eso de « no es mi hijo» ? —le pregunté poniendo la más reciente cuchara antes de volverme hacia él—. ¿Está bien reprenderle por dejar caer un taco pero te lavas las manos en el momento de ay udarle con un supuesto inconveniente de drogas? —Me la se encontraba intentando encontrar. Era irrealizable ganar un enfrentamiento con Kennedy.

Él inclinó la cabeza.

—Buen argumento.

Parpadeé suponiendo que los hijos de los Moore me iban a matar de una sorpresa antes de que me fuera de la región.

Grant y Bev Moore estuvieron tan ajenos a todo como Kennedy me había prometido. No parecieron ubicar el aire viciado que había entre su hijo y yo a lo largo de las 4 horas que pasé con ellos, ni la sepa de nuestras comunes muestras públicas de cariño. Kennedy no puso un brazo sobre el respaldo de mi silla a lo largo de la comida y aunque me apartó la silla cuando me senté (como le habían enseñado a hacer) no me dio un beso en la mejilla ni me cogió la mano. Cuando Reagan nos miró con sus agudos ojos de niña de trece años entornados, yo fingí no ver su escrutinio. Carter, desde luego, bromeó y flirteó conmigo abiertamente, tratando hacerme reír y fastidiar a su hermano. Consiguió las dos cosas mientras sus padres no se daban cuenta de nada.

Sin tocarnos excepto por la presión de su pierna contra la mía, Kennedy y yo nos sentamos el uno al costado del otro para ver en la pantalla plana que ocupaba toda la pared un partido de rugby que logró que Carter se pusiera tan furioso que se levantó y soltó maldiciones en dirección a la pantalla unos cuantos ocasiones, por lo cual toda su familia (los cuatro) le reprendieron con enorme tranquilidad. La segunda vez salió en tromba de la cuarto y no volvió hasta luego de numerosos minutos. Por la manera en que flexionaba la mano

cuando volvió, tuve la impresión de que había ido a su cuarto y había golpeado algo.

En relación Kennedy aparcó en la entrada de mi casa para dejarme, y o salté del coche, otorgándole las gracias por invitarme y dejando claro que iba a ingresar sola. Él sonrió tenso.

—Deberíamos salir el sábado. Te llamaré.

Agradecidamente no logró ningún movimiento que indicara que iba a escapar del coche.

Como si no hubiera sugerido nada, le di las gracias otra vez y me despedí. Una vez dentro, le vi por medio de la ventana cubierta con una cortina. Se quedó viendo pensativamente la puerta frontal clausurada en el transcurso de un minuto antes de sacar su teléfono y llamar a alguien mientras salía marcha atrás.

Luego de llevar a cabo proyectos para el viernes durante la noche con Dahlia y Jillian, ensayé con el contrabajo en el salón hasta que la lámpara temporizada se apagó justo antes de las once. Riéndome en la oscuridad, apoyé el instrumento contra la pared sin ver y coloqué el arco en una estantería cercana. Mi teléfono se iluminó en el sustento para plantas, apuntando que me había llegado un mensaje, y me quedé parado en la oscuridad, leyéndolo y respondiendo.

Lucas: ¿Cuándo vas a volver al campus?

Yo: seguramente el domingo. ¿Y tú?

Lucas: El sábado.

Yo: ¿Algún drama familiar?

Lucas: No. Quien me trajo a casa en coche debe volver ese día. Dime si llegas próximamente. Quiero verte. Necesito dibujarte otra vez.

Yo: ¿Y eso?

Lucas: He hecho unos cuantos memoria, pero no es semejante. No consigo llevar a cabo bien la forma de tu mandíbula. La línea del cuello. Y tus labios. Necesito pasar más tiempo mirándolos y menos besándolos.

Yo: No puedo mencionar que me apetezca eso.

Lucas: Más tiempo realizando ámbas cosas, entonces. Escríbeme cuando vuelvas.

Vale, por eso reposar quedaba fuera de toda cuestión.

Releí el mensaje mientras unos sigilosos recuerdos de sus labios sobre los míos me fueron recorriendo, prendiendo pequeñas llamas de deseo que nacieron y se fusionaron mientras esos recuerdos del sábado durante la noche se reproducían con datos muy gráficos. Parado en la oscuridad, cerré los ojos.

Debería estar furiosa o por lo menos sentir desconfianza de Lucas/Landon, pero aunque había tratando dar de comer ese enfado por su pecado de omisión,

sencillamente no podía estar enojada con él. Razoné que había superado mi límite de resentimiento con Kennedy y Buck y que, comparando, Lucas aparentaba más un enigma que un compromiso. Luego de todo mi plan con él fué utilizarle como sustituto de Kennedy (Operación Etapa Chico Malo) y no es que y o podría haber sido muy abierta sobre eso.

Tratando vigilar mis cavilaciones volátiles, cogí una botella de agua de el frigorífico y subí al piso de arriba, a mi cuarto, la exclusiva que aún poseía luz en toda la vivienda.

Cuando comprobé mi correo, vi que poseía uno de LMaxfield entre las promociones de créditos y la información de alguna lista de correo. Se me aceleró el corazón. Lo había mandado esa tarde, horas antes del trueque de mensajes. Lejos de la facultad, se encontraba comenzando a conectar a mi instructor con Lucas, el Lucas que me hablaba desde detrás del nick Landon. Pretendía entender por qué, pero no se lo había preguntado; pretendía que me lo dijera él.

Jacqueline:

He descubierto que la tienda de elementos de pesca añadió a su oferta café y Wi-Fi, adjuntado con un nuevo nombre para publicitar estas creaciones. Joe (el propietario) no se ha molestado en llevar a cabo un letrero nuevo, sencillamente ha colgado otro letrero junto al original. En este momento el letrero (carteles) pintado a mano dice:

«Cebos y cañas y café», y bajo «café» dice «Y Wi-Fi».

Tiene tres mesas minúsculas y unos cuantos sillones con tapizados con un estampado floral, bastante mullidos y llenos de bultos; como un Starbucks si lo hubieran adornado con lo obtenido del mercadillo de muebles de la abuela de

alguien. Es el exclusivo sitio que abre hoy, por eso está hasta arriba. El café no es horrible, pero esa es la preferible sugerencia que puedo llevar a cabo sin faltar a la sinceridad. Y, como era de aguardar, el sitio huele a pescado, lo que de alguna forma le quita algo de valor al ámbito del local.

¿Ha ido tu día como planeaste?

Vas a estar cerrando con llave y poniendo la alarma de la vivienda durante la noche, ¿verdad? No quiero ser insultante ni nada, pero me dijiste que te ibas a casa sola.

LM

Landon:

Sí, se me otorga realmente bien eso de cerrar por las noches. Y la alarma general está puesta. (Y no me siento insultada. Agradezco la preocupación).

He pasado el día en el hogar de mi ex. Sus padres no tienen ni iniciativa de que hemos roto; no sé por qué no se lo dijo. Fué extraño. No sé por qué le dejé convencerme para ir. Quiere verme el sábado para «hablar».

Puede que vuelva al campus próximamente. No lo he decidido aún.

Voy a salir con amigas mañana y debería ser entretenido.

¿Qué tal tu familia? ¿Qué hiciste tú?

JW

No podía estar segura de que le va a llegar mi respuesta, porque necesitaba una tienda de artículos de pesca y café y Wi-Fi para lograr averiguar su correo. Luego de una noche sin reposar, una extendida y lenta que me dejó más cansada que antes, me hice un café y me metí en el correo de la facultad. No me impresionó ver que no había nada nuevo de LMaxfield en mi correo de entrada. Pensé escribirle un mensaje a Lucas, pero ¿qué podía mencionarle? ¿Que había pasado toda la noche revolviéndome pensando en sus manos sobre mi cuerpo?

15

Cuando me paré a repostar gasolina a medio sendero del campus, le mandé un mensaje a Kennedy diciéndole que había decidido regresar antes.

Mi teléfono sonó antes de que me diera tiempo a volver a la interestatal.

Kennedy. Inspiré hondo y apagué la radio antes de responder.

—¿Ya te has ido? Suponía que te ibas mañana. Y que habíamos quedado para comentar esta noche.

Suspiré, deseando golpearme la cabeza contra el volante, algo que no era una aceptable iniciativa mientras se encontraba manejando a ciento diez kilómetros por hora.

—No entiendo de qué deseas comentar, Kennedy.

Me pregunté si no se daba cuenta de cuántas ocasiones había amado comentar y y o le había ignorado.

—Creo que he cometido un error, Jackie. —Interpretando mal mi silencio asombrado, añadió—: Jacqueline, quiero decir. Lo siento, pienso que me va a llevar un tiempo...

—¿Qué deseas decir con que has cometido un error?

—Con nosotros. Rompiendo.

Permanecí en silencio otra vez. Las expresiones se quedaban como pegadas cuando intentaba tragármelas, interiorizarlas. Había evitado los cotilleos del campus todo lo viable, pero había escuchado y visto lo bastante para entender que Kennedy no fué ningún santo a lo largo de las semanas que habíamos estado separados. Tampoco es que le hubieran faltado las ayudas dispuestas. Pero las chicas que desean comunicar tu cama no tienen por qué aguantar siempre tus cambios de humor al azar, escuchar tus exhaustivas críticas legales o apoyar los objetivos de tu vida igual que alguien que te quiere. No... Ese fué mi papel. Y me habían despedido de él.

—¿Por qué?

Suspiró y me imaginé lo que sabía que se encontraba haciendo: viendo el techo, apartándose el pelo de la frente y dejando la mano ahí, con el codo flexionado. No podía ocultarme sus movimientos comunes, no por teléfono.

—¿Por qué he cometido un error o por qué pienso que es un error? —Yo sabía

que responder a una pregunta con otra era su forma de ahorrar tiempo mientras pensaba cómo salir de una circunstancia problemática—. Esta conversación habría sido más simple en persona...

—Estuvimos juntos tres años y rompiste conmigo... sin siquiera... no había...

—Estaba balbuceando. Me detuve e inspiré hondo—. Quizás no fue un error.

—¿Cómo puedes decir eso? —Tuvo el descaro de sonar herido.

—Oh, no lo sé —respondí, ofendida—. Quizás igual que tú pudiste romper primero conmigo con tanta simplicidad.

—Jackie...

Apreté los dientes.

—No. Me. Llames. Así.

Se quedó callado y todo lo que oí fueron los ruidos de la carretera mientras mi camioneta recorría kilómetros de nada entre la previo localidad y la siguiente. La may oría de los campos a los dos lados de la carretera estaban inactivos por la temporada del año, pero una colosal cosechadora verde recorría un campo de algodón, y me quedé mirándola. No importaba lo que le pasara a un individuo precisamente, la vida seguía en alguna otra sección. La primera oportunidad en que Kennedy me besó, la causa me decía que de forma simultanea, en otro lugar, había gente rompiendo. Y la noche en que Kennedy me rompió el corazón, en alguna parte (tal vez en la misma residencia) otra gente se estaban enamorando.

—Jacqueline. No sé qué deseas que diga.

En términos de segundos pasé por una localidad que poseía un colosal centro comercial outlet y algo más. Cada kilómetro me alejaba de Kennedy. Y me acercaba a Lucas. Me inquietó suponer que Lucas era un espacio al que ir, antes de darme cuenta de que fué mi región de seguridad desde que nos conocimos.

—Nada —respondí—. No quiero que digas nada.

Mi ex poseía la intuición de entender cuándo había llegado a un callejón sin salida. Me dio las gracias por ir el jueves y mencionó que hablaríamos cuando volviera al campus, a eso que no respondí.

Jacqueline:

Se ve que quiere volver contigo, o por lo menos quiere algo más que amistad. La cuestión es: ¿qué deseas tú?

Mi familia somos solo mi padre y yo. Unos viejos amigos vinieron el día de Acción de Gracias, por eso hubo más conversación de la que habría habido en otras situaciones. Cuando nos encontramos los dos solos en el hogar, tenemos la posibilidad de pasar horas sin comentar. Si no cuentas «perdón» y «pásame la sal» y cosas de esta forma, el

silencio se prolonga a lo largo de días.

Mi padre tiene un barco de pesca. No hay bastante movimiento en esta temporada del año en la bahía, aunque organiza viajes de pesca de altura o

tours para ver las aves nativas en el invierno. Poseía uno hoy, por eso nos hemos despedido a las 5 de la mañana y aquí estoy, de vuelta en mi piso para mediodía.

LM

Lucas se encontraba a diez minutos de mí. Luché contra la necesidad de mandarle un mensaje y mencionarle que y o además había regresado. Sabía que no iba a continuar ganando esa guerra a lo largo de muchísimo más tiempo.

Deshice la maleta de una semana de ropa limpia, que olía a jardín y al suavizante de mi madre, algo que y o no solía echar en las lavadoras de la vivienda. Sentí alivio al darme cuenta que no tendría que suponer en cuándo iba a poner la lavadora discretamente esa semana. Evadir las escaleras completamente se había convertido en una de mis rarezas. No entraba en ellas, no en grupo. Mi subterfugio funcionaba con todo el planeta excepto con Erin, que me miró fijamente la segunda vez que utilicé la excusa: « Se me ha olvidado algo en la cuarto. Te veo abajo» .

Una noche me hizo la pregunta directamente:

—Tienes miedo de ir por las escaleras, ¿verdad?

Me se encontraba pintando las uñas de los pies de color rojo sangre y me quedé viendo el pincelito mientras intentaba evadir que me temblara la mano.

Empieza en la cutícula y pinta hacia arriba. Comienza en la cutícula y pinta hacia arriba» .

—¿Y no lo tendrías tú? —Sí —respondió.

La vez siguiente fue Erin la que dijo:

—Oh, maldita sea, me he dejado el bolso en la cuarto. J, ven conmigo para abrirme, ¿vale? —Y volviéndose hacia las otras dijo—: Oíd, nos observamos abajo dentro de un instante.

Yo: Ya he vuelto.

Lucas: Suponía que no volvías hasta mañana.

Yo: He cambiado de iniciativa.

Lucas: Ya veo. ¿Estás libre esta noche?

Yo: Sí.

Lucas: ¿Cenamos?

Yo: Sí.

Lucas: Te recojo a las siete.

—Ningún chico había cocinado jamás para mí.

Él sonrió desde el otro lado de la encimera mientras cortaba verduras crudas y les echaba algo que acababa de combinar encima.

—Bien. Eso va a servir para que no poseas muchas expectativas.

Eché todos los elementos sobre un trozo de papel de aluminio, lo enrolló y lo metió en el horno adjuntado con el resto de la cena.

Inspiré por la nariz.

—Hummm, no, huele bien. Y se ve que sabes lo que haces. Me temo que mis expectativas son anormalmente altas.

Colocó el temporizador, se lavó y se secó las manos y salió de la cocina, cogiéndome de la mano y llevándome al sofá.

—Tenemos quince minutos.

Nos sentamos el uno al costado del otro y él me examinó la mano. Con las yemas de los dedos frías siguió el contorno de mis uñas, cortas porque interferirían en el momento de tocar el contrabajo, y me acarició el dorso juntos con el pulgar. Me la giró lentamente y con el índice comenzó a rozar el interior de los sensibles valles entre mis dedos. Logró una espiral en mi palma, moviéndose lentamente hacia el centro, y yo me quedé hipnotizada observándole y sintiendo cómo me tocaba con suavidad.

Sus dedos se deslizaron entre los míos, palma contra palma, y me cogió para ponerme en su regazo, con los labios en la base de mi garganta. Cuando sonó la alarma minutos luego, yo se encontraba ya a muy lejos para escucharla.

La comida que había listo se encontraba cubierta en paquetitos de aluminio individuales: verduras, patatas asadas y pargo rojo que había pescado dos días atrás. Francis decidió maullar como loco hasta que le brindaron su parte de pescado.

—Veo que estás habituados a cocinar para uno —le pregunté cuando nos vamos a la diminuta mesa que había con la exclusiva pared que no poseía nada colgado.

Él asintió.

—Llevo realizándolo los últimos tres años más o menos. Antes de eso cocinaba para dos.

—¿Cocinabas tú? ¿No tu madre o tu padre?

Carraspeó, cogiendo una patata con el tenedor y manteniéndolo en prominente antes de responder.

—Mi madre murió cuando yo poseía trece años. Antes de eso, sí, cocinaba ella. Después... Bueno, era estudiar a cocinar o vivir de tostadas y pescado...

Lo que sospecho que hace mi padre cuando yo no estoy en el hogar, aunque intento que compre fruta y coma algo verde ocasionalmente.

Oh. Su crónica coincidía con la de Landon (vivía con su padre, sin hermanos) y él debía saber ello. Además fué un pequeño que perdió a su madre y yo fui bastante consciente de eso como para llamarle la atención sobre su duplicidad

justo entonces.

—Lo siento.

Él asintió una vez, pero no ha dicho más.

Luego de comer sacó al gato, volvió a la mesa, me cogió la mano y me llevó al dormitorio. Nos tumbamos de costado en el centro de la cama, mirándonos, sin decir nada. Su contacto era de forma intolerable despacio. Susurró algo contra mi mandíbula y bajó por un lado de mi cuello antes de desabrochar los botones de la camisa blanca que me había puesto, uno por uno. Deslizándomela por el hombro, me tocó la piel desnuda con los labios y yo cerré los ojos y suspiré. Mis manos presionaron bajo su camisa hasta que reposó, se la quitó de un tirón por la cabeza y la tiró, todo en un solo movimiento, tumbándose luego sobre mí y besándome.

Su boca era riguroso, sus labios separaron los míos y su lengua entró en mi boca. Me pareció sentir un temblor por todo su cuerpo cuando mi mano le agarró el sitio en su costado donde poseía las expresiones escritas. Rodó para ponerme sobre él, me bajó la camisa por el otro hombro y la dejó ahí, a medio remover, mientras dedicaba su atención a la piel desnuda por arriba del sujetador de color carne. Todo mi cuerpo se acercaba al suyo como si tuviera una carga estática que me atrajera.

Sin cuestiones ni explicaciones, se paró en el mismo límite que yo había puesto la semana previo. Las expresiones se limitaron a « ahí» , « Dios» y « oh» . Y luego nada más que suspiros, gemidos y sonidos ininteligibles que únicamente se podían interpretar como un « sí, sí, sí» .

—Debería llevarte de vuelta. —Su voz sonaba ronca. No hablamos en al menos una hora. El reloj de su mesilla marcaba que era medianoche.

Me devolvió el sujetador que habíamos dejado a un lado y se puso la camisa por la cabeza. Cuando me incorporé, él me sostuvo la camisa mientras metía los brazos por las mangas y luego me giró y me abrochó los botones, inclinándose para besarme cuando acabó, con las manos rodeándome la cara.

Parado con su moto, me se encontraba poniendo los guantes cuando la puerta posterior de la vivienda que había al otro lado del patio se abrió y un hombre salió, llevando una bolsa de basura llena. Abrió el contenedor con ruedas y la tiró dentro. Se giró para ingresar y me percaté de que Lucas se encontraba muy inmóvil, helado, mirándole. Como si hubiera sentido sus ojos en él, el hombre se volvió cuando se encontraba bajo el foco de la puerta de atrás. Era el doctor Heller.

—¿Landon? —dijo, y ninguno de los dos nos movimos ni respondimos—. ¿Jacqueline? —añadió raro. Súbitamente pareció registrar la hora que era y dado que los dos acabábamos de escapar del apartamento de su inquilino. No era viable poner la explicación de una clase (aunque no es que fuera correspondiente que quedáramos en el apartamento del instructor para ofrecer clase a ninguna hora del día).

Nadie habló en el transcurso de un extenso instante y luego el doctor Heller dejó caer los hombros. Suspiró antes de ver a Lucas con expresión resuelta.

—Necesito verte en la cocina cuando vuelvas. No tardes bastante más de treinta minutos, por favor.

Las manos de Lucas apretaban con fuerza el casco. Asintió resumidamente en dirección al doctor Heller antes de ponérselo. Cuando se volvió para asegurarse de que me había abrochado el mío de manera correcta, nuestros ojos se hallaron un instante, pero él no habló y yo tampoco. Mientras se esta

viajando de vuelta de diez minutos, no conseguí aclarar nada en mi cabeza. No había expresiones mágicas, ni exoneración por sus mentiras. No podía suponer en nada que llevar a cabo o decir además de aguardar a que él me dijera por qué.

Llegamos y me bajé de mi posición detrás de él, quitándome con extrañeza el casco y la goma del pelo con los dedos todavía enguantados. Aún encima de la moto, se quitó el casco además y guardó los dos, como si no tuviera intención de volvérselo a poner. Cuando lo miré, se se encontraba contemplando las manos, agarradas con fuerza al extenso manillar.

—Ya lo sabías, ¿verdad? —Habló en voz baja, pero no podía acertar lo que se encontraba pensando.

—Sí.

Me miró, frunciendo el ceño y examinándome los ojos.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Y por qué no lo dijiste tú? —respondí. No pretendía responder cuestiones. Pretendía que me respondieran a las mías y se encontraba molesta porque él me iba a obligar a formularlas—. ¿Así que te llamas Landon? Pero el jefe Watts te llamó Lucas. Y esa chica... Otra gente te llama Lucas. ¿Cómo te llamas?

Su mirada volvió a sus manos en el transcurso de un instante y mi enfado se amplió como un globo inflándose bajo mis costillas. Aparentaba estar decidiendo qué decirme y qué guardarse. La Harley logró un ruido sordo, lista para salir como una exhalación cualquier ocasión.

—Los dos. Landon es mi primer nombre y Lucas el segundo. Me llaman Lucas... en este momento. Pero Charles... el doctor Heller... me conoce ya hace un largo tiempo. Sigue llamándome Landon. —Sus ojos se fijaron en los míos—. ¿Sabes? Sé lo complicado que es hallar que varias personas dejen de llamarte como te han llamado siempre.

Muy lógico. Todo. Excepto la parte en la que fingió ser dos personas diferentes conmigo.

—Podías habérmelo dicho. Pero no lo hiciste. Me has mentido.

Apagó la moto y pasó la pierna por arriba, colocándose enfrente de mí y agarrándome los hombros.

—Nunca te he mentado. Tú asumiste cosas basándote en cómo Char... el doctor Heller me llamó. Mira los correos. Yo jamás dije que me llamaba Landon.

Me encogí de hombros para liberarme.

—Pero me dejaste llamarte Landon.

Él dejó caer las manos, pero me miró, lo que evitó que pudiera moverme. —Tienes razón, eso fué culpa mía. Y lo siento. Te deseaba y lo nuestro no

podía pasar siendo Landon. Algún cosa entre nosotros va contra las normas, y

y o las he infringido.

Tragué con contrariedad, tratando evadir ahogarme. Oí lo que aún no había expresado. Me se encontraba diciendo que se había acabado, de esta forma, de un instante a otro. La cruda situación que había comenzado con la desertión de Kennedy semanas atrás volvía sin comunicar, como si acabara de romperse una presa, y en este momento me se encontraba ahogando en ella. Mis padres me habían abandonado, Kennedy me había abandonado, mis amigos, excepto Erin y Maggie, me habían abandonado. Y en este momento Lucas... Y Landon. Dos relaciones diferentes que se habían convertido en destacables.

—Así que se acabó.

Él me miró, y no habría tenido una sensación más intensa si sus dedos hubieran estado tocando mi cara.

—Tu nota puede estar en riesgo si no. Yo asumiré la compromiso de esto esta noche cuando vuelva. El doctor Heller no te culpará.

—Así que se acabó —repetí.

—Sí —dijo.

Me giré y ingresé en el edificio, y no oí volver a la vida el motor de la Harley hasta que puse el pie en el primer escalón.

—Señorita Wallace, por favor, venga un instante a verme luego de clase. Levanté la visión para ver al doctor Heller en el final de la clase del lunes y

asentí.

—Oooh —dijo Benji—. Ya te has metido en inconvenientes. —Su sonrisa desapareció cuando me vio la cara—. ¿Qué sucede? No tienes inconvenientes enserio, ¿no? —Él miró a la parte de atrás de la clase, observando a la exclusiva razón por la que podía pasarme algo con el profesor—. ¿Es que se ha enterado de... y a sabes? —Inclinó la cabeza en dirección a Lucas.

—Sí.

Abrió bastante los ojos y bajó la voz.

—Oh, vay a, ¿lo dices seriamente? ¿Cómo?

Negué con la cabeza.

—No importa. Se ha enterado y se ha acabado.

Apretó los labios y metió el cuaderno en la mochila a la vez que suspiraba. — Oh, vay a. Lo siento. —Sus ojos color avellana estaban llenos de compasión

—. ¿Hay algo que logre llevar a cabo?

Negué con la cabeza otra vez y sentí la necesidad de redirigir la

conversación.

—Estoy bien. ¿Qué tal fue lo de escapar del armario?

Sonrió extensamente y abrió los brazos.

—Como puedes observar, aún estoy entero, con todas las partes fundamentales todavía en su sitio. —Subió y bajó las cejas, colocándose la mochila sobre el hombro luego de que le diera un empujoncito—. Fue bien. Sacarlo todo a la luz fue un alivio... para los dos, creo.

—Bien.

Se encontraba contenta por él, aunque no había tenido la misma vivencia con mis recientes revelaciones. No miré a Lucas. Él se había quedado contemplando su cuaderno cuando ingresé en la clase, decidido a no dirigirme siquiera una observación.

—Hola, Jacqueline.

Kennedy sonrió extensamente cuando nos cruzamos en el pasillo, como si

estuviera orgulloso de sí mismo por haber recordado mi nombre.

—Hola —saludé pasando a su lado mientras bajaba hasta la tarima.

Cuando me detuve en el último escalón, el doctor Heller me miró por arriba de las cabezas de los alumnos que se apiñaban a su alrededor y me pidió que fuera a su despacho en sus horas de tutoría de la tarde para agarrar mi trabajo. Su expresión inmutable me mencionó que no era una invitación, sino una orden. Con la cara ardiéndome le dije que va a ir.

—Tú no hiciste nada mal, por eso no tienes nada de qué inquietarte. seguramente solo quiere asegurarse de que Lucas-Landon-Bob-O-como-se-llame no se aprovechó de ti.

Agradecí la forma de tranquilizarme de Erin, por equivocada que fuera. Tumbándome sobre la cama, con los pies aún con las botas colgando, me

quedé viendo el cuadrado de cielo plumizo que se veía desde nuestra exclusiva ventana de diez por diez. Me estremecí, aunque en nuestra cuarto hacía bastante calor. Erin y yo descubrimos el invierno previo que la vieja calefacción central bombeaba aire ardiente en nuestra chiquita cuarto hasta que se convertía en una sauna, luego se apagaba y se ponía a trabajar muy lentamente hasta que la cuarto se quedaba helada, antes de volver a iniciarse y calentar hasta que volvíamos a estar en la sauna. Era sorprendente que ninguna hubiéramos acabado con neumonía para febrero.

—Landon fué el instructor especial. Lo que se encontraba pasando entre Lucas y yo no es asunto de nadie.

—Solo mío —intervino Erin.

Giré la cabeza y mostré media sonrisa.

—Solo tuyo.

Le agregó los últimos toques a un póster sobre su hermandad cubierto de brillantina.

—¿A qué hora se piensa que tienes que ir? —Entre las tres y media y las 4 y media.

—Pues va a ser mejor que te des prisa. Yo me voy al trabajo en relación acabe esto. Escríbeme un mensaje para decirme si necesito poner en su sitio a alguien. Recuerda que mañana vamos a adquirir vestidos para la fiesta de este fin de semana.

La aptitud de mi compañera de cuarto para cambiar de tema de manera rápida era sorprendente.

—No se me ha olvidado.

El doctor Heller me miró desde el otro lado de su mesa por segunda vez ese semestre y yo me esforcé por no retorcerme en la silla. Yo jamás fué una

niña que se ganara la desaprobación de los profesores; encontrarme en esa posición dos ocasiones en términos de semanas me aparentaba sorprendente.

No me había mirado desde que me invitó a tomar taburete. Decidió rebuscar en una pila de carpetas y papeles hasta que sacó mi trabajo murmurando un « ajá» .

Me agarré las manos en el regazo mientras él le echaba una mirada, pasando las páginas grapadas. Me pregunté si y a le habría puesto una nota o si lo que

dijera o no dijera en los siguientes minutos iba a tener alguna predominación sobre ella.

Carraspeó y yo me estremecí.

—He hablado con el señor Maxfield, lo que sospecho que ya va a saber.

Inspiré nerviosa.

—No, señor. No hablamos.

Él enarcó las cejas y abrió bastante los ojos.

—Ya veo. —Frunció el ceño como si estuviera confundido—. Bien. Le preguntaré a usted lo mismo que le pregunté a él y le agradecería que fuera sincera, por favor. ¿Le ayudó a llevar a cabo este trabajo?

Le miré con el ceño fruncido, perpleja, sin entender realmente bien qué me se encontraba preguntando precisamente.

—Me dio algunas recomendaciones sobre fuentes de documentación. Y se leyó el trabajo acabado y me indicó varios fallos que debía corregir antes de entregarlo. Pero el contenido es mío.

Él asintió y suspiró.

—Bien. Además está la cuestión de un control del que le... digamos

avisaron» ... con antelación. Tragué saliva.

—Me sugirió que hiciera el papel de ejercicios que me había enviado. —El

doctor Heller me examinó con una observación directa y una ceja hirsuta elevada y yo me corregí—: Me sugirió con mucha insistencia que la hiciera. Pero no me mencionó que iba a haber un control y, con franqueza, sencillamente pensé que se encontraba siendo exigente... Ni me percaté de que... —«Mierda» .

—Él ha asumido la total responsabilidad por su error de juicio, señorita Wallace.

No podía respirar y poseía la cabeza llena de pensamientos. Desde el primer instante que le vi (enfrentándose a Buck en el estacionamiento luego, sospecho, de apartarlo de mí) me había estado protegiendo. ¿Corría el riesgo de que le despidieran de su trabajo por nuestra relación, fuera la que fuese?

Me acerqué un poco, poniendo las manos sobre la mesa.

—Lucas no... no se aprovechó de mí de ninguna forma. Me ayudó bastante como instructor. Tengo otra clase en el momento de sus tutorías grupales, por eso no podía ayudar, pero él me enviaba por correo las hojas de ejercicios. —
Me detuve

sin aliento porque no pretendía empeorar todavía más las cosas. No podía parecer una chica enamorada o lo que dijera no tendría ningún peso—. No debería tener inconvenientes por mi culpa.

Mi instructor se quedó observando el trabajo, aún en sus manos. Aparentaba más preocupado que unos instantes antes. Con la frente arrugada, levantó la visión y me miró un instante.

—Él además me dijo que usted no era consciente del hecho de que el chico con el que se estaba... viendo... era su instructor. Que su relación académica se desarrolló solo por mail.

Asentí porque no pretendía contradecir nada de lo que había dicho Lucas.

Él volvió a suspirar y se acomodó en la silla para pensar, con una mano sobre la boca. Por último deslizó el trabajo por arriba de la mesa.

—Su exploración y las conclusiones a las que llegó son increíbles para una estudiante de primer año. Buen trabajo, señorita Wallace. Si hace bien el examen final, su nota de la asignatura no se va a ver afectada por la... eh... agitación emocional que sufrió a mitad del semestre. Pero le voy a ofrecer un consejo. Esta no será la más reciente vez en la vida que tenga que pasar por algo que la pilla desprevenida y la aparta de su sendero. En otras materias, de esta forma como en el planeta real así como es, los instructores y los amos no en todos los casos se van a exhibir comprensivos. Todos poseemos que... ¿cómo dice mi hija? Tragarnos lo que sea y continuar adelante.

Me esforcé por no proceder a la más reciente página para ver mi nota.

—Sí, señor. —Sabía que debía levantarme, ofrecerle las gracias y salir corriendo de su despacho mientras aún me observaba con positivos puntos de vistas. Pero no pude hacerlo—. ¿Y Lucas? ¿Tiene algún inconveniente? ¿Va a... perder su trabajo?

Negó con la cabeza.

—No se ve que se hay a hecho ningún inconveniente, aunque le he recordado a Landon... quiero decir, Lucas... que algunas ocasiones cómo se siente una circunstancia tiene más peso que la verdad de la cuestión. Con eso en cabeza, le he sugerido que se limite a las relaciones apropiadas para un instructor a lo largo de lo que queda de semestre.

Lucas no había citado la oportunidad de alguna interacción futura. Su respuesta cuando le pregunté si se había acabado fué determinante y no me había escrito correos ni mensajes para decirme lo opuesto, ni tampoco me había mirado hoy en clase que y o supiera.

—Gracias, doctor Heller.

Esperé hasta haber salido para ver la nota que me había puesto: un 94. Incuestionablemente una nota mejor de la que habría sacado en el examen de mitad de semestre si me hubiera anunciado.

Ignoré a Lucas cuando fui hacia mi taburete al ingresar en la clase el miércoles y el

viernes y tampoco le hice ningún caso cuando salí, más que nada porque me hallé a Kennedy esperándome en el pasillo para acompañarme a la salida los dos días. El miércoles mi ex me hizo la pregunta qué tal iban mis clases particulares.

—¿Qué? —Me tropecé en el siguiente escalón y él me agarró del codo. —
¿Eran dos chicos de octavo o de noveno los jovenes que estaban enamorados

de ti? —Rio, lo que logró girar la cabeza a dos chicas que salían; él no pareció notarlo. Muy habitual de Kennedy —. ¿O es que y a están todos enamorados de ti?

Ah... las clases de contrabajo, no las de economía. Metí la barbilla en mi bufanda peluda y me subí la cremallera del abrigo hasta la garganta cuando hemos proporcionado la vuelta a la esquina del edificio y una ráfaga de aire helado nos golpeó. Él se dio la vuelta al cuello y metió las manos desnudas en los bolsillos de su abrigo.

—No tengo ni iniciativa de lo que opínan la may or parte del tiempo. Son un poco hoscos.

Él me miró y sonrió y sus hoy uelos me llamaron la atención tanto como lo habían hecho la primera oportunidad que los vi, adjuntado con sus lindos ojos verdes. Me dio un golpecito con el codo.

—Esa hosquedad es una prueba clarísima de que están enamorados de ti. Frunciendo el ceño miré hacia enfrente y aceleré el paso. No podía

imaginarme adónde pretendía llegar con eso, pero no pretendía ofrecerle cuerda.

—Hasta después, Kennedy. Tengo que correr o no llegaré a clase de español.

Me cogió del brazo.

—Maggie me dijo que el sábado vas a proceder a la fiesta de la hermandad

femenina.

Asentí. Erin y yo habíamos estado de compras 4 horas la tarde del martes para hallar vestido y zapatos. Ella seguía adelante con su intención de lograr que Chaz lamentara algún elección que hubiera tomado que no implicara ponerse de rodillas y adorarla.

—¿Qué pasó con lo de: « Me agrada eso de la cacería » ? —le pregunté cuando descartó el décimo o undécimo vestido de cóctel no lo muy especial antes de meterse en un trocito de tela plateada con una raja hasta al muslo.

Sonriéndole al espejo con una resolución depredadora, esperó a que le subiera la cremallera, examinó su cuerpo en el vestido reflectante y se apartó el pelo pelirrojo como si fuera la reina de todo el mundo.

—Oh, y o estoy de caza, no lo dudes —dijo en un ronroneo.

Me separé de Kennedy sin ver atrás y él se despidió.

—Hasta después, Jacqueline.

Pensé y descarté todas las excusas que se me sucedieron para no ayudar, y deseé bastante tarde no haber accedido a acompañar a Erin a la fiesta anual. Mi compañera de cuarto, comunmente cuerda, se encontraba decidida a transformar la vida de su exnovio en un infierno en la tierra a lo largo de por lo menos una noche. En la

cena del viernes, dijo:

—Tengo que llevarlo a cabo. Para dejarlo todo atrás.

Maggie me miró al otro lado de la mesa con una ceja enarcada. Entre el drama de Erin/Chaz, los intentos de Kennedy de olvidar nuestra separación y la más que posible presencia de Buck, se encontraba deseando que la noche del sábado pasara próximamente.

Evadir el contacto visual a lo largo de la clase de autodefensa del sábado por la mañana terminó muy más complicado que ignorarnos en clase de economía, pero Lucas y yo lo logramos llevarlo a cabo a lo largo de la primera hora. La parte más extraña de la semana fué el correo con las hojas de ejercicios que no había dejado de mandarme, pero sin la más mínima nota personal. El mail decía:

Adjunto novedosas hojas de ejercicios.

LM

—Mientras que una patada posiblemente resulte mal calculada por la víctima o que el atacante la evite, un golpe con la rodilla es un encontronazo desde cerca y es más simple de realizar, de esta forma que iremos a centrarnos en esa defensa primero. —La voz de Ralph me trajo otra vez a la clase de autodefensa—. Y asumo que todas ustedes, señoritas, saben adónde debe ir apuntada esa rodilla.

Nos dividimos en dos grupos, igual que habíamos hecho dos semanas atrás; y yo me fui al grupo de Don y Erin me siguió. Poseía una almohadilla con correas sujeta al brazo musculoso para mantenerla en su lugar; nos detalló lo fundamental del golpe con la rodilla y pidió una facultativa para ay udarle a demostrarlo. Erin se prestó de manera rápida. Me sentí orgullosa de su atronador « ¡No!» cuando le agarró los hombros a Don y estrelló la rodilla en

la almohadilla. Reconocí el movimiento que Lucas había usado con Buck, aunque él le había pegado en la barbilla en lugar de en la entrepierna. Buck había caído redondo al suelo. Y y o me había quedado ahí, helada.

Cuando llegó mi turno, mis inquietudes vergonzosas desaparecieron al oír los ánimos de mi grupo y el « ¡Otra vez!» de Don resonar entre cada golpe. Acelerada, volví a donde se encontraba Erin con los ojos muy libres y temblando por la adrenalina. Ella se rio y y o le dije:

—Ya lo sé, ¿vale?

Pasamos a las patadas y siempre que daba una y oía el gruñido de gratificación de Don, mi miedo a que jamás podría reiterar eso en la vida real se redujo. Vickie, la mujer de pelo blanco que sin saberlo me había dado la valentía

para mantenerse en la clase dos semanas atrás, hizo la pregunta cómo, aunque golpeáramos en el sitio acertado con la fuerza bastante, íbamos a sobrepasar a un hombre de su tamaño.

Don nos recordó que no teníamos que ganar una pelea, solo hallar salir corriendo.

—Cada segundo que ganéis les otorga tiempo para correr.

Cuando Ralph comunicó el descanso, miré resumidamente a Lucas. Él me devolvió la mirada por arriba de las cabezas de dos chicas (una de ellas se encontraba comentando con él), con sus ojos azul grisáceo del color del hielo fijos en los míos desde el otro lado de la cuarto iluminada. Luego de la educación física de la mañana, mi respuesta fue trascendente. Se me aceleró la

respiración y ninguno de los dos apartó la mirada hasta que Erin me agarró del brazo y tiró de mí.

—Vamos, tortolita —murmuró de manera que terminó inaudible para todos excepto para mí.

Me ruboricé y dejé que me llevara hasta el pasillo y luego hacia el vestuario. Inclinandome sobre el lavabo, me eché agua en la cara y me miré en el espejo, preguntándome lo que había visto Lucas al mirarme. Lo que veía Kennedy. Lo que veía Buck.

—Te dió fuerte, ¿no? —Erin me pasó una toallita de papel y apretó los labios, ladeando la cabeza mientras me examinaba la cara en el espejo—. Debería haber conocido que esa terapia de suplencia no iba a trabajar contigo. Si te hace sentir mejor, no se ve que él esté menos loco por ti que tú por él.

Puse los ojos en blanco mientras me secaba el agua de las mejillas.

—Te lo creas o no, eso no me hace sentir mejor.

Arqueó una ceja y su mirada se apartó de mi reflejo mientras se arreglaba una imperfección imaginaria del labio y se ajustaba la coleta despeinada.

—Mmm ...

—Vamos a estudiar los últimos movimientos a lo largo de la siguiente hora más o menos: defensa contra agarrones o intentos de asfixia. La semana que viene integraremos todo lo que habéis aprendido en ocasiones potenciales. —Agarrándose las manos, Ralph añadió—: Dividíos en grupos y comenzamos.

Luego de que las 12 nos separáramos de forma automática en los mismos grupos de antes, Ralph se dirigió a los hombres, que estaban medianamente cubiertos por prendas acolchadas, incluyendo protecciones para la cabeza.

—Don, Lucas, cambiaros en esta parte. Vamos a combinar un poco las tácticas de los atacantes.

Oh, Dios. Se acabó lo de evitarnos.

Aunque sabía que no había forma de evitarlo, mi cerebro buscó algún forma de no tener el brazo de Lucas rodeándome enfrente de todo el planeta. El primer ataque se llamaba « el abrazo del oso» y la intrépida Vickie de pelo

blanco se prestó facultativa para ayudar a mostrar la defensa contra ello a cámara lenta. Observé con Erin y las otras tres chicas de mi grupo con la respiración errática y el corazón laténdome con tal fuerza que aparentaba que me iba a romper las costillas. Y no me había tocado.

La necesidad de custodia para la cabeza se realizó obvia cuando detalló la utilización de golpes en la cara: la parte de atrás de la cabeza de la víctima debía golpear la nariz o la boca del asaltante. Además había una técnica de pisar con fuerza el pie (todo el planeta se rio cuando Lucas nos pidió que evitáramos pisarle con toda nuestra fuerza los pies que no llevaba protegidos, porque él reaccionaría de todas formas si lo hacíamos con suavidad) y golpear el torso con el codo y un movimiento que Ralph, que vino a conocer qué tal progresábamos, llamó « el cortacésped» .

Se colocó enfrente de Lucas y dijo:

—Este es otro movimiento que nosotros escogemos que nadie intente con toda su fuerza contra nuestros valientes instructores. —Se volvió y le dio una palmadita en el hombro a Lucas—. No tenemos ganas dejar a ninguno de nuestros chicos incapaces de reproducirse. —Cuando las chicas rieron, Lucas se puso un poco rojo y se quedó viendo el suelo con los labios formando una sonrisita de desconcierto—. En un ataque en la vida real, si tienes una mano libre y baja, debéis echarla atrás y agarrar las partes nobles, retorcerlas y tirar con fuerza como si estuvierais poniendo en desempeño un cortacésped.

Él lo dió a conocer, completando el movimiento con el efecto del sonido de puesta en desempeño del cortacésped; inclusive el grupo de Don se encontraba viendo y riendo. Lucas se mordió el labio y negó con la cabeza.

Una por una las seis nos hayamos puesto enfrente de él, viendo hacia el grupo, aguardando que nos agarrara para lograr practicar las técnicas. El cortacésped era la favorita de las mujeres mayores y todas la usaron con el efecto de sonido. Con los ojos brillando, Erin utilizó todas las defensas que acabábamos de estudiar, una luego de la otra: el golpe con la cabeza, pisar el pie, arañar la espinilla, el codo al abdomen con un brazo y el cortacésped con el otro. Las chicas de nuestro grupo la vitorearon y Lucas dijo:

—Buen trabajo. Ahora mismo él y a podría estar en el suelo suplicándote que salieras huyendo.

—¿Debería ofrecerle una patada antes? —preguntó, totalmente seriamente.

—Eh... Si no está realizando ningún movimiento hacia ti, sencillamente corre.

No vés a querer que te agarre el pie y te tire al suelo.

Erin asintió y volvió a donde se encontraba y o, apretándome la mano cuando llegó a mi lado.

Él me miró a los ojos cuando me acerqué. Yo le devolví la mirada, otorgándole la espalda cuando llegué a su lado, tratando concentrarme en lo que se suponía que poseía que llevar a cabo luego.

Súbitamente sus brazos me rodearon como correas, pero con menos fuerza de lo que lo haría ningún atacante. Sus brazos musculosos eran rígidos e implacables. Nerviosa, se me olvidaron todas las defensas que acababa de estudiar y luché ineficazmente contra su fuerza.

—Golpéame, Jacqueline —me ha dicho al oído—. Con el codo.

Le di un golpe a su abdomen cubierto por el acolchado y él gruñó.

—Bien. En este momento con el pie.

Lo hice, con precaución.

—La cabeza.

La coronilla solamente tocó la barbilla cuidada, pero le di.

—El cortacésped. —Su voz era despacio y jadeante y y o no pude, ni usando toda la creatividad que poseía, imaginarme tocándole para hacerle inconveniente.

Hice el movimiento, sin el efecto de sonido y ruborizándome bastante, y él me soltó. Volví tambaleándome hacia Erin; me habría sentido como una idiota si no fuera porque todas las mujeres en la salón estaban realizando precisamente lo que yo acababa de llevar a cabo. Pero no a un hombre cuyo contacto hacía que sus entrañas ardieran y se licuaran. No con un hombre con el que anhelaban girarse y dejarse envolver por sus brazos.

Mi grupo sonrió, me dio palmaditas en el hombro y me elogiaron porque vieron que había estado totalmente paralizada al inicio.

El abrazo del oso de cara fue peor, excepto por la manera en que las pupilas de Lucas se dilataron un poco cuando me miró, con mi pecho apretado contra el suyo. Erin me mencionó que se notaba que le había afectado, algo que me logró sentir mejor y peor a la vez.

Los intentos de asfixia fueron más simples y los pude llevar a cabo sin que me diera normas verbales.

Luego se acabó la clase y Ralph nos animó a entrenar (con cuidado) a lo largo de los próximos días.

—La semana que viene mis chicos llevarán el traje acolchado terminado y podrán proporcionarles una paliza hasta que vean las estrellas, sin restricciones.

Erin y Vickie chocaron los cinco y Ralph les sonrió a ambas, frotándose las palmas.

—Despiadadas y sanguinarias. Precisamente lo que pretendía ver en vosotras.

No había acudido a ningún acontecimiento de las hermandades desde la fiesta de Halloween y solo había visto a Buck de paso desde el hecho de la escalera, siempre cercada de un grupo y siempre en público. Cuando él se acercaba, y o me alejaba, como si su sola presencia me repeliera, algo que era cierto. Solo suponer en él hacía que se me secase la boca y se me formara un nudo en el estómago.

En nuestra cuarto, Erin se volvió para una más reciente comprobación en el espejo.

—Será mejor que se mantenga distanciado de ti o voy a usar el cortacésped con su culo —declaró.

—Ese movimiento no se hace en el culo —bromeé odiando el temblor que me recorría al suponer en los brazos de Buck rodeándome. Esperaba que Erin estuviera preparada para tener una sombra, porque no poseía intención de dejarla ni un minuto.

Ella me rodeó los hombros con un brazo y nos giró a ambas para mirarnos en el espejo de cuerpo entero.

—Estamos sensacionales, amiga. —Sus ojos se hallaron con los míos en el reflejo—. Gracias por llevar a cabo esto. Las chicas me han apoyado bastante, pero no son como tú. Me siento más fuerte sabiendo que tú vas a estar conmigo.

Sonreí y la abracé desde el costado. Sí que estábamos espectaculares. Con el vestido plateado brillante y las sandalias de tiras plateadas con tacón, Erin era como una bola de discoteca. El vestido azul, con un corte fácil por enfrente y el tono exacto de mis ojos, aparentaba muy básico, por no decir soso, al costado del de Erin... hasta que me daba la vuelta. La conjunción de tocar el contrabajo y el y oga me habían dado una espalda tonificada y el vestido la enseñaba con un escote en V hasta la cintura. Los zapatos libres negros de interfaz y con tacones de vértigo negaban eso de «soso» por sí solos.

Erin logró unos cuantos movimientos de baile.

—Vamos a lograr que Chaz quiera no haber nacido.

Puse los ojos en blanco y reí.

—Oh, Erin. Cómo me alegro de que estés de mi lado.

—Qué razón tienes...

Me dio un azote en el culo y cogió nuestros abrigos.

En un convenio tácito pasamos la escalera y fuimos hasta la escalinata abierta de la parte frontal para coger el coche. Todos los que nos encontrábamos al pasar nos miraban con la boca abierta; un escuálido alumno de primer año se tropezó en un escalón, con la mirada alternando entre Erin y y o. Agradecidamente se encontraba subiendo, por eso aterrizó en las manos, básicamente a los pies de Erin.

—Madre mía —dijo mirándola de arriba abajo.

Ella le dio una palmadita en la cabeza al pasar a su lado y ha dicho cantarina:

—Oh, qué mono.

Como si fuera un perrito. Su expresión de adoración frente su contacto dejó claro que ese chico se encontraba dispuesto a ponerla en un pedestal y manejarla como a una reina. Pero yo sospeché que Erin no pretendía eso de un hombre tanto como decía que lo pretendía.

Los camaradas de hermandad de Chaz habían tirado la vivienda por la ventana colgando una bola de discoteca enserio y empleando a un grupo. Con trajes, corbatas y unos peligrosos escenarios de seguridad, todos estaban tremendamente guapos y lo sabían. Dos solicitantes estaban en la puerta, uno colgando los abrigos

el otro recogiendo las invitaciones que Erin le tendió y ofreciendonos una tira de tíquets para la barra, que se había colocado en la cocina, y un tíquet para la rifa de los premios de la mesa que otro aspirante se encontraba vigilando.

Los premios eran más que nada aparatos electrónicos: desde iPods a consolas y un display plana de 40 y dos pulgadas.

—Hombres... —dijo Erin frunciendo el ceño—. ¿Dónde está el premio de un día en un spa? ¿O el vale de compras para Victoria's Secret? —Los ojos del chico que protegía la mesa se abrieron en una obvia aceptación de su más reciente iniciativa.

—Hola, Erin —saludó una voz profunda. Nos giramos y ahí se encontraba Chaz, sorprendente en un traje gris pizarra muy bien cortado y una corbata roja que combinaba muy bien con el pelo de Erin. Me miró, con los ojos cálidos y

amables—. Hola, Jacqueline. —No sentí ningún reproche por dado que su relación hubiera explotado porque Erin se había puesto de mi lado.

—Hola, Chaz. El sitio está espectacular —respondí y o por ámbas mientras Erin se movía al compás del ritmo y saludaba con la mano a sus amigas como si su ex no tenga existencia.

El tema de la fiesta de ese año era « Fiebre del sábado noche» . El grupo pasó de tocar a Keith Urban a una canción de los Bee Gees, algo que quizás se llevaba cuando mis padres estaban en el centro.

Chaz examinó lo que había a lo que nos rodea superficialmente y sus ojos volvieron a mirarme.

—Gracias —me ha dicho, y luego solo tuvo ojos para Erin.

Viendo a la multitud que había por ahí bailando, ella le cogió un vaso rojo lleno a un chico que pasaba con varios. Él logró ademán de protestar, pero Chaz le miró fijamente, desafiándole a decir algo. El chico cerró la boca y siguió su sendero.

Mientras bebía a sorbitos, fingió que era ajena a su presencia aunque él no dejaba de mirarla. Era evidente a donde pretendía él que va a llegar aquello, y dado que Erin miraba a cualquier sitio excepto donde se encontraba él me dejó claro que ella no era inmune. Ninguno se alejó de la órbita del otro a lo largo de el resto de la noche, pero él no volvió a intentar comentar con ella.

Yo sabía que Chaz era un óptimo chico, aunque algo crédulo y mal aconsejado. Se había quedado con la edición de Buck de lo que había pasado entre nosotros, le había dicho a Erin que quizás y o se encontraba borracha esa

noche y no recordaba las cosas con claridad. seguramente era uno de esos chicos para los que los violadores son hombres feos que van de los arbustos para atacar a chicas a la suerte. El interesante compañero de trabajo o tu hermano de hermandad o tu mejor amigo no tienen la posibilidad de ser violadores.

Quizás jamás se le había pasado por la cabeza que su mejor amigo era con la capacidad de romper la autoconfianza de una chica en solo cinco minutos. Que podía hacerle inconveniente a alguien inocente para herir a un contrincante. Que podía violar a esa chica en un retorcido intento por esconder su propia impotencia. Que podía hacerla sentir todo el tiempo amenazada y no importarle en absoluto.

El exclusivo instante en que me sentía completamente segura era cuando se encontraba con Lucas.

Mierda.

Diez minutos luego se encontraba observando a Buck bailar con una chica de último año de la hermandad de Erin. Ella sonreía y reía y él además. Aparentaba tan... habitual. Por primera oportunidad me pregunté si y o era la exclusiva chica a la que había aterrorizado y, si lo era, por qué. Di un salto cuando oí la voz de Kennedy con mi escuchado.

—Estás sorprendente, Jacqueline.

Mi bebida se derramó por el borde del vaso y me cayó en la mano, aunque agradecidamente no me manchó el vestido. Él me cogió la copa de la mano.

—Oh, lo siento... No pretendía asustarte. Vamos a buscar una servilleta.

Se encontraba tan desconcertada por su brazo que me guiaba entre la multitud y su mano sobre mi espalda desnuda, que no fui consciente de que me se encontraba separando de Erin hasta que estuvimos en la cocina, con mi brazo encima del fregadero como si tuviera una herida mortal en lugar de un brazo mojado de cerveza. Él me lo enjuagó y me secó la mano y yo la aparté cuando vi que no la soltaba rápidamente.

Él ignoró mi gesto y me sonrió.

—Como intentaba decirte antes... estás hermosa esta noche. Me alegro de que hayas venido.

La música se encontraba muy alta y para sostener una conversación teníamos que estar más cerca de lo que yo quería.

—He venido por Erin, Kennedy.

—Lo sé. Pero eso no disminuye mi agrado por que estés aquí.

Llevaba su colonia de Lacoste recurrente, pero yo no me hacía tener ganas de apoyarme contra él para olerla. De nuevo me percaté de que suponía un contraste total con Lucas, que no poseía ningún olor característico sino muchos: su chaqueta de cuero, una loción para el afeitado muy suave, la comida que había hecho para mí, el sutil pero agudo olor del grafito en sus dedos luego de dibujar, el tubo de escape de su Harley y el olor mentolado del champú de su almohada.

Kennedy me visualizó con una ceja enarcada y me percaté de que seguramente me había dicho o preguntado algo.

—Perdona, ¿qué? —Acerqué mi oreja hacia él para tener tiempo de sacar a Lucas de mi cabeza.

—Te he dicho que bailemos.

Incapaz de espantar mis rebeldes pensamientos, accedí y dejé que mi ex me llevara a la pista de baile, justo enfrente del grupo. Había una región donde habían apartado todos los muebles, justo bajo la bola de discoteca motorizada, que colgaba peligrosamente baja para varios de los chicos más altos. Rotando lentamente, su área espejada lanzaba destellos de luz en multitud por la cuarto, iluminando caras y cuerpos que giraban y rebotando contra algún área reflectante como pomos, joyería o el vestido plateado de Erin. Ella poseía las manos agarradas detrás del cuello de un integrante de Pi Kappa Alfa de último año, con un vaso vacío colgando de los dedos. Su compañero de baile era ajeno a la mirada asesina que le se encontraba lanzando Chaz. Pero Erin la había notado porque se apretó más contra él, mirándole a los ojos absorta.

Pobre Chaz. Yo además debería estar enojada con él, pero era visible que lo se encontraba pasando mal.

—He escuchado lo de Chaz y Erin. ¿Qué pasó? Kennedy había seguido mi mirada. —Deberías preguntárselo a él.

Me pregunté qué pensaría Kennedy de la conducta de Buck. Eran educados el uno con el otro, pero esa fijación competitiva había existido entre ellos desde el primer día.

—Se lo pregunté, más o menos. Pero no pareció querer comentar de esto. Mencionó que tuvieron una aceptable bronca, que ella no se encontraba siendo razonable, y bla, bla... Ya conoces, las estupideces que dicen los tíos cuando molestan algo positivo.

Justo entonces la música cambió a algo ágil, lo que me permitió recobrar mi burbuja de espacio personal y agradecidamente interrumpió la conversación sobre rupturas y cosas fastidiadas. Me sentí tan aliviada de terminar con ese trueque que dejé de prestar atención a dónde se encontraba Erin. Y a dónde se encontraba Buck.

En un intermedio entre canciones, nació detrás de mí.

—Hola, Jacqueline —me ha dicho, y yo di un salto por segunda vez esa noche —.

¿Has acabado de bailar con este perdedor? Ven a bailar conmigo.

El pelo de los brazos se me puso de punta y todos los nervios de mi cuerpo entraron en alerta máxima. Me acerqué a Kennedy, que me puso el brazo cerca de los hombros. No pretendía su brazo sobre mí, pero si poseía que escoger entre los dos, la selección se encontraba clara.

Sonriendo, Buck me tendió la mano.

Yo me quedé mirándola, incrédula y encogiéndome para acercarme todavía más a Kennedy, cuyo cuerpo se puso tenso igual que el mío.

—No.

Con su sonrisita indolente recurrente, Buck me miró como si mi ex no estuviera ahí. Como si estuviéramos solos.

—Está bien, quizás después.

Negué con la cabeza y me centré en la palabra que había dicho constantemente esa mañana. La palabra que precedía a cada patada.

—He dicho que no. ¿Es que no comprendes un no?

Con el rabillo del ojo vi que Kennedy me observaba de manera rápida a la cara. Buck entornó los ojos y su máscara de indiferencia se desvaneció en el transcurso de un

segundo. Luego se recobró y su disfraz volvió a su lugar. Supe en ese mismo instante que no iba a rendirse. Solo se encontraba esperando el instante.

—Claro. Ya te he escuchado. « Jacqueline» . —Sus ojos se posaron en Kennedy con una expresión contenida que no poseía nada que ver con la rigidez de su cuerpo—. Kennedy —saludó con la cabeza, y este le respondió con el mismo gesto mientras se alejaba.

Me dejé caer contra mi ex y luego me aparté de sus brazos, intentando encontrar con la mirada el vestido plateado de Erin entre la multitud de gente que había en aquella chiquita casa.

—Jacqueline, ¿qué sucede entre tú y Buck?

Ignoré la pregunta.

—Necesito a Erin. Necesito hallar a Erin.

Comencé a andar en la dirección opuesta a la que tomó Buck y Kennedy me agarró del brazo para acercarme otra vez. Yo me zafé y me percaté de que la multitud nos se encontraba viendo.

Él se acercó, sin tocarme.

—Jacqueline, ¿qué está pasando? Te ayudo a hallar a Erin. —Su voz era baja, solo para mis oídos—. Pero primero dime que sucede. ¿Por qué estás tan enojada con Buck?

Le miré y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Aquí no.

Él apretó los labios.

—¿Vienes conmigo? ¿A mi cuarto? —Cuando yo dudé, añadió—:

Jacqueline, te estás agobiando. Ven y habla conmigo.

Asentí y él me llevó arriba.

Cerró la puerta y nos sentamos en la cama. Su cuarto, como siempre, se encontraba limpia y estructurada, aunque la cama no se encontraba llevada a cabo y había tejanos y camisas tirados sobre la silla del escritorio. Reconocí las sábanas y la funda del edredón que habíamos escogido antes de volver al campus ese otoño porque él pretendía algo nuevo. Reconocí su estantería con sus novelas preferidas, sus cursos de derecho y su recopilación de biografías de presidentes. El contenido de su cuarto me era familiar. Él me era familiar.

—¿Qué está pasando?

Su preocupación era genuina.

Carraspeé y le dije lo que había ocurrido la noche de la fiesta de Halloween, dejando a Lucas fuera de la historia. Me escuchó en silencio, pero se levantó y decidió caminar, inspirando hondo y con los puños cerrados. Cuando acabé, él se detuvo y reposó, dejándose caer.

—Has dicho que escapaste. Por eso ¿él no...?

Negué con la cabeza.

—No.

Soltó el aire entre los dientes.

—Maldito sea. —Se aflojó la corbata y se desabrochó el enlace superior de la camisa blanca. Poseía los dientes apretados con tanta fuerza que los músculos de su cuello destacaban bajo su piel como si fueran tuberías que bajaban desde su mandíbula. Negó con la cabeza y se golpeó el muslo con un puño—. Hijo de puta.

Kennedy no solía comentar así; ninguna de esas expresiones se encontraba dentro de su vocabulario nivel. Me miró fijamente.

—Voy a arreglar esto.

—Ya está arreglado... Se acabó, Kennedy. Solo... Solo pretendía que me dejara pacíficamente. —Curiosamente no había ninguna lágrima, lo que me terminó extraño. Sentí como si hubiera conseguido fuerza al contárselo, igual que me sentí más fuerte luego de explicárselo a Erin.

Él volvió a apretar la mandíbula.

—Lo va a hacer. —Me cogió la cara entre las manos y repitió—: Te va a dejar pacíficamente.

Yo me aseguraré de eso. —Y entonces me besó.

La sensación de su boca fue tan familiar como los elementos que había catalogado cuando ingresé en la cuarto. Los libros de la estantería. El edredón debajo de mi mano. El conjunto de escalada de una esquina. La sudadera que solía prestarme. El olor de su colonia.

De forma involuntaria noté la sensación de sus labios, que se movían un poco bruscamente. Pensé que su enfado con Buck hacía que su beso fuese menos tierno, pero sabía la realidad. Porque eso además me era familiar. Ese beso... era como siempre me había besado. Su lengua entró en mi boca, posesivamente, y me terminó familiar. Y se encontraba bien. Y no era Lucas.

Me aparté sobresaltada.

Él dejó caer las manos.

—Dios, Jackie, lo siento... Fué muy inapropiado... Ignoré su desliz con mi nombre. —No. No pasa nada, es que... y o no...

Busqué en mi cabeza, tratando determinar lo que no pretendía. Habíamos roto hacía siete semanas. Siete semanas y para mí había acabado. Me quedé viendo mi palma, vuelta en mi regazo; darme cuenta de ese final fue un shock.

—Lo entiendo. Aún necesitas tiempo.

Se puso parado y y o además, deseando abandonar esa cuarto familiar y esa conversación.

El tiempo no iba a cambiar lo que sentía... o más bien lo que no sentía. Había tenido tiempo, y aunque el mal por su deserción no desapareció, disminuía. Mi futuro se encontraba borroso, sí, pero comenzaba a imaginar uno en el que y a no le echara de menos.

—Vamos a buscar a Erin. Y y o voy a tener una charla con Buck.

Me quedé helada mientras cruzaba la puerta.

—Kennedy, no quiero que tú...

Él se volvió.

—Lo sé. No importa. Yo me ocupo de esto. Me ocupo de él.

Inspiré hondo y le seguí fuera de la cuarto, aguardando que sus pretenciones nacieran de una determinación de llevar a cabo lo preciso y no de que quisiera convencerme de volver con él.

Erin y y o observamos desde la ventana mientras Buck y Kennedy se enfrentaban en el estacionamiento de detrás de la vivienda. Hacía bastante frío para que nadie estuviera de fiesta fuera, por eso estaban solos. No podíamos

oír las expresiones, pero el lenguaje corporal era peculiar. Buck era más prominente y más importante, pero mi ex poseía una superioridad innata que jamás le cedía el control a nadie que él considerara indigno de esto. La cara de Buck era una máscara de irritación que cubría una absoluta furia mientras Kennedy hablaba, señalándole con un dedo una, dos, tres ocasiones, sin tocarle pero sin exhibir miedo tampoco.

Envidié esa aptitud. Siempre la había envidiado.

Nos alejamos de la ventana cuando Kennedy se giró para volver a la vivienda, pero no antes de que Buck mirara hacia donde estábamos y me atravesara con

una observación de puro odio.

—Oh, Dios mío —murmuró Erin cogiéndome del brazo—. Es hora de tomarnos una copa.

Podemos encontrar a Maggie con un grupo de gente jugando a meter monedas en un vaso.

—Errriinnn —dijo arrastrando las letras—. ¡Ven y juega en mi equipo!

Erin enarcó una ceja.

—¿Estáis jugando por equipos?

—Sí. —Cogió el brazo de Erin y tiró de ella para sentarla en su regazo—. J, tú vas a ser la pareja de Mindi, que está ahí. Erin y yo les vamos a ofrecer una

paliza. — Mindi era una aspirante chiquita y rubia. Sonrió y parpadeó con sus enormes ojos verdes, incapaz de enfocarme.

—¿Te llamas Jota? —Arrastraba bastante las expresiones y sus pestañas se agitaron como las de un personaje de dibujos animados, haciéndola parecer más joven y más vulnerable que una chica de dieciocho. Era lo opuesto que Maggie, con su expresión sarcástica y su fachada de duendecilla morena—. ¿Como la letra?

Los chicos que estaban al otro lado de la mesa soltaron una risita y Maggie puso los ojos en blanco, indignada. Se encontraba claro por qué pretendía que y o jugara con su compañera.

—Eh, no. J es de Jacqueline.

Uno de los chicos cogió dos sillas plegables que había contra la pared y las colocó al costado de Mindi y Maggie. Yo me senté donde se encontraba más cerca de Mindi y Erin en la otra.

—Oh. —Mindi frunció el ceño y parpadeó—. ¿Así que puedo llamarte sencillamente Jacqueline? —Mi nombre sonó inidentificable entre su acento y su forma de arrastrar las letras.

Maggie comenzó a murmurar algo entre dientes.

—Claro —le dije y o y miré cerca de la mesa—. ¿Estamos ganando nosotras?

Los chicos del otro lado sonrieron. Terminantemente no íbamos ganando.

Para cuando nuestro conductor de esa noche nos dejó otra vez en la vivienda, Erin y yo habíamos bebido chupitos en el juego y luego cerveza hasta que en los especiales instantes observábamos desplazarse las paredes y en los peores nos abrazábamos en el baño. Ninguna de nosotras ha dicho nada más prominente que un susurro hasta las tres de la tarde del domingo. Había una actividad social de la hermandad programada para 4 horas luego, y Erin despotricó a toda la familia de quienquiera que se le hubiera ocurrido escoger el día luego de la fiesta de la hermandad para eso.

—No vamos a elegir nada y por lo menos la mitad de nosotras va a querer matar a la primera persona que deje caer el mazo.

Aún seguíamos conversando a volumen medio.

Mientras esperaba que se iniciara mi portátil, la vi rodearse el cuello con una bufanda morada y ponerse unos guantes a juego.

—Al menos vas a tener empresa en tu desgracia.

—Sí. —Se puso un gorro morado sobre su pelo rojo enmarañado y se metió en el abrigo—. Te veo dentro de unos cuantos horas horribles.

Lucas y a me había mandado el papel de ejercicios del lunes. Sin nota personal, tampoco en esta ocasión.

Entendía por qué no podía verme y por qué lo que estábamos realizando se había acabado. Pero no entendía por qué además se habían acabado nuestros

correos. Los echaba de menos y me pregunté qué haría si y o le contestara a su mail. Pretendía contarle lo que había pasado la noche previo y lo de Buck, lo de mencionarle que no y sentirme muerta de miedo y a la vez valeroso.

Quedaba una semana de clase, seguida de otra de exámenes finales, y luego se acabaría el semestre. No poseía ni iniciativa de si eso iba a marcar alguna distinción para él.

Hice los menos deberes probables porque me hacían estallar la cabeza: solo le puse nombre a una muestra de una constelación para el laboratorio de astronomía del día siguiente. Me había saltado todas mis horas de ensayo o del fin de semana, aparte del ensayo o del grupo, por eso tendría que llevar a cabo lo que

podría para recobrar esas horas a lo largo de la semana.

Para cuando Erin volvió, se encontraba teniendo en cuenta seriamente irme a la cama y reposar para librarme de lo que me quedaba de la resaca. Bostezando me giré hacia la puerta.

—Estaba pensando en irme a la cama pronto...

Erin no se encontraba sola. Bajo su brazo traía a Mindi, mi compañera en el juego de la noche previo. Al inicio pensé que ella poseía más resaca que yo, pero entonces noté la expresión preocupada de Erin y vi los ojos rojos e inyectados en sangre de Mindi. No se encontraba destrozada de tanto alcohol. Había estado llorando. Mucho. Saqué las piernas por un lado de la cama.

—¿Erin?

—J, poseemos un inconveniente. —La puerta se cerró detrás de ellas y Erin empujó a Mindi para que se sentara en su cama—. Anoche, luego de que tú y yo fuéramos, Mindi bailó con Buck. —Mindi logró una mueca de mal, cerró los ojos y comenzaron a caerle lágrimas por las mejillas.

Se me comenzó a apresurar el corazón. Imaginé todas las cosas que Erin podía decir luego y ninguna podía ser buena. Hacía bastante que no rezaba, pero me hallé suplicando. « Por favor, Dios, que no hay a ido más allá de lo que me logró a mí. Por favor. Por favor» .

—La convenció para que fuera a su cuarto. —Al oír eso, Mindi se tapó la cara con las manos y se lanzó contra el hombro de Erin como una niña—. Chis, chis —intentó tranquilizarla Erin rodeándola con los dos brazos. Nosotras nos observamos por arriba de la cabeza de Mindi y yo supe que no había habido ningún Lucas para esa chica.

—J, debemos decirlo. Debemos contarle en esta ocasión.

—¡Nadie me creerá! —dijo Mindi con voz ahogada. Se encontraba ronca y me la imaginé realizando lo mismo que había hecho yo: suplicándole que parara. Me la imaginé llorando toda la noche y medio día y me cabreeé bastante más de lo que me había cabreado jamás a la vez que me sentía asustada—. Yo no... —Su voz se redujo a un susurro—. Yo no era virgen.

—Eso da igual —aseguró Erin con firmeza.

Tragué saliva para combatir contra el nudo de mi garganta y conseguí que bajara, pero con bastante esfuerzo.

—Te creerán. Él intentó... Lo tuvo la intención de conmigo hace un mes.

Mindi soltó una exclamación ahogada y su cara abotargada y sus enormes ojos se volvieron hacia mí.

—¿Te violó a ti además?

Negué con la cabeza mientras me recorrían escalofríos desde el cuello hasta los tobillos.

—Alguien le detuvo. Tuve suerte.

No sabía cuánta hasta ese instante. Suponía que lo sabía, pero no.

—Oh. —Soltó una exclamación despacio y no dejó de llorar—. ¿Y eso contará? Erin logró que Mindi se tumbara y le puso una manta encima.

—Contará. —Se sentó al costado de Mindi y le cogió la mano—. ¿Lucas corroborará tu historia, J? Bueno, sospecho que, por lo cual entendemos de él, seguramente lo va a hacer.

Lucas se cabreó porque no le dejé llamar a la policía esa noche. No se me sucedió que al no denunciar lo que había pasado se encontraba dejando que Buck pensara que era intocable. Que volvería a llevarlo a cabo. Había asumido que lo que le había hecho Lucas era bastante para disuadirle. Aunque no es que hubiera evitado lo de la escalera, ni sus amenazas implícitas a lo largo de la fiesta, justo enfrente de Kennedy.

Asentí.

—Lo va a hacer.

Erin inspiró temblorosa y miró a Mindi.

—Tenemos que llamar a la policía o ir al hospital o algo, ¿no? No tengo ni iniciativa de qué hay que llevar a cabo primero.

—¿Al hospital?

Mindi poseía miedo y y o podía entenderla.

—Probablemente van a necesitar llevar a cabo un... examen o algo.

La voz de Erin era despacio, pero la palabra « examen» logró que los ojos de Mindi se abrieran de par en par y se inundaran de lágrimas otra vez.

Se le pusieron los nudillos blancos agarrando la manta. —¡No quiero ningún examen! ¡No quiero ir al hospital!

¿Cómo podía no entenderla, sabiendo que denunciarlo le traería más mal y humillación?

—Iremos contigo. Puedes llevarlo a cabo. —Erin se volvió hacia mí—. ¿Qué deberíamos llevar a cabo primero?

Negué con la cabeza, pensando en la policía del campus. Algunos de ellos, como Don entre otras cosas, posiblemente sabrían qué llevar a cabo en esa circunstancia. Pero otros no. Tendríamos la posibilidad de ir directas al hospital, pero no se encontraba segura de cuáles eran los pasos. Cogí el teléfono y marqué.

—¿Sí?

La voz de Lucas sonaba cauta y me percaté de que no le había llamado jamás antes.

—Te necesito.

Había pasado bastante más de una semana desde la más reciente vez que nos avisamos, además de las hojas de ejercicios que me había enviado y la clase de autodefensa del día previo por la mañana.

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

Esperaba que me cuestionara qué necesitaba. Pero no lo logró.

—Estaré ahí dentro de diez minutos.

Cerré los ojos.

—Gracias.

Él colgó, y o dejé el teléfono y las tres esperamos.

Lucas se puso en cuclillas justo abajo de Mindi.

—Si no lo denuncias, va a volver a hacérselo a alguien más. —Su voz resonó en mi cuerpo, inaudible desde el otro lado de la habitación—. Tus amigas van a estar contigo.

Erin se encontraba sentada en la cama, cogiéndole la mano. Yo solamente conocía a esa chica, pero por medio de Buck en este momento éramos aliadas, asociadas de una manera que nadie querría.

—¿Y tú vas a estar ahí? —Su voz no era más que un susurro.

—Si tú deseas, sí —respondió.

Ella asintió y y o me tragué una punzada de celos. No había nada que envidiar en esa circunstancia.

La tv en la salón de espera de urgencias se encontraba puesta a un volumen que reventaba los tímpanos y no contribuía a hacer mejor mi problema realmente grave. Pretendía apagarla o bajarle el volumen, pero un hombre mayor se encontraba acomodado en una silla a tres metros de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando una repetición de una comedia de circunstancia. Si ese ruido le distraía de la causa por la que se encontraba ahí, ¿quién era y o para estropearle el diversión?

Lucas se encontraba sentado a mi lado, con la rodilla doblada con mí, rozándome el muslo. Su mano se encontraba tan cerca de la mía que podría estirar uno de mis dedos y acariciarle. Pero no lo hice.

—¿Tienes algo en oposición a ese programa?

Su pregunta tonta deshizo mi ceño.

—No, pero pienso que podría oírlo desde el otro lado de la calle.

Poseía esa sombra de sonrisa y y o pretendía fundirme con ella.

—Hummm ... —dijo viendo la bota que poseía sobre su rodilla—. ¿Tú además tienes resaca? —Cuando Erin y Mindi le contaron los datos de la noche previo, él supuso de manera rápida que y o había ido con Erin a la fiesta de la hermandad.

—Solo un poco.

Me pregunté qué pensaría de que me hubiera puesto en riesgo sin obligación y endo a una fiesta donde Buck iba a estar por supuesto presente. Su reprimenda de la noche que nos conocimos (« Algo muy responsable, sí») aún me dolía, primordialmente porque poseía razón.

—¿Y él habló contigo anoche?

Seguía mirándose la bota.

—Sí. Me pidió que bailara con él.

Un músculo se tensó en su mandíbula y su mirada era fría cuando la levantó para mirarme.

—Le dije que no. —Oí en mi tono que me ponía a la defensiva.

Él inspiró hondo y se giró más hacia mí, con la voz baja y amenazante. — Jacqueline, estoy necesitando en este preciso momento todas mis fuerzas para

sentarme aquí y aguardar que la justicia respetuosa con la ley se ocupe de esto en lugar de salir en busca de ese tío y ofrecerle una paliza que recuerde toda su historia. No te estoy culpando a ti... ni a ella. Ninguna de ámbas buscasteis lo que les hizo... Es imposible buscar nada como eso. Eso es una puta mentira que difunden los psicópatas y los gilipollas, ¿vale?

Asentí, sin aliento frente su afirmación.

Entornó los ojos.

—¿Aceptó tu no? —« ¿Esta vez?» es lo que oí en el final de su cita.

Asentí otra vez.

—Kennedy se encontraba conmigo. Se percató de que actuaba de manera extraña con Buck, por eso le conté lo que había pasado. No le dije nada sobre ti ni sobre la pelea. Solo que escapé.

Una chiquita arruga nació entre sus cejas.

—¿Cómo se lo tomó?

Recordé los tacos que habían salido de su boca, algo tan poco característico de Kennedy.

—Nunca le había visto tan enfadado. Se llevó a Buck afuera y habló con él, le mencionó que se mantuviera distanciado de mí... Lo que posiblemente logró que Buck se sintiera débil y por eso...

Por eso había violado a Mindi.

—¿Qué te acabo de decir? Esto no es culpa tuya.

Asentí, mirándome el regazo, con los ojos llenos de lágrimas. Pretendía creer que no era culpa mía, pero Mindi sufrió inconveniente luego de que Kennedy le hubiera puesto las cosas en su sitio a Buck. Por mí. Sentía que era culpa mía. Sabía que no era de esta forma, pero no podía evadir conectar los hechos.

Lucas me rozó la barbilla con los dedos y me giró la cara para que le mirara.

—No. Es. Culpa. Tuya.

Asentí otra vez, aferrándome a sus expresiones como si fueran mi liberación.

Aparqué enfrente de la vivienda de un vecino, cerrando la puerta de la

camioneta con tanto sigilo como pude y caminando de puntillas por la poco iluminada entrada del estacionamiento hacia la vivienda. Era tarde, con suerte lo bastante para que nadie estuviera espiando por la ventana a una chica accediendo a hurtadillas en el apartamento de un chico.

La moto de Lucas se encontraba aparcada debajo de la escalera abierta. Me quedé parado al inicio de las escaleras con la mano en la barandilla y el corazón latiéndome con fuerza, viendo hacia la vivienda del doctor Heller. No vi ningún movimiento en el interior, aunque había luces encendidas. Inspiré hondo, subí los escalones y llamé con suavidad.

Había una mirilla en la puerta, por eso se encontraba segura de que me había visto parado bajo la luz del porche por la expresión desconcertada de su cara cuando abrió la puerta de un tirón. Una hora antes, él me había dejado en la vivienda con Erin y Mindi, y luego de que se fuera, me percaté de que no le había dicho lo que pretendía mencionarle. Y la mayor oría de lo que pretendía mencionarle integraba la necesidad de verle mientras se lo decía.

—¿Jacqueline? ¿Por qué...? —Se interrumpió al notar la expresión de mi cara, tiró de mí para que entrara y cerró la puerta—. ¿Qué pasa? —Me agarró los codos con las manos y yo le miré. Llevaba unos pantalones de pijama con una cuerda en la cintura y una remera oscura, las sexis líneas de sus tatuajes saliendo de las mangas hasta sus muñecas. Además llevaba unas gafas con una montura fina y negra que acentuaban el azul de sus ojos y sus pestañas oscuras.

Inspiré y lo solté todo antes de que me acobardara y no pudiera decir nada. —Quería decirte que... te echo de menos. Y quizás esto suene ridículo... al

fin y al cabo solamente nos conocemos, pero entre los correos y los mensajes y ... todo lo demás, siento como si eso fuera de esta forma, como si nos conociéramos. Y echo de menos... No sé decirlo de otra forma... Echo de

menos a ambas partes de ti.

Él tragó saliva, cerrando los ojos e inhalando lentamente. Sabía que él iba a ser muy racional, a llevar a cabo lo preciso, que me alejaría otra vez, aunque y o se encontraba decidida a no ofrecerle ni la más mínima ocasión. Pero entonces abrió los ojos y dijo:

—A la mierda.

Me empujó contra la puerta, colocó los antebrazos a los dos lados de mi cabeza y me besó con más fuerza de lo que lo había hecho jamás, con tanta firmeza que pude sentir el pendiente del lado de su labio clavándose en la área del mío.

Acercó su cuerpo duro contra el mío y y o me apreté contra él, agarrándome a su remera y aferrándome mientras su lengua acariciaba el interior de mi boca. Cuando se apartó una parte de segundo, y o protesté con un vergonzoso sonido inarticulado y él rio bajito, pero lo exclusivo que pretendía llevar a cabo era quitarme el abrigo y tirar de mí hacia el sofá. Reposó y me puso sobre su regazo, agarrándome la cabeza con una palma y acercándome más con la otra.

Nos separamos, sin aliento, y él puso sus gafas sobre la mesita, se arrancó la remera por la cabeza y luego me quitó la mía con más precaución. Sus manos cálidas recorrieron mis costados y me abrazó con fuerza cuando nuestros labios se movieron juntos, su lengua pasando lánguida y extensamente sobre la mía. Le

rodeé el cuello con los brazos y abrí la boca para recibirle. Cuando me besó la comisura de la boca y aplicó los labios al reducido hueco en la base de mi garganta, dejé caer la cabeza. No pude parar el despacio gemido de agrado que sus dulces besos desencadenaron.

—Tienes un lunar aquí —susurró pasando la lengua por un espacio justo debajo de mi mandíbula—. Me regresa loco siempre que estás encima de mí...

El despacio paseo de su boca me puso al límite y mis rodillas le apretaron las caderas mientras me movía encima de él.

Con los ojos claros ardiendo me quitó el sujetador, realizando círculos concéntricos con los dedos, tocándome con tal suavidad que la cabeza comenzó a darme vueltas porque pretendía más. Me cubrió los pechos con las manos, rozándome abajo con los pulgares y yo acerqué mi cara a la suya y me metí su lengua en la boca, deslizándole una mano por el tenso abdomen y más abajo, hacia la parte frontal de sus suaves pantalones de franela. Tiré de una de las cuerdas.

—Dios, Jacqueline —dijo ahogado, apretándose contra mi mano mientras sus brazos me rodeaban, con los dedos metiéndose entre mi pelo en la nuca y nuestras bocas devorándose. Rompiendo el beso, él me apretó la frente contra el hombro y gruñó con los dientes apretados con fuerza—. Dime que pare.

Confusa, negué con la cabeza, aunque no poseía ni iniciativa de si la acción era ferviente o indetectable. Notaba su respiración en mis pechos y me incliné hasta su escuchado y le murmuré:

—No quiero que pares.

Sin expresiones, nos logró rodar hasta ponernos de costado, me bajó la cremallera de los tejanos y metió la mano entre la tela de mi ropa interior y la piel, sus dedos explorando y encontrando el sitio que buscaban mientras me besaba. Yo dije su nombre sin aliento dentro de su boca, clavándole los dedos

en los bíceps, y su voz sonó como un gruñido grave en mi escuchado.

—Jacqueline. Dime que pare.

Negué con la cabeza una vez, y bajé la palma para apretarla contra la prueba de lo que su cuerpo pretendía de mí.

—No pares —jadeé diciéndole que y o pretendía lo que él pretendía, incondicionalmente. Le besé, segura de que mis acciones y mis expresiones eran la afirmación que necesitaba para seguir.

Pero me equivocaba.

—Dime que pare, por favor, por favor...

Las últimas expresiones susurradas eran una súplica que no podía negarle, aunque no entendía la causa.

—Para —murmuré sin querer decirlo y sin desearlo y él se estremeció y apartó su mano de mí. Cerré las manos entre nuestros pechos y no me moví ni hablé. Solo me quedé tumbada en sus brazos a lo largo de largos minutos, hasta que su

respiración se ralentizó y por fin se volvió profunda y regular.

Landon Lucas Maxfield se había quedado dormido en su sofá. Conmigo.

Me desperté por el sonido amortiguado de los aullidos que emitía Francis para que le dejaran ingresar. Me desenredé del cuerpo de Lucas con precaución, bajé del sofá y fui a abrirle, cogiendo de sendero mi sujetador y mi remera de manga extendida y volviéndomelos a poner. Una ráfaga de aire frío entró con el gato de Lucas y yo cerré la puerta en relación cruzó el umbral. Luego de rodearme la pierna con la cola a lo largo de dos segundos, caminó hasta el dormitorio y supuse que eso era todo lo complacido que podía verse.

Volví al sofá, pero me senté en el suelo y examiné a Lucas en lugar de despertarlo o volver a sus brazos. La conjunción a lo largo de el sueño de los planos de su cara medianamente oscurecidos por su pelo oscuro, los labios carnosos un poco separados y las pestañas oscuras me logró ver al pequeño que había dentro del hombre con más claridad que antes. No entendía lo que había pasado, por qué me había hecho pararle ni por qué se mantenía a distancia de todo el planeta, de mí, pero pretendía entenderlo.

Supuse que el tatuaje de la rosa era una viable pista, dada la colocación encima de su corazón. La mayor parte de los dibujos de los brazos eran símbolos e intrincados fundamentos y me pregunté si alguno de ellos sería diseño suyo. En ese instante se puso boca arriba y por fin pude leer las expresiones de su costado izquierdo.

El cariño no es la sepa de lógica,

sino la lógica examinada y recalculada,

calentada y curvada hasta cuadrar

en los contornos del corazón.

No necesitaba más pruebas para entender que en algún lugar de su pasado probablemente no muy distante, Lucas había amado a alguien intensamente. Alguien que debía de haber perdido, porque no aparentaba estar en su historia. Y entonces miré bastante más de cerca el tatuaje que le rodeaba la muñeca vuelta hacia arriba que poseía cerca de la cara. Dentro del patrón de tinta, oculta como piel rosada y habitual dentro del diseño, había una cicatriz fina e irregular. Iba de un radical al otro, de lado a lado, contenida por las líneas negras del tatuaje como un código oculto.

Su muñeca derecha se encontraba cercada por el mismo diseño, y observando su cara en busca de signos de que se estuviera despertando, se la levanté del pecho

se la giré con precaución para llevar a cabo una comprobación. Ahí además había una cicatriz de un lado al otro, oculta con capacidad por el tatuador.

Atónita, me senté en el suelo, mirándole reposar. No poseía ni iniciativa de si eso era algo de lo que podría comentar con él, si habría algo que en algún momento querría contarme. Inclusive aunque había tenido mis días y noches horribles por la separación con Kennedy, jamás había estado tan deprimida como para tener en cuenta el suicidio. No poseía ni iniciativa de qué haría falta para llegar a ese punto de desesperación. Ninguna iniciativa.

Era tarde y poseía que volver a la vivienda. Nuestra clase (mi clase) comenzaba dentro de solo ocho horas. Sobre la encimera de la cocina hallé un sobre que no servía y le escribí una nota diciéndole que había vuelto a mi cuarto y que nos veríamos al día siguiente.

—Espera.

La voz de Lucas me detuvo cuando y a poseía la mano en el picaporte. Reposó, todavía un poco desorientado por el sueño.

—No pretendía despertarte, por eso te había dejado una nota.

La cogí de la mesa, la doblé y me la metí en el bolsillo. Poseía tantas expresiones que decir y cosas que preguntar que no conseguí que me saliera ninguna.

Él se frotó los ojos y se levantó, estirando el cuello hacia un lado y ampliando los brazos hacia atrás con los ojos cerrados. Sus bíceps y sus pectorales se flexionaron por el movimiento y yo quise dejar de mirarle fijamente, pero no pude hasta que abrió los ojos. —Te acompaño a la camioneta.

Se giró para coger su remera y se la puso y entonces pude examinarle sin vergüenza. Por arriba de sus hombros establecidos y por la espalda había más diseños y expresiones tatuadas, pero la remera los cubrió de repente. Desapareció en el dormitorio y volvió a salir con su sudadera y unos cuantos náuticos muy gastados que jamás le había visto. Las botas eran su zapato recurrente.

—Francis está en la cama. A menos que hay a creado pulgares prensiles, sospecho que le has dejado ingresar tú.

Cruzó la cuarto hacia mí y me sonrió.

Asentí cuando se acercó y su sonrisa decayó. Sabía que se encontraba pensando en lo que había pasado antes de que nos durmiéramos abrazados, preguntándose qué pensaría yo de que él me hubiera suplicado que le pidiera que parara cuando yo había dejado claro que no pretendía parar. Si él supiera... Mi confusión por su raro rechazo no era nada comparada con la aprensión por lo cual fuera que había causado las cicatrices de sus muñecas.

Luego de una semana de que Lucas ignorase mi vida en clase, no se encontraba segura de qué aguardar el lunes por la mañana. La variación fue mínima, pero indiscutible. Cuando ingresé en el sala, sus ojos se hallaron con los míos y la más suave sugerencia de sonrisa nació en su boca. Todo en él se había vuelto familiar. La noche que bailé con él sus facciones se habían fundido hasta transformarse en las de un chico del que alguno podía enamorarse. En este momento era todo el ángulo marcado de su mandíbula, su barbilla fuerte y la nariz con la suave señal de que se la habían roto. Poseía una cicatriz con forma de luna creciente en la parte alta de un pómulos y sus ojos incoloros en ocasiones resultaban un poco inquietantes. Los mechones de su pelo despeinado poseían el extenso justo para suavizar el conjunto; si en algún momento se lo cortaba, parecería alguien totalmente diferente.

Devolvió su atención a su siempre presente cuaderno de dibujo y yo me obligué a ver hacia enfrente para no caerme por las escaleras. Solo unas horas antes me había cogido la cara entre las manos, me había apretado contra la puerta de mi camioneta y me había besado como si hubiéramos hecho lo que yo pretendía llevar a cabo. Yo había vuelto hasta la vivienda en un estado de lujuria desatada.

Me senté al costado de Benji y reprimí la tentación de ver por arriba de mi hombro. Si no me se encontraba viendo, me sentiría decepcionada. Si me se encontraba viendo, me pillaría.

La chica de mi derecha le se encontraba realizando el resumen recurrente del fin de semana a su vecina de asiento... Y ámbas o tres docenas de personas que había en el sala podían escucharla. Benji la imitó muy bien y yo fingí un ataque de tos para esconder la risa. Lamentablemente mi tos atrajo su atención.

—¿Te estás muriendo o algo? —me hizo la pregunta adoptando un aire denigrante, y y o negué con la cabeza—. Bueno, escupir un pulmón en público no es que sea muy interesante, solo para que lo sepas.

Me ardió la cara, pero Benji se acercó y habló por detrás de mí.

—Hum, ¿y ofrecerle a media clase todos los lunes por la mañana un compendio completo, con todos los datos escabrosos, de por qué eres una zorra

alcohólica? Eso tampoco es muy interesante. Solo para que lo sepas.

Ella soltó una exclamación mientras la multitud de alrededor se reía y y o me mordí el labio inferior mientras intentaba ver hacia enfrente. Afortunadamente el doctor Heller entró en ese instante y la clase comenzó. Y y o volví a intentar olvidar la existencia de Lucas tres filas más atrás y cinco asientos más allá a lo largo de cincuenta minutos.

—Nueve días para el examen final.

Benji guardó las cosas en su mochila y me sonrió mientras y o las guardaba en la mía.

—Ajá.

—Nueve días para que no hay a más... limitaciones. —Puse los ojos en blanco mientras le miraba y él subió y bajó las cejas—. ¿Eh? ¿Eh?

No pude evadir corroborar si Lucas se encontraba todavía en la clase. Se encontraba comentando con la chica de Zeta con la que y a le había visto comentar antes, pero me observaba a mí por arriba de su cabeza.

Benji pasó con una sonrisa en la cara de sendero al pasillo.

—Escojo « Instructores buenorros» por doscientos —dijo con una voz femenina antinatural antes de comenzar a tararear la sintonía del certamen Jeopardy! Seguía tarareando cuando le sonrió a Lucas al irse.

Esperé no estar ruborizándome cuando Lucas nació a mi lado, pero ninguno de los dos habló hasta que no hubimos salido. Carraspeando, indicó con un hombro hacia la espalda de Benji, que se alejaba.

—¿Él, hum, lo sabe? ¿Lo de...?

Se mordió el labio inferior y el chico aro plateado, con un suave ceño en la cara.

—Gracias a él descubrí... quién eras.

—¿Ah, sí? —Fue conmigo en dirección a mi clase de español, como solo había hecho una vez antes.

—Se fijó en que... nos observabamos —expliqué encogiéndome de hombros
—

me hizo la pregunta si iba a tus clases grupales. Cerró los ojos un segundo e inspiró hondo. —Dios. Cómo lo siento.

Me quedé callada, aguardando que por fin me dijera la causa de esa patraña de Landon/Lucas. Ascendemos por la cuesta del campus en silencio en el transcurso de un par de minutos, cada paso acercándonos más a mi clase. No había ni una nube en el cielo y el sol nos calentaba en los chicos círculos de luz en tanto que nos helábamos en la sombra proyectada por los árboles y los inmuebles.

—Me fijé en ti la primera semana. —Su voz era baja—. No solo por lo atractiva que eres, aunque claro, eso tuvo que ver. —Le sonreí viendo nuestros pies con los pasos acompasados—. Fue por la manera en que te apoyas en los codos cuando escuchas, cuando algo te atrae. Y cuando te ríes, no lo haces para llamar la

atención, es solo... una risa. La manera en que te colocas el pelo detrás de la oreja izquierda obsesivamente, pero dejas que el lado derecho caiga como un display. Y cuando te aburres, das golpecitos con el pie sin llevar a cabo ningún ruido y mueves los dedos sobre la mesa como si estuvieras tocando un instrumento. Pretendía dibujarte.

Nos detenemos y nos quedamos en un cuadrado de sol, lejos de la entrada en sombra del edificio de la facultad de Arte y Lenguas.

—Casi todas las ocasiones que te veía estabas con él. Pero un día entraste en el edificio sola. Yo se encontraba sujetando la puerta para numerosas chicas enfrente de ti y esperé a que tú llegaras. Cuando llegaste, pareciste encantada y un poco asombrada. En contraste con las otras, no esperabas que un chico alguno te sujetara la puerta. Me sonreíste y me dijiste: « Gracias» . Eso fue lo destacado. Recé para que jamás vinieras a una de mis clases y más que nada para que no lo hicieras con él. No pretendía que supieras que era el instructor.

Él no te prestaba atención, ni cuando estabas a su lado cogiéndole la mano. Eras como un accesorio. —Lucas frunció el ceño y yo recordé sentirme justo de esta forma cuando se encontraba con Kennedy. A menudo—. No pretendía que te hicieran inconveniente, pero pretendía verte lejos de él. Poseía que recordarme todo el tiempo que no importaba si estabas con él o no, porque estabas al otro lado de una línea que yo no podía atravesar. Y entonces no apareciste el día del examen de mitad de semestre, ni el siguiente, ni el siguiente. Me preocupé de que te hubiera pasado algo. Él se mostró un poco guardado los primeros días, pero para el desenlace de la semana, las chicas flirteaban con él antes de clase y la manera en que él respondía me ha dicho lo que había pasado.

Estaba seguro de que habías dejado la clase, lo que me logró sentir egoístamente exultante. Sin siquiera darme cuenta de que lo se encontraba realizando, comencé a buscarte por el campus. —Me miró a los ojos y bajó la voz todavía más—. Y luego pasó lo de la fiesta de Halloween.

No podía respirar. —¿Estabas ahí? ¿En la fiesta? Asintió.

—¿Cómo? Tú no eres de la hermandad, ¿no? Negó con la cabeza.

—Había arreglado el aire acondicionado de la casa la noche previo.

Cuidado no hace arreglos que no sean de emergencia por las noches ni los últimos días de la semana, pero yo soy un trabajador contratado y acepté llevarlo a cabo. No quise aceptar una propina, pero unos cuantos chicos me invitaron a la fiesta. Solo dije que sí porque esperaba que tú estuvieras ahí. Habían pasado dos semanas y este campus es tan colosal que se encontraba comenzando a reflexionar que no iba a volver a encontrarme contigo. —Él rio bajito y se pasó una mano por la nuca—. Vay a, sueño como un acosador.

O como alguien muy mono. Dios.

—¿Por qué no hablaste conmigo esa noche? Antes de... Él negó con la cabeza.

—Estabas tan encerrada en ti misma y tan triste... Rechazaste a básicamente todos los chicos que se te acercaron sin mirarles solamente. Y y o no pretendía ser uno más. Bailaste con bastantes chicos que y a conocías... Y él fue uno de ellos.

—Buck.

—Sí. Cuando te fuiste, él te siguió y y o pensé que tal vez... que quizás nosotros dos habíais decidido irnos próximamente juntos, sin que nadie se diera cuenta. Para encontraros fuera o algo de esta forma.

Vi como tres compañeras de clase ingresaban en el edificio.

—Es el más destacable amigo del novio de mi compañera de cuarto. Bueno, el más destacable amigo de su ex en este momento. Era alguien popular, un amigo, suponía. Pero qué equivocada se encontraba.

Él asintió frunciendo el ceño.

—Estaba próximo de irme... Poseía la moto aparcada en la parte de enfrente. Me pareció que algo no iba bien, pero se encontraba peleando contra el mismo deseo de ofrecerle una paliza a ese tío que llevo sintiendo medio semestre hacia tu novio, por eso me cuestioné mis propios fundamentos. Perdí unos minutos opinando conmigo mismo y no tienes idea cómo lo siento. Por último tomé la decisión que si los dos les estabais enrollando, sencillamente daría la vuelta, cogería la Harley y lo dejaría todo atrás. Te dejaría atrás a ti.

—Pero eso no fue lo que pasó.

—No.

Consciente súbitamente de la carencia de gente a lo que nos rodea, saqué el teléfono: eran las diez y dos minutos.

—Mierda, llego tarde.

—Oh-oh... ¿Este no es el instructor que se te queda viendo si llegas tarde?

Impresionante.

—Lo recuerdas... —Solté un gruñido y metí el teléfono en el bolso—. En este preciso momento me dan ganas de saltármela.

Él elevó una comisura de la boca.

—¿Qué tipo de empleado de la facultad sería si te animara a saltarte una clase la más reciente semana del semestre?

—Estamos repasando. Tengo destacable. Y verdaderamente no necesito repasar.

Nos observamos.

Ladeé la cabeza y le miré de manera directa a los ojos claros.

—¿Tú no tienes clase?

—Hasta las once no.

No era la primera oportunidad que sentía su mirada rozando mi cara como una despacio

brisa o el contacto más suave viable. Se detuvo en mi boca.

Con los labios separados, la agilidad de mi respiración se redujo a la vez que la de mi corazón se aceleraba.

—No llegaste a volver a dibujarme.

Sus ojos volvieron a los míos, pero no respondió, por eso pensé que no recordaba su petición por mensaje.

—Me dijiste que te se encontraba costando llevarlo a cabo de memoria. Mi mandíbula, mi cuello...

Él asintió.

—Y tus labios. Y dije que necesitaba pasar más tiempo mirándolos y menos tiempo besándolos.

Asentí. Dios santo, ¿había algo que no recordara? —Una estupidez muy grande por mi parte, creo. Me se encontraba viendo la boca otra vez.

Me hormiguearon los labios por su mirada fija. Pretendía frotármelos con los dedos. O rozármelos con los dientes para parar el hormigueo. Cuando me los humedecí con la lengua, él inspiró bruscamente.

—Café. Vamos a tomar un café.

Asentí, y sin decir nada más nos vamos al centro de alumnos, el sitio más concurrido del campus a esa hora del día.

—Así que llevas gafas, ¿eh?

Llevábamos un rato sentados en una mesa diminuta, bebiendo los cafés y manteniendo un terriblemente fastidioso silencio, por eso solté la primera cosa posible que me cruzó la cabeza.

—Hum . Sí.

Genial. Había sacado « esa noche » . Pero ¿no debía sacar exactamente esa noche? ¿No deberíamos comentar de esto? ¿No debería hacerle una pregunta si me se encontraba alejando porque era el instructor o si lo hacía por esas cicatrices en las muñecas?

—Llevo lentillas. Pero mis ojos se cansan de ellas en el final del día.

Eso me trajo la imagen mental de Lucas abriendo la puerta, la aprensión de su

cara, los lentes que le transformaban en alguien oficial en tanto que el pijama producía el efecto opuesto. Carraspeé.

—Te quedaban realmente bien. Las gafas. Quiero decir, podrías llevarlas siempre si quisieras.

—Son un poco incómodas con el casco de la moto. Y el taekwondo.

—Ah, sí, sospecho.

Nos quedamos en silencio otra vez, con 40 minutos hasta su clase y mi hora de ensayo o con el contrabajo que había reprogramado.

—Podría dibujarte en este momento —dijo.

La cara comenzó a arderme sin entender por qué.

Afortunadamente él se encontraba intentando encontrar en su mochila, sacó el cuaderno de dibujo y lo

abrió por una página en blanco. Cogió el lápiz de detrás de su oreja antes de mirarme al otro lado de la mesa. Si notó mi cara encendida, no lo dijo. Sin una palabra se reclinó en la silla, con el cuaderno sobre una rodilla, y comenzó a dibujar, con el lápiz realizando los arcos envolventes y sin esfuerzo de alguien que sabía lo que hacía. Sus ojos pasaban del cuaderno a mí y volvían, constantemente,

y o me senté en silencio bebiendo mi café y mirándole la cara. Observando sus

manos.

Había algo íntimo en posar para alguien. Yo me presté facultativa como modelo una vez en mi primer año de clase de arte, por un punto plus. Como se me daba tan mal dibujar, me lancé a por ese punto plus sin pararme a tener en cuenta que iba a estar sentada encima de una mesa a lo largo de una clase completa. Ofrecerle a una clase entera de jóvenes carta blanca para mirarme a lo largo de una hora fue algo muchísimo más que extraño. Más que nada cuando el novio de Jillian, Zeke, comenzó su retrato por mi pecho. Me observaba sin vergüenza, exponiendo sus esfuerzos artísticos a sus camaradas de mesa mientras yo me iba ruborizando y fingía no oír sus bromas sobre pezones y escotes y cómo le agradaría que me quitara la camisa... o por lo menos me la desabrochara.

—La mayoría de los artistas empiezan con la cabeza —dijo la señorita Wachowski cuando miró por arriba de su hombro. Zeke y los otros chicos de la mesa estallaron en carcajadas mientras yo ardía de humillación con toda la clase viendo.

—¿En qué piensas?

No le iba a contar esa historia exactamente. —En el centro.

El pelo que le caía sobre la frente le oscurecía la arruga que sabía que se encontraba ahí, pero apretó los labios.

—¿Qué? —le pregunté sin entender qué cambio habían causado esas expresiones. Rodeados de diálogos, música y sonidos mecánicos, el roce del grafito contra el papel no era audible en la cafetería. Vi el lápiz bailar en su mano, preguntándome qué parte de mí podría estar dibujando y qué partes querría dibujar. ¿Cómo sería con dieciséis años? ¿Dibujaba entonces? ¿Saldría con otros jóvenes de

su edad? ¿Se había enamorado? ¿Le habría roto el corazón alguna chica despiadado? ¿Ya se habría hecho esas cicatrices en las muñecas o aún no?

—Me dijiste que habías estado con él tres años.

Habló con el volumen justo para que yo le oyera, viendo al cuaderno mientras el lápiz no dejaba de trabajar. No había ninguna pregunta en su voz. Había asumido que me había acordado de Kennedy.

—No se encontraba pensando en él.

La mandíbula se tensó y apretó los labios otra vez. ¿Celoso? Sentí culpa cuando me percaté de que pretendía que se sintiera celoso.

—¿Cómo fue el centro para ti? —le pregunté y súbitamente quise retirarlo.

Sus ojos hallaron los míos y sus manos se pararon.

—Muy diferente a como fue para ti, sospecho.

Sus ojos aún me examinaban la cara, pero ya no se encontraba dibujando y su expresión era tensa.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Sonreí aguardando que eso le trajera de la posición al límite del abismo donde

se encontraba o que nos lanzara a los dos por él.

Levantó la visión para observarme y me sostuvo la mirada.

—Para comenzar, y o jamás tuve novia.

Pensé en la rosa tatuada sobre el corazón y el poema que poseía escrito en el costado izquierdo. No pretendía que ese amor fuera reciente.

—¿De verdad? ¿Ni una?

Negó con la cabeza.

—Estaba... desestabilizado, se podría decir. Poseía rollos con chicas. Nada de relaciones. Me saltaba tantas clases como a las que asistía. Salía de fiesta con los del pueblo y con turistas de play a. Me metía bastante en peleas, dentro y fuera de la escuela. Me suspendían o me expulsaban con tanta continuidad que cuando me alzaba por la mañana jamás se encontraba seguro de si poseía que ir o no.

—¿Qué sucedió?

Su cara se quedó sin expresión.

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿cómo llegaste a la facultad y te convertiste en...? —Le

señalé y me encogí de hombros—. ¿En un estudiante serio?

Él se quedó viendo el lápiz que poseía en la mano, rascando la mina con la uña del pulgar para afilarlo.

—Tenía diecisiete años, próximo de fastidiarla por más reciente vez, y a listo para trabajar en el barco con mi padre el resto de mi vida. Una noche se encontraba de fiesta con unos amigos. Hicimos una hoguera en la play a, lo que siempre atraía a las pequeñas de los turistas... y ellas siempre deseaban ligar con alguien. Uno de mis amigos era camello. Nada considerable, solo drogas recreativas. Vendía bastante, por eso podíamos agenciarnos algo sin la necesidad de realizar los pagos a su distribuidor.

Su hermana nos acompañó esa noche. Se encontraba enamorada de mí, pero poseía catorce años. Completamente inocente. No era mi tipo. No se tomó bien el rechazo y comenzó a flirtear con los tíos que nos financiaban la noche, por de esta forma decirlo. El idiota de su hermano se encontraba tan colocado que ni veía lo que pasaba. Yo no poseía la cabeza muchísimo más clara, pero cuando el tío con el que se encontraba bailando tiró de ella hacia la play a, me pareció que ella se encontraba tratando zafarse.

Recuerdo ir detrás de ellos, pero todo lo que pasó luego está borroso. Me dijeron que le rompí la mandíbula al tío. Me arrestaron y presentaron cargos. seguramente habría acabado en carcel, pero los Heller estaban de visita esa semana y Charles logró lo viable para que todo se olvidara.

Él y mi padre hablaron. Lo siguiente que supe fue que me apuntaron a clases de artes marciales. Yo fui lo muy estúpido para verle el lado equivocado de poder ofrecerle palizas a la multitud todavía mejor de lo que y a podía, por eso no puse ninguna objeción. Lo que no vi venir es cómo eso llegaría a centrarme por primera oportunidad en un largo tiempo. Antes de irse, Charles me dio las charlas que mi padre jamás me había dado. No me gustaba decepcionarle. —Me miró fijamente—. Todavía hoy sigue sin gustarme.

Bebimos el café y y o esperé, mordiéndome la lengua, porque sabía que había

más.

—Me mencionó que se encontraba tirando por la borda mi futuro, que y o era mejor que las drogas y las peleas. Me mencionó que mi madre me se encontraba viendo y me hizo la pregunta si y o pretendía que ella estuviera orgullosa o avergonzada. Luego me prometió que me ay udaría a ingresar en la facultad, que movería todos los hilos que pudiera si y o lo intentaba. Supo que se encontraba intentando encontrar una vía de escape y me dio una segunda ocasión.

Un escalofrío me recorrió la espalda al oír sus expresiones. —Se le proporciona bien prestar esas cosas.

Él sonrió, solo un poco.

—Sí, cierto. Y y o la aproveché. No lo hice mal en mi último año, pero había despedazado mi media antes. No sé cómo consiguió que me aceptaran, inclusive condicionalmente. Mi padre no puede pagarlo, claro, por eso tengo todos esos trabajos raros. Pago una renta por el apartamento, pero no podría hallar ni un colchón en el estacionamiento de nadie por lo cual él me cobra.

—Es como un ángel de la almacena para ti.

Levantó sus ojos claros y desconcertantes para mirarme y dijo: —No sabes cuánto.

20

Parpadeé viendo a Erin, confusa.

—¿Qué deseas decir con que posiblemente no va a testificar?

Mi compañera de cuarto dejó el teléfono sobre la mesa con un golpe. Luego cerró de un portazo la mininevera tras sacar una botella de agua. Se quitó los zapatos de una patada, lanzándolos al otro lado de la cuarto, donde rebotaron contra la pared sobre la cama y aterrizaron en el centro.

—Han ido a comentar con ella. Kennedy, D. J. y Dean. La han convencido, o convencido, de que ellos se ocuparán de Buck. Que ella destrozará la hermandad y quizás todo el sistema de hermandades si testifica.

—¿Qué?

¿Kennedy, adjuntado con el vicepresidente y el presidente de su hermandad, habían convencido a Mindi de que no testificara?

—La están realizando sentir culpable. ¡Porque la han violado! —Nunca había visto a Erin tan furiosa—. Esto es una mierda. Voy a llamar a Katie.

Me levanté, crucé la cuarto y le agarré el antebrazo para que no marcara.

—Erin, no puedes decirlo si Mindi no quiere que se sepa.

Me miró fijamente.

—J, y a sabes cómo trabajan las hermandades. Ya lo sabe todo el planeta.

—Oh. Vale.

Marcó y y o la oí mientras le decía a la presidenta de su hermandad lo que creía de la iniciativa de enterrarlo todo.

—Vale, estaré ahí dentro de una hora, con Mindi. —Colgó, con la expresión más tranquila y más calculadora. Sentada en mi cama, me cogió la mano—. Tienes que venir con nosotras, J. Tienes que decirles lo que te logró a ti.

No sabía por qué, pero testificar frente un grupo de chicas de hermandad era más aterrador que reflexionar en denunciar a Buck a la policía o llevar a cabo una afirmación enfrente del fiscal del distrito.

—¿Por... por qué? —balbuceé—. Yo no soy de tu hermandad, Erin. A ellas no les importa... —Demuestra que hay precedentes.

Cuántas ocasiones había escuchado a Kennedy usar esa jerga legal... una de mis preferidas.

—¿Estás segura de que su intento fallido conmigo revela un patrón? Solo fueron dos veces...

Sus ojos ardieron.

—Jacqueline...

—Tienes razón, tienes razón... Dios, ¿qué estoy diciendo? —Me temblaban

las manos mientras me las pasaba por la cara y Erin me las apartó delicadamente.

—Tenemos que confirmarnos de que no regresa a llevarlo a cabo.

Asentí, sabiendo que poseía razón y ella le escribió un mensaje a Mindi.

Erin acababa de accionar el mando del Volvo cuando oí mi nombre y me volví para hallar a Kennedy, que venía corriendo por el estacionamiento de la vivienda.

—Hola, Jacqueline. Erin. —Cuando él la miró con una sonrisa tensa y seria, ella le respondió con el ceño fruncido. Se volvió hacia mí—. Debemos comentar.

Le miré fijamente.

—¿De qué? ¿De ay udar a seducir a Mindi de que no presente cargos cuando entiendes lo que él me logró a mí?

Él dejó huír un suspiro agotado.

—Las cosas no son así...

—¿Ah, no? ¿Y cómo son?

—¿Podemos comentar en privado? ¿Por favor?

Miré a Erin y ella apretó los labios. Luego miró a mi ex de arriba abajo con expresión cínica antes de volver a mirarme a mí.

—Voy a agarrar a Mindi, ¿te veo en la vivienda?

Se encontraba preocupada porque él me convenciera de no llevar a cabo aquello, con lo tensa que y a se encontraba por todo.

Miré a Kennedy y supe que su intención era convencerme de que no presentara una denuncia contra Buck.

—¿Me llevas? ¿Ahora? Si no, no tendremos la posibilidad de comentar.

Fallido y quizás un poco raro por mi copia, accedió.

—Claro. Yo te llevo y estamos hablando de sendero.

Miré por arriba del coche a Erin.

—Te veo ahí.

Ella asintió, con una promesa inexorable en los ojos, y yo seguí a Kennedy hasta su coche.

Luego de bajar el sonido del conjunto de música hasta dejarlo de fondo, comenzó a conducir despacio, con una muñeca sobre el volante cubierto de

piel.

—Gracias por entrar a comentar conmigo. —Me miró, pero próximamente sus ojos se apartaron de los míos y los fijó en la carretera—. Quiero decirte que creo al cien

por cien todo lo que me contaste el sábado durante la noche. Sabía que Buck era un cerdo, pero no hasta qué punto. Hemos empezado el trámite para expulsarlo.

—¿Expulsarlo... de la hermandad? ¿Y eso es un castigo?

Cerré los ojos y meneé la cabeza para aclarármela.

—Buck vino a este campus creyendo que iba a ser el presidente de su promoción de solicitantes, creyendo que iba a subir y en el final dirigir toda la hermandad y quizás el consejo para cuando va a llegar al último año, y en este momento está próximo de no ser nada, con su padre o sin él. Claro que es un castigo.

Solté una exclamación.

—¡Kennedy, ha violado a una chica!

Tuvo el buen juicio de llevar a cabo una mueca de mal.

—Lo entiendo, pero...

—¡No hay peros! ¡Ni un maldito pero! —El pecho me subía y bajaba como loco por el esfuerzo de sostener las manos quietas en mi regazo en lugar de ofrecerle un puñetazo en su cara de suficiencia—. Se merece un tiempo en la prisión y y o voy a llevar a cabo todo lo que esté en mi mano para que le condenen. —No pude evadir suponer que, si habían enviado a Kennedy para evadir que testificara, esa conversación se encontraba teniendo el efecto opuesto.

Se paró enfrente de la vivienda y aparcó el coche. Agarró el volante con las dos manos.

—Jacqueline, tienes que comprender algo. Buck estuvo contando mentiras sobre que se ha enrollado contigo a lo largo de semanas. Y otros han corroborado su crónica. Todo el planeta lo sabe. Nadie se cree tu historia de « él tuvo la intención de violarme» . Es tarde para eso.

Me quedé sin aliento, se me cerró la garganta y un mal me bajó por los brazos hasta los dedos. Cerré los ojos momentáneamente y luché contra las náuseas y las lágrimas que se agolpaban en mis ojos y comencé a conocer verdaderamente rojo detrás de mis párpados cerrados por la furia.

—¿Mi... « historia» ?

Me miró con sus ojos verdes.

—Ya te lo he dicho, y o te creo.

Miré a los ojos de esa persona a la que había popular tan íntimamente a lo largo de tres años. Logre ver que me suponía, pero eso entraba en conflicto con su compulsión por socorrer la valoración de la hermandad. Él no iba a

llevar a cabo lo acertado.

—Tú me crees, pero estás sentado ahí tratando convencerme para que no persuada al resto de todo el mundo para que me crea además.

—Jacqueline, es más difícil que eso... —Y una mierda.

Abrí la puerta de un tirón y salí. Cerré de un portazo para no oír más

protestas, me giré y subí por la entrada de la vivienda de la hermandad de Erin y Mindi. Se encontraba temblando de furia, de miedo y de algo más: resolución.

Había menos de veinte chicas en aquella reunión: Erin, Mindi, el consejo de la hermandad y y o.

Como presidenta, Katie se encontraba en la cabecera de la extendida y brillante mesa. Sentadas a los dos lados estaban sus delegadas; reconocí a la hermana mayor de Olivia, que era una de ellas. Ella y Olivia tendrían la posibilidad de ser gemelas, porque se parecían muchísimo; poseían hasta la misma sonrisita de bruja.

—Mindi, cariño, nadie aquí te está culpando a ti —dijo, pero su voz desprendía una falsedad que contradecía sus palabras—. Pero lo que sucede es que te fuiste a su cuarto con él. Quiero decir, la expectativa se encontraba ahí, ¿sabes?

Erin me puso la mano en el muslo cuando inspiré bruscamente: era una observación para que no respondiera por el momento. Exhalé por la nariz y me

tranquilité un poco en silencio. Yo era una rara. Podrían echarme de forma sencilla y eso no sería bueno para Mindi. Ella necesitaba todo el apoyo que pudiera tener.

—Y tampoco es que fueras virgen, ¿no? —declaró otra chica.

—Dios, Tay lor, ¿eso qué importa? —intervino otra.

Tay lor se encogió de hombros.

—Me importa a mí.

La cara de Mindi se encontraba pálida y aparentaba que se encontraba próximo de vomitar o de desmayarse. Erin se acercó a ella y le susurró: «Respira, cielo».

Numerosas personas dijeron más cosas estúpidas y otras aportaron cosas sensatas, y al final pareció que todo el planeta había expresado su opinión excepto Katie, Erin y ambas personas que poseían el destino de Buck en sus manos en último término: Mindi y yo. Al final Katie dejó caer el mazo con suavidad para parar todos los diálogos y que todas las cabezas se giraran en su dirección. Su posición era tan especial que podría ser una reina llevando una pesada corona. Fijó los ojos en mí.

—Jackie, pienso que tú alegas que Buck tuvo la intención de violarte a ti la noche de la fiesta de Halloween.

Unos cuantas chicas dijeron algo por lo bajo y una, de hecho, rio. Mis manos se convirtieron en puños en mi regazo y las ignoré, tragué saliva y asentí.

—Sí.

—Vale, lo siento, pero no sé por qué está ella aquí —dijo la gerente de un curso inferior—. Si no llegó a hacerlo...

—Tenía toda la intención de llevarlo a cabo —dijo Erin con los dientes apretados—.

Pero le detuvieron antes de que lo consiguiera.

La otra chica se apartó el pelo detrás del hombro.

—Pero no lo denunció esa noche. ¿Por qué no? ¿Y por qué en este momento? Quiero decir, ¿cómo tenemos la posibilidad de entender que esto no es una estratagema para hallar

atención? ¿O alguna clase de venganza contra Buck?

Erin gruñó a mi lado.

—Lo detuvo un chico que vio todo lo que sucedió y que está disponible para llevar a cabo una denuncia oficial corroborando la mía. —Me tembló la voz y, debajo de la mesa, Erin me cogió la mano derecha y me la agarró con fuerza—. En relación a por qué en este momento en lugar de entonces... ese día tomé una elección equivocada. No se me sucedió que podría hacérselo a otra persona. —Miré a Mindi con una disculpa en los ojos y luego a Katie—. Pensaba que solo iba a por mí.

—¿Quién lo vio? ¿Uno de los hermanos? Porque, chica, ellos no van a testificar en oposición a Buck —dijo Taylor, y numerosas chicas asintieron.

—No. Lucas Maxfield.

—Oh, lo conozco —intervino la hermana de Olivia—. Está verdaderamente bueno...

—¿Es el chico que no era de la hermandad que se encontraba en la fiesta sin disfraz?

¿Con botas de vaquero? ¿Pelo oscuro y ojos lindos? ¿Un macizorro? —preguntó

la chica de su lado.

—Sí, ese es.

—Mindi —interrumpió Katie—, pienso que Dean y D. J. hablaron contigo ayer. Mindi asintió, con los ojos por el momento muy libres e inyectados en sangre. —Querían que no presentara cargos. Me dijeron que se ocuparían de esto

internamente.

Las cabezas iban por todos lados entre la presidenta de la hermandad y la aspirante de primer año mientras se producía el trueque de cuestiones y

respuestas.

—¿Y qué piensas llevar a cabo en este momento?

—No lo sé. Estoy muy confundida.

Katie la traspasó con la mirada.

—¿Te logró Buck lo que dices que te logró?

Los ojos de Mindi se llenaron de lágrimas y cuando asintió, le cayeron por las mejillas.

—Entonces ¿por qué demonios estás confundida?

Todo el planeta se quedó sentado en un silencio estupefacto en el transcurso de un instante, hasta que la chica que había dicho que Lucas era un macizorro exclamó:

—¿Estás diciendo que debería denunciarle?

—Sin duda.

Se oyeron exclamaciones ahogadas por toda la mesa y yo me quedé tan perpleja que no logré moverme.

—Pero eso va a ser muy malo para...

—¿Sabes lo que va a ser malo? —interrumpió Katie a su vicepresidenta—. Un grupo de mujeres que no se apoyan las unas a las otras cuando un hombre hace algo como eso. Estoy harta. Hace menos de una hora le dije a D. J. que se podía

meter la maldita valoración de la hermandad por donde le cupiera. —Se puso parado y se inclinó hacia enfrente, con las manos sobre la mesa—. Chicas, dejadme contaros una historia, una historia corto y dulce. En el centro y o era animadora de primer año del conjunto universitario y salía con un alumno de último curso que buscaba hallar una beca de fútbol americano. Me había acostado con él numerosas ocasiones por intención propia. Una noche no se encontraba de humor, pero él sí. Por eso me derribó y me forzó. Las escasas personas a las que se lo conté, incluyendo mi mejor amiga, me dijeron lo que le pasaría a « él » si y o lo contaba. Hicieron hincapié en visto que y o no era virgen, que estábamos saliendo y que habíamos practicado sexo antes. Por eso no lo conté. Jamás se lo dije a mi madre. Ese cabrón me dejó cardenales por todo el cuerpo. Y y o he llorado y le supliqué que parara, pero no lo logró. Y eso se denomina violación, señoritas.

Se incorporó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Así que quisiera que Buck disfrute de un tiempo en una celda reflexionando acerca de cómo ha despedazado su historia. ¿Y vosotras les preocupáis por lo malo que va a ser para ellos si lo contamos? Que les den. Dean, D. J. y Kennedy y todos los tíos de la hermandad del campus tienen la posibilidad de irse al infierno. ¿Somos hermanas o no?

Jacqueline:

Te adjunto los ejercicios de repaso que voy a ofrecer el jueves. Sospecho que

practicamente te estoy dando prioridad por mandártelos unos cuantos días antes, pero ya te he dicho que eres mi favorita, luego de todo.

LM (conocido como Lucas, Landon y señor Maxfield)

Señor Landon Lucas Maxfield:

Me resulta extraño recibir un mail de economía de tu parte. Como si no fueras verdaderamente la misma persona. (Me acabo de acordar de que te pregunté si necesitabas asistencia en economía... Se encontraba decidida a sugerirte a ti mismo como instructor. Debiste de suponer que estoy atontada).

Gracias por el papel de ejercicios de repaso. No la miraré hasta el jueves. De esta forma no deberás sentirte culpable por pasármela antes.

Hoy Mindi y yo hemos puesto denuncias en la comisaría. Erin nos llevó. Era la primera oportunidad que le contaba a alguien una especificación descriptiva de todo lo que pasó. Se encontraba temblando y llorando

cuando acabé, y me sentí débil y estúpida otra vez. Mindi se encontraba por el momento peor; la mujer que nos atendió y que transporta la situación dice que debería recibir régimen por trastorno de estrés postraumático. Nos ha dicho a ambas que fuéramos a la oficina de orientación de la facultad o a un terapeuta privado para recibir régimen.

Mindi instó a sus padres cuando volvíamos al campus y ellos van a coger un vuelo para estar aquí por la mañana. No se me había ocurrido decírselo a los míos. No pienso que pudiera aguantar otro alegato de «te lo dije» de mi madre. No sobre esto.

Le di a la detective tus datos y me mencionó que te llamarían cuando necesitaran que fueras. No estoy segura de qué viene luego.

JW (conocida como Jacqueline, J, señorita Wallace y Jackie... pero utilizaré mi entrenamiento de autodefensa como considere oportuno si me llamas así)

Señorita Jacqueline (no Jackie) Wallace:

No pensé ni por un instante que estuvieras atontada. Me vi atrapado en mi propio engaño y cada vez me sentía peor por esto. Me alegro de que lo descubrieras y siento no habértelo confesado yo mismo. Si alguien se encontraba atontado, ese era yo.

Me siento un idiota por haber dicho algo que te lleve a cabo sentir que lo de aquella noche fue culpa tuya. Se encontraba tan nervioso y a la vez tan cabreado... con él. Si no hubieras hecho ese ruido desde el interior de la camioneta, pienso que le habría matado.

¿Ambas habéis pedido una orden de alejamiento?

Lucas

Yo: ¿Podemos pasar a mensajes?

Lucas: Claro, no hay inconveniente.

Yo: Iremos a por el papeleo para solicitar una orden de alejamiento temporal

mañana por la tarde.

Lucas: Bien. Si te sientes amenazada, quiero que me llames, ¿vale?

Yo: Vale.

Lucas: Mañana es mi último día de clase de economía. El doctor H. va a llevar a cabo una ojeada el viernes.

Yo: Por supuesto no necesitas repasar nada. Y yo que pensaba que eras un mal estudiante y un vago. Sentado en la más reciente fila, dibujando y sin prestar atención a la clase.

Lucas: Sospecho que eso es lo que parezco. Es mi tercer semestre como instructor especial y el cuarto que me siento en el sala. Me conozco el material muy bien.

Yo: Por eso, luego del miércoles, ¿ya no tendremos clase juntos? Y luego del final del próximo miércoles, ¿qué?

Pasaron numerosos minutos y yo supe que había hecho la pregunta que no sabía responder o que no pretendía responder.

Lucas: Las vacaciones de invierno. Hay cosas que no tienes idea sobre mí. Me he dicho a mí mismo que no te volvería a mentir, pero no estoy listo para mostrarlo todo. No sé si puedo. Lo siento.

Las vacaciones de invierno empezaban la semana siguiente, el viernes, el

último día de los finales de otoño. Yo poseía que dejar la vivienda a lo largo de las vacaciones y el semestre de primavera no empezaría hasta siete semanas luego. Varias cosas podían cambiar en ese tiempo.

Me caí de un árbol cuando se encontraba en sexto y me rompí un brazo. No pude tocar el contrabajo ni trenzarme el pelo a lo largo de siete semanas. Cuando poseía quince, mi mejor amiga Dahlia fue a un campamento de verano siete semanas. Cuando volvió se había convertido en la preferible amiga de Jillian. Yo seguí siendo amiga de ambas, pero las cosas y a jamás volvieron a ser lo mismo entre Dahlia

y o. Siete semanas luego de que empezara el semestre de otoño, Kennedy rompió conmigo y siete semanas luego me percaté de que y a lo había superado.

Siete semanas podían modificarlo todo.

Erin regresó del trabajo antes de que pudiera escribirle una respuesta a Lucas, si es que había alguna. Raramente discreta y con una expresión distraída, se quitó el traje despacio y lo echó en la cesta de la ropa sin su inclinación usual a encestarla.

—¿Erin? ¿Todo va bien?

Se dejó caer en la cama y se quedó viendo al techo.

—Chaz se encontraba parado con mi coche cuando salí esta noche. Con un ramo

de flores.

No vi ningún ramo, por eso solo podía imaginar qué había pasado con ellas.

seguramente nada bueno.

—¿Qué pretendía?

Sabía precisamente lo que pretendía. Sabía lo que había amado el sábado previo. Lo que seguramente pretendía desde que fué lo muy idiota para elegir al cabrón de su mejor amigo por arriba de su novia.

—Se disculpó. Se humilló. Mencionó que se disculparía y se humillaría frente ti si y o pretendía. Me juró que jamás pensó que Buck tuviera que recurrir a... eso... para hallar a una chica, porque las chicas siempre se están lanzando a sus brazos. Le dije hace tres semanas que esto no iba de sexo. Iba de dominación. —Se incorporó sobre los codos para mirarme—. No me escuchó entonces. Y en este momento, cuando Buck está próximo de ser arrestado y acusado de violación... en este momento me escucha.

Me encogí de hombros.

—Supongo que a los hombres que no serían capaces de llevar a cabo eso jamás, les cuesta creer que otros lo harían —dije, pero la entendía. La conciencia y las disculpas estaban bien, pero podían llegar bastante tarde.

21

Kennedy me se encontraba aguardando fuera de la clase el miércoles por la mañana. Intenté pasar a su lado evadiendo el contacto visual y ingresar en

clase, pero él me llamó cuando me acerqué.

—Jacqueline... ven a comentar conmigo.

Le permití apartarme un poco a la izquierda de la puerta, viendo hacia la clase para lograr ver a Lucas cuando va a llegar.

Habló en voz baja y con un hombro sobre la lisa pared de azulejos. —Chaz dice que ay er tú y Mindi pusisteis denuncias en la comisaría. Esperaba enfado o exasperación, pero para mi sorpresa no vi ninguna de las

dos.

—Sí.

Se frotó la barbilla impecablemente afeitada con dos dedos, una práctica que antes solía darme ganas de llevar a cabo lo mismo.

—Deberías entender que Buck dice que lo que pasó con Mindi fue consentido y que lo que pasó contigo esa noche no sucedió como tú dices.

Me quedé con la boca abierta y la cerré bruscamente. —¿« Lo que pasó» con Mindi? ¿« Lo que pasó» conmigo? Ignorando mi indignación, añadió:

—Aparentemente se le olvidó que le ha dicho a Chaz y por lo menos a otra docena de tíos que tú y él les estuvisteis enrollando en tu camioneta, justo luego de la fiesta, antes de que le asaltaran.

Sabía que Buck había publicado comentarios, pero no había escuchado los datos.

—Kennedy, tú sabes que y o no haría eso.

Él se encogió de hombros.

—No lo creí, pero no se encontraba seguro de cómo estabas reaccionando luego de la separación. Yo hice unas cuantas... hum ... cosas desacertadas después... Tú tenías todo el derecho a llevar a cabo lo mismo.

Pensé en la OFCM, la satisfacción de Erin y Maggie a mi bajón posruptura, y me reconocí (solo a mí misma) que no iba del todo desencaminado. Pero me pregunté si me había popular en algún momento.

—¿Así que creíste que se encontraba tan destrozada por haberte perdido que había empezado a tirarme a tíos a la suerte en aparcamientos?

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Claro que no. Quiero decir, asumí que se encontraba exagerando. No poseía ni iniciativa de que él... —Apretó la mandíbula y sus ojos verdes ardieron—. No se me sucedió que pudiera haber hecho eso.

Se encontraba comenzando a encontrarme mal y me comenzaba a cansar de sentirme

así.

Vi a Lucas acercándose en el mismo instante en que él me vio a mí. Sin pararse, vino directo a donde estábamos y se quedó parado a mi lado.

—¿Estás bien?

Me había hecho adicta a esa cita saliendo de su boca y a la forma que poseía de decirla, con la voz llena de acero bajo terciopelo. Asentí.

—Sí, bien.

Asintió una vez y miró resumidamente a Kennedy con unos ojos que prometían lesiones letales si veía fundamentos para infligirlas.

Kennedy parpadeó y miró por arriba de su hombro para ver a Lucas ingresar en la clase.

—¿Ese tío está en nuestra clase? ¿Y a qué venía esa mirada? —Se volvió para examinarme la cara mientras yo miraba a Lucas ocultar por la puerta—. Chaz me mencionó que había un tipo en el estacionamiento esa noche. Que él fue quien le dio la paliza a Buck y no unos cuantos mendigos, como ha dicho él. — Señaló con el pulgar—. ¿Ese es el tipo?

Asentí.

—¿Y por qué me dijiste sencillamente que habías escapado?

—No quiero comentar de esa noche, Kennedy.

Contigo» , añadí en mi cabeza. Tendría que comentar de esto próximamente, cuando tuviera que llevar a cabo una afirmación para la defensa, y otra vez cuando fuéramos a juicio.

—Está bien. Pero no fuiste del todo sincera conmigo la otra noche.

—Fui sincera, solo que no te lo conté todo. No sé por qué te lo dije, más que nada luego de que me pidieras que no presentara la denuncia para que la hermandad pudiera socorrer su imagen...

—Eso fue un error. Un error que se ha rectificado...

—Sí, por un grupo de chicas de hermandad muy más valientes que nosotros. Mindi se encontraba próximo de ceder a vuestra presión y si ella no hubiera denunciado, y o no podría llevarlo a cabo tampoco. Y tú sabes eso mejor que nadie. Por eso gracias, Kennedy, por tu apoyo o. —Suspiré—. Mira, te agradezco que hablaras con Buck, y sé que tú no querías que me hiciera inconveniente. Pero él debe proceder a la prisión, no solo aguantar una bronca de un compañero y ser expulsado de la hermandad.

Me giré para ingresar en la clase y me detuve cuando ha dicho mi nombre.

—Jacqueline... lo siento.

Erin poseía razón. Las disculpas podían llegar bastante tarde. Asentí, aceptando las suyas por lo cual habíamos sido, pero nada más.

El doctor Heller ya había empezado la clase, por eso me senté en mi sitio, acepté la sonrisa de saludo de Benji y me felicité a mí misma por haberme

convertido en una superviviente. Había sobrevivido a la elección de Kennedy de finalizar nuestra relación. Había sobrevivido a eso que Buck tuvo la intención de hacerme. Dos ocasiones. Y sobreviviría si Lucas no confiaba en mí (o no podía) para contarme sus demonios personales.

Los árboles habían pasado de estar cargados de hojas a estar desnudos sin comunicar. El cambio siempre era algo ágil ahí, jamás una extendida transformación llena de color como más al norte. Todavía, y o había estado bastante preocupada para ver la variación mientras ocurría. Aparentaba que un día los árboles estaban frondosos y verdes y, al siguiente, las hojas habían desaparecido del todo excepto por las hojas muertas apiladas en las esquinas resguardadas o enganchadas debajo de los setos.

Los ocasionales días cálidos además desaparecieron. Lucas y y o nos encogimos dentro de nuestros abrigo, con la bufanda dándome dos vueltas cerca del cuello y cubriéndome la cara. Exhalé contra ella y saboreé el calor que se extendió unos dos segundos.

Lucas se caló más el gorro.

—¿Quieres que vay a contigo esta tarde? Alguien puede cubrirme el momento en el Starbucks.

Giré la cabeza para mirarle, pero mi bufanda no giró conmigo.

—No. Los padres de Mindi están aquí. Ellos se van a garantizar de que todo vay a como debe ir para ámbas. Inclusive se han brindado a pagarme un cuarto de hotel; Mindi va a estar con ellos ahí toda la semana que viene y luego se la llevarán de manera directa a casa luego de los finales. Su padre se va a llevar las cosas de la vivienda esta noche. Erin dice que puede que la saquen por siempre.

Él frunció el ceño.

—Supongo que no posee bastante sentido decir en este momento que podía haberle pasado en algún sitio.

Negué con la cabeza.

—Tal vez cuando pase todo lo mencionado. Pero puede que Mindi no desee volver aquí, aunque lo que dices sea cierto.

—Es comprensible —murmuró viendo hacia enfrente mientras caminábamos.

Nos quedamos en silencio hasta que llegamos al reducido edificio donde se

daba mi clase de español.

—Ojalá pudiera saltarme la clase de hoy además, pero poseemos muestras orales que cuentan como parte del final.

Él sonrió, estirando la mano para apartarme un mechón rebelde de pelo que se me había pegado al labio. Yo no podía llevarlo a cabo con las manos enguantadas. Su índice se encontraba un poco gris y supuse que había estado dibujando en la clase de hoy.

—Me agradecería verte antes de que te vayas a casa. Además de en la clase del sábado, quiero decir.

Siguió la línea de mi mandíbula con el dedo, hundiéndolo en la bufanda y colocándolo bajo mi barbilla.

Sentí que el estómago se me caía a los pies. Las despedidas no verbales se habían vuelto familiares para mí recientemente y en este preciso momento había un hasta pronto en sus ojos. No se encontraba lista para verlo.

—Tengo una actuación de solo para la nota final esta noche, un recital obligación al que tengo que ir el viernes y mi grupo toca el sábado. Pero puedo proceder a tu casa mañana durante la noche, si deseas.

Asintió, mirándome a los ojos, y pareció que se encontraba próximo de besarme.

—Sí que quiero.

Los estudiantes por el momento iban sendero de sus clases a lo que nos rodea. No llegaba tarde a clase en esta ocasión. Volvió a colocarme la bufanda en su sitio sobre mi barbilla y sonrió.

—Pareces una medio momia. Como si alguien se hubiera interrumpido mientras te envolvía en las vendas.

Una sonrisa total era algo muy extraño en Lucas. Habituada a su sombra de sonrisa, los ceños profundos y las miradas profundas, me impresionó tanto que me faltó la respiración. Entonces y o además le sonreí y aunque no podía verme la boca, supe que las arrugas al costado de mis ojos eran iguales que las que poseía él cerca de los suyos, el azul más oscuro de mis ojos

conectando con el azul grisáceo de los suy les.

—Tal vez le di un óptimo puñetazo en la nariz hasta hacerle sangrar antes de que pudiera hacerme esa cosa alucinante de la momia.

Él rio por lo bajo, dejando la cálida sonrisa en los labios, y y o me acerqué a él como una flor al sol.

—Parece que disfrutas ese golpe.

—Tal vez no tanto como le agradan a Erin todas las cosas similares con machacar la entrepierna.

Él volvió a reír y se inclinó para besarme la frente, dejándome ir de manera rápida y viendo alrededor. Su sonrisa desapareció y y o pensé que podría estar preparada para llevar a cabo algún cosa para que volviera a manifestarse.

—¿Me escribes cuando acabes esta tarde?

Asentí.

—Vale.

No se encontraba segura de lo que iba a hallar cuando escribí el nombre de Lucas en Google la noche del miércoles. Esperaba que un obituario me diera un punto de partida, y lo hallé. Como varios obituarios, el que hallé de Rosemary Lucas Maxfield no daba pistas acerca de cómo murió. No había ningún: « En vez de flores manden una donación a...» con el nombre de alguna

horrible patología que podía matar a una madre joven. Puse el nombre de ella en Google, sin esperanzas, pero saltaron numerosos artículos, todos de ocho años atrás. Los títulos me dejaron sin respiración. Elegí uno y pinché, con el corazón latiéndome tan fuerte que podía sentir los latidos particulares mientras esperaba que la información fuera sobre la madre de otra persona. Alguien que no conociera.

DOS MUERTOS EN UN ASESINATO-SUICIDIO

Las autoridades han afirmado los terribles datos de un asesinato-suicidio que sucedió en el transcurso de un aparente allanamiento en la madrugada del martes. La policía dice que Darren W. Smith, un obrero local, entró en la vivienda de Raymond y Rosemary Maxfield por medio de una ventana posterior cerca de las 4 de la madrugada del martes. El señor Maxfield no estaba en la vivienda por negocios. Luego de encerrar al hijo en su cuarto, Smith violó a Rosemary Maxfield repetidamente antes de cortarle la garganta. La causa de la desaparición fue una hemorragia masiva por múltiples puñaladas. Luego Smith se quitó la vida de un tiro. Las armas encontradas en la escena del delito fueron un cuchillo de caza de diecisiete centímetros y una pistola de 9 milímetros.

Smith fue uno de los contratistas que trabajaron en la reforma de la vivienda de los Maxfield a inicios del verano. Se ve no haber ninguna otra conexión entre Smith y los Maxfield, más allá de unas imágenes de la familia que parecían de supervisión encontradas por los estudiosos en la vivienda de Smith. La policía piensa que Smith sabía que el señor Maxfield no se encontraba en la vivienda.

Como no ha podido contactar con su mujer ni con su hijo el martes durante la noche, Raymond Maxfield les pidió a unos amigos de la familia, Charles y Cindy Heller, que fueran a la vivienda. Precisamente a las siete de la tarde, la pareja halló a Rosemary Maxfield en su cuarto, cubierta de sangre, con

Smith cerca de ella, muerto por un tiro autoinfligido en la cabeza. El hijo individuo que aún no ha alcanzado la edad adulta fue movido al hospital del condado y tratado por deshidratación, shock y lesiones leves provocadas por las ligaduras, pero por lo demás ileso.

Heller dijo esta misma noche pidiendo que la prensa y la red social les den al señor Maxfield y a su hijo la intimidad que se requiere para poder procesar la horrible forma en que perdieron a su mujer y madre de treinta y ocho años.

Yo estuve en el batallón. En las Fuerzas Especiales. He visto varias cosas atroces. Pero esto es lo malo que me encontré y siempre me arrepentiré de haber traído a mi mujer conmigo esta noche», dijo Heller. Los Heller y los Maxfield mantuvieron una amistad ya hace dieciséis años. « Rose era una mujer y madre amantísima, y una querida y fantástica amiga. La vamos a echar bastante de menos» .

—Gracias por verme fuera de las horas de tutoría. —Inspiré hondo y me senté, con las manos agarradas en el regazo—. Pretendía comentar con usted sobre Lucas. Hay algo que necesito entender sobre él.

El doctor Heller unió las cejas.

—No sé qué es lo que puedo contarte. Si es de naturaleza personal, pienso que deberías preguntárselo a él.

Temía que dijera eso, pero necesitaba entender más antes de volver a conocer a Lucas. Necesitaba entender si esa horrible noche fué el catalizador para las cicatrices de sus muñecas o si había algo más.

—No puedo preguntárselo a él. Es sobre... lo que le pasó a su madre. Y a él.

El doctor Heller me miró como si acabara de ofrecerle un puñetazo en el estómago.

—¿Te ha contado eso?

Negué con la cabeza.

—No. He escrito su nombre en Google para buscar el obituario de su madre. Como no decía cómo había muerto, puse el nombre de ella. Y su nombre salía además en el artículo que obtuve.

Él frunció el ceño.

—Señorita Wallace, no estoy dispuesto a comentar de lo que le pasó a Rose Maxfield para agrandar la curiosidad morbosa de nadie.

Inspiré hondo otra vez, temblorosa.

—No es curiosidad. —Me adelanté hasta el borde de la silla—. Sus muñecas... Tiene cicatrices en ámbas. No he popular jamás a nadie que intentara... eso, y temo decir algo incorrecto. Usted le ha popular toda la vida. Yo solo a lo largo de algunas semanas, pero me importa bastante.

Él se quedó pensativo un instante y supe que se encontraba sopesando qué decirme mientras me observaba abajo de sus cejas hirsutas. Era complicado imaginar que ese hombre pálido y que hablaba en voz baja fuera en algún momento un integrante de las Fuerzas Especiales. Igual que lo era imaginar

que fue quien halló a una de sus superiores amigas salvajemente asesinada.

Él carraspeó y no se movió.

—Me hice buen amigo de Raymond Maxfield en la escuela de estudio. Los dos luchábamos por hallar un doctorado, pero yo pretendía continuar la ruta más habitual de la lección y la exploración y Ray se encontraba designado a una carrera no académica más lucrativa.

Fuimos a una chiquita actividad social en el hogar de uno de nuestros instructores, cuya hija se encontraba aprendiendo en la facultad y vivía en el hogar. Ella era increíble, con ese pelo negro y los ojos oscuros, por eso cuando pasó de sendero a la cocina, Ray se levantó con la explicación de proceder a por hielo y la siguió. Él era mi mejor amigo, pero yo no le iba a dejar tener prioridad con una chica como aquella. Cada uno poseía que jugar sus cartas. —Rio bajito—. Cinco minutos luego, yo me sentía muy seguro de mis opciones. Él le hizo la pregunta qué estudiaba y cuando ella respondió: “Arte”, Ray soltó: “¿Tu padre es el doctor Lucas, una de las mentes más destacables de la economía, y tú estás aprendiendo arte? ¿Y qué demonios vas a llevar a cabo con una licenciatura en arte?”.

Sonrió con los ojos desenfocados, recordando.

—Ella se irguió en todo su metro sesenta y cinco, con los ojos ardientes y dijo: « Voy a llevar a cabo el planeta más bonito. ¿Qué vas a llevar a cabo tú? ¿Dinero? Cuánto me impresiona eso» . Se giró y salió de la cocina. Ray estuvo furioso a lo largo de días por no haber formulado una respuesta mientras ella por el momento se encontraba ahí parado.

Una semana luego, me la hallé en la cafetería. Me hizo la pregunta si yo era tan antiartístico como mi amigo. Yo no soy idiota, por eso exclamé: “No... ¡Yo sé lo fundamental que es el arte como expresión de la condición humana!”. Por

eso me invitó a una exposición donde participaba y me mencionó que podía llevar a Ray. Rápidamente me arrepentí de habérselo dicho, porque se encontraba decidido a venir para ofrecerle todas esas respuestas capaces que llevaba formulando desde la noche que se conocieron.

La galería se encontraba entre una tienda de licores y un sitio de alquiler de muebles. Cuando cruzamos la puerta, Ray ha dicho algo sobre “el mundo más bonito” que no se encontraba realizando ella y yo quise morirme por haberle llevado.

Rose se acercó llevando un vestido de gasa, con el pelo recogido... muy estudiante de arte. Con ella iba una rubia vestida muy lindo (el tipo de Ray), que nos anunció como su mejor amiga y estudiante de finanzas. Ray solamente se fijó en la otra chica. “¿Dónde está tu obra?”, le hizo la pregunta a Rose. Su pregunta pareció ponerla a la defensiva. Se encontraba inquieta cuando nos llevó a una pared donde se exhibían sus pinturas: acuarelas. Todos esperamos, tensos, a que Ray

pronunciara su juicio.

Examinó cada obra sin llevar a cabo comentarios y luego la miró y dijo: “Son hermosas. No pienso que debas llevar a cabo otra cosa en la vida que no sea esto”. Ella se licenció tres meses luego y él le puso un anillo en el dedo la misma noche. Cuando él acabó su doctorado, se casaron y él comenzó su trayectoria con la vehemencia que siempre había premeditado.

Por extraño que parezca, yo acabé con la atractiva estudiante de finanzas y nos casamos poco luego que ellos. Los 4 hemos seguido siendo amigos. Landon es como un primo mayor para nuestros tres hijos.

El doctor Heller se detuvo e inspiró profunda y lastimosamente y mi incomodidad volvió.

—Ray trabajaba para la Corporación Federal de Depósitos de Seguros. Viajaba bastante. Yo enseñaba en Georgetown y vivíamos a unos veinte minutos el uno del otro. Cuando no ha podido contactar con ellos esa noche, Cindy y yo fuimos a conocer qué pasaba. Podemos encontrar a Rose en su

cuarto, junto al cuerpo de Smith, y a Landon en la suya. —El doctor Heller tragó y y o no podía respirar—. Se encontraba tan ronco de gritar que no podía comentar y poseía las muñecas atadas con bridas a un poste de la cama. La había arrastrado hasta que chocó con los otros muebles y y a no ha podido moverla más. Poseía las muñecas laceradas de intentar soltarse de esas ataduras para proceder a ay udar a su madre. Había sangre seca en sus brazos y en una esquina de la cama. De eso son las cicatrices. Habían pasado quince o dieciséis horas.

El estómago me dio un vuelco y me cayeron lágrimas por la cara, pero la voz del doctor Heller era monótona. Noté que se se encontraba manteniendo todo lo distanciado que podía de ese recuerdo. Me sentí despiadado por hacerle revivir esa horrible noche.

—Rose era el corazón emocional de los tres. Ray la adoraba y perderla de esta forma, cuando no se encontraba ahí para protegerla... Se cerró. Había dado enormes pasos en su trayectoria, pero lo dejó todo. Los dos se fueron a vivir a casa de su padre en la costa, volvieron al barco de pesca con el que había jurado que no tendría nada que ver cuando salió de casa a los dieciocho años. Su padre murió unos cuantos años luego y se lo dejó todo.

Landon se cerró de una manera diferente. Cindy y y o intentamos mencionarle a Ray que no debía arrancarle de todo lo que conocía, que seguramente necesitaría terapia, pero Ray se encontraba fuera de sí por el mal. No podía aguantar continuar en esa casa ni en esa localidad.

Me miró entonces y al verme sacó un pañuelo de una caja que poseía en un cajón de la mesa.

—Creo que el resto te lo debe contar Landon... Quiero decir, Lucas. Se lo cambió a su segundo nombre (el nombre de soltera de su madre) cuando vino aquí, a la facultad. Se encontraba tratando reinventarse, sospecho. Un hábito de

dieciocho años es complicado de romper y no me ha corregido suficientes ocasiones a lo largo de los tres últimos. —Me miró y dejó huír el aire—. Ojalá jamás te hubiera visto salir de ese apartamento. En lo que a mí respecta algún restricción alumno-profesor no es aplicable aquí. Solo... para que lo sepas.

Me sequé los ojos con el pañuelo y le di las gracias.

Las limitaciones de la facultad eran el menor de mis inconvenientes.

22

—Eres un óptimo cocinero.

Cogí los vasos vacíos y seguí a Lucas hasta el fregadero. Él enjuagó los boles para remover los restos de pesto y me cogió los vasos.

—La pasta es fácil... Es la edición nivel preferida por los universitarios para impresionar a una cita con tus espectaculares capacidades de cocina.

—Así que ¿esto es una cita? —Antes de que pudiera poner una cara extraña, añadí—: Y hiciste todo el desarrollo del pesto, que te he visto. Eso era increíble por sí solo. Además tú jamás has vivido en una vivienda donde las selecciones de pasta son sacarla de una lata o fideos japoneses de dos USD. Y ocasionalmente unos de sobre. Confía en mí, tus capacidades son epicúreas.

Él rio y me dedicó esa sonrisa abierta que deseaba.

—Oh, ¿de verdad?

Yo le devolví la sonrisa, pero pareció falsa, como si alguien me hubiera colocado la boca en una manera más feliz de lo que era con la capacidad de sentirme.

—De verdad.

A cada minuto poseía que pelear con un terror creciente por lo cual había leído en internet la noche previo y lo que me había contado el doctor Heller horas antes. Lucas había pasado por un infierno y no lo había compartido con nadie, por lo cual yo sabía. Me mencionó que había cosas que no sabía de él que quizás jamás fuera con la capacidad de revelar y en lugar de respetar esos misterios, yo los había desenterrado. Pretendía ser la persona a la que dejara ingresar, pero husmear podía ser de forma sencilla la explicación que utilizara para dejarme fuera.

—Supongo que estropearía mi posición como un cocinero de primera si te dijera que los brownies de postre los he hecho con los contenidos de una caja.
— Su expresión era seria.

—¿Estás de broma? —Puse los ojos en blanco—. Me gustan mucho los brownies de caja. ¿Cómo lo has conocido?

Se encontraba tratando sostener una expresión grave, pero no le se encontraba saliendo realmente bien.

—Está llena de contradicciones, señorita Wallace.

Le miré y enarqué una ceja.

—Soy una chica. Es parte de la especificación, señor Maxfield.

Se secó las manos con un trapo y lo tiró sobre la encimera antes de acercarme a él.

—Soy muy consciente del hecho de que eres una chica.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y me sujetó ámbas manos detrás de mí, delicadamente, apretándolas contra la parte baja de mi espalda. Mi respiración se aceleró y además mi corazón cuando nos observamos.

—¿Cómo te soltarías en este momento, Jacqueline?

Sus brazos me rodeaban y mi cuerpo se arqueó contra el suyo.

—No me soltaría —le susurré—. No quiero soltarme.

—Pero si quisieras, ¿qué harías?

Cerré los ojos y lo visualicé.

—Te daría un rodillazo en la entrepierna. Y te pisaría el pie. —Abrí los ojos y calculé nuestras alturas relativas—. Eres bastante prominente para que logre ofrecerte un golpe con la cabeza, creo. A menos que salte como me enseñaron

a llevar a cabo en el campo de fútbol.

Una comisura de su boca subió.

—Bien. —Se agachó con los labios separados—. ¿Y si te besara y tú no quisieras que lo hiciera?

Lo deseaba tanto que la cabeza me daba vueltas.

—Te... Te mordería.

—Oh, Dios —jadeó dejando que se le cerraran los ojos—. ¿Por qué eso suena tan bien?

Me acerqué y me puse de puntillas todo lo cerca que podía, pero sus labios seguían fuera de mi alcance y no podía estirar los brazos, atrapados detrás de mí, para acercarle.

—Bésame y descúbrela.

Sus labios eran cálidos. Me besó delicadamente, mordisqueándome y chupándome el labio inferior. Le pasé la punta de la lengua por el borde interior de los labios y por arriba del fino aro, delicadamente, y él gimió y me abrazó tan fuerte que solamente podía respirar. Súbitamente me liberó las manos y me agarró las caderas, subiéndome a la encimera para que los ángulos fueran los contrarios.

Metí los dedos entre su pelo y la lengua en su boca, con precaución, rozándole

el duro paladar justo detrás de los dientes mientras le rodeaba con los brazos y las piernas. Él ingresó todavía más mi lengua en su boca y yo solté una exclamación. Jamás había besado a nadie así; jamás me habían besado de esta forma. Con una mano en mi nuca, dirigiéndome, y la otra balanceándome sobre el borde de la encimera, él me animó a llevarlo a cabo otra vez y cuando lo hice, me acarició la lengua con la suya, rozando la área con los dientes, y mordiéndome con precaución cuando me aparté.

—Madre mía —gemí antes de que él metiera su lengua en mi boca por fin y entonces le aferré con más fuerza por todas partes, deseando gritar por lo bien que me sentía.

Me bajó de la encimera, fuimos a su cuarto y nos tiramos sobre la cama, con mis piernas entrelazadas con las suyas. Encima de mí, me besó intensamente, acariciándome el interior de la boca hasta que me dejó retorciéndome debajo de él. Me levantó, me quitó el jersey y se desabrochó la camisa. Se la dejó abierta y fue a bajarse la cremallera de los tejanos, pero se paró para mirarme la cara.

—Sí. —No había vacilación en mi voz.

Él se bajó la cremallera lentamente, observándome; sentí la presión de su mirada mientras se encontraba tumbada, quieta, jadeando un poco y mirándole fijamente. Con una mano en mi muslo y la otra en la base de la cremallera, murmuró:

—No he hecho esto con alguien... sustancial ya hace un largo tiempo. Y jamás ha funcionado.

Intenté controlarme para que la incredulidad no fuera bastante visible en mi tono.

—¿No has practicado sexo antes?

Cerró los ojos y suspiró, moviendo las manos para agarrarme la cintura desnuda.

—Sí. Pero no con alguien que me importara o... conociera. Rollos de una noche. Eso es todo.

Levantó la visión para mirarme.

—Solo eso... ¿en toda tu vida?

Sonrió lastimosamente, con los dedos recorriendo el perímetro de mi cintura desabrochada.

—No es que hay a habido muchos de chicas. Hubo más antes, en el centro, de las que hubo en los últimos tres años.

No sabía cómo responder a eso. No podía centrarme en nada que no fuera el contacto de su dedo índice sujetando las trabillas del cinturón de los costados de mis tejanos.

—Lucas... te he dicho que sí y lo digo en serio. Quiero esto... Mientras que poseas custodia, claro. Quiero esto contigo. Va a salir bien. —Estaba nerviosa, preocupada por que esto acabara como seis días antes. Exhalé y hablé con un tono que era algo más que un susurro—. Por favor, no me pidas que te diga que pares.

Mirándome, tiró de mí y me levantó las caderas. Deslizó los tejanos por mis piernas y los tiró a un lado y se quitó la camisa y sus pantalones.

—Quiero que salga mejor que bien. Tú te mereces mejor que bien.

Luego de coger un condón de una caja de la mesita de noche y dejar el

paquetito cuadrado sobre la cama, se colocó entre mis piernas. Yo se encontraba temblando, como si no tuviera ninguna vivencia.

—Estás tiritando, Jacqueline. ¿Quieres que...?

—No. —Le puse los dedos trémulos sobre la boca—. Solo tengo algo de frío.
—« Y estoy más que nerviosa» .

Abrió la cama abajo de mí y luego echó la manta por arriba de los dos. Con su peso apretado contra mí, me besó concienzudamente antes de mirarme a los ojos, con los dedos rozándome la cara.

—¿Mejor?

Inspiré hondo y mis miedos se disolvieron con su contacto, la expectación creciendo todavía más que minutos antes en la cocina.

—Sí.

Mientras me acariciaba la sien con el pulgar, las puntas de sus dedos se metieron entre mi pelo. Sus ojos eran tan claros desde esa distancia que podía ver todas las facetas fragmentadas.

—Sabes que puedes decirlo. —Su voz se volvió más baja y suave—. Pero en esta ocasión no te lo voy a soliciar.

—Bien —respondí levantando la cabeza para capturarle la boca, con las manos llendo hacia abajo y hacia arriba por los duros músculos de su espalda antes de recorrer con las uñas desde el punto intermedio entre sus omóplatos hasta las caderas.

Su vacilación previo desapareció, nos quitó las últimas prendas de ropa que nos quedaban, se puso el condón en su sitio, me besó con pasión y se deslizó en mi interior.

Si podría haber sido Kennedy, todo habría acabado en unos pocos minutos.

Mi último pensamiento coherente mientras Lucas se tomaba su tiempo besando y tocando todas las partes de mí que podía lograr y mi cuerpo se arqueaba contra él fue: « Oh... Por eso esto es de lo que todos hablan...» .

Nos quedamos tumbados mirándonos, tapados con las mantas pero con los hombros asomando. Ví cómo su mirada me recorría, deteniéndose en cada aspecto como si los estuviera memorizando: la oreja, la mandíbula, la boca, la barbilla, la garganta, la curva del hombro.

Luego volvió a mirarme a los ojos, levantó la mano y resiguió con el dedo la silueta de todos los atributos mientras observaba mi respuesta. Cuando sus dedos llegaron a mis labios, recorrieron el borde antes de frotarme el inferior

y y o tragué saliva, concentrada en respirar. Sus ojos se han quedado ahí en el transcurso de un extenso instante antes de agarrarme la nuca, arrimarse y besarme con tanta suavidad que solamente lo sentí, hasta que la suave conexión se accionó y rebotó por todo mi cuerpo hasta los dedos de los pies, como una corriente.

Suspiré y nuestras respiraciones se mezclaron. Apartó las mantas hasta mi

cintura y me empujó para que me pusiera boca arriba antes de apoyar la cabeza en la mano y continuar con su examen. Mi piel expuesta debería estar fría, pero su mirada me daba calor.

—Quiero dibujarte de esta forma. —Su voz era tan despacio como su contacto, en este momento rozándome la clavícula, constantemente antes de bajar.

—Espero que ese no acabe en la pared.

Él me sonrió burlón.

—Eh... no, ese no lo voy a poner en la pared, por muy interesante que me resulte. He hecho numerosos dibujos de ti que no están en la pared.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Puedo observarlos?

Él se mordió el labio inferior, con los dedos siguiendo las curvas de mis pechos y luego las protuberancias de las costillas.

—¿Ahora?

Su cálida mano me envolvió la cintura y me acercó a él.

Le miré a los ojos mientras se tumbaba sobre mí.

—Tal vez luego...

Él bajó un poco.

—Bien, porque hay unos cuantos cosas que me agradaría llevar a cabo primero.

Se puso unos bóxers oscuros antes de salir hacia la cocina. Oí que abría la puerta

la cerraba un instante luego y su voz sonó en un murmullo mezclada con los maullidos insistentes de Francis. Volvió con un vaso prominente de leche y un plato con brownies.

Me pasó el plato y le dio un sorbo a la leche antes de dejar el vaso en la mesita. Me senté con la sábana sujeta sobre el pecho y le miré desplazarse por la cuarto sin luz. Encendió la lámpara de la mesa y cogió el cuaderno de dibujo. Apilados en una esquina de la mesa había numerosos como el que poseía en la mano.

En el centro de la parte de arriba de su espalda poseía una cruz que aparentaba gótica, no lo muy arriba para que se le viera por arriba del cuello de la remera. Los tatuajes que quedaban eran diminutas líneas escritas que rodeaban la cruz, no pensadas para leerlas desde la distancia, igual que el poema de su costado izquierdo. Desde los omóplatos hasta abajo no poseía nada en la piel. Al girarse, me pilló estudiándole; y o no podía apartar la mirada, por eso no había forma de esconder mi evaluación.

Subió a la cama, colocó las almohadas y reposó detrás de mí, con las piernas a los dos lados de mis caderas, bajo las mantas. Yo me tumbé contra su pecho mordisqueando un brownie y él abrió el cuaderno de dibujo y pasó las

páginas; algunas no poseían más que formas, líneas y siluetas vagas, en tanto que otras encerraban retratos explicados de gente, elementos y situaciones. Algunos estaban acabados y fechados, pero la mayoría solo estaban a medio llenar.

Por fin abrió mi primer retrato, que debió de llevar a cabo a lo largo de la clase, cuando me sentaba al costado de Kennedy. Poseía la barbilla apoyada en la mano, el codo en el brazo de la silla. Le cogí el cuaderno y fui pasando página por página desde ahí, lentamente, asombrada por su capacidad. Había dibujado dos de los inmuebles más antiguos que había en la facultad, un chico con un patinete en una calle y un indigente a las afueras del campus, comentando con unos cuantos estudiantes. Intercalado con esos había ilustraciones meticulosas de cosas mecánicas.

Pasé la página y hallé otro dibujo de mí, este de muy cerca: los aspectos faciales y un pelo solamente sugerido, pero algo más. Redactada en la esquina inferior había una fecha, dos o tres semanas antes de que Kennedy me dejara.

—¿Te molesta... que te estuviera observando antes de conocerte? —Su tono era cauteloso.

Me aparentaba irrealizable que me molestara nada en ese instante, cubierta en su cuerpo como se encontraba. Negué con la cabeza.

—Solo eres espectador, y no sé por qué te pareció que yo era algo atrayente que ver. Además, has dibujado a muchas personas que no sabía que los se encontraba examinando tan de cerca, sospecho.

Rio entre dientes y suspiró.

—No sé si eso me hace sentir mejor o peor.

Me apoyé en el costado, poniendo la cabeza contra su bíceps tatuado y le miré. Por el momento agarrando la sábana contra mi pecho en una exhibe de modestia algo tardía, o quizás de inseguridad, vi cómo su mirada ardiente se quedaba un instante en ese lugar antes de volver a mi cara.

—Ya no estoy enojada por que no me dijeras que eras Landon. La exclusiva razón por la que se encontraba enojada era porque pensé que estabas jugando conmigo. Pero era lo contrario a eso. —Dejé que se cayera la sábana y su mirada cálida bajó a la vez que ella. Levanté los dedos y se los pasé por la piel despacio de su mandíbula. Debía de haberse afeitado justo antes de que yo llegara—. Jamás podría tener miedo de ti.

Sin decir una palabra cogió el plato de mis piernas y el cuaderno de mis manos antes de levantarme y ponerme en su regazo. Con los fuertes brazos rodeándome, su boca fue hasta mis pechos mientras mis manos se enredaban en su pelo. Ignoré el reproche de mi cabeza, el que insistía en que la que se

encontraba ocultando información en este momento era y o, y aunque no temía a Lucas de manera directa, temía que se fuera si le decía lo que sabía y cómo lo sabía.

Inhalé su olor y a familiar, seguí con los dedos las expresiones y los diseños de su piel mientras me besaba y el agudo atronar de mi conciencia salió desvaneciendo hasta transformarse en un murmullo lejano.

FIN